



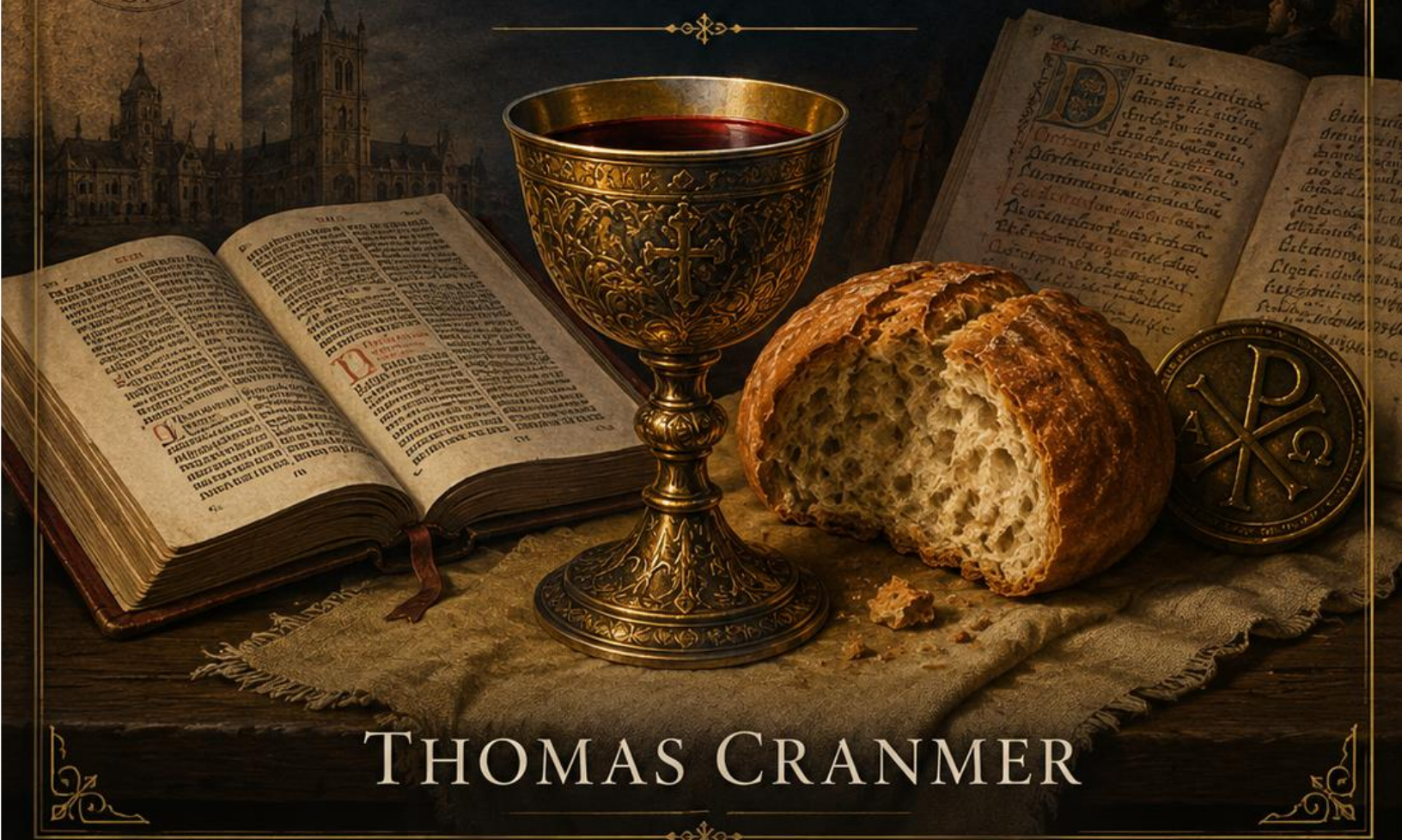
PANIS
QUEM
EGO DABO
CARO MEA
EST PRO
MUNDI VITA.

— IOANNES 6:51



LA VERDADERA Y CÁTOLICA DOCTRINA DE LA CENA DEL SEÑOR

Una defensa de la verdadera y católica doctrina del sacramento del cuerpo y la sangre de nuestro salvador Cristo, con una refutación de diversos errores relativos al mismo, fundamentada y establecida en la Santa Palabra de Dios, y aprobada por el consentimiento de los más antiguos doctores de la Iglesia.



THOMAS CRANMER

LA VERDADERA Y CÁTOLICA DOCTRINA DE LA CENA DEL SEÑOR

THOMAS CRANMER



Una defensa de la verdadera y católica doctrina del sacramento del cuerpo y la sangre de nuestro salvador Cristo, con una refutación de diversos errores relativos al mismo, fundamentada y establecida en la Santa Palabra de Dios, y aprobada por el consentimiento de los más antiguos doctores de la Iglesia.

Realizada por el Reverendísimo Padre en Dios, Thomas, arzobispo de Canterbury, primado de toda Inglaterra y metropolitano.

Este libro se divide en cinco partes.

Prefacio.	8
1. La primera trata sobre la verdadera doctrina católica y el uso del sacramento del cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo.	11
2. La segunda se opone al error de la transubstanciación.	30
3. La tercera enseña la forma en que Cristo está presente en su santa Cena.	68
4. La cuarta trata sobre el comer y beber el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo.	129
5. El quinto libro trata sobre la oblación y el sacrificio de nuestro Salvador Cristo.	146

**A su ilustre y noble príncipe Eduardo VI, rey de Inglaterra,
Francia e Irlanda, defensor de la fe y, en la tierra después de
Cristo, jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra e Irlanda,
Thomas Cranmer, arzobispo de Canterbury.**

De acuerdo con el cuidado que me ha sido encomendado del rebaño del Señor, en cuya instrucción, en el saludable pasto de la Palabra Divina, debo poner todo mi cuidado y mi pensamiento, ilustrísimo príncipe, he considerado que la Cena del Señor (que ha sido violada por muchas y grandes supersticiones, y convertida en ganancia) debe ser renovada y restaurada según las instituciones de nuestro Salvador Cristo; y he considerado que todo debe realizarse en relación con su verdadero uso, de acuerdo con la autoridad de la Palabra Divina y de la Antigua y Santa Iglesia, cuyo cuidado e instrucción pertenecen en parte a la autoridad de mi cargo.

En consecuencia, hace unos tres años refuté en un libro en inglés los principales abusos de la misa papista (por los que no solo la Iglesia inglesa, sino casi todo el mundo había sido contaminado e infectado), y demostré que debía restablecerse la práctica verdadera y cristiana. Gracias a ese libro, tantas personas se inclinaron por una opinión correcta sobre ese mismo tema que percibí cuán grande era el poder de la verdad y comprendí los beneficios de la gracia de nuestro Salvador Cristo, de modo que los hombres que habían estado oscurecidos a la luz de la verdad recibieron el esplendor de la luz y, como Pablo ante la predicación de Ananías, recuperaron la vista. Stephen Gardiner, entonces obispo de Winchester, se lo tomó tan mal que pensó que no debía hacer nada por sí mismo antes de haber refutado un libro tan útil y plausible; pensó que, a menos que con su propia obra se pusieran algunos obstáculos en el camino, no habría partidarios de la opinión ya deplorada y casi abandonada. Escribió en consecuencia, en el mismo idioma, un libro sobre esos mismos temas, y se esforzó por derribar la opinión que se había demostrado sobre el verdadero uso de la Cena, y se esforzó por recuperar la opinión papista con sus supersticiones, que se estaba desvaneciendo por todas partes. Después de él, Marco Constancio, tan afín y estrechamente relacionado con Stephen Gardiner, que parecía ser él mismo; tan grande era la sutileza de su disposición, la similitud de su interpretación sofística de las Escrituras. Así pues, ambos trataron el mismo tema, aunque de manera diferente.

Porque Constancio, en el libro que escribió en latín, manipuló mis argumentos como mejor le pareció; y para beneficiar su causa, los presentó a menudo recortados, a menudo invertidos, a menudo desarticulados, de modo que yo no podía reconocerlos, como los hijos de Medea cuando fueron divididos en muchos miembros y desfigurados. Porque no podemos juzgar correctamente la forma del cuerpo humano, ni de hecho ninguna otra cosa, cuando no se nos ha presentado ante nuestros ojos su aspecto completo, que debemos contemplar como a la Minerva de Fidias, y no encontrar defectos en algún pequeño detalle, como hizo Momas con la sandalia de Venas. Así que, para que mis opiniones sobre esta controversia se

comprendieran mejor, me encargué de que mi libro se tradujera del latín al inglés, para que todos pudieran entender que no deseábamos que nuestra opinión fuera oscura u oculta, ya que la compartimos con muchos hombres buenos y eruditos, y que está en consonancia con la Palabra de Dios y la verdadera Iglesia, defensora de la Palabra.

Pero no hay nadie entre todos que sea más digno de que este libro aparezca bajo su nombre que Vuestra Majestad. Pues no solo sois, a juicio de los papistas, el Defensor de la Fe —quienes no solo lo proclamaron por sí mismos, sino que Dios, por medio de ellos, los advirtió para su propia destrucción—, sino que también, por la autoridad y el parecer de todos los hombres de bien, sois una persona digna de que se os confiera tan grande don de la Iglesia. Sois el supremo gobernante en la tierra de esta Iglesia de Inglaterra e Irlanda, bajo cuya autoridad, como bajo Moisés, puede dejarse un lugar en el cual yo participo en alguna medida del Espíritu, junto con un gran cuidado y la administración de muchos que me han sido encomendados. Por esta razón, considero que esto puede resultar satisfactorio no solo para uno, sino incluso para Gardiner y Constancio; y lo que este último dijo acerca de las comedias puede también decirse de las obras personificadas: «*Cuando conoces una, conoces ambas*». Pues si en uno de los libros se han tratado ciertos asuntos que fueron omitidos en el otro, uniré a ellos mi respuesta, de modo que los adversarios —si es que queda alguno— no tengan nada que objetar; o, si lo hacen, puedan ver qué respuesta puede darse a tales objeciones. Estas son las razones, oh nobilísimo Rey, que me mueven a publicar este libro y a difundirlo bajo la autoridad de Vuestra Majestad. Confío en que aceptaréis este mi trabajo, como lo exige tanto la equidad de la causa, y que requeriréis mis servicios, como vuestra clemencia suele hacerlo en todas las causas honorables. Que el Señor Jesús preserve a Vuestra Majestad. Idus de marzo, 1553.

[Antepuesto a la edición de 1551, que contenía una respuesta a las críticas de Gardiner].

Me ha parecido conveniente, amable lector, al comienzo de este escrito, advertirte acerca de ciertas palabras y modos de expresión que utilizo en esta mi respuesta al libro del recientemente fallecido Obispo de Winchester, para que, por una interpretación equivocada, no tropieces, por así decirlo, con ellas.

[Sacramento]. En primer lugar, esta palabra «*sacramento*» la empleo en ocasiones (tal como es frecuentemente entendida entre los escritores y los santos doctores) para referirme al pan, al agua o al vino sacramentales; como cuando dicen que *sacramentum est sacræ rei signum*, «el sacramento es el signo de una cosa santa». Pero cuando hablo a veces (como lo hacen los antiguos autores) de que Cristo está en los sacramentos, entiendo la cuestión del mismo modo que ellos la entendían; esto es, no en cuanto a una presencia carnal de Cristo en el sacramento externo, sino, en ciertos casos, en cuanto a su presencia sacramental.

Y en otras ocasiones, por medio de esta palabra «*sacramento*», entiendo la totalidad del ministerio y de la recepción de los sacramentos, ya sea del bautismo o de la Cena del Señor; y de este modo los antiguos escritores afirman muchas veces que Cristo y el Espíritu Santo están presentes en los sacramentos (cf. Mateo 28), no queriendo decir con tal forma de hablar que Cristo y el Espíritu Santo estén presentes en el agua, el pan o el vino —los cuales son únicamente los sacramentos externos y visibles—, sino que, en la debida administración de los sacramentos conforme a la ordenanza e institución de Cristo, Cristo y su Santo Espíritu están verdadera y realmente presentes, por su poder poderoso y santificador, su virtud y su gracia, en todos aquellos que los reciben dignamente.

[La presencia de Cristo en el receptor piadoso]. Además, cuando digo y repito muchas veces en mi libro que el cuerpo de Cristo está presente en aquellos que reciben dignamente el sacramento, para que nadie malinterprete mis palabras y piense que quiero decir que, aunque Cristo no esté corporalmente en los signos externos visibles, sí está corporalmente en las personas que los reciben debidamente, esto es para advertir al lector que no es eso lo que quiero decir; sino que lo que quiero decir es que la fuerza, la gracia, la virtud y el beneficio del cuerpo de Cristo, que fue crucificado por nosotros, y de su sangre, que fue derramada por nosotros, están real y eficazmente presentes en todos aquellos que reciben debidamente los sacramentos; pero todo esto lo entiendo como su presencia espiritual, de la que él dice [Mateo 6]: «Estaré con vosotros hasta el fin del mundo»; y [Mateo 18]: «Dondequiera que dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»; y [Juan 6]: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él». Y no está más verdaderamente presente corporal o realmente en la debida administración de la Cena del Señor que en la debida administración del bautismo; (es decir, en ambos casos espiritualmente por gracia. Y dondequiera que

en las Escrituras se diga que Cristo, Dios o el Espíritu Santo están en cualquier hombre, se entiende espiritualmente por gracia).

[La presencia real de Cristo no implica transubstanciación del pan y del vino]. La última advertencia al lector es la siguiente: el citado obispo, ya fallecido, considera que ha demostrado suficientemente la transubstanciación —esto es, que la sustancia del pan y del vino no puede permanecer en el sacramento si el cuerpo y la sangre de Cristo están allí, puesto que dos cuerpos no pueden estar juntos en un mismo lugar—, aunque la verdad es que, en el sacramento del cuerpo de Cristo, corporalmente no se halla sino la sustancia del pan, y en el sacramento de la sangre, la sustancia del vino solamente. Sin embargo, cuán engañado se encuentra y cuánto se aparta tanto de la doctrina de otros papistas como de los principios de la filosofía —los cuales él toma como fundamento de su doctrina en este punto—, el lector podrá percibirlo aquí con facilidad. Pues si hablamos del poder de Dios, los papistas afirman que, por dicho poder, dos cuerpos pueden estar juntos en un mismo lugar; y entonces, ¿por qué no podría estar la sangre de Cristo junto con el vino en el cáliz, y su carne en el mismo lugar donde se halla la sustancia del pan? Y si consideramos la causa por la cual, según las reglas de la naturaleza, dos cuerpos no pueden estar juntos en un mismo lugar, se hará evidente que el cuerpo de Cristo puede estar más bien en un mismo lugar con la sustancia del pan que con sus accidentes, y de igual manera su sangre con el vino. Pues la causa natural por la cual dos cuerpos no pueden estar juntos en un mismo lugar —como afirman los filósofos— reside en sus accidentes, esto es, su magnitud y su espesor, y no en sus sustancias. Y, por tanto, según el mismo orden de la naturaleza, resulta más contrario que el cuerpo de Cristo esté presente junto con los accidentes del pan, y su sangre junto con los accidentes del vino, que junto con las sustancias del pan o del vino. Esto sea suficiente como advertencia al lector, a la cual se añade el prefacio de mi primer libro, que es el siguiente:

Prefacio al lector:

[La gran misericordia y los beneficios de Dios hacia nosotros]. Nuestro Salvador Jesucristo, conforme a la voluntad de su Padre eterno, cuando el tiempo destinado para ello fue plenamente cumplido, tomando sobre sí nuestra naturaleza, vino a este mundo desde el alto trono de su Padre para anunciar buenas nuevas a los pecadores miserables; para sanar a los enfermos; para hacer que los ciegos vean, los sordos oigan y los mudos hablen; para poner en libertad a los cautivos; para manifestar que había llegado el tiempo de la gracia y de la misericordia; para dar luz a los que estaban en tinieblas y en sombra de muerte; y para predicar y otorgar perdón y plena remisión de los pecados a todos sus elegidos. Y para llevar a cabo todo esto, ofreció el sacrificio y la oblación de su propio cuerpo en la cruz, el cual fue plena redención, satisfacción y propiciación por los pecados de todo el mundo. Y para recomendar este su sacrificio a todos sus fieles, y para confirmar en ellos la fe y la esperanza de la salvación eterna en el mismo, ha ordenado una memoria perpetua de dicho sacrificio, para ser usada diariamente en la Iglesia, para su perpetua alabanza y gloria, y para nuestro singular consuelo y fortalecimiento; es decir, la celebración de su santa Cena, en la cual no cesa de darse a sí mismo, con todos sus beneficios, a todos aquellos que debidamente reciben la misma Cena conforme a su bendita ordenanza.

[La doctrina errónea de los papistas oscurece lo anterior]. Pero el Anticristo romano, para desfigurar este gran beneficio de Cristo, ha enseñado que su sacrificio en la cruz no es suficiente, sin otro sacrificio ideado por él y realizado por el sacerdote, o sin indulgencias, rosarios, perdones, peregrinaciones y demás vilezas para supuestamente suplir la imperfección de Cristo; y que el pueblo cristiano no puede apropiarse de los beneficios de la pasión de Cristo, sino que estos están en la distribución del Obispo de Roma, o que por Cristo no tenemos remisión completa, sino que solo somos liberados del pecado, y aun así nos queda el dolor temporal en el Purgatorio debido a este, que será remitido después de esta vida por el Anticristo romano y sus ministros, quienes se encargan de hacer por nosotros lo que Cristo no quiso o no pudo hacer. ¡Oh blasfemia atroz y la más detestable injuria contra Cristo! ¡Oh perversa abominación en el templo de Dios! [2 Tesalonicenses 2] ¡Oh, orgullo intolerable del Anticristo, y señal clarísima del hijo de perdición, que se ensalza por encima de Dios y, como Lucifer, exalta su trono y poder por encima del trono de Dios! Pues quien se encargue de suplir aquello que pretende ser imperfecto en Cristo, necesariamente se hará superior a Cristo, y por lo tanto, el mismísimo Anticristo. Pues ¿qué otra cosa es esto sino estar en contra de Cristo y menospreciarlo, como alguien que, o por falta de caridad, no quiso, o por falta de poder, no pudo, con todo su derramamiento de sangre y muerte, liberar claramente a sus fieles y darles la remisión completa de sus pecados, sino que la perfección completa debe obtenerse a manos del Anticristo de Roma y sus ministros?

[El estado de la religión instaurado por los papistas.] ¿Qué hombre de conocimiento y celo por la honra de Dios puede ver con ojos secos esta ofensa a Cristo y contemplar el estado de la religión instaurado por los papistas, percibiendo el verdadero sentido de la palabra de Dios subvertido por falsas interpretaciones humanas, la verdadera religión cristiana convertida en ciertas sectas hipócritas y supersticiosas, con la gente orando con la boca y oyendo con los oídos lo que no entendían, y tan ignorantes de la palabra de Dios que no podían discernir la hipocresía y la superstición de la religión verdadera y sincera? Esta era la cara de la religión en los últimos años en este reino de Inglaterra, y aún persiste en diversos reinos. Pero (gracias a Dios Todopoderoso y a su Majestad el Rey, con su padre, un príncipe de célebre memoria), las sectas supersticiosas de monjes y frailes que existían en este reino han sido completamente eliminadas; la Escritura ha sido restaurada a su correcta y verdadera comprensión. El pueblo puede leer y escuchar diariamente la palabra celestial de Dios, y orar en su propio idioma, el cual entienden, para que sus corazones y bocas estén unidos, y no sean como aquellos de quienes Cristo se quejó, diciendo: [Mateo 15] «Esta gente me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí». Gracias a Dios, se arrancará la cizaña corruptora que solía corromper el rebaño de Cristo e impedir el crecimiento de la cosecha del Señor.

[Las raíces principales de todos los errores.] Pero ¿de qué sirve eliminar los rosarios, las indulgencias, las peregrinaciones y demás cosas papistas similares, mientras permanezcan dos raíces principales sin arrancar? Mientras permanezcan, resurgirán todos los impedimentos anteriores de la cosecha del Señor y la corrupción de su rebaño. El resto no son más que ramas y hojas, y su eliminación es como podar un árbol, o cortar la maleza, dejando el cuerpo en pie y las raíces en la tierra; pero el cuerpo mismo del árbol, o mejor dicho, las raíces de la maleza, es la doctrina papista de la transubstanciación, de la presencia real de la carne y la sangre de Cristo en el sacramento del altar (como lo llaman) y del sacrificio y la oblación de Cristo hechos por el sacerdote para la salvación de los vivos y los muertos. Si se permite que estas raíces crezcan en la viña del Señor, volverán a cubrir todo el terreno con los viejos errores y supersticiones.

[Lo que motivó al autor a escribir]. Estas injurias a Cristo son tan intolerables que ningún corazón cristiano puede soportarlas voluntariamente. Por lo tanto, viendo que muchos se han puesto manos a la obra y han afilado sus herramientas para arrancar la maleza y cortar el árbol del error, yo, sin saber cómo excusarme en el último día, en este libro he puesto manos a la obra y hacha, junto con los demás, para talar este árbol y arrancar la maleza y la raíz plantada, que nuestro Padre celestial nunca plantó, sino que fueron injertadas y sembradas en su viña por su adversario el Diablo y el Anticristo su ministro. Que el Señor me conceda que este trabajo y afán en su viña no sea en vano, sino que prospere y dé buenos frutos para su honra y gloria. Porque cuando veo su viña cubierta de espinos, zarzas y maleza, sé que me espera un dolor eterno si callo y no me pongo manos a la obra para

purificarla. Tomo por testigo a Dios (quien ve profundamente los corazones de todos los hombres) de que realizo esta labor únicamente por la gloria de su nombre, el cumplimiento de mi deber y el celo que siento por el rebaño de Cristo. Sé en qué oficio me ha puesto Dios y con qué propósito; es decir, proclamar su palabra fielmente a su pueblo, con todas mis fuerzas, sin temer a nadie, ni tener en cuenta nada en el mundo, sino solo a Él. Sé qué cuentas le rendiré de esto en el día final, cuando cada uno responda por su vocación y reciba por ella, bien o mal, según sus obras. Sé cómo el Anticristo ha oscurecido la gloria de Dios y el verdadero conocimiento de su palabra, cubriéndolos con nieblas y nubes de error e ignorancia, mediante falsas interpretaciones. Me da pena ver al rebaño sencillo y hambriento de Cristo conducido a pastos corruptos, llevado con los ojos vendados sin saber adónde, y alimentado con veneno en lugar de alimentos saludables.

[Una advertencia del autor]. Movid por el deber, el oficio y el lugar al que Dios se ha dignado llamarme, advierto en su nombre a todos los que profesan a Cristo que huyan lejos de Babilonia [Jeremías 51], si quieren salvar sus almas, y que se cuiden de esa gran ramera [Apocalipsis 14, 17, 18], es decir, la pestilente sede de Roma, para que no los emborrache con su agradable vino. No confíen en sus dulces promesas ni participen en banquetes con ella; porque en lugar de vino les dará heces agrias, y en lugar de alimento los alimentará con veneno fétido [No dice: «Vengan a la Iglesia Reformada», sino: «Vengan a Cristo» Mateo 11]. Pero vengan a nuestro Redentor y Salvador Cristo, quien conforta a todos los que verdaderamente acuden a él, por muy grande que sea su angustia y pesar. Denle crédito a aquel en cuya boca nunca se halló engaño ni falsedad [Isaías 53. 1 Pedro 2]. Por él seréis claramente librados de todas vuestras enfermedades, de él tendréis remisión completa, *a poena et a culpa* [En el Sacramento y fuera de él, Juan 6]. Él es quien alimenta continuamente a todos los que le pertenecen con su propia carne, que colgó de la cruz; y les da a beber de la sangre que fluye de su propio costado, y hace brotar en ellos agua que fluye para vida eterna. No escuchéis los falsos encantamientos, los dulces susurros y los astutos malabarismos de los sutiles papistas, con los que durante tantos años han engañado y hechizado al mundo; sino escuchad a Cristo, prestad oído a sus palabras, que os guiarán por el camino correcto hacia la vida eterna, para vivir allí con él para siempre como herederos de su reino. Amén.

El Primer Libro trata de la Verdadera y Católica Doctrina y Uso del Sacramento del Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Cristo.

Capítulo 1.

La Cena del Señor, también llamada la Santa Comunión o Sacramento del Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Cristo, ha sido objeto de gran abuso por parte de muchos hombres y de diversas maneras; especialmente en estos cuatrocientos o quinientos años. Algunos la han usado como sacrificio propiciatorio por el pecado, y en otros casos, con superstición, lejos de la intención que Cristo ordenó inicialmente, cometiendo con ello un grave daño y perjuicio para su muerte y pasión. Así pues, para algunos, ha sido muy poco estimado, o más bien, menospreciado y despreciado, como algo de poca o nula eficacia. Y de esta manera, entre ambas partes ha habido mucha discrepancia y contienda en diversos lugares de la cristiandad. Por lo tanto, para que este santo sacramento, o Cena del Señor, no sea en adelante despreciado ni menospreciado por una de las partes, ni abusado por la otra con ningún otro propósito que el que Cristo mismo designó y ordenó primero, y para que así la contienda entre ambas partes se calme y termine; el camino más seguro y sencillo es aferrarse a la Sagrada Escritura. En ella, todo lo que se encuentre debe tomarse como fundamento firme y una verdad infalible; y todo lo que no pueda fundamentarse en ella (en cuanto a nuestra fe) es una estratagema humana, cambiante e incierta. Y por eso aquí se expresan las mismas palabras que Cristo mismo y su apóstol San Pablo hablaron, tanto de comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo, como también de comer y beber el sacramento del mismo.

Capítulo 2.

[Comer el cuerpo de Cristo. Juan 6]. Primero, en cuanto a comer el cuerpo y beber la sangre de nuestro Salvador Cristo, él mismo habla, en el sexto capítulo de San Juan, de esta manera:

“De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente”.

De estas palabras de Cristo [Agustín. En Juan. Tratado. 26], nos dice: es evidente que comer la carne de Cristo y beber su sangre no es como comer y beber otras carnes y bebidas. Porque aunque sin comida ni bebida el hombre no puede vivir, no se sigue que quien come y bebe viva para siempre.

Pero en cuanto a esta carne y bebida del cuerpo y la sangre de Cristo, es cierto que tanto quien las come como quien las bebe tiene vida eterna; y también quien no las come y no las bebe, no tiene vida eterna. Porque comer esa carne y beber esa bebida es morar en Cristo y tener a Cristo morando en él [Tratado Eodem].

Y, por lo tanto, nadie puede decir ni pensar [Aug. De Civitate, lib. 21] que come el cuerpo de Cristo o bebe su sangre, a menos que more en Cristo y tenga a Cristo morando en él. Así habéis oído hablar de comer y beber la misma carne y sangre de nuestro Salvador Cristo.

Capítulo 3.

[La ingesta del sacramento de su cuerpo]. En cuanto a los sacramentos del mismo, nuestro Salvador Cristo los instituyó en pan y vino en su última cena, que celebró con sus apóstoles la noche antes de morir. En ese momento, como dice San Mateo [Mateo 26],

“Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre”.

Esto también se relata en San Marcos, en estas palabras: [Marcos 14].

“Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos. Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios”

El evangelista san Lucas expresa este asunto de esta manera: [Lucas 22].

“Cuando era la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. Y tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”.

Hasta ahora han escuchado todo lo que los evangelistas declaran que Cristo dijo o hizo en su última cena, respecto a la institución de la comunión y el sacramento de su cuerpo y sangre. Ahora escucharán lo que dice San Pablo al respecto, en el capítulo diez de la Primera Carta a los Corintios, donde escribe así: [1 Corintios 10]

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan”.

Y en el capítulo once habla de esta manera: [1 Corintios 11]

“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen”.

Por estas palabras de Cristo, transmitidas por los evangelistas, y también por la doctrina de San Pablo (que él confiesa haber recibido de Cristo), se deben notar especialmente dos cosas.

Capítulo 4.

[Cristo llamó al pan material su cuerpo], Primero, que nuestro Salvador Cristo llamó al pan material que partió, su cuerpo, y al vino, fruto de la vid, su sangre.

Y, sin embargo, no dijo esto para que los hombres pensaran que el pan material es su propio cuerpo, o que su propio cuerpo es pan material; ni que el vino de uvas es su propia sangre, o que su propia sangre es vino de uvas; sino [1 Corintios 10] para darnos a entender (como dice San Pablo) que la copa es la comunión de la sangre de Cristo derramada por nosotros, y el pan es la comunión de su carne crucificada por nosotros. De modo que, aunque, en la verdad de su naturaleza humana, Cristo está en el cielo [Marcos 14] y está sentado a la diestra de Dios Padre, quien come de ese pan en la cena del Señor, según la institución y ordenanza de Cristo, tiene la seguridad de la propia promesa y testamento de Cristo de que es miembro de su cuerpo y recibe los beneficios de su pasión, la cual sufrió por nosotros en la cruz.

Asimismo, quien bebe de esa santa copa en esa cena del Señor, según la institución de Cristo, está certificado por el legado y testamento de Cristo de que es hecho partícipe de la sangre de Cristo que fue derramada por nosotros [1 Corintios 10]. Y a esto se refería San Pablo cuando dijo: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?". De modo que nadie puede despreciar ni menospreciar esta santa comunión, a menos que también desprecie el cuerpo y la sangre de Cristo, y no la pase por alto [1 Corintios 11], tenga o no comunión con él. Y de estos hombres, San Pablo dice que comen y beben su propia condenación, porque no estiman el cuerpo de Cristo.

Capítulo 5.

[Los hombres impíos sí participan del sacramento, pero no del cuerpo de Cristo.] La segunda enseñanza que puede extraerse de las palabras anteriormente citadas de Cristo y de San Pablo es esta: que, aunque nadie come el cuerpo de Cristo ni bebe su sangre sino aquellos que tienen vida eterna (como se desprende de las palabras previamente citadas de San Juan), sin embargo, tanto los buenos como los malos comen y beben el pan y el vino, que son los sacramentos de lo mismo; pero, además de los sacramentos, el justo recibe vida eterna, mientras que el impío recibe muerte eterna. Por eso dice San Pablo: [1 Corintios 11.] «Cualquiera que comiere el pan o bebiere la copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor». Aquí San Pablo no dice que quien come el pan o bebe la copa del Señor indignamente coma o beba el cuerpo y la sangre del Señor, sino que es culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Pero qué es lo que come y bebe, San Pablo lo declara diciendo: [1 Corintios 11.] «El que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación».

Así queda expuesta la suma de todo lo que la Escritura enseña acerca del comer y beber tanto del cuerpo y la sangre de Cristo como también del sacramento de los mismos.

Capítulo 6.

[Estas cosas bastan para la fe de un cristiano en lo concerniente al sacramento.] Y así como estas cosas son absolutamente verdaderas, porque fueron dichas por Cristo mismo, autor de toda verdad, y por su santo apóstol San Pablo, quien las recibió de Cristo, de igual manera todas las doctrinas contrarias a ellas son ciertamente falsas y erróneas, y deben ser rechazadas, porque son contrarias a la Palabra de Dios. Asimismo, toda doctrina referente a esta materia que vaya más allá de esto y que no esté fundamentada en la Palabra de Dios no es necesaria; ni deben ocuparse las mentes del pueblo ni inquietarse sus conciencias con tales cuestiones.

Por tanto, las cosas dichas y hechas por Cristo, y escritas por los santos evangelistas y por San Pablo, deben ser suficientes para la fe del pueblo cristiano en lo que respecta a la doctrina de la Cena del Señor y de la santa comunión o sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Lo cual, si se considera y pondera debidamente, constituirá una justa ocasión para pacificar y reconciliar a ambas partes: tanto a aquellos que hasta ahora la han despreciado o estimado en poco, como a aquellos que, por falta de conocimiento o por otras causas, la han abusado impíamente.

Capítulo 7.

[El sacramento que fue ordenado para promover el amor y la concordia se ha convertido en ocasión de disputa y discordia.] Cristo instituyó el sacramento para mover e impulsar a todos los hombres a la amistad, al amor y a la concordia, para apartar todo odio, contienda y discordia, y para dar testimonio de un amor fraternal y sincero entre todos aquellos que son miembros de Cristo. Pero el Diablo, enemigo de Cristo y de todos sus miembros, ha obrado con tal astucia en este asunto que de ninguna otra cosa surge tanta controversia como de este santo sacramento.

Conceda Dios que, dejando a un lado toda contienda, ambas partes puedan acercarse a esta santa comunión con una fe viva en Cristo y con un amor sincero hacia todos los miembros de Cristo, para que, así como corporalmente comen con su boca este pan sacramental y beben el vino, espiritualmente también puedan comer y beber la verdadera carne y sangre de Cristo, quien está en el cielo y está sentado a la diestra de su Padre; y para que finalmente, por medio de Él, puedan participar juntamente con Él de la gloria y del reino de los cielos. Amén.

Capítulo 8.

[El propósito del autor.] Aunque en este tratado acerca del sacramento del cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo ya he expuesto suficientemente su institución y significado conforme a las mismas palabras del Evangelio y de San Pablo, no será en vano desarrollar el tema con algo más de amplitud, de acuerdo tanto con el pensamiento de la Sagrada Escritura como con el de los antiguos autores de la Iglesia; y hacerlo de manera tan sincera y clara, sin dudas, ambigüedades ni cuestiones vanas, que incluso las personas más sencillas y sin instrucción puedan comprenderlo fácilmente y ser edificadas por ello.

Y este es, por la gracia de Dios, mi único propósito y deseo: que el rebaño de Cristo disperso en este reino, entre quienes he sido designado como pastor particular, no continúe privado del beneficio y del fruto que brotan de este conocimiento celestial. Porque cuanto más claramente se comprende, tanto mayor es la dulzura, el fruto, el consuelo y la edificación que aporta a quienes lo reciben piadosamente. Y para

alcanzar una comprensión clara de este sacramento, es necesario considerar diversas cuestiones.

Capítulo 9.

[El hambre y la sed espirituales del alma.]

En primer lugar, así como todos los hombres son por naturaleza pecadores y, a causa del pecado, están bajo la ira de Dios, desterrados lejos de Él, condenados al infierno y a la perdición eterna, y nadie es verdaderamente inocente sino únicamente Cristo; de igual manera, toda alma inspirada por Dios desea ser librada del pecado y del infierno, y obtener de la mano de Dios misericordia, favor, justicia y salvación eterna. [Efesios 2; Romanos 3.]

Este deseo ferviente y profundo es llamado en la Escritura el hambre y la sed del alma; de esta clase de hambre estaba poseído David cuando dijo: [Salmo 42.] «Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así te anhela a ti mi alma, oh Dios». [Salmo 63.] «Mi alma tiene sed de Dios, que es la fuente de la vida. Mi alma tiene sed de ti; mi carne te anhela».

Y a esta hambre es conducida el alma sencilla, pobre y pecadora por medio de la ley, la cual le muestra la horribilidad del pecado, el terror de la indignación de Dios y el espanto de la muerte y de la condenación eterna. [Romanos 4, 7 y 8.]

Y cuando no ve delante de sí otra cosa que condenación por sus ofensas, a causa de la justicia y de la acusación de la ley, y esta condenación permanece continuamente ante sus ojos, entonces, en medio de tan grande angustia, el alma, oprimida por la pesadumbre y el dolor, busca algún consuelo y desea algún remedio para su miserable y afligida condición. Y este sentimiento de su estado condenable, unido a un ardiente deseo de alivio, constituye el hambre espiritual del alma.

Y todo aquel que tiene esta hambre piadosa es bendecido por Dios y tendrá suficiente comida y bebida, como Cristo mismo dijo: [Mateo 5.] «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». Y, por el contrario, aquellos que no perciben su propio estado pecaminoso y condenable, sino que se consideran suficientemente santos y en una condición suficientemente buena, así como no tienen hambre espiritual, tampoco serán alimentados por Dios con alimento espiritual alguno. Porque [Lucas 1.], así como Dios Todopoderoso sacia a los hambrientos, también despidе vacíos a todos aquellos que no tienen hambre. Pero esta hambre y sed no son fácilmente percibidas por el hombre carnal; porque cuando oye al Espíritu Santo hablar de comida y bebida, su mente se dirige inmediatamente a la cocina y a la despensa, y piensa en sus platos y ollas, en su boca y en su vientre.

Sin embargo, la Escritura utiliza en diversos lugares expresiones especiales para apartar nuestras mentes groseras de las imaginaciones relacionadas con los dientes y el vientre, y de esta concepción carnal y terrenal. Porque los apóstoles y discípulos de Cristo, mientras aún eran carnales, no comprendían qué significaba esta clase de hambre y de alimento; por ello, cuando le rogaban que comiera, Él, para apartar sus pensamientos del alimento material, les dijo: [Juan 4.] «Yo tengo una comida que comer que vosotros no conocéis».

¿Y por qué no la conocían? Porque sus mentes aún eran torpes y no habían recibido la plenitud del Espíritu. Por tanto, nuestro Salvador Cristo, deseando apartarlos de esa rudeza espiritual, les habló de otra clase de alimento distinta de la que ellos imaginaban; como si los reprendiera por no percibir que existía otra forma de comer y beber además de aquella que se realiza con la boca y la garganta.

Asimismo, cuando dijo a la mujer samaritana: [Ibíd.] «Cualquiera que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás», quienes le oyeron pronunciar estas palabras podían comprender claramente que procuraba familiarizarlos con una clase de bebida distinta de la que se realiza con la boca y la garganta. Porque no existe bebida alguna que, con una sola vez que se tome, pueda apagar para siempre la sed del cuerpo humano. Por consiguiente, al decir: «No tendrá sed jamás», dirigía sus pensamientos desde el beber con la boca hacia otra clase de bebida que desconocían, y hacia otra clase de sed con la que todavía no estaban familiarizados. También cuando nuestro Salvador Cristo dijo: [Juan 6.] «El que viene a mí nunca tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás», les dio una señal clara de que existía otra clase de comida y bebida distinta de aquella con la que los había alimentado al otro lado del mar, y otro tipo de hambre y sed diferente del hambre y la sed corporales.

Por estas palabras, por tanto, llevó al pueblo a comprender otra forma de comer y beber, de tener hambre y sed, distinta de aquella que pertenece únicamente a la conservación de la vida temporal.

Ahora bien, así como aquello que conforta al cuerpo es llamado comida y bebida, de igual manera la Escritura llama comida y bebida a aquello que conforta al alma.

Capítulo 10.

[El alimento espiritual del alma.]

Por tanto, así como anteriormente, en la primera consideración, se ha explicado el hambre y la sed del alma, ahora debe observarse, en segundo lugar, cuál es la comida, la bebida y el alimento del alma.

La comida, la bebida, el alimento y el refrigerio del alma es nuestro Salvador Cristo, como Él mismo dijo: [Mateo 11.] «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». — [Juan 7.] «Y si alguno tiene sed, dice Él, venga a mí y beba. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva». — [Juan 6.] «Yo soy el pan de vida», dice Cristo; «el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Porque así como la comida y la bebida confortan al cuerpo hambriento, así también la muerte del cuerpo de Cristo [No el cuerpo mismo, sino la muerte de su cuerpo, porque de su muerte proceden todos los beneficios espirituales.] y el derramamiento de su sangre confortan al alma cuando esta tiene hambre a su manera. ¿Qué es aquello que conforta y nutre al cuerpo? Sin duda, la comida y la bebida. ¿Con qué nombres, entonces, llamaremos al cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo, que confortan y nutren al alma hambrienta, sino con los nombres de comida y bebida? Esta semejanza llevó a nuestro Salvador a decir: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida». Porque no existe ninguna clase de alimento que pueda confortar al alma sino únicamente la muerte del bendito cuerpo de Cristo; ni existe bebida alguna que pueda apagar su sed sino solamente el derramamiento de la sangre de nuestro Salvador Cristo, la cual fue derramada por sus pecados.

Porque así como existe una generación carnal y una alimentación y nutrición carnales, también existe una generación espiritual y una alimentación espiritual. Y así como todo hombre, mediante la generación natural de padre y madre, es concebido y nacido carnalmente para esta vida mortal, así también todo buen cristiano nace espiritualmente por medio de Cristo para la vida eterna.

Y así como todo hombre es alimentado y nutrido corporalmente en su cuerpo mediante comida y bebida, de la misma manera todo buen cristiano es alimentado y nutrido espiritualmente en su alma por la carne y la sangre de nuestro Salvador Cristo.

Y así como el cuerpo vive por medio de la comida y la bebida, y por ellas crece y se desarrolla desde la infancia hasta llegar a la plena madurez —como la experiencia misma nos enseña—, así también el alma vive por Cristo mismo, comiendo su carne y bebiendo su sangre mediante una fe pura.

Y esto mismo nos lo enseña Cristo en el capítulo sexto de Juan, cuando dice: [Juan 6.] «De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí».

Y esto mismo confesó San Pablo acerca de sí, diciendo: [Gálatas 2.] «La vida que ahora tengo, la tengo por la fe en el Hijo de Dios. Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí».

Capítulo 11.

[Cristo supera infinitamente todo alimento corporal.]

La tercera cosa que debe observarse es esta: que, aunque nuestro Salvador Cristo compara su carne y su sangre con comida y bebida, sin embargo, supera y excede con mucho a todos los alimentos y bebidas corporales. Porque, aunque los alimentos y bebidas materiales nutren y sostienen nuestra vida en este mundo, no son ellos quienes la comienzan. El principio de nuestra vida lo recibimos de nuestros padres; y el alimento, después de haber sido engendrados, nos alimenta y nos nutre, preservándonos así durante un tiempo. Pero nuestro Salvador Cristo es tanto el iniciador de nuestra vida espiritual —pues Él es quien primero nos engendra para Dios su Padre— como también, después de ello, nuestro alimento vivo y nuestro sustento.

Además, la comida y la bebida alimentan y nutren solamente nuestros cuerpos; pero Cristo es el verdadero y perfecto alimento tanto del cuerpo como del alma. Y, además de esto, el alimento corporal preserva la vida solamente por un tiempo; pero Cristo es un alimento tan espiritual y perfecto que preserva para siempre tanto el cuerpo como el alma, como Él mismo dijo a Marta: [Juan 11.] «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás».

Capítulo 12

[Los sacramentos fueron instituidos para confirmar nuestra fe.]

En cuarto lugar, debe observarse que el verdadero conocimiento de estas cosas es el verdadero conocimiento de Cristo; enseñar estas cosas es enseñar a Cristo; y creerlas y experimentarlas es creer y experimentar a Cristo en nuestros corazones. Y cuanto más claramente veamos, entendamos y creamos estas cosas, tanto más claramente veremos y comprenderemos a Cristo, y tanto más plenamente tendremos nuestra fe y nuestro consuelo en Él.

Y aunque nuestra generación natural y nuestra alimentación corporal son conocidas por todos los hombres mediante la experiencia cotidiana y por nuestros sentidos comunes, esta generación espiritual y esta nutrición espiritual nos resultan tan oscuras y ocultas que no podemos alcanzar un conocimiento y una experiencia

verdaderos y perfectos de ellas sino únicamente por la fe, la cual debe estar fundamentada en la santísima Palabra de Dios y en los sacramentos.

Por esta razón, nuestro Salvador Cristo no solamente ha expuesto estas cosas con toda claridad en su santa Palabra para que podamos oírlas con nuestros oídos, sino que también ha instituido un sacramento visible de regeneración espiritual en el agua, y otro sacramento visible de nutrición espiritual en el pan y el vino, con el propósito de que, en la medida de lo posible para el hombre, podamos ver a Cristo con nuestros ojos, percibir su fragancia con nuestra nariz, gustarlo con nuestra boca, tocarlo con nuestras manos y percibirlo con todos nuestros sentidos. Porque así como la Palabra de Dios predicada pone a Cristo en nuestros oídos, de igual manera estos elementos de agua, pan y vino, unidos a la Palabra de Dios, ponen sacramentalmente a Cristo delante de nuestros ojos, en nuestra boca, en nuestras manos y ante todos nuestros sentidos.

Y por esta causa Cristo instituyó el bautismo en agua, para que, así como ciertamente vemos, sentimos y tocamos el agua con nuestros cuerpos y somos lavados con ella, así también debamos creer con plena certeza, cuando somos bautizados, que Cristo está verdaderamente presente con nosotros, y que por medio de Él nacemos de nuevo espiritualmente, somos lavados de nuestros pecados, injertados en el tronco de su propio cuerpo, y revestidos, cubiertos y armados con Él de tal manera que, así como el Diablo no tiene poder alguno contra Cristo, tampoco lo tiene contra nosotros mientras permanezcamos injertados en ese tronco, revestidos con esa vestidura y protegidos con esa armadura. De modo que el lavamiento con el agua del bautismo es, por así decirlo, una manifestación de Cristo ante nuestros ojos y un contacto sensible con Él, una experiencia de tocarlo, sentirlo y palparlo para la confirmación de la fe interior que tenemos en Él.

Y de igual manera Cristo instituyó el sacramento de su cuerpo y de su sangre en el pan y el vino para predicarnos que, así como nuestros cuerpos son alimentados, nutridos y preservados por la comida y la bebida, así también —en lo que respecta a nuestra vida espiritual delante de Dios— somos alimentados, nutridos y preservados por el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo. Asimismo, nos enseña que Él es una preservación tan perfecta para nosotros que ni los demonios del infierno, ni la muerte eterna, ni el pecado pueden prevalecer contra nosotros mientras seamos alimentados y nutridos por esa comida y esa bebida mediante una fe verdadera y constante.

Por esta razón Cristo instituyó este sacramento en el pan y el vino —que comemos y bebemos y que constituyen los principales alimentos de nuestro cuerpo— para que, así como ciertamente vemos el pan y el vino con nuestros ojos, percibimos su olor con nuestra nariz, los tocamos con nuestras manos y los gustamos con nuestra boca, así también debamos creer con igual certeza que Cristo es la vida espiritual y

el sustento de nuestras almas, de la misma manera que dicho pan y vino son el alimento y sustento de nuestros cuerpos.

Y no debemos dudar menos de que nuestras almas son alimentadas y viven por Cristo que de que nuestros cuerpos son alimentados y viven por la comida y la bebida. Así, nuestro Salvador Cristo, sabiendo que en este mundo somos, por decirlo así, apenas niños y débiles en la fe, ha instituido signos y señales sensibles mediante los cuales atraernos y conducirnos a una mayor fortaleza y a una fe más firme y constante en Él.

De manera que el comer y beber este pan y este vino sacramentales es, por así decirlo, una manifestación de Cristo delante de nuestros ojos, una percepción de Él mediante nuestro olfato, una experiencia de tocarlo y palparlo con nuestras manos, y un comerlo, mastigarlo, digerirlo y alimentarnos de Él para nuestro fortalecimiento y perfeccionamiento espiritual.

Capítulo 13.

[Por qué este sacramento fue instituido en pan y vino.]

En quinto lugar, debe observarse que, aunque existen muchas clases de alimentos y bebidas que nutren el cuerpo, nuestro Salvador Cristo —como escriben numerosos autores antiguos [Hugo de San Víctor, *De Sacramentis*, tract. VI, cap. 3 (1551); Rabano, *De Institutione Clericorum*, lib. I, cap. 31; Bernardo, *De Coena Domini*]— instituyó este sacramento de nuestra alimentación espiritual en pan y vino antes que en otros alimentos y bebidas, porque el pan y el vino representan de la manera más viva la unión espiritual y el vínculo de todos los fieles, tanto con Cristo como entre sí.

Porque así como el pan se hace de un gran número de granos de trigo que son molidos, cocidos y unidos de tal manera que forman un solo pan, y así como una multitud innumerable de uvas es prensada en un mismo recipiente para producir vino, de igual manera toda la multitud de los verdaderos cristianos es unida espiritualmente, primero a Cristo y luego entre sí, en una sola fe, un solo bautismo, un solo Espíritu Santo y un solo vínculo y lazo de amor. [Véase la Nota Suplementaria.]

Capítulo 14.

[La unidad del cuerpo místico de Cristo.]

En sexto lugar, debe observarse que, así como el pan y el vino que comemos se transforman en nuestra carne y sangre, llegan a ser verdaderamente nuestra carne y nuestra sangre, y se unen y mezclan con ellas de tal manera que constituyen un

solo cuerpo, así también todos los cristianos fieles son transformados espiritualmente en el cuerpo de Cristo y están tan unidos a Cristo, así como unos con otros, que forman un solo cuerpo místico de Cristo, como dice San Pablo: [1 Corintios 10.] «Siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo, pues todos participamos de un mismo pan y de una misma copa».

Y así como un mismo pan es repartido entre muchas personas, de manera que cada una participa de ese mismo pan, y de igual modo una misma copa de vino es distribuida entre muchos, de la cual cada uno participa; así también nuestro Salvador Cristo —cuya carne y sangre son representadas por el pan y el vino místicos en la Cena del Señor— se entrega a todos sus verdaderos miembros para alimentarlos espiritualmente, nutrirlos y darles vida continua por medio de Él. [Dionisio, Ecclesiastica Hierarchia, cap. 3 (1580).]

Y así como las ramas de un árbol o los miembros de un cuerpo, si están muertos o separados, ni viven ni reciben nutrición o sustento alguno del árbol o del cuerpo, de igual manera las personas impías y malvadas, que están separadas del cuerpo místico de Cristo o son miembros muertos del mismo, no se alimentan espiritualmente del cuerpo y la sangre de Cristo, ni reciben de ellos vida, fuerza o sustento alguno.

Capítulo 15

[Este sacramento mueve a todos los hombres al amor y a la amistad.]

En séptimo lugar, debe observarse que, puesto que nada en esta vida es más agradable delante de Dios ni más placentero para los hombres que los cristianos vivan juntos en amor y paz, unidad y concordia, este sacramento nos mueve hacia ello de la manera más adecuada y eficaz.

Porque cuando todos participamos de esta misma mesa, ¿qué debemos pensar sino que somos todos miembros de un mismo cuerpo espiritual —del cual Cristo es la cabeza— y que estamos unidos en un solo Cristo, así como una gran cantidad de granos de trigo son unidos en un solo pan? Ciertamente, tienen corazones muy duros y pétreos aquellos que no son conmovidos por estas cosas.

Y son más crueles e irracionales que las bestias aquellos que no pueden ser persuadidos a mostrar bondad hacia sus hermanos cristianos y sus prójimos —por quienes Cristo sufrió la muerte— cuando en este sacramento se les recuerda que el Hijo de Dios entregó su vida por sus enemigos.

Porque vemos por experiencia cotidiana que comer y beber juntos crea amistad y conserva la amistad. Cuánto más, entonces, debería la mesa de Cristo movernos a hacer lo mismo. Las fieras y las aves salvajes son amansadas mediante el alimento

y la bebida; ¿por qué, entonces, no habrían los cristianos de volverse mansos y benignos por medio de este alimento celestial de Cristo?

A ello somos exhortados e impulsados tanto por el pan y el vino de esta santa Cena como por las palabras de la Sagrada Escritura que en ella se recitan. Por consiguiente, cualquiera que no sea encendido en amor hacia su prójimo por este santo sacramento, comunión y Cena de Cristo, y no sea llevado a expulsar de su corazón toda envidia, odio y malicia, para grabar en él amistad, afecto y concordia, se engaña a sí mismo si piensa que el Espíritu de Cristo habita en su interior.

Pero todas estas piadosas advertencias, exhortaciones y consolaciones anteriormente mencionadas son eliminadas de los cristianos, en la medida en que les es posible, por los papistas mediante su doctrina de la transubstanciación.

[La doctrina de la transubstanciación destruye por completo nuestra fe en Cristo.]

Porque si en la santa comunión no recibimos realmente pan ni vino, entonces desaparecen todas estas enseñanzas y consolaciones que deberíamos aprender y recibir mediante el comer del pan y el beber del vino. Y esa imaginación fantástica proporciona una ocasión para destruir por completo toda nuestra fe en Cristo.

Porque si este sacramento fue instituido en pan y vino, que son alimentos para el cuerpo, con el propósito de significar y declararnos nuestro alimento espiritual en Cristo, entonces, si nuestra alimentación corporal mediante el pan y el vino es meramente imaginaria —de modo que en realidad no hay allí pan ni vino de los cuales alimentarse, aunque parezcan estar presentes—, ello nos llevaría a concluir que nuestra alimentación espiritual en Cristo también es imaginaria y que, en realidad, no nos alimentamos de Él.

Tal sofistería es tan diabólica y perversa, y tan injuriosa para Cristo, que no pudo proceder de ninguna otra persona sino únicamente del mismo Diablo y de su principal ministro, el Anticristo.

Capítulo 16.

[La alimentación espiritual se realiza con el corazón, no con los dientes.]

La octava cosa que debe observarse es que este alimento espiritual del cuerpo y la sangre de Cristo no se recibe con la boca ni se digiere en el estómago, como comúnmente sucede con los alimentos y bebidas corporales, sino que se recibe con un corazón puro y una fe sincera.

[La verdadera alimentación.]

Y el verdadero comer y beber del mencionado cuerpo y sangre de Cristo consiste en creer con una fe firme y viva que Cristo entregó su cuerpo y derramó su sangre en la cruz por nosotros, y que Él se une y se incorpora a nosotros de tal manera que es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, carne de su carne y hueso de sus huesos, habitando Él en nosotros y nosotros en Él. En esto reside toda la eficacia y la fuerza de este sacramento.

Y esta fe la obra Dios interiormente en nuestros corazones por medio de su Espíritu Santo, y la confirma exteriormente a nuestros oídos mediante la escucha de su Palabra, y a nuestros demás sentidos mediante el comer y beber el pan y el vino sacramentales en su santa Cena.

¿Qué cosa, entonces, puede ser más consoladora para nosotros que comer este alimento y beber esta bebida? Por medio de ellos Cristo nos asegura que somos espiritual y verdaderamente alimentados y nutridos por Él, y que nosotros permanecemos en Él y Él en nosotros. ¿Puede esto sernos mostrado de manera más clara que cuando Él mismo dice: [Juan 6.] «El que me come, vivirá por mí»?

Por tanto, cualquiera que no desprecie la vida eterna, ¿cómo podría no estimar altamente este sacramento? ¿Cómo podría no abrazarlo como una garantía segura de su salvación? Y cuando ve a personas piadosas recibirlo devotamente, ¿cómo podría no desear recibirlo frecuentemente junto con ellas?

Ciertamente, ningún hombre que comprenda bien y considere diligentemente estas cosas puede dejar de sentir un gran deseo de acudir a esta santa Cena.

Todos los hombres desean tener el favor de Dios; y cuando saben lo contrario, es decir, que están bajo su indignación y excluidos de su favor, ¿qué puede consolarlos? ¡Cuán atormentadas están entonces sus mentes! ¡Qué angustia reina en sus conciencias! Todas las criaturas de Dios parecen estar contra ellos y los llenan de temor, como si fueran instrumentos de la ira y de la indignación divinas contra ellos. Y no encuentran descanso ni consuelo, ni dentro de sí mismos ni fuera de sí.

Y en tal condición llegan a odiar tanto a Dios como al Diablo: a Dios, como a un juez implacable y severo; y al Diablo, como a un verdugo sumamente malicioso y cruel.

Y en medio de esta dolorosa aflicción, la Sagrada Escritura les enseña que nuestro Padre celestial no puede reconciliarse con ellos de ninguna otra manera sino por medio del sacrificio y la muerte de su Hijo unigénito.

[Beneficio.]

Por medio de ese sacrificio, Dios ha establecido una paz y amistad perpetuas con nosotros, perdona los pecados de quienes creen en Él, los hace sus hijos y los

entrega a su Hijo primogénito, Cristo, para que sean incorporados a Él, sean salvados por Él y hechos herederos del cielo juntamente con Él.

[Memorial.]

Y al participar de la santa Cena de nuestro Señor, somos puestos en memoria de esta muerte suya y de todo el misterio de nuestra redención. En esta Cena se hace mención de su testamento, de la comunión anteriormente mencionada que tenemos con Cristo y de la remisión de nuestros pecados por medio de su sacrificio en la cruz. Por tanto, en este sacramento, si es recibido correctamente con una fe verdadera, se nos asegura que nuestros pecados son perdonados y que el pacto de paz y el testamento de Dios quedan confirmados entre Él y nosotros, de manera que todo aquel que por una fe verdadera come la carne de Cristo y bebe su sangre posee por medio de Él la vida eterna.

Y cuando experimentamos esto en nuestros corazones al recibir la Cena del Señor, ¿qué puede ser más gozoso, más agradable o más consolador para nosotros?

Que todo esto es verdadero resulta absolutamente cierto por las palabras del mismo Cristo cuando instituyó por primera vez su santa Cena la noche anterior a su muerte, como aparece tanto en las palabras de los evangelistas como en las de San Pablo: [Lucas 22.] «Haced esto —dice Cristo— todas las veces que la bebáis, en memoria de mí».

Y San Pablo dice: [1 Corintios 11.] «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga».

Y nuevamente dijo Cristo: [Mateo 26; Marcos 14; Lucas 22.] «Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre, la cual será derramada para remisión de los pecados».

La doctrina aquí expuesta puede ser suficiente para todos aquellos que son humildes y piadosos y que no buscan nada superfluo, sino solamente aquello que es necesario y provechoso. Por consiguiente, para tales personas bien podría terminar aquí este libro.

Pero para aquellos que son papistas contenciosos e idólatras, nada es suficiente. Y, sin embargo, para que no se gloríen en sus sutiles invenciones y en sus doctrinas engañosas, como si nadie pudiera responderles, pediré paciencia a los lectores para que me permitan dedicar algún tiempo, aparentemente en vano, a refutar sus más vanas vanidades.

Y, no obstante, ese tiempo no será empleado enteramente en vano, porque mediante ello aparecerán con mayor claridad la luz frente a las tinieblas, la verdad

frente a las falsas sutilezas sofisticadas, y la segura Palabra de Dios frente a los sueños e imaginaciones fantásticas de los hombres.

Capítulo 17.

[Cuatro errores principales de los papistas. El primero es la transubstanciación.]

Pero estas cosas no pueden aparecer claramente al lector a menos que primero se expongan los principales puntos en los cuales los papistas se apartan de la verdad de la Palabra de Dios, los cuales son principalmente cuatro.

[La transubstanciación.]

En primer lugar, los papistas afirman que en la Cena del Señor, después de las palabras de consagración (como ellos las llaman), no permanece ninguna otra sustancia sino únicamente la sustancia de la carne y la sangre de Cristo, de manera que ya no queda pan para comer ni vino para beber.

Y aunque permanezcan el color del pan y del vino, su sabor, olor, tamaño, forma y todas las demás cualidades y cantidades que ellos llaman accidentes, sin embargo, dicen que ya no existe verdadero pan ni verdadero vino, sino que estos han sido transformados en la carne y la sangre de Cristo. A esta transformación la llaman transubstanciación, es decir, el cambio de una sustancia en otra sustancia.

Y aunque todos los accidentes, tanto del pan como del vino, permanezcan todavía, afirman que dichos accidentes no existen en ninguna cosa en particular, sino que permanecen suspendidos por sí solos, sin nada que los sustente. Porque, según ellos, estos accidentes no pueden estar en el cuerpo y la sangre de Cristo; ni tampoco en el aire, pues ni el cuerpo y la sangre de Cristo ni el aire poseen el tamaño, la forma, el olor o el color que pertenecen al pan y al vino.

Tampoco pueden estar, dicen ellos, en el pan y el vino, porque la sustancia del pan y del vino —según afirman— ha desaparecido por completo.

De este modo, permanece la blancura, pero no existe nada blanco; permanecen los colores, pero no existe nada coloreado por ellos; permanece la redondez, pero no existe nada redondo; existe tamaño, pero nada que tenga tamaño; existe dulzura, sin que exista algo dulce; blandura, sin que exista algo blando; fractura, sin que exista algo quebrado; división, sin que exista algo dividido; y así también todas las demás cualidades y cantidades, sin ninguna realidad que las reciba o las sostenga. Y esta doctrina la enseñan como un artículo necesario de nuestra fe.

Pero esta no es la doctrina de Cristo, sino la sutil invención del Anticristo, decretada por primera vez por Inocencio III [De Summa Trinitate et Fide Catholica, "Firmiter",

“Paragrapho”, “Una” (1580).], y posteriormente desarrollada con mayor amplitud por los autores escolásticos, cuyo empeño consistió siempre en defender y difundir por el mundo todo aquello que el Obispo de Roma hubiera decretado.

Y el Diablo, por medio de su ministro el Anticristo, había cegado de tal manera los ojos de una gran multitud de cristianos en estos últimos tiempos, que no buscaban la fe en la clara luz de la Palabra de Dios, sino en el Anticristo romano, creyendo todo cuanto él les prescribía, aun cuando fuese contrario a toda razón, a todos los sentidos y también a la santísima Palabra de Dios.

Porque, de otro modo, no habría sido verdaderamente Anticristo si no hubiera sido tan opuesto a Cristo, cuya doctrina es completamente contraria a esta doctrina del Anticristo.

Pues Cristo enseña que recibimos verdadero pan y verdadero vino en la santísima Cena del Señor, como sacramentos destinados a recordarnos que, así como somos alimentados corporalmente por el pan y el vino, así también somos alimentados espiritualmente por el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Cristo.

De la misma manera, en nuestro bautismo recibimos verdadera agua para significarnos que, así como el agua es un elemento que lava exteriormente el cuerpo, así también nuestras almas son lavadas interiormente por el Espíritu Santo.

[El segundo error es acerca de la presencia de Cristo en este sacramento.]

La segunda cuestión principal en la que los papistas se apartan de la verdad de la Palabra de Dios es esta:

Ellos afirman que la misma carne y sangre naturales de Cristo, que padecieron por nosotros en la cruz y que ahora están sentadas a la diestra del Padre en el cielo, están también real, sustancial, corporal y naturalmente presentes en o bajo los accidentes del pan y del vino sacramentales, a los cuales llaman las especies del pan y del vino.

Y aun en esto no concuerdan plenamente entre sí. Porque algunos sostienen que el verdadero cuerpo natural de Cristo está allí, pero no de manera natural ni sensible. Otros afirman que está allí natural y sensiblemente, con el mismo tamaño y forma que tiene en el cielo, tal como nació de la bienaventurada Virgen María, y que allí es partido y desgarrado por nuestros dientes.

Y esto aparece en parte por los autores escolásticos y en parte por la confesión de Berengario [De Consecratione, Distinctio 2, “Ego Berengarius”. Véase también Roffensis, Contra Æcolampadium, en el prólogo, libro III, corroboración 5 (1580).],

la cual Nicolás II le obligó a formular. Dicha confesión fue esta [Véase Mosheim, Historia Eclesiástica, siglo XI, cap. III, § 13 y ss.]:

Que, respecto a los sacramentos de la mesa del Señor, el mencionado Berengario debía prometer mantener la misma fe que sostenían el papa Nicolás y su concilio; a saber, que no solamente los sacramentos del pan y del vino, sino también la verdadera carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo, son sensiblemente tocadas por el sacerdote sobre el altar, y quebrantadas y desgarradas por los dientes de los fieles.

[Cristo no está corporalmente en la tierra.]

Pero la verdadera fe católica, fundamentada en la infalible Palabra de Dios, nos enseña que nuestro Salvador Cristo, en cuanto a su naturaleza humana y presencia corporal, ha ascendido al cielo y está sentado a la diestra de su Padre; y allí permanecerá hasta el fin del mundo, cuando volverá para juzgar a vivos y muertos, como Él mismo declara en muchos pasajes de la Escritura.

[Juan 16.] «Dejo el mundo —dijo Él— y voy al Padre.»

Y en otro lugar dice: [Mateo 26.] «A los pobres siempre los tendréis con vosotros; pero a mí no siempre me tendréis.»

Y nuevamente afirma: [Mateo 24.] «Muchos vendrán después diciendo: “Mirad, aquí está Cristo”, o: “Mirad, allí está”; pero no les creáis.»

Y San Pedro dice en los Hechos: [Hechos 3.] «Es necesario que el cielo reciba a Cristo hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas.»

Y San Pablo, escribiendo a los colosenses, concuerda con esto cuando dice: [Colosenses 3.] «Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre.»

Asimismo, San Pablo, hablando específicamente del sacramento, dice: [1 Corintios 11.] «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga.»

«Hasta que Él venga», dice San Pablo, dando a entender que no está allí corporalmente presente. Porque ¿qué manera de hablar sería esta? ¿Quién habla de una persona que ya está presente diciendo: «hasta que venga»? Pues la expresión «hasta que venga» significa precisamente que todavía no está presente.

Esta es la fe católica que aprendemos desde nuestra juventud en nuestro Credo común, la misma que Cristo enseñó, los Apóstoles siguieron y los Mártires confirmaron con su sangre.

Y aunque Cristo, según su naturaleza humana, esté sustancial, real, corporal, natural y sensiblemente presente con su Padre en el cielo, sin embargo, sacramental y espiritualmente está presente aquí. Porque en el agua, el pan y el vino está presente como en signos y sacramentos; pero está verdaderamente presente de manera espiritual en los cristianos fieles que, conforme a la ordenanza de Cristo, son bautizados, reciben la santa comunión o creen sinceramente en Él.

Así habéis oído el segundo artículo principal en el cual los papistas se apartan de la verdad de la Palabra de Dios y de la fe católica.

[El tercer error es que los hombres impíos comen y beben el verdadero cuerpo y sangre de Cristo.]

Ahora bien, la tercera cuestión en la que se apartan es esta:

Los papistas sostienen que los hombres impíos e irreligiosos reciben en este sacramento el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, y que comen y beben exactamente lo mismo que los hombres buenos y piadosos.

Pero la verdad de la Palabra de Dios enseña lo contrario: que todos aquellos que son miembros piadosos de Cristo, así como corporalmente comen el pan y beben el vino, también espiritualmente comen y beben la verdadera carne y sangre de Cristo. En cuanto a los impíos, que son miembros del Diablo, comen el pan sacramental y beben el vino sacramental, pero no comen espiritualmente la carne de Cristo ni beben su sangre, sino que comen y beben su propia condenación.

[El cuarto error es el sacrificio diario de Cristo.]

La cuarta cuestión en la que los sacerdotes papistas discrepan de la manifiesta Palabra de Dios es esta:

Ellos afirman que ofrecen a Cristo cada día para la remisión de los pecados y que distribuyen mediante sus misas los méritos de la pasión de Cristo.

Pero los Profetas, los Apóstoles y los Evangelistas enseñan que Cristo mismo, en su propia persona, ofreció un sacrificio por nuestros pecados sobre la cruz, por cuyas heridas fueron sanadas todas nuestras enfermedades y perdonados nuestros pecados. Y ningún sacerdote, hombre o criatura hizo jamás tal sacrificio sino Él; ni tampoco Él mismo lo realizó más de una sola vez.

Y el beneficio de este sacrificio no está en poder de ningún hombre para otorgarlo a otro, sino que cada persona debe recibirlo directamente de las manos de Cristo mediante su propia fe y creencia, como dice el profeta: [Habacuc 2.] «El justo por su fe vivirá».

Aquí termina el Primer Libro.

El Segundo Libro trata contra el error de la transubstanciación.

Capítulo 1.

[Refutación del error de la transubstanciación.]

Así habéis oído expuestas las cuatro cuestiones principales en las cuales la doctrina papista se aparta de la verdadera Palabra de Dios y de la antigua fe cristiana católica en lo concerniente a la Cena del Señor.

Ahora bien, para que nadie piense que invento algo por mi propia cuenta sin fundamento ni autoridad alguna, escucharéis, por la gracia de Dios, tanto la refutación de los errores de los papistas como la defensa de la verdad católica, apoyadas no solo en la certísima Palabra de Dios, sino también en los más antiguos autores aprobados y mártires de la Iglesia de Cristo.

Capítulo 2.

[La doctrina papista es contraria a la Palabra de Dios.]

Y, en primer lugar, que el pan y el vino permanecen después de las palabras de consagración y que son comidos y bebidos en la Cena del Señor, resulta manifiesto por las claras palabras de Cristo mismo cuando administró dicha Cena a sus discípulos.

Porque, según escriben los evangelistas: [Mateo 26; Marcos 14.] «Cristo tomó el pan, lo partió, lo dio a sus discípulos y dijo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo.”» Aquí los papistas triunfan apoyándose en estas palabras cuando Cristo dijo: [Lucas 22.] «Esto es mi cuerpo», las cuales ellos llaman las palabras de consagración.

Porque —dicen ellos— tan pronto como estas palabras han sido pronunciadas por completo, ya no queda pan alguno ni ninguna otra sustancia, sino únicamente el cuerpo de Cristo. Cuando Cristo dijo «esto», el pan permanecía, dicen ellos. Y cuando dijo «es», el pan todavía permanecía. Asimismo, cuando añadió «mi», el pan seguía allí. Y cuando dijo «cuerpo», el pan aún permanecía. Pero cuando terminó

toda la frase: «Esto es mi cuerpo», entonces —afirman ellos— el pan desapareció y ya no quedó ninguna sustancia sino solamente el cuerpo de Cristo.

¡Como si el pan no pudiera permanecer cuando es constituido sacramento!

Pero esa negación, según la cual ya no existe pan alguno, la extraen de sus propias imaginaciones mediante sus llamadas Verdades No Escritas.

¡Oh buen Señor! ¡Cómo se habrían jactado si Cristo hubiera dicho: «Esto no es pan»! Pero Cristo no pronunció esa negación: «Esto no es pan», sino que afirmó: «Esto es mi cuerpo», no negando el pan, sino afirmando que su cuerpo era comido —entendiendo esto espiritualmente— así como el pan era comido corporalmente.

Y que este fue el sentido de las palabras de Cristo aparece claramente en San Pablo, en el capítulo décimo de la Primera Epístola a los Corintios, donde, hablando del mismo asunto, dice: [1 Corintios 10.] «¿No es el pan que partimos la comunión del cuerpo de Cristo?»

¿Quién entendió mejor el pensamiento de Cristo que San Pablo, a quien Cristo reveló sus más secretos consejos?

Y San Pablo no teme, para una mejor comprensión de las palabras de Cristo, expresarlas de manera algo diferente, para que no nos aferremos rígidamente a las letras y sílabas y caigamos en error al interpretar sus palabras.

Porque mientras nuestro Salvador Cristo partió el pan y dijo: «Esto es mi cuerpo», San Pablo dice que «el pan que partimos es la comunión del cuerpo de Cristo». Cristo dijo «su cuerpo»; y San Pablo dijo «la comunión del cuerpo», significando, sin embargo, una misma cosa: que quienes comen dignamente el pan comen espiritualmente el verdadero cuerpo de Cristo.

Y así Cristo llama al pan su cuerpo —como informan los antiguos autores— porque representa su cuerpo y significa a aquellos que comen ese pan conforme a la ordenanza de Cristo que espiritualmente comen su cuerpo y son espiritualmente alimentados y nutridos por Él.

Y, sin embargo, el pan permanece allí como sacramento para significar esa realidad. Pero acerca de estas palabras de consagración se hablará más extensamente más adelante.

Por tanto, volviendo al asunto principal, que el pan permanece y es comido en este sacramento se demuestra por las palabras pronunciadas antes de la consagración. Porque Cristo «tomó pan, lo partió, lo dio a sus discípulos y dijo: “Tomad, comed”». Todo esto fue hecho y dicho antes de las palabras de la consagración. Por

consiguiente, necesariamente debe entenderse del verdadero pan: que Cristo tomó pan, partió pan, dio pan a sus discípulos y les mandó tomar pan y comer pan.

Pero esto resulta todavía más claro y evidente respecto del vino, pues que permanece y es bebido en la Cena del Señor se demuestra tanto por las palabras pronunciadas antes como por las pronunciadas después de la consagración. Porque antes de las palabras de consagración, Cristo tomó la copa de vino, la dio a sus discípulos y dijo: [Mateo 26; Marcos 14.] «Bebed todos de ella». Y después de las palabras de consagración sigue el relato: «Y todos bebieron de ella».

Ahora pregunto a todos los papistas: ¿qué fue aquello que Cristo mandó beber a sus discípulos cuando dijo: «Bebed todos de ella»? La sangre de Cristo aún no estaba allí, según su propia confesión, porque estas palabras fueron pronunciadas antes de la consagración. Por lo tanto, no podía ser otra cosa que vino lo que les mandó beber.

Entonces pregunto nuevamente a los papistas: ¿bebieron los discípulos vino o no? Si responden que sí, entonces deben retractarse de su error de que después de la consagración no queda vino alguno.

Si responden que no, entonces condenan a los Apóstoles por desobedecer el mandato de Cristo, pues no habrían bebido el vino que Él les ordenó beber.

O, más bien, reprenden a Cristo como a un embaucador, que mandó a sus Apóstoles beber vino y, cuando llegaron a beberlo, Él mismo lo habría hecho desaparecer.

Además, antes de entregar la copa de vino a sus discípulos, Cristo les dijo: [Lucas 22.] «Repartid esto entre vosotros».

Aquí quisiera hacer otra pregunta a los papistas: ¿qué era aquello que Cristo mandó a sus discípulos repartir entre ellos?

Estoy seguro de que no dirán que era la copa, a menos que estén dispuestos a hacer reír a la gente.

Tampoco creo que digan que era la sangre de Cristo, tanto porque estas palabras fueron pronunciadas antes de la consagración como porque la sangre de Cristo no se divide, sino que es dada espiritualmente y en su totalidad en el sacramento.

Por tanto, no puede entenderse de ninguna otra cosa que del vino, que debían repartirse entre ellos y beber juntos.

Asimismo, cuando la comunión hubo terminado, Cristo dijo a sus Apóstoles: [Mateo 26; Marcos 14.] «De cierto os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre».

Por estas palabras queda claro que lo que los Apóstoles bebieron en aquella santa Cena fue verdadero vino. Porque la sangre de Cristo no es fruto de la vid, ni lo son los accidentes del vino; ni existe otra cosa que sea fruto de la vid sino únicamente el verdadero vino.

¿Cómo podría Cristo haber expresado con mayor claridad que el pan y el vino permanecen, que tomando el pan en sus manos, partiéndolo Él mismo, dándolo a sus discípulos y mandándoles comerlo? ¿Y tomando la copa de vino en sus manos, entregándola a ellos, ordenándoles repartirla entre sí y beberla, y llamándola fruto de la vid?

Estas palabras de Cristo son tan claras que, si un ángel del cielo nos dijera lo contrario, no debería ser creído; y mucho menos debemos creer las sutiles mentiras de los papistas.

Si Cristo hubiera querido que creyéramos como un artículo necesario de nuestra fe que ya no permanece ni pan ni vino, ¿habría hablado de esta manera, utilizando todas estas expresiones y circunstancias que nos llevan precisamente a creer que todavía permanecen el pan y el vino?

¿Qué clase de maestro hacen ellos de Cristo al afirmar que quiso decir una cosa cuando sus palabras dicen claramente lo contrario? ¿Qué corazón cristiano puede soportar pacientemente semejante afrenta contra Cristo?

Pero ¡qué maestros tan astutos son estos papistas, que inventan fantasías nacidas de su propia imaginación, directamente contrarias a la enseñanza de Cristo, y luego las presentan al pueblo cristiano para que sean creídas con absoluta certeza como si fueran la santísima Palabra de Dios!

San Pablo no actuó así, sino que siguió en esto la manera de hablar de Cristo, llamando al pan «pan» y al vino «vino», sin alterar jamás las palabras de Cristo en este asunto.

[1 Corintios 10.] «El pan que partimos —dice él—, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?»

Ahora pregunto nuevamente a los papistas: ¿hablaba San Pablo aquí del pan consagrado o del pan no consagrado?

No pueden decir que hablaba del pan no consagrado, porque según su propia doctrina ese pan no es la comunión del cuerpo de Cristo.

Y si San Pablo hablaba del pan consagrado, entonces necesariamente deben confesar que después de la consagración permanece un pan que es partido, el cual no puede ser otra cosa que verdadero pan material.

Y acto seguido, San Pablo dice en el mismo pasaje: [1 Corintios 10.] «Porque participamos de un mismo pan y de una misma copa».

Y en el capítulo siguiente, hablando más extensamente sobre el mismo asunto, menciona cuatro veces el pan y la copa, sin hacer jamás referencia alguna a la transubstanciación ni a la permanencia de accidentes sin sustancia alguna; cuestiones que habría mencionado de alguna manera si hubiese sido un artículo necesario de nuestra fe creer que ya no permanecen ni pan ni vino.

Así pues, resulta evidente y manifiesto por las palabras de la Escritura que después de la consagración permanecen el pan y el vino, y que la doctrina papista de la transubstanciación es directamente contraria a la Palabra de Dios.

Capítulo 3.

[La doctrina papista es contraria a la razón.]

Consideremos ahora también cómo esta doctrina se opone a la razón natural y al funcionamiento natural de las cosas [Véase el Capítulo 14.]; las cuales, aunque no prevalecen contra la Palabra de Dios, sin embargo, cuando se unen a ella, tienen gran valor para confirmar cualquier verdad.

La razón natural aborrece el vacío; es decir, que exista un lugar vacío en el que no haya ninguna sustancia. Pero si no permanecen ni el pan ni el vino, entonces el lugar donde antes estaban y donde permanecen sus accidentes no está ocupado por ninguna sustancia, sino que queda vacío, lo cual es completamente contrario al orden de la naturaleza.

Vemos también que el vino, aunque haya sido consagrado, puede convertirse en vinagre, y que el pan puede enmohecerse; en cuyo caso no son otra cosa que vino agrio y pan enmohecido. Sin embargo, no podrían agriarse ni enmohecerse si no hubiera realmente pan y vino presentes.

Y si los sacramentos fueran quemados —como ocurría en la Iglesia antigua, donde se quemaba todo lo que quedaba sin consumir—, que los papistas nos digan qué es lo que se quema.

Necesariamente deben responder que se trata o bien de pan o bien del cuerpo de Cristo.

Pero pan, dicen ellos, ya no hay allí.

Entonces necesariamente tendrían que quemar el cuerpo de Cristo y ser llamados quemadores de Cristo —así como en otros tiempos han quemado a muchos de sus miembros—, a menos que quieran afirmar que los accidentes arden por sí solos sin ninguna sustancia que los sustente, lo cual es contrario a todo el curso de la naturaleza.

El pan y el vino sacramentales también alimentan y nutren. Pero esta nutrición procede naturalmente de la sustancia de los alimentos y bebidas, y no de sus accidentes.

Asimismo, el vino puede envenenar —como diversos obispos de Roma han experimentado tanto al envenenar a otros como al ser ellos mismos envenenados—. Y este efecto venenoso no pueden atribuirlo a la santísima sangre de nuestro Salvador Cristo, sino únicamente al vino envenenado.

Y, sobre todo, es contrario a la naturaleza misma de los accidentes existir sin estar en algo. Porque la definición de accidente consiste precisamente en estar en una sustancia; de modo que, si existen, necesariamente deben existir en algo. Y si no existen en nada, entonces simplemente no existen.

Y mil otras afirmaciones igualmente absurdas sostienen los papistas mediante su doctrina de la transustanciación, en contradicción con toda naturaleza y razón; tales como que dos cuerpos estén en un mismo lugar, o que un solo cuerpo esté simultáneamente en muchos lugares; que las sustancias sean generadas únicamente a partir de accidentes; que los accidentes se conviertan en sustancias; que un cuerpo esté en un lugar sin ocupar espacio alguno; que exista generación sin corrupción y corrupción sin generación; y muchas otras cosas semejantes, contrarias a todo orden y a todos los principios de la naturaleza y de la razón.

Capítulo 4.

[La doctrina papista también es contraria a todos nuestros sentidos.]

La doctrina papista también se opone a todos nuestros sentidos externos, comúnmente llamados los cinco sentidos. Porque nuestros ojos dicen que allí ven pan y vino; nuestras narices perciben olor a pan y vino; nuestras bocas saborean pan y vino; y nuestras manos sienten pan y vino.

Y aunque los artículos de nuestra fe están por encima de todos nuestros sentidos externos, de manera que creemos cosas que no podemos ver, tocar, oír, oler ni gustar, sin embargo, no son contrarios a nuestros sentidos; al menos, no tan contrarios que, respecto de aquellas cosas que continuamente vemos, olemos, tocamos, oímos y gustamos, debamos desconfiar de nuestros sentidos y creer exactamente lo contrario. Cristo jamás estableció semejante artículo de fe.

Nuestra fe nos enseña a creer cosas que no vemos; pero no nos manda dejar de creer aquello que diariamente vemos con nuestros ojos, oímos con nuestros oídos y palpamos con nuestras manos. Porque, aunque nuestros sentidos no alcanzan tan lejos como alcanza nuestra fe, dentro del ámbito al que normalmente llegan nuestros sentidos, nuestra fe no se opone a ellos; más bien, nuestros sentidos confirman nuestra fe.

De otro modo, ¿de qué habría servido a Santo Tomás, para la confirmación de la resurrección de Cristo, introducir su mano en el costado de Cristo y tocar sus heridas [Juan 20], si no pudiera confiar en sus sentidos ni darles crédito alguno?

Y además [Véase Agustín, *Enarrationes in Psalmum XXIX*, prefacio de la segunda exposición; e Hilario, *De Trinitate*, libro III, y *Contra Constantium*], ¡qué enorme puerta se abre aquí para Valentiniano, Marción y otros herejes, quienes afirmaban que Cristo no fue crucificado, sino que Simón de Cirene fue crucificado en su lugar, aunque a los ojos del pueblo parecía que era Cristo quien estaba siendo crucificado! ¿O para aquellos herejes que sostenían que Cristo no era verdaderamente hombre, aunque a la vista de todos aparecía en forma humana y parecía tener hambre, sed y cansancio; llorar, dormir, comer, beber e incluso morir como los demás hombres? Porque si admitimos una vez esta doctrina, entonces no debe darse crédito alguno a nuestros sentidos; abrimos un campo inmenso y damos ocasión a una innumerable multitud de gravísimas herejías.

Y si no debe darse confianza a nuestros sentidos en esta cuestión del sacramento, ¿por qué entonces los papistas afirman con tanta firmeza que los accidentes permanecen después de la consagración, siendo que tales accidentes no pueden ser juzgados sino por los sentidos?

Porque la Escritura no dice una sola palabra acerca de los accidentes del pan y del vino, sino acerca del pan y del vino mismos.

Y es contrario a la naturaleza y a la definición misma de los accidentes existir solos sin ninguna sustancia.

Por consiguiente, si no podemos confiar en nuestros sentidos en esta cuestión sacramental, entonces, si la sustancia del pan y del vino ha desaparecido, ¿por qué no podríamos decir también que los accidentes han desaparecido?

Y si necesariamente debemos creer a nuestros sentidos en lo referente a los accidentes del pan y del vino, ¿por qué no podemos hacer lo mismo respecto de la sustancia, y con mayor razón que respecto de los accidentes?

Porque después de la consagración, la Escritura en ningún lugar dice que ya no exista la sustancia del pan ni la del vino; antes bien, continúa llamándolos con nombres que designan sustancias y no accidentes.

Y finalmente, si nuestros sentidos son engañados diariamente en esta cuestión, entonces el sacramento sensible no sería otra cosa que una ilusión de nuestros sentidos.

Y con ello daríamos gran apoyo a quienes afirmaban que Cristo era un hábil embaucador que hacía aparecer ante la vista de los hombres cosas que en realidad no existían, sino solamente formas, figuras y apariencias de ellas.

Pero para concluir brevemente esta consideración acerca de nuestros sentidos, que todos los papistas unan sus inteligencias y nunca podrán demostrar un solo artículo de nuestra fe que sea tan directamente contrario a nuestros sentidos que todos ellos, mediante la experiencia cotidiana, afirmen que una cosa existe y, sin embargo, nuestra fe nos enseñe precisamente lo contrario.

Capítulo 5.

[La doctrina papista es contraria a la fe de los antiguos autores de la Iglesia de Cristo.]

Ahora bien, puesto que ya se ha demostrado cómo esta opinión papista de la transubstanciación es contraria a la Palabra de Dios, a la naturaleza, a la razón y a todos nuestros sentidos, mostraremos además que también es contraria a la fe y a la doctrina de los antiguos autores de la Iglesia de Cristo, comenzando por aquellos escritores que estuvieron más próximos al tiempo de Cristo y que, por tanto, pudieron conocer mejor la verdad sobre esta cuestión.

[Ignacio, A los Filadelfios: «Una es la carne de nuestro Señor Jesucristo y una su sangre, que fue derramada por nosotros; asimismo, un solo pan es partido para todos y una sola copa para toda la Iglesia.»]

[Clemente, en Pedagogo, libro II, capítulo 2: «Él mismo también usó vino, pues Él también fue hombre; y bendijo el vino cuando dijo: “Tomad, bebed; esta es mi sangre, la sangre de la vida”; la Palabra, que es derramada por muchos para remisión de los pecados, significa alegóricamente la santa corriente de la alegría.» Y poco después: «Y que era vino lo que fue bendecido lo demuestra nuevamente cuando

dice a los discípulos: “No beberé de este fruto de la vid hasta que lo beba con vosotros en el reino de mi Padre.”»]

[«El pontífice descubre el pan cubierto y entero, partiéndolo en fragmentos», etc. Dionisio, Jerarquía Eclesiástica, capítulo III.]

[Justino.]

En primer lugar está Justino, hombre de gran erudición y santo mártir, el autor más antiguo conocido hasta hoy que escribió un tratado acerca de los sacramentos, no mucho más de cien años después de la ascensión de Cristo.

Él escribe en su Segunda Apología [Benedictina, Apología I, p. 83; véase Libro III, cap. 8.] que el pan, el agua y el vino de este sacramento no deben ser considerados como alimentos y bebidas comunes, sino como dones instituidos expresamente para dar gracias a Dios, y por ello son llamados Eucaristía, es decir, acción de gracias, y también son llamados cuerpo y sangre de Cristo. Asimismo, afirma que no es lícito comer ni beber de ellos a nadie que no profese a Cristo y viva conforme a esa profesión.

Y, sin embargo, añade que «ese mismo alimento y bebida se transforma en nuestra carne y sangre y nutre nuestros cuerpos».

Por estas palabras resulta evidente que Justino pensaba que el pan y el vino permanecían realmente; de otro modo, no podrían transformarse en nuestra carne y sangre para alimentar nuestros cuerpos.

Después de él vino Ireneo [Ireneo, Contra Valentín, libro IV, capítulo 34 (edición Benedictina: Contra las Herejías, libro IV, capítulo 18.)], más de ciento cincuenta años después de Cristo, quien, según se considera, difícilmente pudo equivocarse en los puntos necesarios de nuestra fe, pues fue discípulo de Policarpo, y Policarpo fue discípulo de San Juan el Evangelista.

Ireneo sigue en esta materia el pensamiento de Justino por completo y casi también sus mismas palabras, diciendo que:

«El pan con el cual damos gracias a Dios, aunque procede de la tierra, cuando sobre él es invocado el nombre de Dios, ya no es pan común, sino pan de acción de gracias, que contiene dos elementos: uno terrenal y otro celestial.»

¿Qué quiso decir con el elemento celestial, sino la santificación que procede de la invocación del nombre de Dios? ¿Y qué quiso decir con el elemento terrenal, sino el mismo pan, que, como había dicho antes, procede de la tierra y que también, según

afirma, alimenta nuestros cuerpos, del mismo modo que el resto del pan que acostumbramos comer?

[Y el mismo Ireneo, libro V: «Cuando la copa mezclada y el pan partido reciben la Palabra de Dios, se convierten en la Eucaristía del cuerpo y la sangre de Cristo, de los cuales se fortalece y subsiste la sustancia de nuestra carne.» Y en el mismo lugar: «Puesto que somos miembros suyos y somos nutridos por medio de la creación, Él confirmó como suyo aquel cáliz que procede de la creación, por medio del cual aumenta nuestros cuerpos.» El mismo Ireneo, libro IV, capítulo 34: «¿Cómo podrán sostener que el pan sobre el cual se ha dado gracias es el cuerpo de su Señor y que la copa es su sangre, si niegan que Él sea el Hijo del Creador del mundo?»] Poco después de Ireneo vino Orígenes, aproximadamente doscientos años después de la ascensión de Cristo, quien también afirma que el pan material permanece, diciendo que:

«La materia del pan nada aprovecha, sino que desciende al vientre y es expulsada; pero la Palabra de Dios pronunciada sobre el pan es la que aprovecha.»

[Orígenes, Comentario a Mateo, cap. 15. El mismo, Contra Celso, libro IV: «Después de haber dado gracias por los beneficios recibidos, nos alimentamos de los panes ofrecidos.»]

Después de Orígenes vino Cipriano, santo mártir, alrededor del año 250 de nuestro Señor, quien escribió contra aquellos que administraban este sacramento solamente con agua y sin vino.

«Puesto que Cristo dijo: “Yo soy la vid verdadera”, la sangre de Cristo no es agua, sino vino; ni puede pensarse que su sangre, por la cual hemos sido redimidos y tenemos vida, esté presente en la copa cuando no hay vino en ella, siendo el vino aquello mediante lo cual se representa la sangre de Cristo.»

[Cipriano, A Cecilio, libro II, epístola 3.]

¿Qué palabras podría haber pronunciado Cipriano con mayor claridad para mostrar que el vino permanece, que decir: «Si no hay vino, no hay sangre de Cristo»?

Y poco después habla con igual claridad en la misma epístola: «Cristo —dice él—, tomando la copa, la bendijo y la dio a sus discípulos diciendo: “Bebed todos de ella, porque esta es la sangre del nuevo testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.”»

Por estas palabras de Cristo, dice San Cipriano, comprendemos que la copa que el Señor ofreció no contenía solamente agua, sino también vino; y que fue al vino al

que Cristo llamó su sangre. Por ello queda claro que la sangre de Cristo no es ofrecida cuando no hay vino en el cáliz.

Y a continuación añade:

«¿Cómo beberemos con Cristo el vino nuevo del fruto de la vid si, en el sacrificio de Dios Padre y de Cristo, no ofrecemos vino?»

En estas palabras de San Cipriano aparece con toda evidencia que en este sacramento no solamente se ofrece verdadero vino producido por las uvas de la vid, sino que también lo bebemos. Y, al mismo tiempo, nos da a entender que, si bebemos dignamente ese vino, también bebemos espiritualmente la verdadera sangre de Cristo, derramada por nuestros pecados.

[El mismo, en el Sermón sobre los Caídos: «La bebida santificada en la sangre del Señor brotó de las entrañas contaminadas.» Y en La Cena del Señor: «El pan santificado entró en la boca del impío.» Y en el mismo tratado: «Antes de las palabras de consagración, aquel pan era común», etc.; véase más adelante el capítulo XI.]

[Eusebio de Emesa.]

Eusebio de Emesa, hombre de singular fama por su erudición, aproximadamente trescientos años después de la ascensión de Cristo, expuso esta cuestión en pocas palabras con tal claridad —explicando cómo el pan y el vino son convertidos en el cuerpo y la sangre de Cristo y, sin embargo, permanecen en su propia naturaleza; y también cómo, además de la recepción externa del pan y del vino, Cristo es recibido interiormente por la fe en nuestros corazones— que difícilmente podría desearse una explicación más clara sobre este asunto.

Porque afirma que la conversión de las criaturas visibles del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo es semejante a nuestra conversión en el bautismo, donde exteriormente nada cambia y todo permanece tal como era antes, mientras que toda la transformación ocurre interior y espiritualmente.

«Si quieres saber —dice él [De Consecratione, Dist. 2, "Quia"]— cómo no debe parecerte cosa nueva ni imposible que las cosas terrenales y corruptibles sean transformadas en la sustancia de Cristo, mírate a ti mismo, que fuiste hecho nuevo en el bautismo. Cuando estabas lejos de la vida, desterrado como extraño de la misericordia y del camino de la salvación, y muerto interiormente, de repente comenzaste una nueva vida en Cristo; fuiste renovado por los santos misterios y transformado en miembro del cuerpo de la Iglesia, no por la vista, sino por la fe; y de ser hijo de condenación, por una purificación secreta, fuiste hecho hijo escogido de Dios.

Visiblemente permaneciste con la misma apariencia que tenías antes, pero invisiblemente fuiste engrandecido, sin aumento alguno de tu cuerpo. Eras la misma persona y, sin embargo, por el crecimiento de la fe llegaste a ser otro hombre. Exteriormente nada fue añadido, pero toda la transformación ocurrió interiormente. Así fue hecho el hombre hijo de Cristo, y Cristo fue formado en la mente del hombre. Por tanto, así como al abandonar tu antigua vileza recibiste una nueva dignidad sin percibir cambio alguno en tu cuerpo; y así como la curación de tu enfermedad, la eliminación de tu corrupción y la limpieza de tu inmundicia no son vistas por tus ojos, sino creídas en tu mente; de igual manera, cuando te acercas al venerable altar para alimentarte de comida espiritual, contempla con fe el cuerpo y la sangre de Aquel que es tu Dios; hónralo, tócalo con tu mente, recíbelo con la mano de tu corazón y, sobre todo, bébelo con el sorbo de tu hombre interior.»

Hasta aquí he citado las palabras de Eusebio, las cuales son tan claras que nadie podría desear una explicación más explícita de que esta transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo es una transformación espiritual y que exteriormente nada cambia. Pero así como exteriormente comemos el pan y bebemos el vino con nuestra boca, interiormente, por la fe, comemos espiritualmente la verdadera carne y bebemos la verdadera sangre de Cristo.

[Hilario.]

Hilario también expresa lo mismo en pocas palabras.

«Existe una figura —dice él—, porque exteriormente se ven el pan y el vino. Y existe también la verdad de esa figura, porque el cuerpo y la sangre de Cristo son verdaderamente creídos interiormente.» [Hilario, Dist. 2, "Corpus".]

Y este Hilario vivió menos de trescientos cincuenta años después de Cristo.

Y Epifanio, poco tiempo después, afirma [Epifanio, Contra las Herejías, libro III, tomo 2; y en Anacephalæosis] que el pan es alimento, pero que es la virtud que está en él la que da vida. Pero si no hubiera pan en absoluto, ¿cómo podría ser alimento?

Por la misma época, o poco después, hacia el año 400 de nuestro Señor, San Juan Crisóstomo escribió así contra aquellos que utilizaban únicamente agua en el sacramento:

«Cristo —dice él—, queriendo arrancar aquella herejía de raíz, utilizó vino tanto antes de su resurrección, cuando instituyó los misterios, como después, en su mesa ordinaria. Porque dice: "del fruto de la vid"; y ciertamente la vid no produce agua, sino vino.» [Crisóstomo, Homilía 83 sobre Mateo, capítulo 26.]

Estas palabras de Crisóstomo declaran claramente que Cristo, en su santa mesa, tanto bebió vino como dio vino para beber, lo cual no sería cierto si después de la consagración no permaneciera vino alguno, como imaginan los papistas.

Y con mayor claridad aún, San Crisóstomo expone esta cuestión en otro lugar diciendo:

«El pan, antes de ser santificado, es llamado pan; pero cuando es santificado por medio del sacerdote, deja de ser llamado simplemente pan y es elevado al nombre de cuerpo del Señor, aunque la naturaleza del pan permanece todavía.» [Ad Cæsarium Monachum.]

«La naturaleza del pan permanece todavía», dice él, para la total y manifiesta refutación de los papistas, quienes sostienen que permanecen los accidentes del pan, pero no su naturaleza ni su sustancia.

[Ambrosio.]

Por el mismo tiempo vivió San Ambrosio, quien explica que la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo no consiste en que desaparezcan la naturaleza y la sustancia del pan y del vino, sino en que, por la gracia y mediante el poderoso poder de Dios, se produce una transformación espiritual, de tal manera que quien come dignamente de ese pan come espiritualmente a Cristo, y permanece en Cristo y Cristo en él.

Porque, hablando de esta transformación del pan en el cuerpo de Cristo, San Ambrosio dice [De Mysteriis, capítulo final; y De Sacramentis, libro IV, capítulo 4]: «Si la Palabra de Dios tiene tal poder que puede hacer existir cosas de la nada y traer a la existencia aquello que antes no existía, mucho más puede hacer que las cosas que ya existían continúen existiendo y, al mismo tiempo, sean transformadas en otras cosas.»

Y para ilustrar esto, presenta como ejemplo nuestra transformación en el bautismo, donde una persona es transformada de tal manera —como ya se explicó en las palabras de Eusebio— que llega a ser una nueva criatura, aunque su sustancia permanece siendo la misma que era antes.

[Agustín.]

Y San Agustín [Agustín, Sermón a los Neófitos], aproximadamente en la misma época, escribió:

«Lo que veis sobre el altar es el pan y la copa, como también os lo muestran vuestros ojos. Pero la fe os muestra algo más: que el pan es el cuerpo de Cristo y la copa es su sangre.»

[Y poco después: «El pan no se hace de un solo grano, sino de muchos.» (ed. Benedictina, Sermón 271, tomo V, p. 1104). Y más adelante: «¿Quién de los hombres sabe de aquellas nubes y fuegos que los ángeles produjeron o asumieron para significar lo que anunciaban? Así como los niños no lo saben», etc. (De Trinitate, libro III, cap. 10; ed. Benedictina, tomo VIII, p. 804). Y poco después: «Los niños no saben qué es lo que se coloca sobre el altar y se consume después de la celebración sagrada, ni de dónde procede ni cómo se prepara, ni cómo es destinado al uso religioso. Y si nunca llegaran a aprenderlo por experiencia propia o ajena, y nunca vieran esta clase de cosas fuera de las celebraciones sacramentales, cuando son ofrecidas y distribuidas, y se les dijera con la máxima autoridad de quién son ese cuerpo y esa sangre, no creerían otra cosa sino que el Señor mismo apareció visiblemente ante los ojos de los mortales bajo aquella forma, y que de un costado herido fluyó realmente aquella sangre.» (De Trinitate, libro III, cap. 10; ed. Benedictina, tomo VIII, p. 804). Y antes, en el capítulo 4: «El pan y el vino no son santificados para llegar a ser tan grande sacramento sino por la operación invisible del Espíritu Santo.» (ed. Benedictina, tomo VIII, p. 798). El mismo Agustín, en De Trinitate, libro III, capítulo 10, hablando de los nueve modos por los cuales Dios nos comunica algo, menciona como noveno modo una cosa que conserva la misma apariencia, pero que ha de desaparecer una vez cumplido el misterio: «A veces — dice — la misma apariencia es producida para este fin, permaneciendo algún tiempo, como pudo ocurrir con la serpiente de bronce levantada en el desierto, o como sucede con las letras; o desapareciendo después de cumplir su ministerio, como el pan preparado para el sacramento, que se consume al ser recibido. Pero, puesto que estas cosas son conocidas por los hombres y realizadas por hombres, pueden recibir veneración como cosas religiosas, pero no admiración como cosas milagrosas.» (ed. Benedictina, tomo VIII, p. 803). El mismo, en Homilía 26 sobre Juan: «Nuestro Señor Jesucristo encomendó su cuerpo y su sangre en aquellas cosas que, siendo muchas, son reducidas a una sola. Porque una cosa se compone de muchos granos, y otra fluye de muchos racimos.» Y poco después: «Acércate con confianza; es pan, no veneno.»]

Aquí declara que hay cuatro cosas en el sacramento: dos que vemos, que son el pan y el vino; y otras dos que no vemos sino únicamente por la fe, que son el cuerpo y la sangre de Cristo.

Y la misma verdad la expresa con igual claridad en otro lugar [En el Libro de las Sentencias de Próspero], diciendo:

«El sacrificio de la Iglesia consta de dos cosas: de la especie visible del elemento y de la invisible carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo; tanto del sacramento

como de la realidad significada por el sacramento; así como la persona de Cristo consta de Dios y de hombre, puesto que es verdadero Dios y verdadero hombre. Porque toda cosa contiene en sí la verdadera naturaleza de aquellos elementos de los cuales está compuesta. Ahora bien, el sacrificio de la Iglesia consta de dos cosas: del sacramento y de la realidad significada por él, es decir, el cuerpo de Cristo. Por tanto, existe tanto el sacramento como la realidad del sacramento, que es el cuerpo de Cristo.»

[Hesiquio, sobre Levítico, libro II, capítulo 8: «Es al mismo tiempo pan y carne.» Gregorio, en el Registro: «Tanto cuando recibimos pan ácimo como fermentado, llegamos a ser un solo cuerpo del Señor Salvador.» Rabano afirma que «el sacramento se convierte en alimento para el cuerpo».]

¿Qué podría imaginarse más claramente expresado contra el error de los papistas, quienes afirman que en el sacramento no permanece ni pan ni vino?

Porque así como la persona de Cristo consta de dos naturalezas, a saber, de su humanidad y de su divinidad, y por ello ambas naturalezas permanecen en Cristo; de la misma manera, dice San Agustín, el sacramento consta de dos naturalezas: de los elementos del pan y del vino, y del cuerpo y la sangre de Cristo; por consiguiente, ambas naturalezas deben necesariamente permanecer en el sacramento.

Para una comprensión más clara de esto, debe tenerse en cuenta que hubo ciertos herejes, como Simón, Menandro, Marción, Valentín, Basílides, Cerdón, Manes, Eutiques el Maniqueo, Apolinar y diversos otros de la misma clase, quienes afirmaban que Cristo era verdaderamente Dios, pero no verdaderamente hombre, aunque al comer, beber, dormir y realizar todas las demás acciones propias del ser humano, a juicio de los hombres aparecía semejante a un hombre.

Hubo también otros, como Artemón, Teodoro, Sabelio, Pablo de Samosata, Marcelo, Fotino, Nestorio y muchos otros de las mismas sectas, que afirmaban que Cristo era verdaderamente hombre por naturaleza, pero no verdaderamente Dios, aunque al devolver la vista a los ciegos, el habla a los mudos, el oído a los sordos, al sanar instantáneamente con su palabra toda clase de enfermedades, al resucitar a los muertos y al realizar todas las demás obras propias de Dios, se manifestó como si fuera Dios.

Hubo aún otros que, viendo que las Escrituras eran tan claras en estos dos aspectos, confesaban que Cristo era tanto Dios como hombre, pero no ambas cosas al mismo tiempo. Antes de su encarnación, decían ellos, era solamente Dios y no hombre; y después de su encarnación dejó de ser Dios y se convirtió únicamente en hombre, y no en Dios, hasta su resurrección o ascensión. Entonces, decían, abandonó su humanidad y volvió a ser solamente Dios, como lo era antes de su encarnación. De modo que cuando era hombre no era Dios, y cuando era Dios no era hombre.

Pero contra estas vanas herejías, la fe católica, fundada en la expresa Palabra de Dios, sostiene y cree que Cristo, después de su encarnación, no abandonó su naturaleza divina, sino que permaneció siendo Dios como lo era antes, siendo al mismo tiempo, como sigue siéndolo ahora, verdadero Dios y verdadero hombre.

Y para explicar esto con claridad, los antiguos autores presentan dos ejemplos. El primero es el del ser humano, compuesto de dos partes: alma y cuerpo. Ambas partes permanecen simultáneamente en el hombre, de modo que cuando el alma es unida al cuerpo por el poder omnipotente de Dios, ni el cuerpo ni el alma dejan de existir; antes bien, de ambos se forma un hombre perfecto, que posee al mismo tiempo un alma perfecta y un cuerpo perfecto.

El segundo ejemplo que los antiguos autores emplean para este propósito es la Santa Cena de nuestro Señor, la cual, dicen ellos, consta de dos partes: el sacramento o elemento visible del pan y del vino, y el cuerpo y la sangre de Cristo. Y así como en quienes reciben dignamente el sacramento las verdaderas naturalezas del pan y del vino no dejan de estar presentes, sino que permanecen allí y son comidas corporalmente, mientras que el cuerpo y la sangre de Cristo son recibidos espiritualmente; de igual manera la naturaleza divina de Cristo permanece unida a su humanidad.

Que los papistas, pues, se gloríen de su transubstanciación, según la cual no permanece ni pan ni vino en la administración del sacramento, si con ello desean defender las impías herejías ya mencionadas, que sostienen que Cristo no es simultáneamente Dios y hombre. Pero para demostrar que este era el pensamiento de los antiguos autores, además del testimonio de San Agustín ya citado, mencionaré también varios otros.

San Juan Crisóstomo escribe contra el pernicioso error de Apolinar, quien afirmaba que la divinidad y la humanidad de Cristo estaban tan mezcladas y confundidas entre sí que constituían una sola naturaleza. Contra él escribe San Juan Crisóstomo así [Ad Cæsarium Monachum]:

«Cuando hablas de Dios, debes considerar una naturaleza simple, sin composición, sin transformación; invisible, inmortal, incircunscrita, incomprensible y dotada de cualidades semejantes. Y cuando hablas del hombre, entiendes una naturaleza débil, sujeta al hambre, la sed, el llanto, el temor, el sudor y otras pasiones semejantes, las cuales no pueden existir en la naturaleza divina. Y cuando hablas de Cristo, unes dos naturalezas en una sola persona, que es a la vez pasible e impasible: pasible en cuanto a su carne, e impasible en cuanto a su divinidad.»

Y después concluye diciendo: «Por tanto, Cristo es a la vez Dios y hombre: Dios por su naturaleza impasible y hombre porque padeció. Siendo una sola persona, un solo

Hijo y un solo Señor, posee el dominio y el poder de dos naturalezas unidas, las cuales no son de una misma sustancia, sino que cada una conserva propiedades distintas de la otra. Por ello permanecen dos naturalezas, distintas y no confundidas. Porque así como antes de la consagración llamamos pan al pan, pero cuando la gracia de Dios lo ha santificado por medio del sacerdote, deja de llamarse pan y es elevado al nombre de cuerpo del Señor, aunque la naturaleza del pan permanece todavía en él, y no se habla de dos cuerpos sino de un solo cuerpo del Hijo de Dios; de la misma manera la naturaleza divina permanece en el cuerpo de Cristo, y estas dos naturalezas constituyen un solo Hijo y una sola persona.»

Estas palabras de San Crisóstomo declaran, y no en términos oscuros sino con absoluta claridad, que después de la consagración la naturaleza del pan permanece todavía, aunque reciba un nombre más elevado y sea llamada cuerpo de Cristo, para significar a los piadosos que comen ese pan que espiritualmente participan del pan sobrenatural que es el cuerpo de Cristo, quien está espiritualmente presente allí y habita en ellos, y ellos en Él, aunque corporalmente esté sentado en el cielo a la diestra de su Padre.

[Papa Gelasio.]

A esto concuerda también Gelasio [Gelasio, Contra Eutychen et Nestorium], escribiendo contra Eutiques y Nestorio, de los cuales uno afirmaba que Cristo era un hombre perfecto, pero no Dios; y el otro sostenía exactamente lo contrario, que era verdaderamente Dios, pero no hombre. Contra estas dos graves herejías, Gelasio demuestra mediante las más claras Escrituras que Cristo es tanto Dios como hombre, y que después de su encarnación permanecieron en Él tanto la naturaleza de su divinidad como la naturaleza de su humanidad; de modo que posee en sí dos naturalezas con sus propiedades naturales, y sin embargo sigue siendo un solo Cristo.

[Diciendo: «Los sacramentos que recibimos del cuerpo y la sangre de Cristo son una realidad divina, por lo cual también mediante ellos somos hechos participantes de la naturaleza divina; y, sin embargo, la sustancia o naturaleza del pan y del vino no deja de existir. Ciertamente, en la celebración de los misterios se representa la imagen y semejanza del cuerpo y la sangre de Cristo. Por tanto, se nos muestra con suficiente claridad lo que debemos entender acerca del mismo Cristo Señor a partir de aquello que confesamos, celebramos y recibimos en su imagen: que así como estos elementos pasan a una condición divina por la acción perfeccionadora del Espíritu Santo, permaneciendo no obstante en la propiedad de su propia naturaleza, de igual manera aquel misterio principal, cuya eficacia y virtud nos representan verdaderamente, demuestra que un solo Cristo permanece íntegro y verdadero, mientras permanecen propiamente las realidades de las cuales consta.»]

Y para una explicación más evidente de esto, presenta dos ejemplos. El primero es el del hombre, que siendo una sola persona está compuesto de dos partes y posee en sí dos naturalezas que permanecen conjuntamente, es decir, el cuerpo y el alma con sus propiedades naturales.

El segundo ejemplo es el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, del cual dice que «es una realidad divina, y sin embargo la sustancia o naturaleza del pan y del vino no deja de estar presente».

Obsérvense bien estas palabras contra todos los papistas de nuestro tiempo: Gelasio, quien fue obispo de Roma hace más de mil años, escribió acerca de este sacramento que el pan y el vino no dejan de permanecer allí; del mismo modo que Cristo no dejó de ser Dios después de su encarnación, sino que permaneció siendo perfecto Dios como lo era antes.

[Y León, según aparece en *De Consecratione*, Dist. 2: «Confirmemos también la verdad del misterio mediante el ejemplo de la encarnación.» Lo mismo sostiene Ambrosio en *De iis qui initiantur Mysteriis*, capítulo final.]

Teodoreto [Teodoreto, *Diálogos*] afirma igualmente lo mismo tanto en su primer como en su segundo *Diálogo*.

En el primero dice así:

«Aquel que llamó a su cuerpo natural trigo y pan, y que también se llamó a sí mismo vid, ese mismo llamó al pan y al vino su cuerpo y su sangre, y sin embargo no cambió sus naturalezas.»

Y en su segundo *Diálogo* habla con mayor claridad:

«Porque —dice él— así como el pan y el vino, después de la consagración, no pierden su propia naturaleza, sino que conservan la misma sustancia, forma y figura que tenían antes, así también el cuerpo de Cristo, después de su ascensión, fue exaltado a la condición divina.»

Que los papistas elijan ahora cuál de estas dos afirmaciones desean admitir, porque necesariamente deben admitir una de ellas: o bien que la naturaleza y la sustancia del pan y del vino permanecen todavía en el sacramento después de la consagración —y entonces deben retractarse de su doctrina de la transubstanciación—; o bien que comparten el error de Nestorio y de otros, quienes sostenían que la naturaleza divina no permaneció en Cristo después de su encarnación.

Porque todos estos antiguos autores concuerdan en que lo que es cierto respecto de una de estas realidades lo es también respecto de la otra.

Capítulo 6

[La transubstanciación vino de Roma.]

Ahora bien, puesto que ha quedado suficientemente demostrado, tanto por la Sagrada Escritura como por el curso natural de las cosas, por la razón natural, por todos nuestros sentidos y por los autores más antiguos, eruditos y santos mártires de la Iglesia de Cristo, que la sustancia del pan y del vino permanece y es recibida por los fieles en el bendito sacramento o Cena del Señor, es algo digno de consideración y de cuidadoso examen preguntarse qué movió a los autores escolásticos de los últimos tiempos a defender la opinión contraria, tan alejada no solo de toda experiencia sensible y de toda razón, sino también completamente opuesta a la antigua Iglesia de Cristo y a la santísima Palabra de Dios.

Ciertamente, nada los impulsó tanto a ello como la vana confianza que depositaron en la Iglesia y la Sede de Roma.

Porque Juan Escoto [Scotus, Super 4. Sent., dist. 11], llamado también Duns Escoto, el más sutil de todos los autores escolásticos, al tratar esta cuestión de la transubstanciación, expone claramente la causa de ello:

«Porque —dice él— las palabras de la Escritura podrían explicarse más fácilmente y con mayor claridad sin recurrir a la transubstanciación; pero la Iglesia eligió esta interpretación, que es más difícil, movida a ello, según parece, principalmente porque en materia de sacramentos los hombres deben sostener lo mismo que sostiene la santa Iglesia de Roma. Y esta sostiene que el pan es transubstanciado o convertido en el cuerpo, y el vino en la sangre, como se muestra en *De Summa Trinitate et Fide Catholica*, “Firmiter credimus”.»

[Gabriel.]

Y Gabriel también, quien escribió más extensamente que cualquier otro sobre el canon de la misa, afirma lo siguiente [Gabriel, Super Canonem Missæ, lect. 40]:

«Debe observarse que, aunque la Escritura enseña que el cuerpo de Cristo está verdaderamente contenido y es recibido por los cristianos bajo las especies del pan y del vino, sin embargo, no se encuentra expresado en la Biblia de qué manera está allí el cuerpo de Cristo: si mediante la conversión de alguna cosa en él, o si, sin conversión alguna, el cuerpo está allí juntamente con el pan, permaneciendo todavía la sustancia y los accidentes del pan.

Pero puesto que en materia de sacramentos los hombres deben sostener lo que sostiene la santa Iglesia de Roma, según está escrito en *De Hæreticis*, “Ad

abolendam”; y dado que esa Iglesia sostiene y ha determinado que el pan es transubstanciado en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, por esta razón todos los que son católicos aceptan esta opinión: que la sustancia del pan no permanece, sino que real y verdaderamente es convertida, transubstanciada y transformada en la sustancia del cuerpo de Cristo.»

Capítulo 7.

Así habéis oído la razón por la cual esta opinión de la transubstanciación es actualmente sostenida y defendida entre los cristianos; a saber, porque la Iglesia de Roma así lo ha determinado, aunque lo contrario, según la propia confesión de los papistas, parece ser más fácil, más verdadero y más conforme a las Escrituras.

[«Y puesto que la Iglesia Romana ha declarado la transubstanciación, por ello se elige esta interpretación —como dice Escoto— tan difícil, cuando las palabras de la Escritura podrían mantenerse según una interpretación más sencilla y aparentemente más verdadera.»]

Pero como los papistas ingleses (que en este punto hablan con mayor rudeza que el propio Papa, afirmando que el cuerpo natural de Cristo está naturalmente en el pan y en el vino) no pueden ni se atreven a fundamentar su fe respecto a la transubstanciación en la Iglesia de Roma —la cual, aunque de nombre sea llamada santísima, en realidad es el más hediondo estercolero de toda maldad bajo el cielo y la verdadera sinagoga del Diablo, de modo que cualquiera que la siga no puede sino tropezar y caer en un pozo lleno de errores—; puesto que, digo, los papistas ingleses ya no se atreven a establecer su fe sobre ese fundamento romano, buscan hojas de higuera, es decir, razones vanas concebidas por su propia imaginación y autoridades tergiversadas contra la intención y el pensamiento de los autores, con las cuales pretenden cubrir y ocultar sus vergonzosos errores.

Por ello he considerado oportuno dedicar algún esfuerzo a quitar esas hojas de higuera, para que sus vergonzosos errores aparezcan claramente ante los ojos de todos.

Capítulo 8.

[La primera razón de los papistas para probar su transubstanciación.]

La razón principal, la más importante y la que consideran —o al menos pretenden considerar— de tanta fuerza que nadie en el mundo puede responderla, es esta: Nuestro Salvador Jesucristo tomó el pan, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Esto es mi cuerpo». [Mateo 26; Marcos 14; Lucas 22.]

Ahora bien, dicen ellos, tan pronto como Cristo pronunció estas palabras, el pan fue inmediatamente alterado y transformado, y su sustancia quedó convertida en la sustancia de su precioso cuerpo.

[La respuesta.]

Pero ¿qué oídos cristianos pueden escuchar con paciencia esta doctrina, según la cual Cristo es hecho de nuevo cada día y es formado [Roffens. Contra Œcolampadium, lib. II, cap. 20.] de una sustancia distinta de aquella de la cual fue formado en el vientre de su madre?

Porque, mientras que en su encarnación fue formado de la naturaleza y sustancia de su bendita madre, ahora, según la opinión de estos papistas, es formado cada día de la naturaleza y sustancia del pan y del vino, los cuales, según ellos afirman, son transformados en la sustancia de su cuerpo y de su sangre.

¡Oh, qué maravillosa metamorfosis y qué abominable herejía es esta: decir que Cristo es hecho de nuevo diariamente y a partir de una nueva materia! De ello se sigue necesariamente que nos presentan cada día un Cristo nuevo, y no el mismo que nació de la Virgen María ni el que fue crucificado en la cruz, como se demostrará claramente mediante los siguientes argumentos.

Primeramente:

Si el cuerpo de Cristo que fue crucificado no fue hecho de pan, pero el cuerpo que fue comido en la Cena fue hecho de pan, como afirman los papistas, entonces el cuerpo de Cristo que fue comido no era el mismo que fue crucificado.

Y nuevamente:

Si el cuerpo de Cristo que fue crucificado no fue hecho de pan, y el cuerpo de Cristo que fue crucificado era el mismo que fue comido en su última Cena, entonces el cuerpo de Cristo que fue comido no fue hecho de pan.

Además:

Si el cuerpo de Cristo que fue comido en la última Cena era el mismo que fue crucificado, y el cuerpo de Cristo que fue comido en la Cena fue hecho de pan, como imaginan los papistas, entonces el cuerpo de Cristo que fue crucificado fue hecho de pan.

Y de igual manera se sigue:

Si el cuerpo de Cristo en el sacramento es hecho de la sustancia del pan y del vino, y ese mismo cuerpo fue concebido en el vientre de la Virgen, entonces el cuerpo de Cristo en el vientre de la Virgen fue hecho de pan y de vino.

O bien puede formularse el argumento de esta manera:

El cuerpo de Cristo en el vientre de la Virgen no fue hecho de pan ni de vino; pero este cuerpo de Cristo en el sacramento es hecho de pan y de vino; luego, este cuerpo de Cristo no es el mismo que fue concebido en el vientre de la Virgen.

Otro argumento:

Cristo, que nació en el vientre de la Virgen, en cuanto a su cuerpo, no fue formado de ninguna otra sustancia sino de la sustancia de su bendita madre; pero Cristo en el sacramento es hecho de otra sustancia; por tanto, es otro Cristo.

Y así, el Anticristo de Roma, principal autor de toda idolatría, pretende apartar a los cristianos fieles de la verdadera adoración de Cristo, quien fue concebido y nació de la bienaventurada Virgen María por la operación del Espíritu Santo y padeció por nosotros en la cruz, para conducirlos a la adoración de otro Cristo, hecho de pan y de vino mediante la consagración de un sacerdote papista.

Y de este modo los sacerdotes papistas se constituyen a sí mismos como hacedores de Dios. Porque, dicen ellos, el sacerdote, mediante las palabras de la consagración, produce aquello que es comido y bebido en la Cena del Señor; y eso, afirman, es Cristo mismo, Dios y hombre. Así, se atribuyen a sí mismos el poder de hacer tanto a Dios como al hombre.

Pero que todos los verdaderos adoradores adoren a un solo Dios y a un solo Cristo, hecho corporalmente una sola vez, de una única sustancia corporal, es decir, de la bienaventurada Virgen María; que murió una sola vez, resucitó una sola vez, ascendió una sola vez al cielo y allí está sentado, y permanecerá sentado para siempre, a la diestra de su Padre.

Aunque espiritualmente está cada día entre nosotros y, dondequiera que dos o tres se reúnen en su nombre, él está en medio de ellos.

Y él es el pasto espiritual y el alimento de nuestras almas, así como la comida y la bebida lo son para nuestros cuerpos. Esto nos lo significa mediante la institución de su santísima Cena en el pan y el vino, declarando que, así como el pan y el vino fortalecen y alimentan corporalmente nuestros cuerpos, así también él, por medio de su carne y de su sangre, fortalece y alimenta espiritualmente nuestras almas.

[La respuesta más directa.]

Y ahora puede responderse fácilmente al argumento de los papistas, del cual tanto se glorían. Porque, aunque se jacten cuanto quieran de su supuesta conversión del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, esa conversión es espiritual y no elimina la presencia corporal del pan y del vino materiales. Pero, puesto que este es un santísimo sacramento de nuestro alimento espiritual, el cual recibimos por medio del cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo, es necesario que permanezca el elemento sensible, es decir, el pan y el vino, sin los cuales no puede existir sacramento alguno.

Así como en nuestra regeneración espiritual no puede haber sacramento del bautismo si no hay agua. Porque, así como el bautismo no es un sacramento perfecto de regeneración espiritual si no están presentes tanto el elemento del agua como el Espíritu Santo que regenera espiritualmente a la persona bautizada (lo cual es significado por dicha agua), de la misma manera la Cena del Señor no puede ser un sacramento perfecto de alimento espiritual si no están presentes tanto el pan y el vino como el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo, que nos alimentan espiritualmente y que son significados por ese pan y ese vino.

Y de cualquier manera que el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo estén presentes allí, pueden estar tan bien presentes junto con la sustancia del pan y del vino como junto con sus accidentes; así lo reconocen los mismos autores escolásticos, y podrá demostrarse suficientemente si los adversarios lo niegan.

Así podéis ver que el argumento más fuerte de los papistas ha sido respondido y que el principal fundamento sobre el cual edifican su error de la transubstanciación queda completamente destruido y derribado.

Capítulo 9.

[El segundo argumento a favor de la transubstanciación.]

Tienen también otro argumento que consideran de semejante fuerza. Si el pan permaneciera, dicen ellos, se seguirían muchas absurdidades, y principalmente esta: que Cristo habría asumido la naturaleza del pan del mismo modo que asumió la naturaleza humana, uniéndola a su propia sustancia. Y entonces, así como tenemos a Dios verdaderamente encarnado para nuestra redención, también lo tendríamos «empanado» (*impanatus*).

[La respuesta.]

Puedes considerar, buen lector, cuán débiles y endeble son el resto de sus argumentos cuando estos son sus principales y más sólidos razonamientos.

Es cierto, en efecto, que Cristo habría sido «empanado» si hubiera unido el pan a su sustancia en unidad de persona; es decir, si hubiera unido el pan a sí mismo de tal manera que lo hubiera constituido una sola persona con él. Pero puesto que está unido al pan únicamente de manera sacramental, no se sigue de ello ninguna «impanación», del mismo modo que el Espíritu Santo no se convierte en agua (*inaquatus*), es decir, no es hecho agua, por estar unido sacramentalmente al agua en el bautismo. Tampoco se convirtió en paloma cuando tomó la forma de una paloma para significar que aquel a quien san Juan bautizaba era verdaderamente el Cristo. [Mateo 3; Marcos 1; Lucas 3.]

Por el contrario, del propio error de los papistas —pues un error arrastra tras sí a otro— se seguiría la gran absurdidad que ellos mismos señalan, a saber, que Cristo sería «empanado» y también «envinado».

Porque si Cristo utiliza el pan de tal manera que no lo aniquila ni lo reduce a la nada, como afirman los papistas, sino que hace de él su propio cuerpo, entonces el pan estaría unido a su cuerpo con una unión mayor que aquella con la que su humanidad está unida a su divinidad.

Pues su divinidad está unida a su humanidad en unidad de persona, pero no de naturaleza. Sin embargo, según la doctrina de ellos, nuestro Salvador Jesucristo une el pan a su cuerpo en unidad tanto de naturaleza como de persona. De modo que el pan y el cuerpo de Cristo serían una sola cosa, tanto en naturaleza como en persona.

Y así existiría una unión más íntima entre Cristo y el pan que entre su divinidad y su humanidad, o entre su alma y su cuerpo.

De esta manera, los argumentos de los papistas regresan sobre sus propias cabezas como clavos remachados.

Capítulo 10.

[La tercera razón.]

Aún tienen una tercera razón, que extraen del capítulo sexto de Juan, [Juan 6.] donde Cristo dice:

«Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo.»

Entonces razonan de esta manera:

Si el pan que Cristo dio es su carne, entonces no puede ser también pan material; y así debe seguirse necesariamente que el pan material ha desaparecido y que no permanece ninguna otra sustancia sino únicamente la carne de Cristo.

[La respuesta.]

A esto se responde fácilmente: que Cristo, en ese pasaje de Juan, no hablaba del pan material y sacramental, ni del comer sacramental (pues estas palabras fueron pronunciadas dos o tres años antes de que el sacramento fuera instituido por primera vez), sino que hablaba del pan espiritual, repitiendo muchas veces: «Yo soy el pan de vida que descendió del cielo», y hablaba también del comer espiritual por la fe.

De esta manera era él mismo comido en aquel momento por todos los que creían en él, aunque el sacramento todavía no había sido establecido ni instituido. Por eso dijo:

«Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; pero el que come de este pan vivirá para siempre.»

Por consiguiente, este pasaje de san Juan no puede entenderse en modo alguno del pan sacramental, el cual ni descendió del cielo ni da vida a todos los que lo comen. Tampoco podría Cristo haber dicho entonces de tal pan: «Esta es mi carne», a menos que quieran afirmar que Cristo consagró en aquel momento, muchos años antes de la institución de su santa Cena.

Capítulo 11.

[Autores tergiversados por los papistas para sostener su transubstanciación.]

Ahora que he dado una respuesta completa, directa y clara a las vanas razones y sofismas de los papistas, el orden exige que responda también a sus alegaciones sofísticas y a la tergiversación que hacen de los autores antiguos para acomodarlos a sus fantasiosas doctrinas.

Existen principalmente tres pasajes que, a primera vista, parecen favorecer mucho su propósito; pero cuando son examinados cuidadosamente, se descubre que no les favorecen en absoluto.

El primero es un pasaje de Cipriano [Cyprianus, *De Cæna Domini*], en su sermón sobre la Cena del Señor, donde dice, según se cita en la *Detección de la Sofistería del Diablo*:

«Este pan, que nuestro Señor dio a sus discípulos, cambiado en naturaleza, pero no en apariencia exterior, es hecho carne por la omnipotencia de la palabra de Dios.»

[La respuesta.]

Aquí los papistas se aferran con uñas y dientes a estas palabras: «cambiado en naturaleza». Luego, dicen ellos, la naturaleza del pan ha sido cambiada.

Aquí aparece uno de los principales artificios sofísticos del Diablo, quien, al citar las Escrituras, acostumbra siempre o bien añadir algo, o quitar algo, o alterar su significado. Y de la misma manera han procedido con este autor, omitiendo precisamente aquellas palabras que aclararían de forma manifiesta todo el asunto.

Porque inmediatamente después de las palabras antes citadas siguen estas otras:

«Así como en la persona de Cristo la humanidad era visible y la divinidad estaba oculta, así también la divinidad se introdujo de manera inefable en el sacramento visible.» [«Para que hubiese devoción religiosa en torno a los sacramentos y se abriera un acceso más sincero a la verdad de cuyo cuerpo los sacramentos son signos, hasta la participación del Espíritu; no hasta la consustancialidad con Cristo, sino hasta la más íntima comunión con Él.». Y asimismo: «Por el efecto habitual de las cosas, la debilidad de nuestra fe es ayudada y, enseñada por un argumento sensible, aprende que los sacramentos visibles contienen el efecto de la vida eterna; y que somos unidos a Cristo no tanto por una transición corporal como por una espiritual.». Y más adelante: «Nuestra unión con Él no mezcla las personas ni une las sustancias, sino que asocia los afectos y armoniza las voluntades.»]

Estas palabras de Cipriano muestran claramente que el sacramento permanece todavía junto con la divinidad; y que, sacramentalmente, la divinidad es comunicada al pan y al vino, permaneciendo sin embargo ese mismo pan y vino. Del mismo modo que esa misma divinidad estaba en la humanidad de Cristo por la unidad de persona, permaneciendo igualmente la humanidad junto con la divinidad.

Y, sin embargo, el pan es cambiado, no en su forma ni en su sustancia, sino en su naturaleza, como verdaderamente afirma Cipriano. No quiere decir con ello que la sustancia natural del pan haya desaparecido por completo, sino que, por la Palabra de Dios, se le añade una propiedad, naturaleza y condición más elevada, que supera con mucho la naturaleza y condición del pan común.

Es decir, que el pan nos muestra, como afirma el mismo Cipriano, que somos participantes del Espíritu de Dios, que estamos unidos de manera muy íntima a Cristo y que somos alimentados espiritualmente con su carne y su sangre; de modo que ahora este pan místico es a la vez alimento corporal para el cuerpo y alimento espiritual para el alma.

De igual manera, la naturaleza del agua es cambiada en el bautismo. Porque, además de su naturaleza ordinaria —que consiste en lavar y limpiar el cuerpo—, también nos declara que nuestras almas son igualmente lavadas y purificadas por el Espíritu Santo. [Augustinus, *In Joannem*, tratado 80 sobre Juan 15: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. ¿Por qué no dijo: “Estáis limpios por el bautismo con que habéis sido lavados”, sino: “por la palabra que os he hablado”? Porque también en el agua es la palabra la que limpia. Quita la palabra: ¿qué es el agua sino agua? La palabra se añade al elemento y se convierte en sacramento; ella misma es, por así decirlo, una palabra visible». Y más adelante: «¿De dónde procede tan gran virtud del agua, para tocar el cuerpo y limpiar el corazón, sino por la eficacia de la palabra? No porque sea pronunciada, sino porque es creída. Pues también en la palabra misma una cosa es el sonido pasajero y otra la virtud permanente. Esta es la palabra de fe que predicamos.»]

Y así queda respondida la principal autoridad de los doctores antiguos que los papistas presentan como la defensa fundamental de su error.

Pero para una explicación más completa del pensamiento de san Cipriano sobre esta cuestión, léase el pasaje suyo anteriormente citado en el capítulo 5.

Capítulo 12.

Otra autoridad que presentan es la de san Juan Crisóstomo, de la cual también se jactan como si fuera invencible.

Crisóstomo, dicen ellos, escribe así en cierta homilía *De Eucharistia*:

«¿Ves pan? ¿Ves vino? ¿Descienden ellos al vientre como los demás alimentos? ¡De ninguna manera! No lo pienses así. Porque así como la cera, cuando es puesta en el fuego, se hace semejante al fuego y no queda ninguna sustancia ni permanece nada de ella, así también piensa que estos misterios son consumidos por la sustancia del cuerpo.»

Ante estas palabras de Crisóstomo, los papistas triunfan como si hubieran ganado la batalla.

«Mirad», dicen, «¿acaso no afirma clarísimamente Crisóstomo, ese gran doctor, que no vemos ni pan ni vino? ¿Y que, así como la cera en el fuego es consumida hasta no quedar nada de ella, de igual manera ocurre aquí, de modo que no permanece ninguna sustancia?»

Pero si hubieran citado tan solo la frase que sigue inmediatamente en Crisóstomo —la cual omiten astuta y maliciosamente—, el significado de san Juan Crisóstomo

habría quedado fácilmente de manifiesto y les haría sonrojarse, si no hubieran perdido ya toda vergüenza.

Porque inmediatamente después de las palabras antes citadas, Crisóstomo añade: «Por tanto», dice, «cuando os acerquéis a estos misterios, no penséis que recibís de manos de un hombre el cuerpo de Dios, sino que recibís fuego con vuestras lenguas por medio de los ángeles serafines.»

Y acto seguido continúa:

«Pensad que la sangre de salvación fluye del costado puro y santo de Cristo, y acercándoos a ella, recibidla con labios puros. Por tanto, hermanos, os ruego y suplico que no os apartéis de la iglesia, ni os ocupéis allí en conversaciones vanas, sino que permanezcáis con temor y temblor, con los ojos inclinados y el espíritu elevado, lamentándoos en silencio interiormente y regocijándoos en vuestros corazones.»

Estas palabras de Crisóstomo siguen inmediatamente a las otras palabras que los papistas han citado anteriormente.

Por tanto, si los papistas quieren deducir de las palabras que han citado que en el sacramento no hay ni pan ni vino, yo podría deducir igualmente de las palabras que siguen que no hay ni sacerdote ni cuerpo de Cristo.

Porque así como en la primera afirmación Crisóstomo dice que no debemos pensar que vemos pan y vino, en la segunda afirma que no debemos pensar que recibimos el cuerpo de Cristo de las manos del sacerdote.

Por consiguiente, si de la segunda afirmación —como los propios papistas reconocerán— no puede concluirse legítimamente que en la santa comunión no se administra el cuerpo de Cristo por medio del sacerdote, entonces deben confesar también que de la primera afirmación no puede concluirse correcta y verdaderamente que no hay pan ni vino.

Pero en la santa comunión están presentes todas estas cosas conjuntamente: Cristo mismo, espiritualmente comido y bebido, alimentando a los verdaderos creyentes; el pan y el vino como sacramento que declaran esa realidad; y el sacerdote como ministro de ella. Por tanto, san Juan Crisóstomo no pretendía negar de manera absoluta que haya pan y vino, ni negar totalmente que allí estén el sacerdote y el cuerpo de Cristo. [Negaciones por comparación.] Más bien emplea una forma de expresión que no constituye una negación absoluta, sino una negación por comparación. Este modo de hablar es común no solo en la Escritura y entre todos los buenos autores, sino también en toda clase de lenguas. Porque cuando dos cosas se comparan, al exaltar la más excelente o rebajar la más inferior, se utiliza muchas

veces una negación comparativa, la cual no es una negación absoluta, sino solamente una negación en relación con aquello que es más excelente o más humilde.

Por ejemplo, cuando el pueblo rechazó al profeta Samuel y deseó tener un rey, Dios Todopoderoso dijo a Samuel: «No te han desechado a ti, sino a mí.» [1 Samuel 8.]

Con esta negación no quiso decir absolutamente que no hubieran rechazado a Samuel —pues precisamente deseaban sustituirlo con un rey—, sino que mediante esa negación comparativa expresó dos afirmaciones: que habían rechazado a Samuel, y no solamente a Samuel, sino que principalmente habían rechazado a Dios. Y cuando el profeta David dijo en la persona de Cristo: «Soy gusano y no hombre.» [Salmo 22.]

Con esta negación no negó en absoluto que Cristo fuera hombre, sino que, para expresar con mayor fuerza la profunda humillación de Cristo, afirmó que no solo había sido rebajado a la condición humana, sino que había descendido a tal grado de abatimiento que más bien podía ser llamado gusano que hombre.

Este modo de hablar era familiar y habitual para san Pablo, como cuando dijo: «No soy yo quien hace esto, sino el pecado que habita en mí.» [Romanos 7.] Y en otro lugar dice: «Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el Evangelio.» [1 Corintios 1.] Y nuevamente afirma: «Mi palabra y mi predicación no consistieron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en demostración del Espíritu y de poder.» [1 Corintios 2.] Y también dice: «Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.» [1 Corintios 3.] Y añade además: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.» [Gálatas 2.] Y: «Lejos esté de mí gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo.» [Gálatas 6.] Y más adelante: «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra los espíritus de las tinieblas.» [Efesios 6.]

En todas estas expresiones y en muchas otras semejantes, aunque son formuladas negativamente, san Pablo no pretendía negar de manera absoluta que él cometiera aquel mal del que hablaba, ni afirmar que no había sido enviado a bautizar (cuando en realidad bautizó en determinadas ocasiones y fue enviado a realizar todo lo que concernía a la salvación), ni que en el ejercicio de su ministerio al anunciar la Palabra de Dios no utilizara argumentos persuasivos y sabios (los cuales ciertamente empleó con gran prudencia), ni que el que planta y el que riega no fueran nada (siendo criaturas de Dios hechas a su semejanza y sin cuyo trabajo no habría crecimiento alguno [Romanos 15]), ni decir que él no estaba vivo (cuando efectivamente vivía y recorría de un país a otro [2 Corintios 11] para promover la gloria de Dios), ni afirmar de manera absoluta que no se gloriaba ni se alegraba en ninguna otra cosa aparte de la cruz de Cristo (cuando se gozaba con los que se gozaban y se entristecía con los que se entristecían), ni negar completamente que luchemos contra sangre y

carne (pues no cesamos diariamente de combatir y guerrear contra nuestros enemigos: el mundo, la carne y el diablo).

En todas estas expresiones, como he dicho, san Pablo no pretendía negar absolutamente estas cosas, las cuales eran indudablemente verdaderas, sino que quería indicar que, en comparación con otras realidades mayores, estas cosas menores no debían estimarse tanto; que las realidades superiores eran las que debían considerarse principalmente.

Así, el pecado cometido por causa de su debilidad debía atribuirse más bien al pecado original o a la corrupción de la naturaleza que se ocultaba dentro de él, que a su propia voluntad y consentimiento. Y aunque había sido enviado a bautizar, su misión principal era predicar la Palabra de Dios. Y aunque empleaba argumentos sabios y prudentes, el fruto de su ministerio procedía principalmente del poder de Dios y de la obra del Espíritu Santo. Y aunque el que planta y el que riega el jardín son algo y realizan una labor importante en sus funciones, es Dios principalmente quien concede el crecimiento. Y aunque vivía en este mundo [Gálatas 2], su vida principal, en relación con Dios, provenía de Cristo, quien vivía en él. Y aunque se gloriaba en muchas otras cosas, incluso en sus propias debilidades, su mayor gozo [2 Corintios 11–12; Gálatas 6] estaba en la redención obtenida por la cruz de Cristo [Gálatas 5]. Y aunque nuestro espíritu combate diariamente contra nuestra carne, nuestra lucha principal y más importante es contra nuestros enemigos espirituales: los espíritus malignos y demonios, astutos y poderosos. [Efesios 6.]

El mismo modo de hablar utilizó también san Pedro en su Primera Epístola, cuando dijo: «Que el adorno de las mujeres no sea el exterior, con peinados ostentosos, adornos de oro o vestidos lujosos, sino el hombre interior del corazón, incorruptible.» [1 Pedro 3.] Con esta forma de expresión no pretendía prohibir absolutamente todos los peinados elaborados, ni todo uso de oro o de vestiduras costosas a todas las mujeres; pues cada persona debe vestirse de acuerdo con su condición, estado y posición. Lo que claramente pretendía era condenar todo orgullo y exceso en el vestir, y exhortar a todas las mujeres a procurar adornar interiormente sus almas con toda clase de virtudes, y no preocuparse excesivamente por embellecer y adornar exteriormente sus cuerpos con vestidos suntuosos.

Y nuestro propio Salvador Jesucristo empleó con frecuencia este mismo tipo de expresiones. «No os hagáis tesoros en la tierra» [Mateo 6], dice Él, queriendo con ello enseñarnos a poner nuestro corazón más bien en los tesoros celestiales, que permanecen para siempre, que en los tesoros terrenales, los cuales perecen y nos son quitados por muchas y diversas circunstancias. Y, sin embargo, es necesario que algunas personas posean y administren bienes materiales, según lo requieran su situación, el momento y las circunstancias. Asimismo dijo: «Cuando os lleven ante reyes y gobernantes, no os preocupéis por lo que habréis de responder ni por cómo responderéis.» [Mateo 10.]

Con esta expresión negativa no pretendía enseñarnos a responder de manera negligente e irreflexiva cualquier cosa que se nos ocurriera, sino que dependiéramos de nuestro Padre celestial, confiando en que por medio de su Espíritu Santo Él nos instruiría suficientemente en lo que debíamos responder, en lugar de confiar en respuestas elaboradas únicamente por nuestro propio ingenio y estudio.

Y de la misma manera habló cuando dijo: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de Dios que habla en vosotros.» [Mateo 10.] Porque es el Espíritu de Dios quien principalmente pone palabras piadosas en nuestra boca; y, sin embargo, nosotros hablamos conforme a su impulso. Y, para decirlo brevemente, en todas las expresiones siguientes, a saber:

- «No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra.» [Mateo 23.]
- «Ni permitáis que os llamen señores o maestros.» [Mateo 23.]
- «No temáis a los que matan el cuerpo.» [Mateo 10.]
- «No he venido para traer paz a la tierra.» [Mateo 10.]
- «No está en mí concederos sentaros a mi derecha o a mi izquierda.» [Mateo 20.]
- «Ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.» [Juan 4.]
- «Yo no recibo testimonio de hombre alguno.» [Juan 5.]
- «Mi doctrina no es mía.» [Juan 7.]
- «No busco mi propia gloria.» [Juan 8.]

En todas estas negaciones, nuestro Salvador Jesucristo no habló con el propósito de negar de manera absoluta y literal todas las cosas mencionadas, sino de establecer una comparación en la que unas realidades son preferidas sobre otras: prefiriendo a nuestro Padre y Señor celestial por encima de cualquier padre, señor o maestro terrenal; el temor de Dios por encima del temor a cualquier criatura; y su Palabra y su Evangelio por encima de toda paz mundana.

Asimismo, quiso dar preferencia a la adoración espiritual e interior de Dios con corazón y mente puros, por encima del culto local, corporal y externo; y mostrar que Cristo anteponía la gloria de su Padre a la suya propia.

Ahora bien, puesto que he explicado ampliamente la naturaleza y el carácter de estas expresiones negativas —que no son negaciones absolutas, sino comparativas—, resulta fácil responder a san Juan Crisóstomo, quien empleó este modo de hablar más que cualquier otro autor.

Porque su intención en la homilía anteriormente citada no era afirmar que en la celebración de la Cena del Señor no haya ni pan ni vino, ni sacerdote, ni cuerpo de Cristo (algo que incluso los propios papistas deben reconocer), sino elevar nuestros pensamientos hacia el cielo, para que no consideremos tanto el pan, el vino, el

sacerdote y el cuerpo de Cristo, como su divinidad y el Espíritu Santo que nos son dados para nuestra salvación eterna.

Por eso, en ese mismo lugar, utiliza repetidamente las expresiones «piensa» y «no pienses», queriendo enseñarnos mediante ellas que no fijemos nuestros pensamientos y nuestra mente en el pan, el vino, el sacerdote o el cuerpo de Cristo, sino que elevemos nuestro corazón a realidades más altas: a su Espíritu y a su divinidad, sin los cuales su cuerpo nada aprovecharía, tal como Él mismo dijo:

«El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha.» [Juan 6.]

Y así como el mismo Crisóstomo, en muchos otros lugares, nos exhorta a no considerar principalmente el agua en el bautismo, sino a dirigir nuestra atención al Espíritu Santo recibido en el bautismo y representado por el agua, de la misma manera, en esta homilía sobre la santa comunión, nos exhorta a elevar nuestra mente desde las cosas visibles y corporales hacia las invisibles y espirituales.

Tanto es así que, aunque Cristo fue crucificado una sola vez, Crisóstomo quiere que pensemos que lo vemos diariamente azotado y flagelado ante nuestros ojos; que contemplamos su cuerpo colgado en la cruz; que vemos la lanza atravesando su costado; y que vemos fluir de su costado santísimo la preciosa sangre que llega hasta nuestra boca.

De manera semejante escribió san Pablo a los gálatas, diciendo que Cristo había sido «presentado ante sus ojos como crucificado». [Gálatas 3.]

[Crisóstomo.]

Por tanto, dice Crisóstomo en la misma homilía, un poco antes del pasaje citado:

«¿Qué haces, oh hombre? ¿No prometiste al sacerdote, cuando dijo: “Levantad vuestra mente y vuestro corazón”, y respondiste: “Los elevamos al Señor”? ¿No te avergüenzas y temes, siendo hallado mentiroso en esa misma hora?

¡Cosa admirable! La mesa está preparada y adornada con los misterios de Dios; el Cordero de Dios es ofrecido por ti; el sacerdote se ocupa diligentemente de ti; fuego espiritual procede de aquella mesa celestial; los ángeles serafines están presentes, cubriendo sus rostros con seis alas; todas las potestades angélicas, juntamente con el sacerdote, son mediadores e intercesores por ti; un fuego espiritual desciende del cielo; la sangre contenida en el cáliz es bebida desde aquel costado purísimo para tu purificación.

¿Y no te avergüenzas, ni temes, ni te sientes confundido, al no esforzarte por alcanzar la misericordia de Dios? Oh hombre, ¿no te condena tu propia conciencia?

La semana tiene ciento sesenta y ocho horas, y Dios solamente pide que una de ellas le sea dedicada por completo; y aun esa la consumes en asuntos mundanos, en frivolidades y conversaciones vanas. ¿Con qué atrevimiento, entonces, te acercarás a estos santos misterios, oh conciencia corrompida?»

Hasta aquí he reproducido las palabras de san Juan Crisóstomo, las cuales muestran de qué manera deben ocuparse nuestras mentes en esta santa mesa de nuestro Señor; es decir, apartándose de la consideración de las cosas sensibles para dirigirse a la contemplación de las realidades más celestiales y divinas.

Y así queda respondido este pasaje de Crisóstomo, que los papistas consideraban irrefutable y un texto al que nadie podía dar respuesta.

Pero para una explicación más amplia del pensamiento de Crisóstomo sobre esta cuestión, léase el pasaje suyo anteriormente citado en el capítulo 5.

Capítulo 13.

Sin embargo, existe otro pasaje de san Ambrosio [*Ambros. De iis qui Mysteriis initiantur.*], que los papistas consideran muy favorable a su causa; pero, tras un examen adecuado, se verá claramente cuán equivocados están.

Ellos citan estas palabras de san Ambrosio, tomadas de una obra titulada *De iis qui initiantur Mysteriis*:

«Probemos que aquí no está aquello que la naturaleza formó, sino aquello que la bendición consagró, y que la bendición tiene más fuerza que la naturaleza. [Éxodo 4.] Porque por la bendición la misma naturaleza también es cambiada.

Moisés sostenía una vara; la arrojó de sí y se convirtió en una serpiente. Luego tomó la serpiente por la cola y volvió a transformarse en la naturaleza de una vara. Por tanto, ves que, por la gracia del profeta, la naturaleza de la serpiente y de la vara fue cambiada dos veces.

[Éxodo 7.] Los ríos de Egipto corrían con agua pura y, de repente, comenzó a brotar sangre de las fuentes, de modo que los hombres no podían beber de sus aguas; pero, por la oración del profeta, la sangre desapareció de las aguas y volvió la naturaleza del agua.

El pueblo de los hebreos estaba rodeado por los egipcios por un lado y por el mar por el otro. [Éxodo 14.] Moisés levantó su vara; las aguas se dividieron y se alzaron como un muro, y entre ellas quedó un camino para que pasaran a pie. Y el Jordán, contra su naturaleza, [Josué 3.] retrocedió hacia su fuente.

¿No es evidente que la naturaleza de las aguas del mar o del curso de las aguas corrientes fue cambiada?

El pueblo padecía sed. [Éxodo 17.] Moisés golpeó una roca, y agua brotó de ella. ¿No obró aquí la gracia por encima de la naturaleza, haciendo que la roca produjera agua, algo que no poseía por naturaleza?

Mará era una corriente de aguas extremadamente amargas, [Éxodo 15.] de tal manera que el pueblo sediento no podía beber de ellas. Moisés arrojó madera al agua, y la naturaleza de las aguas perdió su amargura, la cual fue inmediatamente suavizada por la gracia infundida.

En tiempos del profeta Eliseo [2 Reyes 6.], el hierro de un hacha cayó al agua. Quien había perdido el hierro pidió ayuda al profeta Eliseo, quien arrojó el mango al agua, e hizo que el hierro flotara. Sabemos que esto ocurrió por encima de la naturaleza, pues el hierro es más pesado que el líquido del agua.

Así percibimos que la gracia tiene más fuerza que la naturaleza; y, sin embargo, hasta aquí no hemos hecho más que recordar la gracia contenida en las bendiciones de los profetas.

Ahora bien, si la bendición de un hombre tiene tal valor que puede cambiar la naturaleza, ¿qué diremos de la consagración de Dios, en la cual opera la palabra de nuestro Salvador Jesucristo? Porque este sacramento que recibes se realiza por la palabra de Cristo. Entonces, si la palabra de Elías tuvo tal poder que pudo hacer descender fuego del cielo, ¿no tendrá la palabra de Cristo poder suficiente para cambiar las especies de los elementos? Acerca de la creación del mundo entero has leído [Salmo 148.] que Dios habló y las cosas fueron hechas; mandó, y fueron creadas. Entonces, la palabra de Cristo, que pudo hacer surgir de la nada cosas que antes no existían, ¿no podrá cambiar las cosas que existen en aquello que antes no eran? Porque no es menor obra dar a las cosas nuevas naturalezas que transformar naturalezas ya existentes.» Y añade además la siguiente cita en latín:

"Vera utique caro Christi, quæ crucifixa est, quæ sepulta est, vere ergo carnis illius sacramentum est. Ipse clamat Dominus Jesus, Hoc est corpus meum. Ante benedictionem verborum cælestium alia species nominatur: post consecrationem corpus Christi significatur. (Ciertamente, la carne de Cristo es verdadera: aquella que fue crucificada, aquella que fue sepultada. Por tanto, este es verdaderamente el sacramento de aquella carne. El mismo Señor Jesús proclama: "Esto es mi cuerpo". Antes de la bendición de las palabras celestiales, se designa con otro nombre o apariencia; después de la consagración, se significa el cuerpo de Cristo)".

Hasta aquí he reproducido las palabras de san Ambrosio, si es que dicho libro realmente le pertenece (cosa que quienes poseen mayor erudición y criterio no consideran probable). Con estas palabras los papistas pretenden demostrar que, en la Cena del Señor, después de las palabras comúnmente llamadas de consagración, ya no permanecen ni el pan ni el vino, porque san Ambrosio afirma en este pasaje que la naturaleza del pan y del vino es cambiada.

[La respuesta.]

Pero, para satisfacerlos, concedamos por un momento que el libro mencionado fuera efectivamente obra de san Ambrosio. Aun así, el mismo libro no favorece en absoluto su causa, sino que más bien la contradice por completo.

Porque él no dice que la sustancia del pan y del vino desaparezca, sino que afirma que su naturaleza es cambiada; es decir, que en la santa comunión no debemos recibir el pan y el vino como otros alimentos y bebidas comunes, sino como realidades elevadas a un estado, naturaleza y condición superiores, para ser recibidas como alimentos y bebidas sagrados, mediante los cuales obtenemos alimento espiritual y nutrición sobrenatural procedente del cielo, del verdadero cuerpo y sangre de nuestro Salvador Jesucristo, por el poder omnipotente de Dios y la maravillosa obra del Espíritu Santo.

Y esto concuerda tan perfectamente con la permanencia de la sustancia del pan y del vino, que si éstos hubieran desaparecido y ya no estuvieran presentes, dicho alimento espiritual no podría ser enseñado ni representado por medio de ellos.

Por ello, en la mayor parte de los ejemplos que san Ambrosio presenta para ilustrar la maravillosa transformación de las naturalezas, las sustancias permanecieron intactas aun cuando sus naturalezas y propiedades fueron modificadas.

Así, cuando las aguas del Jordán, contrariando su naturaleza, se detuvieron como un muro o fluyeron en sentido contrario hacia su origen y manantial, la sustancia del agua continuó siendo la misma que era antes.

Del mismo modo, la roca que, más allá de su naturaleza y condición, produjo agua, siguió siendo exactamente la misma roca que era antes.

Asimismo, las aguas de Mará, que cambiaron su naturaleza amarga, no perdieron por ello ninguna parte de su sustancia.

Tampoco el hierro que, contra su naturaleza, flotó sobre el agua perdió por ello parte alguna de su sustancia.

Por consiguiente, así como en estas transformaciones de naturaleza las sustancias permanecieron siendo las mismas que eran antes de tales cambios, de igual manera la sustancia del pan y del vino permanece en la Cena del Señor, y es recibida naturalmente y digerida por el cuerpo, a pesar de la mutación sacramental por la cual son constituidos como el cuerpo y la sangre de Cristo.

Esta mutación sacramental manifiesta la alimentación y bebida sobrenaturales, espirituales e inexplicables del mismo cuerpo y sangre de Cristo, así como su nutrición y asimilación, en todos aquellos que, piadosamente y conforme a su deber, reciben dicho pan y vino sacramentales.

Y que san Ambrosio entendía de esta manera que la sustancia del pan y del vino permanece después de la consagración, resulta clarísimo por otros tres ejemplos sobre el mismo asunto que siguen en el mismo capítulo.

Uno de ellos es el de aquellos que son regenerados, en quienes, después de su regeneración, continúa existiendo la misma sustancia natural que poseían antes. Otro es el de la encarnación de nuestro Salvador Jesucristo, en la cual no pereció ninguna sustancia, sino que permanecieron tanto la sustancia de su divinidad como la sustancia que tomó de la bienaventurada Virgen María.

El tercer ejemplo es el del agua en el bautismo, donde el agua sigue siendo agua, aunque el Espíritu Santo descienda sobre el agua, o más bien sobre quien es bautizado en ella.

Y aunque el mismo san Ambrosio, en otra obra titulada *De Sacramentis*, diga que «el pan es pan antes de las palabras de la consagración; pero cuando la consagración ha sido realizada, del pan se hace el cuerpo de Cristo» [*Lib. 4. De Sacramentis, cap. 4.*], sin embargo, en el mismo libro y en el mismo capítulo explica de qué manera y forma sucede esto por las palabras de Cristo: no mediante la eliminación de la sustancia del pan, sino añadiendo al pan la gracia del cuerpo de Cristo, y por ello llamándolo el cuerpo de Cristo.

Y para demostrarlo presenta cuatro ejemplos.

El primero es el de la regeneración de una persona.

El segundo, el de las aguas del Mar Rojo que permanecieron detenidas.

El tercero, el de las aguas amargas de Mará.

Y el cuarto, el del hierro que flotó sobre el agua.

En cada uno de estos ejemplos, la sustancia original permaneció intacta, a pesar de la alteración de sus naturalezas.

Y concluye toda la cuestión con estas breves palabras:

«Si hay tanta fuerza en las palabras del Señor Jesús que las cosas que antes no existían recibieron su existencia, ¡cuánto más podrán hacer que las cosas que ya existían permanezcan siendo las mismas y, al mismo tiempo, sean transformadas en otras cosas!»

Estas palabras muestran de manera manifiesta que, a pesar de esta maravillosa transformación sacramental y espiritual del pan en el cuerpo de Cristo, la sustancia del pan permanece siendo la misma que era antes.

Así queda suficientemente respondido a las tres principales autoridades que los papistas suelen citar para sostener su error de la transubstanciación: la primera, tomada de Cipriano; la segunda, de san Juan Crisóstomo; y la tercera, de san Ambrosio.

Algunos de ellos presentan otras autoridades y argumentos con el mismo propósito; pero, dado que tienen poca importancia y peso, y son fáciles de responder, los dejaré de lado por ahora y no molestaré al lector con ellos, sino que los dejaré al juicio y discernimiento de quien los examine.

Capítulo 14.

[Los absurdos que se siguen de la transubstanciación.]

Ahora expondré diversas dificultades, absurdos e inconvenientes que necesariamente se derivan de este error de la transubstanciación, de los cuales ni uno solo se sigue de la fe verdadera y recta que está conforme a la Palabra de Dios. [Véase arriba, capítulo 3.]

En primer lugar, si se pregunta a los papistas qué es lo que se parte, qué es lo que se come, qué es lo que se bebe y qué es lo que se mastica con los dientes, los labios y la boca en este sacramento, no tienen otra respuesta que decir que son los accidentes. Porque, según ellos, el pan y el vino no son los elementos visibles en este sacramento, sino únicamente sus accidentes; y así se ven obligados a afirmar que los accidentes son partidos, comidos, bebidos, masticados y tragados sin ninguna sustancia en absoluto. Esto no solo es contrario a toda razón, sino también a la doctrina de todos los autores antiguos.

En segundo lugar, estos defensores de la transubstanciación afirman, en contra de todo saber, que los accidentes del pan y del vino permanecen suspendidos en el aire sin ninguna sustancia que los sostenga. ¿Y qué podría decirse más absurdo?

En tercer lugar, sostienen que la sustancia del cuerpo de Cristo está allí presente real, corporal y naturalmente, pero sin accidentes propios. Así, los papistas hacen que los accidentes existan sin sustancia y que las sustancias existan sin accidentes. En cuarto lugar, dicen que el lugar donde se encuentran el pan y el vino no contiene ninguna sustancia que lo ocupe; y por ello se ven obligados a admitir el vacío, algo que la naturaleza aborrece por completo.

En quinto lugar, no se avergüenzan de afirmar que una sustancia puede surgir de accidentes, cuando el pan se enmohece o se convierte en gusanos, o cuando el vino se agria.

En sexto lugar, sostienen que una sustancia puede ser alimentada sin sustancia alguna, únicamente por accidentes, si sucede que un gato, un ratón, un perro o cualquier otro animal come el pan sacramental o bebe el vino sacramental.

Estos inconvenientes y absurdos se siguen de la insensata doctrina papista de la transubstanciación, junto con una multitud de otros errores tan malos o peores que éstos, a los cuales nunca han podido responder satisfactoriamente, como muchos de ellos han llegado a reconocer.

Y es sorprendente observar cómo discrepan entre sí en muchas de las cuestiones anteriormente mencionadas.

Mientras tanto, la otra doctrina, la de la Escritura y la de la antigua Iglesia católica (aunque no la de la recientemente corrompida Iglesia romana), es clara y sencilla, tanto para ser comprendida como para responder a todas las cuestiones antes mencionadas, sin que de ella se siga absurdo o inconveniente alguno; de modo que cada respuesta concuerda con la Palabra de Dios, con la Iglesia antigua y también con toda razón y verdadera filosofía.

En cuanto al primer punto, qué es lo que se parte, qué es lo que se come, qué es lo que se bebe y qué es lo que se mastica en este sacramento, la respuesta es sencilla: el pan y el vino, tal como dice san Pablo:

«El pan que partimos...» [1 Corintios 10.]

Y respecto al segundo y tercer punto, ni la sustancia del pan y del vino existe sin sus propios accidentes, ni sus accidentes permanecen suspendidos en el aire sin sustancia alguna; sino que, conforme a toda verdadera doctrina, las sustancias del

pan y del vino conservan sus propios accidentes, y los accidentes reposan en sus respectivas sustancias.

Asimismo, en relación con el cuarto punto, después de la consagración no queda ningún lugar vacío, como imaginan los papistas, sino que el pan y el vino ocupan sus lugares exactamente como lo hacían antes.

Y en cuanto al quinto punto, acerca de dónde proceden los gusanos, el moho o el vinagre, la respuesta es fácil según toda ciencia y experiencia: surgen conforme al curso natural de la sustancia del pan y del vino cuando éstos se conservan durante demasiado tiempo, y no de los accidentes por sí solos, como fantasean neciamente los papistas.

De igual manera, son las sustancias del pan y del vino las que alimentan y nutren el cuerpo de quienes los consumen, y no únicamente los accidentes.

En todas estas respuestas no hay absurdo ni inconveniente alguno; nada se afirma que sea contrario a la Sagrada Escritura, a la razón natural, a la filosofía, a la experiencia, a ningún autor antiguo ni a la Iglesia primitiva o católica; sino únicamente contrario a la maligna Iglesia papista de Roma.

Por el contrario, esa maldita sinagoga del Anticristo ha definido y determinado en esta materia muchas cosas contrarias a las palabras de Cristo, contrarias a la antigua Iglesia católica, a sus santos mártires y doctores, y contrarias a toda razón natural, ciencia y filosofía.

Y el fin último de toda esta doctrina del Anticristo no es otro que, mediante sutilezas y artificios, apartar al pueblo cristiano de la verdadera adoración de Cristo y conducirlo hacia la mayor idolatría que jamás haya sido concebida en este mundo; como, por la gracia de Dios, se expondrá claramente más adelante.

Así termina el segundo libro.

El Tercer Libro enseña la manera en que Cristo está presente en su Cena

Capítulo 1.

[La presencia de Cristo en el sacramento.]

Habiendo quedado, según confío, suficientemente resuelta la cuestión de la transubstanciación —que constituye la primera parte antes expuesta, en la cual la doctrina papista se aparta de la verdad católica—, corresponde ahora tratar la segunda parte, a saber, la manera de la presencia del cuerpo y la sangre de nuestro

Salvador Jesucristo en su sacramento, cuestión en la que existe no menor controversia que en la primera.

Para una explicación clara de este asunto, no es desconocido para todos los verdaderos y fieles cristianos que nuestro Salvador Jesucristo, siendo Dios perfecto y en todas las cosas igual y coeterno con su Padre, se hizo también por nosotros hombre perfecto, tomando carne y sangre de su bendita madre, la Virgen María; y siendo semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado, unió a su divinidad un alma perfectísima y un cuerpo perfectísimo.

Su alma estaba dotada de vida, sensibilidad, voluntad, razón, sabiduría, memoria y todas las demás facultades necesarias para el alma perfecta de un ser humano.

Y su cuerpo estaba formado de verdadera carne y verdaderos huesos, poseyendo no solamente todos los miembros de un cuerpo humano perfecto en el debido orden y proporción, sino estando también sujeto al hambre, la sed, el trabajo, el sudor, el cansancio, el frío, el calor y todas las demás debilidades y padecimientos propios del hombre; e incluso a la muerte, y a una muerte de la forma más vil y dolorosa, sobre la cruz.

Después de su muerte resucitó con el mismo cuerpo visible y tangible, apareció con él y lo mostró a sus apóstoles, y especialmente a Tomás, haciéndole poner las manos en su costado y tocar sus heridas.

[Cristo ascendió corporalmente al cielo.]

Y con ese mismo cuerpo dejó este mundo y ascendió al cielo —mientras los apóstoles contemplaban y observaban su ascensión—; y ahora está sentado a la diestra de su Padre, donde permanecerá hasta el último día, cuando venga para juzgar a los vivos y a los muertos. [Hechos 3.]

Esta es la verdadera fe católica que enseña la Escritura y que la Iglesia universal de Cristo ha creído siempre desde el principio, hasta hace apenas cuatro o cinco siglos, cuando el Obispo de Roma, con la ayuda de sus papistas, estableció una nueva fe y una nueva creencia de su propia invención: que ese mismo cuerpo está todavía en este mundo real, corporal, natural y sensiblemente, y que se encuentra en cien mil lugares al mismo tiempo, encerrado en cada copón y en cada pan consagrado.

Capítulo 2.

[La diferencia entre la verdadera doctrina y la doctrina papista acerca de la presencia del cuerpo de Cristo.]

Y aunque afirmamos, conforme a la Palabra de Dios, que Cristo está en todos los que verdaderamente creen en Él, de tal manera que con su carne y su sangre los nutre y alimenta espiritualmente, les concede la vida eterna y les asegura esta realidad tanto por la promesa de su Palabra como por el pan y el vino sacramentales de su Santa Cena, que instituyó para este mismo propósito, no obstante diferimos en gran medida de los graves errores de los papistas.

[La primera comparación.]

Ellos enseñan que Cristo está en el pan y en el vino; [*Id est, sub speciebus panis et vini.*] pero nosotros decimos, conforme a la verdad, que Él está en quienes dignamente comen y beben el pan y el vino.

[La segunda comparación.]

Ellos dicen que cuando alguien come el pan y bebe la copa, Cristo entra en su boca o en su estómago junto con el pan y el vino, y no va más allá; pero nosotros afirmamos que Cristo está en el hombre entero, tanto en el cuerpo como en el alma de quien dignamente come el pan y bebe la copa, y no solamente en su boca o en su estómago.

[La tercera comparación.]

Ellos dicen que Cristo es recibido en la boca y entra junto con el pan y el vino; nosotros decimos que es recibido en el corazón y entra por medio de la fe.

[La cuarta comparación.]

Ellos dicen que Cristo está realmente presente en el pan sacramental mientras este se conserva, incluso durante un año entero, o mientras permanezca la apariencia del pan; pero que, después de ser recibido, Cristo asciende nuevamente al cielo desde quien lo recibió tan pronto como el pan es masticado en la boca o transformado en el estómago. Nosotros, en cambio, afirmamos que Cristo permanece en la persona que lo recibe dignamente mientras esta permanezca siendo miembro de Cristo.

[La quinta comparación.]

Ellos dicen que en el sacramento los miembros corporales de Cristo no están separados unos de otros por lugar alguno, sino que dondequiera que está la cabeza están también los pies, y donde están los brazos están asimismo las piernas; de modo que en cada parte del pan y del vino se encuentra enteramente la cabeza, enteramente los pies, enteramente la carne, enteramente la sangre, enteramente el corazón, enteramente los pulmones, enteramente el pecho, enteramente la espalda,

y todo ello completamente mezclado y confundido, sin distinción ni diversidad alguna.

¡Oh, qué invención tan absurda y abominable es esta, hacer del purísimo y perfectísimo cuerpo de Cristo un cuerpo tan confuso y monstruoso! Y, sin embargo, los papistas no pueden imaginar nada tan absurdo que no exijan que todo el pueblo cristiano lo reciba como un oráculo de Dios y como un artículo certísimo de fe, sin atreverse siquiera a murmurar en contra.

[La sexta comparación.]

Además, los papistas afirman que un perro o un gato comen el cuerpo de Cristo si por casualidad comen el pan sacramental; nosotros sostenemos que ninguna criatura terrenal puede comer el cuerpo de Cristo ni beber su sangre, sino solamente el hombre.

[La séptima comparación.]

Ellos dicen que todo hombre, bueno o malo, come el cuerpo de Cristo; nosotros afirmamos que ambos comen el pan sacramental y beben el vino, pero que nadie come verdaderamente el cuerpo de Cristo ni bebe su sangre, excepto aquellos que son miembros vivos de su cuerpo.

[La octava comparación.]

Ellos dicen que los hombres buenos comen el cuerpo de Cristo y beben su sangre únicamente en el momento en que reciben el sacramento; nosotros afirmamos que comen, beben y se alimentan continuamente de Cristo mientras permanezcan siendo miembros de su cuerpo.

[La novena comparación.]

Ellos dicen que el cuerpo de Cristo que está en el sacramento posee su propia forma y cantidad; nosotros afirmamos que Cristo está allí sacramental y espiritualmente, sin forma ni cantidad.

[La décima comparación.]

Ellos dicen que los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento no comieron el cuerpo ni bebieron la sangre de Cristo; nosotros afirmamos que sí comieron su cuerpo y bebieron su sangre, aunque Él todavía no había nacido ni se había encarnado.

[La undécima comparación.]

Ellos dicen que el cuerpo de Cristo es hecho muchas veces cada día, tantas cuantas misas se celebran, y que entonces y allí es hecho de pan y vino; nosotros afirmamos que el cuerpo de Cristo nunca fue hecho sino una sola vez, y entonces no fue hecho de la naturaleza y sustancia del pan y del vino, sino de la sustancia de su bendita madre.

[La duodécima comparación.]

Ellos dicen que la misa es un sacrificio satisfactorio por el pecado, en virtud de la devoción del sacerdote que la ofrece y no por aquello que es ofrecido; pero nosotros afirmamos que tal enseñanza es una gravísima mentira y un detestable error contra la gloria de Cristo. Porque la satisfacción por nuestros pecados no es la devoción ni la ofrenda del sacerdote; sino que la única víctima y satisfacción por todos los pecados del mundo es la muerte de Cristo y la oblación de su cuerpo en la cruz, es decir, la ofrenda que Cristo mismo presentó una sola vez en la cruz, y nunca más que una vez, ni por nadie más que por Él mismo.

Por tanto, aquella oblación que los sacerdotes realizan diariamente en sus misas papistas no puede ser una satisfacción por los pecados de otros hombres mediante la devoción del sacerdote, sino que es una mera ilusión y un sutil artificio del Diablo, por medio del cual el Anticristo ha cegado y engañado al mundo durante muchos años.

[La decimotercera comparación.]

Ellos dicen que Cristo está corporalmente en muchos lugares al mismo tiempo, afirmando que su cuerpo está corporal y realmente presente en tantos lugares como hostias consagradas haya; nosotros afirmamos que, así como el sol está corporalmente siempre en el cielo y en ningún otro lugar, y sin embargo por su operación y virtud está aquí en la tierra, por cuya influencia y poder todas las cosas del mundo son corporalmente regeneradas, aumentadas y llevadas a su estado perfecto; de igual manera, nuestro Salvador Cristo está corporal y físicamente en el cielo, sentado a la diestra de su Padre, aunque espiritualmente ha prometido estar presente con nosotros en la tierra hasta el fin del mundo.

Y siempre que dos o tres se reúnen en su nombre, Él está allí en medio de ellos, por cuya gracia celestial todos los hombres piadosos son primero regenerados espiritualmente por Él, y después crecen y avanzan hacia su perfección espiritual en Dios, alimentándose espiritualmente por la fe de su carne y bebiendo su sangre, aunque estas se encuentren corporalmente en el cielo, muy lejos de nuestra vista.

Capítulo 3.

[Cristo corporalmente está en el cielo y no en la tierra.]

Ahora, para volver al asunto principal, no sea que alguien piense que es una invención nueva nuestra afirmar que Cristo, en cuanto a su cuerpo y a su naturaleza humana, está en el cielo y no en la tierra; por ello, con la gracia de Dios, se demostrará claramente que esto no es una doctrina recientemente ideada, sino que ha sido siempre la antigua fe de la Iglesia católica, hasta que los papistas inventaron una nueva fe según la cual Cristo está todavía aquí con nosotros en la tierra de manera real, corporal, natural y sensible, encerrado en una caja o contenido dentro de los límites del pan y del vino.

[La prueba de ello mediante nuestra profesión de fe en el Credo común.]

Esto no necesita mejor ni más fuerte prueba que la que los antiguos autores presentaron para demostrarlo, a saber, la profesión general de todos los cristianos en el Credo común, donde, en lo que respecta a la humanidad de Cristo, se les enseña a creer de la siguiente manera:

Que fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la Virgen María; que padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; que descendió a los infiernos y resucitó al tercer día; que ascendió al cielo y está sentado a la diestra de su Padre todopoderoso; y que desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Esto ha sido siempre la fe católica de los cristianos: que Cristo, en cuanto a su cuerpo y a su humanidad, está en el cielo y allí permanecerá hasta que descienda en el juicio final.

Y puesto que el Credo hace una mención tan expresa del artículo de su ascensión y de su partida de entre nosotros, si hubiera sido otro artículo de nuestra fe que su cuerpo permaneciera también aquí con nosotros en la tierra, ciertamente en este lugar del Credo se habría presentado una ocasión tan necesaria para mencionarlo que, sin duda alguna, no habría sido pasado por alto en silencio. Porque si Cristo, en cuanto a su humanidad, está a la vez aquí y ausente de aquí, y ambas cosas son artículos de nuestra fe, cuando se hizo mención de una de ellas en el Credo era necesario hacer mención también de la otra, para que, al profesar una, no fuésemos apartados de creer la otra, siendo ambas tan contrarias entre sí.

Capítulo 4.

[La prueba de esto por la Escritura.]

A este artículo de nuestro Credo concuerdan las Sagradas Escrituras y todos los antiguos doctores de la Iglesia de Cristo. Porque Cristo mismo dijo: "Dejo el mundo y voy al Padre" (Juan 16). Y también dijo: "A los pobres siempre los tendréis con

vosotros, pero a mí no siempre me tendréis" (Mateo 26). Además, advirtió de antemano acerca de este error, diciendo: "Vendrá el tiempo en que habrá muchos engañadores en el mundo, que dirán: 'Aquí está Cristo' y 'allí está Cristo'; pero no les creáis" (Mateo 24). Y San Marcos escribe en el último capítulo de su Evangelio: "El Señor Jesús fue recibido arriba en el cielo y está sentado a la diestra de su Padre" (Marcos 16). Y San Pablo exhorta a todos los hombres "a buscar las cosas de arriba, donde Cristo", dice él, "está sentado a la diestra de Dios su Padre" (Colosenses 3). Asimismo afirma: "Tenemos tal sumo sacerdote, que está sentado en los cielos a la diestra del trono de la Majestad de Dios" (Hebreos 8). Y también: "Habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, está sentado perpetuamente a la diestra de Dios, esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies" (Hebreos 10). *Quem oportet cælum suscipere usque ad tempus restitutionis omnium* (Hechos 3). Y en esto concuerdan todos los antiguos doctores de la Iglesia.

Capítulo 5

[La prueba de ello por los autores antiguos.]

En primer lugar, Orígenes, comentando el Evangelio de Mateo (*Origen. in Mat. cap. 25. tract. 33.*), trata esta cuestión acerca de cómo Cristo puede ser llamado un extranjero que ha partido a una tierra lejana, siendo que está con nosotros siempre hasta el fin del mundo, y también entre todos aquellos que se reúnen en su nombre, e incluso en medio de quienes no le conocen.

Y razona de esta manera: si Él permanece todavía aquí entre nosotros, ¿cómo puede haberse ido de aquí como un extranjero que ha partido a otro país?

A esto responde que Cristo es Dios y hombre a la vez, poseyendo en sí dos naturalezas.

Y, "en cuanto hombre, no está con nosotros hasta el fin del mundo, ni está presente con todos sus fieles reunidos en su nombre"; pero su poder divino y su Espíritu están siempre con nosotros.

Pablo, dice él, estaba ausente de los corintios en cuanto a su cuerpo, aunque presente con ellos en espíritu.

"Así también Cristo", dice Orígenes, "se ha ido de aquí y está ausente en su humanidad", mientras que en su naturaleza divina está presente en todas partes.

Y en esta afirmación, añade Orígenes, no dividimos su humanidad; porque San Juan escribe que "todo espíritu que divide a Jesús no es de Dios" (1 Juan 4); sino que conservamos para cada una de sus dos naturalezas sus propias propiedades.

En estas palabras, Orígenes ha declarado claramente su pensamiento: que el cuerpo de Cristo no puede estar simultáneamente presente aquí con nosotros y, al mismo tiempo, haberse ido y estar ausente de nosotros. Porque eso sería hacer dos naturalezas de un mismo cuerpo y dividir el cuerpo de Jesús, ya que una misma naturaleza no puede estar al mismo tiempo presente y ausente.

Por eso, dice Orígenes, la presencia debe entenderse de su divinidad, y la ausencia de su humanidad.

Y en conformidad con esto, San Agustín escribe así en una epístola *Ad Dardanum* [*August. Ad Dardanum, Epist. 57.*]:

«No dudes que Jesucristo, en cuanto a la naturaleza de su humanidad, está ahora allí de donde vendrá; y recuerda bien y cree la profesión de fe de un cristiano: que resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo, está sentado a la diestra de su Padre, y que desde ese lugar, y de ningún otro, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Y vendrá, como dijeron los ángeles, de la misma manera que fue visto subir al cielo, es decir, en la misma forma y sustancia, a la cual otorgó inmortalidad, pero sin cambiar su naturaleza. Según esta forma», dice él, refiriéndose a su naturaleza humana, «no debemos pensar que está en todas partes. Porque debemos cuidarnos de afirmar de tal manera su divinidad que eliminemos la realidad de su cuerpo». [*Hunc locum citat Leo, Epistola ultima, ad probandum in Christo veram formam humanam. Et in tota Epistola, forma accipitur pro substantia.*]

Estas son las claras palabras de San Agustín.

Y poco después añade estas palabras:

«El Señor Jesús, en cuanto Dios, está en todas partes; y en cuanto hombre, está en el cielo.»

Y finalmente concluye esta cuestión con estas breves palabras:

«No dudes que nuestro Señor Jesucristo está en todas partes en cuanto Dios; y como morador está en el hombre que es templo de Dios; y está en un lugar determinado en el cielo, a causa de la medida de un verdadero cuerpo.»

Y nuevamente San Agustín escribe sobre el Evangelio de San Juan [*In Joan. Tract. 30.*]:

«Nuestro Salvador Jesucristo», dice San Agustín, «está arriba, pero su verdad está aquí. Su cuerpo, con el cual resucitó, está en un solo lugar; pero la verdad de su palabra está difundida por todas partes.»

Y en otro lugar de la misma obra [*In Joan. Tract. 50.*], explicando estas palabras de Cristo: «A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis» (Juan 12), dice:

«Cristo habló estas palabras acerca de la presencia de su cuerpo. Porque», dice él, «en cuanto a su Majestad divina, en cuanto a su providencia, en cuanto a su gracia infalible e invisible, se cumplen aquellas palabras que Él dijo: “Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (Mateo 28). Pero en cuanto a la carne que tomó en su encarnación; en cuanto a aquello que nació de la Virgen; en cuanto a aquello que fue apresado por los judíos, crucificado en un madero, bajado de la cruz, envuelto en lienzos, sepultado, resucitado y manifestado después de la resurrección; en cuanto a esa carne, dijo: “No siempre me tendréis con vosotros.”

Por tanto, considerando que en cuanto a su carne convivió con sus discípulos durante cuarenta días, y que ellos, acompañándolo, viéndolo y siguiéndolo, le vieron subir al cielo, sucede que, por una parte, no está aquí (pues está sentado a la diestra de su Padre), y sin embargo está aquí, porque no se apartó de nosotros en cuanto a la presencia de su Majestad divina.

En cuanto a la presencia de su Majestad, tenemos siempre a Cristo con nosotros; pero en cuanto a la presencia de su carne, dijo con verdad a sus discípulos: “No siempre me tendréis con vosotros.” Porque en cuanto a la presencia de su carne, la Iglesia tuvo a Cristo solamente durante unos pocos días; pero ahora lo posee por la fe, aunque no lo vea con los ojos.»

[*"Ergo, si ita dictum est; Me autem non semper habebitis, quæstio, sicut arbitror, jam nulla est, quæ duobus modis soluta est."*]

Todas estas son palabras de San Agustín.

Asimismo, en otro libro [*De Essentia Divinitatis*], atribuido a San Agustín, está escrito lo siguiente:

«Debemos creer y confesar que el Hijo de Dios, en cuanto a su divinidad, es invisible, incorpóreo, inmortal e incircunscriptible; pero en cuanto a su humanidad, debemos creer y confesar que es visible, que posee un cuerpo, que está contenido en un lugar determinado y que verdaderamente tiene todos los miembros propios de un hombre.»

[Augustinus, De verbis Domini Sermone 53. "In cœlis Christus erat et persecutori dicebat: 'Quid me persequeris?' Ubi Dominus expressit sic et hic se esse in nobis. Sic totus crescit: quia quemadmodum ille in nobis hic, sic et nos ibi in illo sumus." Idem, In Joan. tract. 50. "Quomodo tenebo absentem? Quomodo in coelum manum mittam, ut ibi sedentem teneam? Fidem mitte, et tenuisti: Parentes tui tenuerunt

carne, tu tene corde, quoniam Christus absens, etiam præsens est. Nisi præsens esset, a nobis teneri non posset: sed quoniam verum est quod ait: Ecce ego vobiscum sum, &c., et abiit et hic est, et rediit et nos deseruit. Corpus suum intulit cœlo, majestatem non abstulit mundo.” Et mox: “Me autem non semper habebitis. Quid est enim ‘non semper?’ Si bonus es, si ad corpus Christi pertines (quod significat Petrus) habes Christum et in præsenti et in futuro. In præsenti per fidem, in præsenti per signum, in præsenti per baptismi sacramentum, in præsenti per altaris cibum et potum.” Idem, In Joan. tract. 102. super illis verbis: Relinquo mundum &c. “Reliquit mundum corporali discessione, perrexit ad Patrem hominis ascensione, nec mundum deseruit præsentiæ gubernatione.”

Idem, De Symbolo ad Catechumenos, lib. ii. “Quis est iste sponsus, absens et præsens? Quis est iste sponsus præsens et latens? quem sponsa Ecclesia fide tantum concipit, et sine ullo amplexu membra ejus quotidie parit?” Et mox: “Ipsa est virtus omnipotentiae tuæ, ut plus possis in ipsis fidelibus, quando absens ab eis in homine illo suscepto sentiris. Cæterum præsencia tuæ majestatis de cordibus fidelium tuorum nunquam discedis.” Et mox: “Accepit Petrus, ut moreretur pro absente, quem desperando negaverat præsentem.”.]

Por estas palabras de San Agustín resulta clarísimo que la profesión de la fe católica es que Cristo, en cuanto a la sustancia de su cuerpo y a su naturaleza humana, está en el cielo y no se encuentra presente aquí con nosotros en la tierra. Porque la naturaleza y propiedad de un verdadero cuerpo consiste en estar en un solo lugar y ocupar un solo lugar, y no en estar en todas partes o en muchos lugares al mismo tiempo.

Y aunque el cuerpo de Cristo, después de su resurrección y ascensión, fue hecho inmortal, su naturaleza no fue cambiada; porque entonces, como dice San Agustín, ya no sería un verdadero cuerpo.

Además, San Agustín muestra tanto la manera como la forma en que Cristo está presente aquí con nosotros en la tierra y cómo está ausente, diciendo que está presente por su naturaleza divina y su majestad, por su providencia y por su gracia; pero por su naturaleza humana y por su verdadero cuerpo está ausente de este mundo y presente en el cielo.

Asimismo, Cirilo [*Cyrillus, In Joan. lib. ix. cap. 14.*], comentando el Evangelio de San Juan, concuerda plenamente con San Agustín al decir: «Aunque Cristo retiró de aquí la presencia de su cuerpo, sin embargo, en la majestad de su divinidad permanece siempre aquí, tal como prometió a sus discípulos al partir, diciendo: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.”» Y en otro lugar [*Lib. ix. cap. 21.*] del mismo libro, San Cirilo dice así: «Los cristianos deben creer que, aunque Cristo esté ausente de nosotros en cuanto a su cuerpo, sin embargo, por su poder nos gobierna a nosotros y a todas las cosas, y está presente con todos los que le aman. Por eso dijo: “De cierto, de cierto os digo que dondequiera que estén dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo

en medio de ellos.” Porque así como cuando vivía aquí en la tierra como hombre, aun entonces llenaba el cielo y no abandonaba la compañía de los ángeles, de la misma manera ahora, estando en el cielo con su carne, llena la tierra y está en aquellos que le aman. Y debe observarse que, aunque Cristo se haya ido únicamente en cuanto a su carne (pues siempre está presente por el poder de su divinidad), sin embargo, dijo que por un breve tiempo estaría con sus discípulos.» Estas son las palabras de San Cirilo.

También San Ambrosio dice [*Ambrosius, In Lucam, lib. x. cap. 24.*]:

«No debemos buscar a Cristo sobre la tierra ni en la tierra, sino en el cielo, donde está sentado a la diestra de su Padre.» Y de igual manera San Gregorio [*Gregorius in Hom. Paschatis.*] escribe así: «Cristo no está aquí por la presencia de su carne, y, sin embargo, no está ausente de ningún lugar por la presencia de su majestad.»

[*Beda in Homil. Paschali quadam super illis verbis: Ecce ego vobiscum sum. "Ipse Deus et homo assumptus est humanitate quam de terra suscepit, manet cum sanctis in terra divinitate qua terram pariter implet et cœlum." Idem super illis verbis: Modicum jam, et non videbitis me. "Ac si aperte diceret: Propterea me suscitatum a mortuis modico tempore videbitis, quia non semper in terra corporaliter mansurus, sed per humilitatem quam assumpsit, jam sum ascensus in cœlum." Idem in Homil. in Vigilia Pentecostes: "Ille post resurrectionem ascendens in cœlum, eos corporaliter deseruit, quibus tamen divinæ præsentia majestatis nunquam defuit, ideo recte de hoc paracleto subjunxit: Ut maneat vobiscum in æternum."*]

¿Qué sutileza crees tú, buen lector, que pueden ahora imaginar los papistas para defender su pernicioso error de que Cristo, en su naturaleza humana, está corporalmente aquí en la tierra, en el pan y el vino consagrados, viendo que toda la antigua Iglesia de Cristo creyó lo contrario y que todos los antiguos autores escribieron lo contrario?

Porque todos ellos afirmaron y creyeron que Cristo, siendo una sola persona, tiene, sin embargo, dos naturalezas o sustancias en sí mismo; es decir, la naturaleza de su divinidad y la naturaleza de su humanidad.

Además, dicen que Cristo se ha ido de entre nosotros al cielo y que también está aquí con nosotros en la tierra, pero no en su naturaleza humana, como los papistas quieren hacernos creer; sino que los antiguos autores dicen que está en el cielo en cuanto a su humanidad y, sin embargo, aquí, allí y en todas partes en cuanto a su divinidad.

Porque aunque su divinidad es tal que es infinita, sin medida, límite ni lugar, de modo que, en cuanto a esa naturaleza, no está circunscrita por ningún lugar, sino que está en todas partes y llena todo el mundo; sin embargo, en cuanto a su naturaleza humana, tiene medida, límite y lugar. De manera que cuando estaba aquí sobre la tierra no estaba al mismo tiempo en el cielo; y ahora que ha ascendido al

cielo, en cuanto a esa naturaleza ha abandonado la tierra y está solamente en el cielo.

Capítulo 6.

[Un mismo cuerpo no puede estar en diversos lugares al mismo tiempo.]

Porque una naturaleza que está circunscrita, delimitada y medida no puede estar en diversos lugares. Esta es la fe de la antigua Iglesia católica, como se evidencia tanto por los autores ya citados como por los que siguen a continuación. San Agustín, hablando de que un cuerpo necesariamente debe estar en algún lugar, dice: «Si no está dentro de los límites de un lugar, no está en ninguna parte. Y si no está en ninguna parte, entonces no existe.» [*Ad Dardanum Epist.* 57.] Y San Cirilo, considerando la naturaleza propia de un verdadero cuerpo, dijo: «Si la naturaleza de la Divinidad fuera un cuerpo, necesariamente tendría que estar en un lugar y poseer cantidad, magnitud y circunscripción.» [*Cyrillus, De Trin. lib. ii.*]

Si, pues, la naturaleza de la Divinidad tendría necesariamente que estar circunscrita si fuese un cuerpo, con mucha mayor razón la naturaleza de la humanidad de Cristo debe estar circunscrita y contenida dentro de los límites de un lugar determinado.

Asimismo, Dídimio [*Didymus, De Spiritu Sancto, lib. i. cap. 1.*], en su libro *De Spiritu Sancto* (que fue traducido por San Jerónimo), prueba que el Espíritu Santo es verdaderamente Dios porque está en muchos lugares al mismo tiempo, cosa que ninguna criatura puede hacer. Porque, dice él, «todas las criaturas, visibles e invisibles, están circunscritas y limitadas ya sea dentro de un lugar» (como sucede con las cosas corporales y visibles), «o dentro de la propiedad de su propia sustancia» (como ocurre con los ángeles y las criaturas invisibles), de modo que «ningún ángel», dice, «puede estar al mismo tiempo en dos lugares». Y puesto que «el Espíritu Santo está en muchos hombres al mismo tiempo, por tanto», dice él, «el Espíritu Santo necesariamente debe ser Dios».

Lo mismo afirma también San Basilio [*Basilius, De Spiritu Sancto, cap. 22.*]: «El ángel que estaba con Cornelio no estaba al mismo tiempo con Felipe; ni el ángel que habló a Zacarías junto al altar estaba al mismo tiempo en su propio lugar en el cielo. Pero el Espíritu Santo estaba al mismo tiempo en Habacuc y en Daniel en Babilonia, y con Jeremías en la prisión, y con Ezequiel junto al río Quebar», por lo cual prueba que el Espíritu Santo es Dios.

Por consiguiente, los papistas, que dicen que el cuerpo de Cristo está en un número infinito de lugares al mismo tiempo, convierten su cuerpo en Dios y así confunden las dos naturalezas de Cristo, atribuyendo a su naturaleza humana aquello que pertenece únicamente a su divinidad, lo cual constituye una herejía gravísima y detestable.

Contra ellos escribe Fulgencio [*Fulgentius, Ad Trasimundum Regem, lib. ii.*] de esta manera, hablando de la distinción y diversidad de las dos naturalezas en Cristo: «Uno y el mismo Cristo», dice él, «según la humanidad, fue hecho hombre circunscrito por un lugar; pero según su Padre, es Dios sin medida ni lugar. Una y la misma persona, en cuanto a la sustancia de su humanidad, no estaba en el cielo cuando estaba en la tierra, y dejó la tierra cuando ascendió al cielo; pero en cuanto a su sustancia divina, que está por encima de toda medida, ni dejó el cielo cuando vino del cielo, ni dejó la tierra cuando ascendió al cielo. Esto puede conocerse por la palabra certísima de Cristo mismo, quien, para mostrar la localización de su humanidad, dijo a sus discípulos: [Juan 16.] "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." Asimismo, cuando dijo de Lázaro que había muerto, añadió: [Juan 11.] "Me alegro por vosotros, para que creáis; porque yo no estaba allí." Pero para mostrar la inmensidad de su divinidad, dijo a sus discípulos: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." Ahora bien, ¿cómo ascendió al cielo sino porque es verdadero hombre, contenido dentro de un lugar? ¿Y cómo está presente con los fieles sino porque es verdadero Dios, sin medida alguna?»

[*Et lib. iii. "Idem atque inseparabilis Christus secundum solam carnem de sepulchro surrexit, secundum totum hominem quem accepit, terram localiter deserens, ad coelum ascendit et in dextris Dei sedet: secundum eundem totum hominem venturus est ad iudicandum vivos et mortuos."*]

De estas palabras de Fulgencio se declara con toda certeza que Cristo no está aquí con nosotros en la tierra sino por su divinidad, y que su humanidad está únicamente en el cielo y ausente de nosotros.

Sin embargo, esto mismo es mostrado aún más claramente (si es que puede decirse con mayor claridad) por Vigilio [*Vigilius, Contra Eutychen, lib. i.*], obispo y santo mártir. Él escribe así contra el hereje Eutiques, quien negaba la humanidad de Cristo, sosteniendo la opinión de que era solamente Dios y no hombre. Refutando el error de este, Vigilio prueba que Cristo tenía en sí dos naturalezas unidas en una sola persona: la naturaleza de su divinidad y la naturaleza de su humanidad. Así escribe: «Cristo dijo a sus discípulos: [Juan 14.] "Si me amarais, os alegraríais de que voy al Padre." Y nuevamente dijo: [Juan 16.] "Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros." Y, sin embargo, ciertamente el Verbo eterno de Dios, el poder de Dios, la sabiduría de Dios, estuvo siempre con su Padre y en su Padre, sí, incluso al mismo tiempo que estaba con nosotros y en nosotros. Porque cuando habitaba misericordiosamente en este mundo, no abandonó su morada celestial, pues está plenamente en todas partes con su Padre, igual en divinidad, a quien ningún lugar puede contener. Porque el Hijo llena todas las cosas y no hay lugar que carezca de la presencia de su divinidad.

¿De dónde, entonces, y hacia dónde dijo que iba? ¿O cómo dijo que iba a su Padre, de quien ciertamente nunca se apartó? Sino que ir a su Padre y apartarse de nosotros significaba retirar de este mundo aquella naturaleza que recibió de nosotros. Ves, por tanto, que era propio de aquella naturaleza ser quitada y apartarse de nosotros, la cual al fin del mundo nos será nuevamente restituida, como testificaron los ángeles diciendo: [Hechos 1.] "Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros, vendrá otra vez de la misma manera que le habéis visto subir al cielo."

Porque considera el milagro, considera el misterio de ambas naturalezas. El Hijo de Dios, en cuanto a su humanidad, se fue de nosotros; en cuanto a su divinidad, nos dijo: [Mateo 28.] "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."»

Hasta aquí he reproducido las palabras de Vigilio, y acto seguido concluye de esta manera:

«Está con nosotros y no está con nosotros. Porque a aquellos a quienes dejó y de quienes se apartó en cuanto a su humanidad, no los dejó ni los abandonó en cuanto a su divinidad. Pues respecto a la forma de siervo, que llevó de entre nosotros al cielo, está ausente de nosotros; pero por la forma de Dios, que no se aparta de nosotros, está presente con nosotros en la tierra; y, sin embargo, tanto presente como ausente, sigue siendo un solo y mismo Cristo.»

Hasta aquí habéis oído hablar a Vigilio, quien afirma que Cristo, en cuanto a su presencia corporal y a la naturaleza de su humanidad, se ha ido de nosotros, ha sido tomado de nosotros, ha ascendido al cielo, no está con nosotros, nos ha dejado y se ha apartado de nosotros. Pero en cuanto a la otra naturaleza, la de su divinidad, permanece aún con nosotros; de modo que está con nosotros y no está con nosotros: con nosotros en la naturaleza de su divinidad y no con nosotros en la naturaleza de su humanidad.

Y aún con mayor claridad declara el mismo Vigilio esta misma verdad en otro lugar [*Contra Eutychen, lib. iv.*], diciendo:

«Si el Verbo y la carne fueran ambos de una sola naturaleza, puesto que el Verbo está en todas partes, ¿por qué no está entonces también la carne en todas partes? Porque cuando estaba en la tierra, ciertamente no estaba en el cielo; y ahora que está en el cielo, ciertamente no está en la tierra. Y es tan cierto que no está en la tierra que, en cuanto a ella, esperamos que venga del cielo, mientras que, en cuanto a su Verbo eterno, creemos que está con nosotros en la tierra.

Por tanto, según vuestra doctrina», dice Vigilio a Eutiques, quien sostenía que la divinidad y la humanidad en Cristo constituían una sola naturaleza, «o bien el Verbo está contenido en un lugar juntamente con su carne, o bien la carne está en todas

partes juntamente con el Verbo. Porque una sola naturaleza no puede recibir en sí dos cosas diversas y contrarias. Pero estas dos cosas son diversas y muy distintas entre sí, a saber: estar contenido en un lugar y estar en todas partes. Por consiguiente, puesto que el Verbo está en todas partes y la carne no está en todas partes, aparece claramente que el mismo Cristo tiene en sí dos naturalezas; y que por su naturaleza divina está en todas partes, mientras que por su naturaleza humana está contenido en un lugar; que es creado y que no tiene principio; que está sujeto a la muerte y que no puede morir.

Una de estas cosas la posee por la naturaleza de su Verbo, por la cual es Dios; y la otra la posee por la naturaleza de su carne, por la cual ese mismo Dios es también hombre. Por tanto, el único Hijo de Dios, el mismo, fue hecho Hijo del Hombre; y tiene principio según la naturaleza de su carne, y no tiene principio según la naturaleza de su divinidad. Es creado según la naturaleza de su carne, y no creado según la naturaleza de su divinidad. Está comprendido en un lugar según la naturaleza de su carne, y no está comprendido en un lugar según la naturaleza de su divinidad. Es inferior a los ángeles según la naturaleza de su carne, y es igual a su Padre según la naturaleza de su divinidad. Murió según la naturaleza de su carne, y no murió según la naturaleza de su divinidad.

Esta es la fe y confesión católica que enseñaron los Apóstoles, que confirmaron los mártires y que los fieles conservan hasta el día de hoy.»

Todas estas son palabras de Vigilio, quien, de acuerdo con todos los autores anteriormente citados y con la fe y confesión católica de los Apóstoles, los mártires y todos los fieles hasta su tiempo, afirma que, en cuanto a la humanidad de Cristo, cuando estaba aquí en la tierra no estaba en el cielo; y ahora que está en el cielo, no está en la tierra. Porque una misma naturaleza no puede estar al mismo tiempo contenida en un lugar en el cielo y también estar aquí en la tierra.

Y puesto que Cristo está aquí con nosotros en la tierra y también está contenido en un lugar en el cielo, demuestra por ello que Cristo posee en sí dos naturalezas: la naturaleza humana, por la cual se apartó de nosotros y ascendió al cielo; y la naturaleza de su divinidad, por la cual está aquí con nosotros en la tierra. De modo que no es una misma naturaleza la que está aquí con nosotros y la que se ha ido de nosotros; la que ha ascendido al cielo y allí está contenida, y la que permanece aquí con nosotros en la tierra.

Por consiguiente, los papistas, que en estos últimos tiempos han establecido una nueva fe según la cual el cuerpo natural de Cristo está real y naturalmente presente tanto aquí con nosotros en la tierra como sentado a la diestra de su Padre en el cielo, incurren en dos herejías sumamente graves.

La primera consiste en confundir sus dos naturalezas, su divinidad y su humanidad, atribuyendo a su humanidad aquello que pertenece únicamente a su divinidad; es decir, estar en el cielo y en la tierra y en muchos lugares al mismo tiempo.

La segunda consiste en dividir y separar su naturaleza humana o su cuerpo, haciendo de un solo cuerpo de Cristo dos cuerpos y dos naturalezas: una que está en el cielo, visible y palpable, poseyendo todos los miembros y proporciones de un hombre natural perfectísimo; y otra que, según ellos, está aquí con nosotros en la tierra, en cada pan y vino consagrados, sin distinción, forma ni proporción de miembros; contradicciones y diversidades que, como afirma este santo mártir Vigilio, no pueden coexistir en una sola naturaleza.

Capítulo 7.

[Respuesta a los papistas que alegan en su favor estas palabras: «Esto es mi cuerpo».]

Pero ahora, puesto que es algo tan evidente, tanto por las expresas palabras de la Escritura como por todos los antiguos autores de la misma, que nuestro Salvador Cristo, en cuanto a su presencia corporal, ha ascendido al cielo y no está aquí en la tierra; y puesto que esta ha sido la verdadera confesión de la fe católica desde la ascensión de Cristo; corresponde ahora considerar qué movió a los papistas a establecer una fe nueva y contraria, y qué Escrituras poseen para sostener su posición.

[Roma es el Anticristo.]

Qué los movió, no lo sé, salvo su propia iniquidad, o la naturaleza y condición de la sede de Roma, que es, entre todas las demás, la más contraria a Cristo y, por tanto, la más digna de ser llamada la sede del Anticristo.

Y en cuanto a la Escritura, no alegan sino un solo pasaje, y ni siquiera correctamente entendido, sino torcido y forzado para servir a su propósito, haciéndolo desafinar y sonar en contradicción con todas las demás Escrituras que tratan sobre esta cuestión.

[El argumento de los papistas.]

Cristo tomó pan, dicen ellos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: «Esto es mi cuerpo.»

Estas palabras las repiten continuamente y las recalcan una y otra vez, que Cristo dijo: «Esto es mi cuerpo.»

Y hacen de esta afirmación su ancla principal para probar tanto la presencia real y natural del cuerpo de Cristo en el sacramento como su imaginada transubstanciación.

Porque, dicen ellos, estas palabras de Cristo son sumamente claras y absolutamente verdaderas.

Por tanto, puesto que Él dijo: «Esto es mi cuerpo,» necesariamente debe ser verdad que aquello que el sacerdote sostiene en sus manos es el cuerpo de Cristo. Y si es el cuerpo de Cristo, entonces no puede ser pan. De este razonamiento concluyen que allí está realmente presente el cuerpo de Cristo y que no queda pan alguno.

[La respuesta.]

Ahora bien, puesto que toda su argumentación depende únicamente de estas palabras: «Esto es mi cuerpo,» es necesario examinar el verdadero sentido y significado de dichas palabras. Pero ellos dicen: —¿Qué necesidad hay de examinarlas? ¿Qué palabras pueden ser más claras que decir: «Esto es mi cuerpo»?

[La interpretación de estas palabras: «Esto es mi cuerpo».]

Es ciertamente verdad que las palabras son tan claras como pueden expresarse; pero que el sentido de estas palabras claras no sea igualmente evidente resulta manifiesto para todo aquel que considere cuidadosamente las circunstancias del pasaje.

Porque cuando Cristo dio el pan a sus discípulos y dijo: «Esto es mi cuerpo,» no hay persona de juicio que entienda la lengua inglesa que no pueda reconocer, por el orden mismo de la expresión, que Cristo hablaba del pan, llamándolo su cuerpo, como también afirman todos los antiguos autores, aunque algunos de los papistas lo nieguen.

Por consiguiente, esta frase no puede significar exactamente lo que las palabras parecen indicar en su sentido literal, sino que necesariamente debe existir alguna figura o misterio en esta expresión, más allá de lo que aparece en las palabras mismas.

Porque, entendida esta forma de hablar de manera puramente literal y sin figura alguna, tal como las palabras se presentan, no puede extraerse otro sentido que este: que el pan es el cuerpo de Cristo y que el cuerpo de Cristo es pan; algo que todo oído cristiano aborrece escuchar.

Por tanto, en estas palabras debe buscarse necesariamente un sentido y significado distinto del que las palabras, consideradas por sí mismas, parecen expresar.

[Hilarius, De Trin. lib. iv. "Intelligentia dictorum ex causis est assumenda dicendi: quia non sermoni res, sed rei est sermo subjectus." Et lib. ix. "Dictorum intelligentia, aut ex præpositis aut ex sequentibus est expectanda."]

Capítulo 8.

[Cristo llamó al pan su cuerpo y al vino su sangre.]

Y aunque el verdadero sentido y entendimiento de estas palabras ya fue suficientemente explicado anteriormente, cuando traté sobre la transubstanciación, sin embargo, para hacer el asunto tan claro que no quede ningún escrúpulo ni duda, se presenta aquí la ocasión de tratarlo con mayor amplitud.

En el desarrollo de esta exposición se mostrará que estas expresiones de Cristo: «Esto es mi cuerpo» y «Esta es mi sangre» son formas de hablar figuradas. Y aunque resulta suficientemente manifiesto por las claras palabras del Evangelio, y ya fue demostrado anteriormente en el tratamiento de la transubstanciación, que Cristo hablaba del pan cuando dijo: «Esto es mi cuerpo»; y asimismo que era verdadero vino lo que llamó su sangre; sin embargo, para que los papistas no digan que esto lo hemos inventado por nuestra propia cuenta, se demostrará mediante el testimonio de los antiguos autores que esta fue la verdadera y antigua fe de la Iglesia católica. Mientras tanto, los autores escolásticos y los papistas no podrán mostrar ni una sola palabra de algún autor antiguo que sostenga lo contrario.

[Ac primum Clemens in Pædagogo, lib. i. cap. 6. Dominus dixit: "Comedite carnes meas, et bibite sanguinem meum, evidenter fidei et promissionis quod est esculentum et poculentum dicens allegorice, per quæ Ecclesia tanquam homo ex multis constans membris irrigatur et augetur."]

Justin. in Apol. ii. "Hoc alimentum apud nos Eucharistia dicitur, cujus participem esse nemini licet, nisi qui crediderit vera esse, quæ a nobis docentur, et lavacro regenerationis in remissione peccatorum lotus fuerit, et ad eum modum, quem Christus tradidit, vitam instituerit. Non enim ut communem panem aut communem potum, hæc accipimus, sed quemadmodum Jesus Christus Servator noster, per verbum Dei factus caro, et carnem et sanguinem nostræ salutis causa habuit, sic etiam, cibum illum, postquam per precationem verbi illius fuerit benedictus, ex quo sanguis et carnes nostræ per mutationem nutriuntur, edocti sumus esse carnem et sanguinem illius Jesu qui pro nobis fuerit incarnatus. Apostoli enim in commentariis ab eis factis (quæ dicuntur Evangelia) sic tradiderunt, præcepisse illis Jesum, cum accepisset panem, gratias agentem dixisse: Hoc facite in mei commemorationem, Hoc est corpus meum, Hic est sanguis meus, et solis ipsis impartisse."

Deinde Irenæus, Contra Valent. lib. iv. cap. 32. "Christus suis discipulis dans consilium, primitias Deo offerre de suis creaturis, (non quasi indigenti, sed ut ipsi nec infructuosi nec ingrati sint) eum qui ex creatura panis est accepit, et gratias egit, dicens: Hoc est corpus meum. Et calicem similiter, qui est ex ea creatura quæ est secundum nos, suum sanguinem confessus est, et novi testamenti novam docuit oblationem." Et cap. 34: "Panis in quo gratiæ actæ sunt, qui est a terra, percipiens vocationem Dei, jam non communis panis est, sed Eucharistia, ex duabus rebus constans, terrena et coelesti."]

Primeramente, Ireneo, escribiendo contra los valentianos en su cuarto libro, afirma que: «Cristo reconoció que el pan, que es una criatura, era su cuerpo, y que la copa era su sangre.»

Y en el mismo libro escribe también: «El pan sobre el cual se ha dado gracias es el cuerpo del Señor.»

Y una vez más, en el mismo libro [Irenæus, Contra Valent. lib. iv. cap. 57.], dice que: «Cristo, tomando pan de la misma clase que nuestro pan, confesó que era su cuerpo.»

Y que: «Aquello que había sido mezclado en el cáliz era su sangre.»

Además, en el quinto libro [Lib. v. cap. 2.], escribe: «Del cáliz, que es su sangre, el hombre es alimentado; y por el pan, que es su cuerpo, crece y se fortalece.»

[Et ibidem: "Quando mixtus calix, et fractus panis, percipit verbum Dei, fit Eucharistia corporis et sanguinis Christi ex quibus augetur et consistit carnis nostræ substantia."]

Estas palabras de Ireneo son sumamente claras: Cristo, tomando verdadero pan material, criatura de Dios y de la misma clase que el pan que comúnmente usamos, llamó a ese pan su cuerpo cuando dijo: «Esto es mi cuerpo.»

Y asimismo llamó su sangre al vino que nos alimenta y nutre. Tertuliano también, en su libro escrito contra los judíos [Tertullianus, Adversus Judæos.], afirma que: «Cristo llamó al pan su cuerpo.»

Y en su obra contra Marción repite numerosas veces exactamente las mismas palabras.

Asimismo, san Cipriano, en el primer libro de sus Epístolas [Cyprianus, Ad Magnum, lib. i. Epist. 6.], dice lo mismo: que «Cristo llamó su cuerpo a un pan hecho de muchos granos unidos entre sí; y llamó su sangre a un vino que es exprimido de muchas uvas y convertido en vino.»

Y en su segundo libro [Cyprianus, Ad Cæcilium, lib. ii. Epist. 3.], dice estas palabras: «El agua no es la sangre de Cristo, sino el vino.» Y nuevamente, en la misma epístola, afirma que: «Fue vino lo que Cristo llamó su sangre;» y que «si no hay vino en el cáliz, entonces no bebemos del fruto de la vid.» Y en la misma epístola declara que: «La harina sola, o el agua sola, no constituyen el cuerpo de Cristo, a menos que ambas se unan para hacer de ellas pan.»

También Epifanio afirma [Epiphan. in Ancorato.] que: «Cristo, hablando de un pan redondo en su forma, que no puede ver, oír ni sentir, dijo de él: "Esto es mi cuerpo."» Y san Jerónimo, escribiendo a Hedibia, expresa estas palabras [Jeron. Ad Hedibiam.]: «Observemos que el pan que el Señor partió y dio a sus discípulos era el cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo, como les dijo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo.»

[“Et calicem illum esse de quo item locutus est, Bibite ex hoc omnes; Hic est sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effunditur, &c. Iste est calix de quo in Propheta legimus, Calicem salutaris accipiam; et alibi: Calix tuus inebrians quam præclarus est.”]

Y san Agustín también afirma [August. De Trinit. lib. iii. cap. 4.] que: «Aunque podemos presentar a Cristo mediante la palabra hablada, la escritura y el sacramento de su cuerpo y sangre, sin embargo, no llamamos cuerpo y sangre de Cristo ni a nuestra lengua, ni a las palabras, ni a la tinta, ni a las letras, ni al papel; sino que llamamos cuerpo y sangre de Cristo a aquello que es tomado del fruto de la tierra y consagrado mediante oración mística.»

Asimismo dice [De Verbis Apostoli, Serm. 2.]: «Jesús llamó cuerpo al alimento y sangre a la bebida.»

[Idem, De Trin. lib. xii. cap. 58. “Fractum panem distribuebat dicens: Hoc est corpus meum.”]

Además, Cirilo, comentando el Evangelio de san Juan, dice [Cyrillus, In Joannem. lib. iv. cap. 14.] que: «Cristo dio a sus discípulos trozos de pan, diciendo: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo.”»

De igual manera, Teodoreto afirma [Theodoretus in Dialogo. 1.]: «Cuando Cristo entregó los santos misterios, llamó cuerpo suyo al pan, y llamó sangre suya a la copa mezclada con vino y agua.»

[Rabanus, lib. i. cap. 31. “Quia panis corporalis cor confirmat, ideo ille corpus Christi congruenter nuncupatur. Vinum autem, quia sanguinem operatur in carne, ideo ad sanguinem Christi refertur.”]

Por todos estos autores y testimonios anteriormente citados, junto con muchos otros, queda claramente demostrado que cuando nuestro Salvador Jesucristo dio pan a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed; esto es mi cuerpo»; y asimismo cuando les dio la copa diciendo: «Repartid esto entre vosotros y bebed todos de ella, porque esta es mi sangre»; entonces llamó cuerpo suyo al verdadero pan material, y sangre suya al verdadero vino. Aquel pan, digo, que es una de las criaturas de Dios aquí en la tierra entre nosotros; que brota de la tierra; que está hecho de muchos granos de trigo molidos en harina, mezclados con agua, cocidos y convertidos en pan; un pan de la misma clase que el que comúnmente usamos; que no posee ni sentido ni razón; y que finalmente alimenta y nutre nuestros cuerpos: a ese pan Cristo lo llamó su cuerpo cuando dijo: «Esto es mi cuerpo.»

Y aquel vino que es elaborado a partir de uvas prensadas, del cual se hace una bebida que nutre el cuerpo, a ese vino lo llamó su sangre. Esta es la verdadera doctrina, confirmada tanto por la Sagrada Escritura como por todos los autores antiguos de la Iglesia de Cristo, tanto griegos como latinos; a saber, que cuando nuestro Salvador Jesucristo dio pan y vino a sus discípulos y pronunció estas palabras: «Esto es mi cuerpo; esto es mi sangre», era verdadero pan y verdadero vino lo que llamó su cuerpo y su sangre.

Ahora bien, que los papistas presenten alguna autoridad en favor de su opinión, ya sea de la Escritura o de algún autor antiguo. Y que no obliguen a todos los hombres a seguir sus fantasías insensatas solamente porque ellos afirman que son ciertas, sin otro fundamento ni autoridad que sus propias palabras.

Porque de esa manera solamente a la Palabra de Dios debe otorgársele crédito, y no a la palabra de hombre alguno. Todos aquellos cuyas obras he leído (exceptuando únicamente al Obispo de Winchester) afirman que Cristo no llamó al pan su cuerpo ni al vino su sangre cuando dijo: «Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre.»

Y, sin embargo, al explicar estas palabras discrepan entre sí; lo cual es una señal evidente de que no tienen certeza acerca de su propia doctrina. Porque algunos de ellos dicen que mediante este pronombre demostrativo, «esto», Cristo no entendía ni el pan ni el vino, sino su cuerpo y su sangre. Y otros sostienen que por el pronombre «esto» no quiso decir ni el pan ni el vino, ni tampoco su cuerpo ni su sangre, sino alguna cosa particular e incierta, a la que llaman *individuum vagum* o *individuum in genere*; alguna entidad metafísica o matemática, según imagino, aunque ellos mismos no saben exactamente qué sea.

Pero que todos estos papistas juntos muestren una sola autoridad, ya sea de la Escritura o de algún autor antiguo, griego o latino, que diga como ellos dicen: que Cristo no llamó al pan y al vino su cuerpo y su sangre, sino *individuum vagum*; y por mi parte les cederé el lugar y confesaré que dicen la verdad.

Y si no pueden mostrar nada en favor de su posición procedente de la antigüedad, sino únicamente sus propias palabras, entonces es razonable que cedan ante la verdad confirmada por tantas autoridades, tanto de la Escritura como de los antiguos escritores, la cual sostiene que Cristo llamó cuerpo suyo al verdadero pan material, y sangre suya al verdadero vino hecho de uvas.

Capítulo 9.

[«El pan es mi cuerpo.» «El vino es mi sangre.» Son expresiones figuradas.]

Ahora bien, una vez demostrado plenamente esto, necesariamente se sigue que esta manera de hablar es una expresión figurada; porque, en sentido literal y propio, no es verdad decir que el pan es el cuerpo de Cristo, ni que el vino es su sangre. Porque el cuerpo de Cristo posee alma, vida, sensibilidad y razón; pero el pan no posee alma, ni vida, ni sensibilidad, ni razón.

Asimismo, en sentido literal no es verdad que comamos el cuerpo de Cristo y bebamos su sangre. Porque comer y beber, en su significado propio y habitual, consiste en tragar, dividir y masticar con la lengua, los dientes y los labios; y pensar que tal acción se realiza sobre la carne y la sangre de Cristo resulta algo terrible para los oídos de cualquier cristiano.

Capítulo 10.

[«Comer la carne de Cristo y beber su sangre» son expresiones figuradas.]

De modo que estas expresiones: «Comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre», «Llamar al pan su cuerpo o al vino su sangre», son formas de hablar que no deben entenderse según el significado propio de cada palabra, sino mediante una traslación del sentido de las palabras **«comer»** y **«beber»**, trasladándolas desde el significado de una acción corporal para expresar una realidad espiritual; y también mediante la costumbre de llamar a una cosa que significa otra por el nombre de aquello que significa.

Y esto no es algo raro ni extraño, sino una forma de hablar común y habitual. Sin embargo, para que no se nos atribuya el defecto de inventar cosas por nuestra propia imaginación sin autoridad alguna (como suelen hacer los papistas), se citará aquí suficiente autoridad, tanto de la Sagrada Escritura como de los antiguos autores, para confirmar esta misma interpretación.

Primeramente, cuando nuestro Salvador Jesucristo, en el capítulo sexto del Evangelio de Juan, dijo [Juan 6.] que él era el pan de vida; que quienquiera que comiera de ese pan no moriría, sino que viviría para siempre; que el pan que él nos daría era su carne; y que, por tanto, quien comiera su carne y bebiera su sangre

tendría vida eterna, mientras que quienes no comieran su carne ni bebieran su sangre no tendrían vida eterna: cuando Cristo hubo pronunciado estas palabras, junto con muchas otras acerca de comer su carne y beber su sangre, tanto los judíos como muchos de sus propios discípulos se escandalizaron por sus palabras y dijeron: «Dura es esta palabra; ¿cómo puede éste darnos a comer su carne?» Y Cristo, percibiendo la murmuración de sus corazones —porque no conocían otra manera de comer su carne que mediante la masticación y la deglución físicas—, para declararles que no debían comer su cuerpo de esa manera, ni que él hablaba de ninguna comida carnal semejante, les dijo: «¿Qué será, pues, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.»

Estas palabras las pronunció nuestro Salvador Jesucristo para elevar sus mentes de la tierra al cielo, y de una manera carnal de comer a una manera espiritual; para que no imaginaran que habrían de comerle aquí en la tierra con sus dientes, estando él presente corporalmente. Porque, dice él, su carne así comida no les aprovecharía en nada. Y, sin embargo, tampoco habrían de comerle de esa manera, pues él retiraría su cuerpo de entre ellos y ascendería con él al cielo; y allí, mediante la fe y no con los dientes, lo comerían espiritualmente, estando él sentado a la diestra de su Padre. Por eso dice: «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida»; es decir, que no deben entenderse como si hubiéramos de comer a Cristo con nuestros dientes de una manera grosera y carnal, sino que debemos comerle espiritual y místicamente mediante la fe, estando él corporalmente ausente de nosotros en el cielo; y de la misma manera que Abraham y los demás santos padres le comieron muchos años antes de que fuera encarnado y naciera.

Como dice san Pablo [1 Corintios 10.], que: «todos comieron el mismo alimento espiritual que nosotros comemos, y bebieron la misma bebida espiritual», es decir, a Cristo. Porque ellos fueron alimentados y nutridos espiritualmente por la fe con el cuerpo y la sangre de Cristo, y por medio de él tuvieron vida eterna antes de que naciera, así como nosotros la tenemos ahora después de su ascensión.

Así habéis oído, por la explicación del propio Cristo y de san Pablo, que el comer y beber la carne y la sangre de Cristo no se entiende en su significado común, como cuando se come y se bebe con la boca y los dientes una cosa presente, sino como una acción realizada por una fe viva en el corazón y en la mente, mediante la cual se mastica y digiere espiritualmente una realidad ausente, ya sea porque ha ascendido al cielo o porque aún no ha nacido en la tierra. Y Orígenes [Orígenes. In Levit. Hom. 7.], explicando que ese comer la carne de Cristo y beber su sangre no debe entenderse según el sonido literal de las palabras, sino de manera figurada, escribe así acerca de estas palabras de Cristo: «Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros.» «Considerad», dice Orígenes, «que estas cosas escritas en los libros de Dios son figuras; y por tanto examinadlas y entendedlas como hombres espirituales y no como hombres carnales. Porque si las

entendéis de manera carnal, os perjudican y no os alimentan. Pues incluso en los Evangelios se encuentra una letra que mata; y no solamente en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo se encuentra una letra que destruye a quien no comprende espiritualmente lo que se dice. Porque si sigues la letra o las palabras de aquello que Cristo dijo: "Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre", esa letra mata.» [Juan 6.]

¿Quién podría expresar con mayor claridad que Orígenes, mediante palabras más explícitas, que el comer y beber la carne y la sangre de Cristo no debe entenderse en su significado ordinario, tal como las palabras parecen indicar?

Y san Juan Crisóstomo afirma lo mismo, diciendo [Chrysost. In Joan. Hom. 46.] que: «Si alguno entiende carnalmente las palabras de Cristo, ciertamente no obtendrá de ellas provecho alguno. ¿Qué significan estas palabras: "La carne para nada aprovecha"? No hablaba de su propia carne, ¡Dios nos libre!, sino de aquellos que entendían de manera carnal y terrenal las cosas que Cristo decía. ¿Y qué es entender carnalmente? Entender las palabras simplemente tal como se pronuncian y nada más. Porque no debemos comprender así las cosas que vemos, sino que todos los misterios deben ser considerados con los ojos interiores; y eso es entenderlos espiritualmente.» Con estas palabras, san Juan Crisóstomo muestra claramente que las palabras de Cristo acerca de comer su carne y beber su sangre no deben entenderse simplemente según su formulación literal, sino espiritual y figuradamente.

Y, más claramente que todos los demás, san Agustín expone este asunto en su libro *De Doctrina Christiana* [Augustinus, De Doctrina Christ. lib. iii. cap. 4 et 5.], donde instruye a los cristianos acerca de cómo deben entender aquellos pasajes de la Escritura que parecen difíciles y oscuros. «Rara vez», dice él, «existe dificultad alguna en las palabras tomadas en sentido propio; pues ya sea el contexto del pasaje, la comparación de diversas traducciones o la lengua original en que fue escrito, suelen hacer claro el sentido. Pero en las palabras que han sido apartadas de su significado propio se requiere gran diligencia y atención. Y especialmente debemos cuidarnos de no tomar literalmente aquello que ha sido dicho de manera figurada.

[“Et ad hoc etiam pertinet quod ait Apostolus: Litera occidit, spiritus autem vivificat. Cum enim figurate dictum sic accipitur, tanquam proprie dictum sit, carnaliter sapitur. Neque ulla mors animæ congruentius appellatur, quam cum id etiam, quod in ea bestiis antecellit (hoc est intelligentia) carni subjicitur sequendo literam. Qui enim sequitur literam, translata verba sicut propria tenet,” &c. Et mox: “Ea demum est miserabilis animæ servitus, signa pro rebus accipere, et supra creaturam corpoream oculum mentis ad hauriendum æternum lumen levare non posse.” August. De Doctr. Christ. lib. iii. cap. 5.]

Y, por el contrario, tampoco debemos tomar como figura aquello que ha sido dicho propiamente. Por tanto, dice san Agustín, debe explicarse el modo de distinguir entre una expresión propia y una expresión figurada. Y para ello, afirma, debe observarse esta regla: si aquello que se dice conduce al crecimiento de la caridad, entonces es una expresión propia y no una figura. De modo que, si se trata de un mandamiento que prohíbe alguna acción mala o impía, o que ordena algo bueno y provechoso, entonces no es una figura. Pero si ordena alguna acción mala o perversa, o prohíbe algo bueno y beneficioso, entonces se trata de una expresión figurada.

Ahora bien, esta declaración de Cristo: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros», parece ordenar algo atroz y perverso; por tanto, es una figura, que nos manda participar de la pasión de Cristo, conservando siempre en nuestra memoria, para nuestro gran consuelo y provecho, que su carne fue crucificada y herida por nosotros.»

Esta es, en resumen, la enseñanza de san Agustín en su libro *De Doctrina Christiana*. Y algo semejante escribe en su obra *De Catechizandis Rudibus* [De Catech. Rudib. cap. 26.], y también en su libro *Contra Adversarium Legis et Prophetarum* [Contra Advers. Legis et Prophet. lib. ii. cap. 9.], así como en diversos otros lugares que omito por no alargar demasiado el discurso. Porque si hubiera de citar todas las autoridades de san Agustín y de otros autores que tratan esta cuestión, fatigaría excesivamente al lector.

[Aug. de Catechizandis Rudibus, cap. 26. "De Sacramento quod accepit, cum ei bene commendatum fuerit, signacula quidem rerum divinarum esse visibilia, sed res ipsas invisibiles in eis honorari; nec sic habendam esse speciem illam benedictione sanctificatam, quemadmodum habetur in usu quolibet: dicendum etiam quid significet et sermo ille quem audivit, quid in illo condatur, cujus illa res similitudinem gerit. Deinde monendus est (Catechizandus) ut si quid in Scripturis audiat, quod carnaliter sonat, etiamsi non intelligit, credat tamen spirituale aliquid significari, quod ad sanctos mores futuramque vitam pertineat. Hoc autem breviter discet, ut quicquid audierit ex libris canonicis, quod ad dilectionem æternitatis et veritatis et sanctitatis, et ad dilectionem proximi referre non possit, figurate dictum vel gestum esse credat, atque ita conetur intelligere ut ad illam geminam referat dilectionem."

Idem, *Contra Adversarium Legis et Prophetarum*, lib. ii. cap. 9. "Mediatorem Dei et hominum, hominem Christum Jesum carnem suam nobis manducandam, bibendumque sanguinem dantem, fidei corde atque ore suscipimus, quamvis horribilius videatur humanam carnem manducare quam perimere, et humanum sanguinem potare quam fundere. Atqui in omnibus sanctis Scripturis secundum sanæ fidei regulam, figuratè dictum vel factum si quid exponitur, de quibuslibet rebus vel verbis, quæ sacris paginis continentur, expositio illa ducatur, non aspernanter sed sapienter audiamus."

Justinus in 2. Apol. ad Gentes. "Deinde profertur illi qui fratribus præest, panis et poculum aqua et vino mixtum, quæ cum is acceperit, laudem et gloriam ei qui Pater est omnium per nomen Filii et Spiritus Sancti destinatus, et gratiarum actionem, quod ab illo dignus his sit habitus, prolixè facit. Quibus rite peractis precibus cum gratiarum actione, populus omnis qui adest benedicit, dicens, Amen. Illud autem, Amen, Hebraica linguâ significat, Fiat. Cum autem is qui præest gratias egerit, et totus populus benedixerit, hi qui apud nos vocantur Diaconi, distribuunt unicuique præsentium ut participant de pane, in quo gratiæ actæ sunt, et de vino et aquâ, et his qui non sunt præsentibus deferunt. Atque hoc alimentum vocatur apud nos Eucharistia," &c. ut supra cap. 8.

Bonaventura, lib. iv. dist. 9. "Manducatio primo et proprie in corporalibus invenitur, et ab illis ad spiritualia est translata. Et ideo si volumus accipere rectam illam manducationem spiritualem, necesse habemus a propria acceptione vocabuli nos transferre."]

Por consiguiente, para todos aquellos que deseen quedar satisfechos por medios razonables, las pruebas anteriormente expuestas son suficientes para demostrar que el comer la carne de Cristo y beber su sangre no debe entenderse simple y literalmente, conforme al significado propio de las palabras, como si lo comiéramos y bebiéramos con nuestras bocas; sino que se trata de una expresión figurada que debe ser entendida espiritualmente. Es decir, debemos grabar profundamente en nuestros corazones y creer con fruto que su carne fue crucificada y su sangre derramada para nuestra redención.

Y esta fe nuestra en él es comer su carne y beber su sangre, aunque no estén presentes aquí con nosotros, sino que hayan ascendido al cielo.

Del mismo modo, nuestros antepasados antes de la venida de Cristo también comieron su carne y bebieron su sangre, aunque él estaba tan distante de ellos que todavía no había nacido.

Capítulo 11.

["Esto es mi cuerpo", "Esto es mi sangre" son expresiones figuradas.]

Los mismos autores afirmaron también que cuando Cristo llamó al pan su cuerpo y al vino su sangre, no empleó entonces una forma de hablar literal; sino que, así como todos los sacramentos son figuras de otras realidades y, sin embargo, reciben los mismos nombres de las cosas que significan, [El pan representa el cuerpo de Cristo y el vino su sangre.] así también Cristo, al instituir el sacramento de su preciosísimo cuerpo y sangre, utilizó expresiones figuradas, llamando al pan con el nombre de su cuerpo porque significaba su cuerpo, y llamando al vino su sangre porque representaba su sangre.

Tertuliano [Tertullianus Contra Marcionem lib. i.], escribiendo contra Marción, dice estas palabras: «Cristo no rechazó el pan, por medio del cual representó su verdadero cuerpo». Y en el mismo libro afirma que «Jesús, tomando el pan y distribuyéndolo entre sus discípulos, lo hizo su cuerpo, diciendo: "Esto es mi cuerpo"; es decir», dice Tertuliano, «una figura de mi cuerpo». Y por eso, añade Tertuliano, «Cristo llamó al pan su cuerpo y al vino su sangre, porque en el Antiguo Testamento el pan y el vino eran figuras de su cuerpo y de su sangre».

Y san Cipriano, el santo mártir, [Cyprianus, lib. ii. Epist. 3.], dice sobre esta cuestión que «la sangre de Cristo se muestra en el vino, y el pueblo en el agua que se mezcla con el vino; de modo que la mezcla del agua con el vino significa la unión espiritual y la incorporación de nosotros a Cristo».

Con esta comparación, Cipriano no quiso decir que la sangre de Cristo sea vino, ni que el pueblo sea agua; sino que, así como el agua significa y representa al pueblo, así también el vino significa y representa la sangre de Cristo; y la unión del agua y el vino significa la unión de los cristianos con Cristo mismo.

Y el mismo san Cipriano, en otro lugar, [De Unctione Chrismatis.], escribiendo sobre este asunto, dice que «Cristo, en su última cena, entregó a sus apóstoles con sus propias manos pan y vino, a los cuales llamó su carne y su sangre; pero en la cruz entregó su verdadero cuerpo para ser herido por las manos de los soldados, a fin de que los apóstoles pudieran declarar al mundo cómo y de qué manera el pan y el vino pueden ser la carne y la sangre de Cristo». Y acto seguido explica el modo de ello, diciendo que «las cosas que significan y las cosas que son significadas por ellas pueden recibir un mismo nombre».

Aquí queda claro, según el pensamiento de san Cipriano, por qué y de qué manera el pan es llamado carne de Cristo y el vino su sangre; a saber, porque toda cosa que representa y significa otra puede ser llamada por el nombre de aquello que significa. Por eso san Juan Crisóstomo dice [Chrysost. In Psal. xxii.] que «Cristo instituyó la mesa de su santa cena con este propósito: que en ese sacramento nos mostrara diariamente el pan y el vino como semejanza de su cuerpo y de su sangre».

Asimismo, san Jerónimo afirma [Jeronym. In Matt. xxvi.], comentando el Evangelio de Mateo, que «Cristo tomó el pan que fortalece el corazón del hombre para representar mediante él su verdadero cuerpo y sangre».

[“Postquam typicum Pascha fuerat impletum, et agni carnes cum Apostolis comederat, assumit panem qui confortat cor hominis, et ad verum Paschæ transgreditur sacramentum, ut quo modo in præfiguratione ejus Melchisedek summi Dei sacerdos offerens fecerat, ipse quoque veritatem sui corporis et sanguinis repræsentaret.”]

También san Ambrosio [Ambros. *De iis qui Mysteriis initiantur*, cap. ult.] (si el libro titulado *De iis qui Mysteriis initiantur* es realmente suyo) dice que «antes de la consagración se nombra una cosa distinta; pero después de la consagración se significa el cuerpo de Cristo. Cristo dijo: "su sangre"; antes de la consagración se llama de otra manera, pero después de la consagración se significa la sangre de Cristo».

Y en su libro *De Sacramentis* [De Sacramentis, lib. vi. cap. 1.] (si también es suyo), escribe así: «Recibes el sacramento como semejanza de la carne y de la sangre de Cristo; pero obtienes la gracia y la virtud de su verdadera naturaleza; y, al recibir el pan, en ese alimento participas de su sustancia divina». Y en el mismo libro [De Sacramentis, lib. iv. cap. 4.] dice: «Así como en el bautismo has recibido la semejanza de la muerte, así también en este sacramento bebes la semejanza de la preciosa sangre de Cristo.» [“Ut nullus horror cruoris sit; et pretium tamen operetur redemptionis.”]

Y nuevamente dice en el citado libro [De Sacramentis, lib. iv. cap. 5.]: «El sacerdote dice: Haz que esta oblación nos sea aceptable, la cual es la figura del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo.»

Y comentando la Epístola de san Pablo a los Corintios, afirma que [1 Corintios 11.] «al comer y beber el pan y el vino, significamos la carne y la sangre que fueron ofrecidas por nosotros». Y añade que «el Antiguo Testamento fue instituido en sangre, porque la sangre era testimonio del beneficio de Dios; y en significación y figura de ella tomamos el cáliz místico de su sangre para la protección de nuestro cuerpo y de nuestra alma».

Por estos pasajes de san Crisóstomo, san Jerónimo y san Ambrosio queda claro que en el pan y el vino sacramentales no está real y corporalmente la verdadera sustancia natural de la carne y la sangre de Cristo, [Los signos y figuras reciben los nombres de las cosas que significan.] sino que el pan y el vino son semejanzas, misterios, representaciones, significaciones, sacramentos, figuras y signos de su cuerpo y de su sangre; y por ello son llamados y reciben el nombre de su verdadera carne y sangre.

Y, sin embargo, san Agustín expone esta cuestión de manera más clara y completa que cualquiera de los demás, especialmente en una epístola que escribió *Ad Bonifacium* [August. *Ad Bonifacium*, Epist. 23.], donde dice que «uno o dos días antes del Viernes Santo solemos decir en el habla común: “Mañana”, o “dentro de dos días”, Cristo padeció su pasión; cuando en realidad él no padeció su pasión más que una sola vez, y eso ocurrió muchos años atrás. Del mismo modo, el día de Pascua decimos: “Hoy Cristo resucitó de entre los muertos”, cuando en realidad han pasado muchos cientos de años desde que resucitó. ¿Por qué, entonces, nadie nos

acusa de mentirosos cuando hablamos de esta manera? Porque llamamos a estos días por semejanza de aquellos días en los que estas cosas sucedieron realmente. Así se llama aquel día que no es verdaderamente aquel mismo día, pero que, según el curso anual, es un día semejante; y se dice que tales cosas se realizan en ese día por la celebración solemne del sacramento, aunque en realidad no fueron realizadas entonces, sino mucho antes.

¿Acaso Cristo fue ofrecido más de una vez? Se ofreció a sí mismo una sola vez; y, sin embargo, en un sacramento o representación, no solamente en cada solemne fiesta de Pascua, sino cada día es ofrecido al pueblo; de modo que no miente quien dice que cada día es ofrecido. Porque si los sacramentos no tuvieran alguna semejanza o semejanza de aquellas cosas de las cuales son sacramentos, de ninguna manera podrían ser sacramentos. Y debido a esa semejanza y representación, comúnmente reciben el nombre de las cosas de las cuales son sacramentos.

Por tanto, así como, según cierta manera de hablar, el sacramento del cuerpo de Cristo es el cuerpo de Cristo, y el sacramento de la sangre de Cristo es la sangre de Cristo, asimismo el sacramento de la fe es fe. Y creer no es otra cosa que tener fe; por ello, cuando respondemos por los niños pequeños en su bautismo que creen, aunque todavía no tengan capacidad de creer, respondemos que tienen fe porque poseen el sacramento de la fe. También decimos que se convierten a Dios por razón del sacramento de la conversión a Dios, pues esa respuesta pertenece a la celebración del sacramento.

Y de la misma manera habla el Apóstol acerca del bautismo, diciendo que “por el bautismo somos sepultados con él en la muerte” [Romanos 6.]; no dice que “significamos el sepulcro”, sino que declara expresamente que “somos sepultados”. De modo que el sacramento de una realidad tan grande no recibe otro nombre que el de la realidad misma.»

Hasta aquí he reproducido la respuesta de san Agustín a Bonifacio, un obispo erudito que le preguntó cómo los padres y amigos podían responder por un niño pequeño en el bautismo y decir en su nombre que cree y se convierte a Dios, cuando el niño no puede ni hacer ni pensar nada semejante.

A lo cual responde san Agustín que, puesto que el bautismo es el sacramento de la profesión de nuestra fe y de nuestra conversión a Dios, conviene que respondamos por los niños que son presentados a él de la manera que corresponde a ese sacramento, aunque los niños, en realidad, no tengan conocimiento alguno de tales cosas.

Y, sin embargo, no debemos ser reprendidos como hombres vanos o mentirosos por dar tales respuestas, puesto que en el lenguaje común usamos diariamente llamar

a los sacramentos y figuras por los nombres de las cosas que son significadas por ellos, aunque en realidad no sean esas mismas cosas. Así, cada Viernes Santo, cuando vuelve año tras año, lo llamamos el día de la pasión de Cristo; y cada Domingo de Pascua lo llamamos el día de su resurrección; y cada día del año decimos que Cristo es ofrecido; y al sacramento de su cuerpo lo llamamos su cuerpo, y al sacramento de su sangre lo llamamos su sangre; y san Pablo llama a nuestro bautismo nuestra sepultura con Cristo.

Y, sin embargo, en realidad Cristo no padeció más que una sola vez, no resucitó más que una sola vez, ni fue ofrecido más que una sola vez; tampoco somos realmente sepultados en el bautismo, ni el sacramento del cuerpo de Cristo es su cuerpo, ni el sacramento de su sangre es su sangre. Pero reciben esos nombres porque son figuras, sacramentos y representaciones de las mismas realidades que significan y cuyos nombres llevan.

Así expone san Agustín esta cuestión con toda claridad en su Epístola a Bonifacio. De esta manera de hablar —en la que un signo recibe el nombre de la cosa que significa— trata también ampliamente san Agustín en sus *Quaestiones super Leviticum* y en *Contra Adamantium*, explicando cómo en la Escritura la sangre es llamada alma.

«Una cosa que significa otra», dice él [Super Lev. quest. 57.], «suele ser llamada por el nombre de aquello que significa. Así está escrito en la Escritura: [Génesis 41.] “Las siete espigas son siete años”; la Escritura no dice que significan siete años; y “las siete vacas son siete años”, y muchos otros ejemplos semejantes. Del mismo modo, Pablo dijo que “la roca era Cristo” [1 Corintios 10.], y no que significaba a Cristo, sino que afirma que era Cristo, como si verdaderamente lo fuera; aunque, sin embargo, no era Cristo por sustancia, sino por significación. De igual manera», dice san Agustín, «puesto que la sangre significa y representa el alma, por ello en un sacramento o significación es llamada alma».

Y en *Contra Adamantium* [Contra Adamantium, cap. 12.] escribe de manera muy semejante, diciendo: «La sangre es el alma del mismo modo que la roca era Cristo; y, sin embargo, el Apóstol no dice que la roca significaba a Cristo, sino que afirma que era Cristo. Y esta expresión, “la sangre es el alma”, puede entenderse como dicha en señal o figura. Porque Cristo no tuvo reparo en decir: “Esto es mi cuerpo”, cuando entregó el signo de su cuerpo».

Aquí san Agustín, al citar diversas expresiones pronunciadas figuradamente —es decir, cuando una cosa es llamada por el nombre de otra, sin ser esa otra en sustancia, sino en significación—, tales como: *La sangre es el alma*, *Las siete vacas son siete años*, *Las siete espigas son siete años*, *La roca era Cristo*; entre tales formas de hablar incluye también aquellas palabras que Cristo pronunció en su última cena [Mateo 26.]: «Esto es mi cuerpo». Lo cual manifiesta claramente el

pensamiento de san Agustín: que Cristo habló esas palabras de manera figurada, no queriendo decir que el pan fuese su cuerpo por sustancia, sino por significación. Y por eso san Agustín dice en *Contra Maximinum* [Contra Maximinum, lib. iii, cap. 22.] que «en los sacramentos no debemos considerar lo que son, sino lo que significan. Porque son signos de realidades, siendo una cosa y significando otra». Esto lo muestra especialmente respecto de este sacramento, diciendo: «El pan celestial, que es la carne de Cristo, según cierta manera de hablar es llamado cuerpo de Cristo, cuando en realidad es el sacramento de su cuerpo. Y aquella ofrenda de la carne que es realizada por las manos de los sacerdotes es llamada la pasión, muerte y crucifixión de Cristo, no en realidad, sino en una significación mística».

[In Lib. Sententiarum Prosperi. De Consecr. dist. 2. "Hoc est." Gloss. ibidem. "Cœlestis panis, id est, cœleste sacramentum, quod vere repræsentat Christi carnem, dicitur corpus Christi, sed improprie: unde dicitur suo modo, sed non rei veritate, sed significante mysterio. Ut sit sensus, vocatur Christi corpus, id est, significatur." Aug. in Psalm. 3. "Dominus Judam adhibuit in convivium, in quo corporis et sanguinis sui figuram discipulis commendavit et tradidit." Idem, Contra Faustum, lib. xx. cap. 21. "Nostris sacrificii caro et sanguis ante adventum Christi per victimas similitudinum promittebatur, in passione Christi per ipsam veritatem reddebatur, post ascensum Christi per sacramentum memoriæ celebratur."]

Y para este propósito es tanto agradable como consolador y provechoso leer a Teodoreto en sus *Diálogos* [Theodoret. in Dialogis.], donde disputa y demuestra extensamente cómo en la Escritura los nombres de las cosas son cambiados y, sin embargo, las cosas mismas permanecen siendo lo que son. Y como ejemplo prueba que la carne de Cristo es llamada en la Escritura unas veces velo, otras veces paño, otras vestidura y otras estola; y que la sangre de la uva es llamada sangre de Cristo. Asimismo, Cristo cambia de tal manera los nombres del pan y del vino, y de su carne y de su sangre, que unas veces llama a su cuerpo grano o pan, y otras veces, por el contrario, llama al pan su cuerpo. Del mismo modo, unas veces llama a su sangre vino, y otras veces, por el contrario, llama al vino su sangre.

Para una comprensión más clara de esto, no estará de más reproducir sus propias palabras en los mencionados *Diálogos*, en lo referente a este asunto del santo sacramento de la carne y la sangre de Cristo. Los interlocutores en estos diálogos son *Orthodoxus*, el verdadero creyente, y *Eranistes*, su compañero, que no comprende correctamente la fe verdadera.

Orthodoxus dice a su compañero [En el Primer Diálogo.]: «¿No sabes que Dios llama al pan su carne?»

Eranistes: «Sí, lo sé.»

Orthodoxus: «¿Y que en otro lugar llama a su cuerpo grano?»

Eranistes: «También lo sé; porque le he oído decir: [Juan 12.] “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado”; y: “Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”.»

Orthodoxus: «Cuando entregó los misterios o sacramentos, llamó al pan su cuerpo; y a lo que estaba mezclado en el cáliz lo llamó sangre.»

Eran. Así los llamó.

Orth. Pero aquello que era su cuerpo natural también puede ser llamado su cuerpo; y su verdadera sangre igualmente puede ser llamada su sangre.

Eran. Es evidente.

Orth. Pero nuestro Salvador, sin duda, cambió los nombres y dio al cuerpo el nombre del signo o símbolo, y al símbolo le dio el nombre del cuerpo. [Juan 15.] Y así, cuando se llamó a sí mismo una vid, llamó sangre a aquello que era el signo de la sangre.

Eran. Ciertamente has dicho la verdad; pero quisiera saber la causa por la cual fueron cambiados los nombres.

Orth. La causa es manifiesta para quienes están instruidos en la verdadera religión. Porque Él quiso que quienes participan de los santos sacramentos no fijaran su mente en la naturaleza de las cosas que ven, sino que, mediante el cambio de los nombres, creyeran las cosas que son obradas en ellos por la gracia. [Juan 12. Mateo 26. Juan 15.] Pues Aquel que llama a su cuerpo natural grano y pan, y que también se llamó a sí mismo vid, honró los signos y símbolos visibles con los nombres de su cuerpo y de su sangre, no cambiando la naturaleza, sino añadiendo gracia a la naturaleza.

Eran. Los sacramentos son expresados sacramentalmente, y por medio de ellos se manifiestan claramente cosas que no todos los hombres conocen.

Orth. Puesto que es cierto que el Patriarca llamó al cuerpo del Señor vestidura y vestido [Génesis 46.], y ya que hemos entrado a tratar de los santos sacramentos, dime con sinceridad: ¿de qué cosa piensas que este santo alimento es signo y figura? ¿De la divinidad de Cristo, o de su cuerpo y de su sangre?

Eran. Es claro que es figura de aquellas cosas cuyo nombre lleva.

Orth. ¿Te refieres a su cuerpo y a su sangre?

Eran. Exactamente a eso me refiero.

Orth. Has hablado como quien ama la verdad; porque el Señor, cuando tomó el signo o símbolo, no dijo: «Esto es mi divinidad», sino: «Esto es mi cuerpo» y «Esto es mi sangre». Y en otro lugar: «El pan que yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo». [Juan 6.]

Eran. Estas cosas son verdaderas, porque son palabras de Dios.

[“Ortho. Porro si sunt vera, corpus utique habebat Dominus.

Eran. Et ego incorporeum illum esse dico.

Ortho. Sed fateris illum habuisse corpus.”

(Ortho. Además, si esas cosas son verdaderas, ciertamente el Señor tenía un cuerpo.

Eran. Y yo digo que Él es incorpóreo.

Ortho. Pero admites que Él tuvo un cuerpo.)]

Todo esto escribe Teodoreto en su primer Diálogo. Y en el segundo escribe esencialmente lo mismo, aunque en algunos puntos con mayor claridad, contra aquellos herejes que afirmaban que, después de la resurrección y ascensión de Cristo, su humanidad fue transformada de la verdadera naturaleza humana en su divinidad. Contra ellos escribe así:

«Orth. La corrupción, la salud, la enfermedad y la muerte son accidentes; porque vienen y van.

Eran. Conviene que así sean llamadas.

Orth. Los cuerpos de los hombres después de la resurrección son librados de la corrupción, de la muerte y de la mortalidad, y sin embargo no pierden su propia naturaleza.

Eran. Es verdad.

[El cuerpo glorificado de Cristo conserva su forma, tamaño y dimensión.]

Orth. El cuerpo de Cristo, por tanto, resucitó completamente libre de toda corrupción y muerte; es impasible, inmortal, glorificado con la gloria de Dios y honrado por las potestades celestiales; y, sin embargo, sigue siendo un cuerpo y conserva el mismo tamaño que tenía antes.

Eran. Tus palabras parecen verdaderas y conformes a la razón; pero después de que ascendió al cielo, no creo que digas que su cuerpo no fue transformado en la naturaleza de la divinidad.

Orth. No lo diría siguiendo la persuasión de la razón humana; ni soy tan arrogante y presuntuoso como para afirmar aquello sobre lo que la Escritura guarda silencio. Pero he oído a san Pablo proclamar que [Hechos 17.] «Dios ha establecido un día en que juzgará al mundo entero con justicia por medio de aquel hombre que designó de antemano, dando a todos garantía de ello al resucitarlo de entre los muertos». También he aprendido de los santos ángeles [Hechos 1.] que vendrá de la misma manera en que sus discípulos lo vieron subir al cielo. Pero ellos vieron una naturaleza con determinado tamaño, no una naturaleza carente de tamaño. Además, escuché al Señor decir [Mateo 24.]: «Veréis al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo». Y sé que todo aquello que los hombres ven posee una determinada magnitud. Porque una naturaleza que no tiene magnitud no puede ser vista. Asimismo, sentarse en el trono de gloria y colocar las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda significa algo que posee cantidad y magnitud.»

Hasta aquí he reproducido las palabras de Teodoreto; y poco después Eranistes dice:

«Eran. Debemos remover cada piedra, como dice el proverbio, para buscar la verdad, especialmente cuando se proponen cuestiones divinas.

Orth. Dime entonces: los signos sacramentales que son ofrecidos a Dios por sus sacerdotes, ¿de qué son signos, según tú?

Eran. Del cuerpo y de la sangre del Señor.

Orth. ¿De un cuerpo verdadero o de un cuerpo no verdadero?

Eran. De un cuerpo verdadero.

Orth. Muy bien; porque una imagen debe hacerse conforme a un modelo verdadero. Los pintores siguen la naturaleza y pintan imágenes de las cosas que vemos con nuestros ojos.

Eran. Es verdad.

Orth. Si, por tanto, los santos sacramentos representan un cuerpo verdadero, entonces el cuerpo del Señor sigue siendo verdaderamente un cuerpo, no transformado en la naturaleza de su divinidad, sino lleno de la gloria de Dios.

Eran. Viene muy a propósito que menciones los sacramentos de Dios, pues por ellos demostraré que el cuerpo de Cristo fue transformado en otra naturaleza. Responde, por tanto, a mis preguntas.

Orth. Responderé.

Eran. ¿Cómo llamas a aquello que se ofrece antes de la invocación del sacerdote?

Orth. No debemos hablar abiertamente, pues es probable que estén presentes algunos que no han profesado a Cristo.

Eran. Responde de manera velada.

Orth. Es un alimento hecho de semillas semejantes entre sí.

Eran. Entonces, ¿cómo llamamos al otro signo?

Orth. Tiene también un nombre común, que significa una clase de bebida.

Eran. Pero ¿cómo los llamas después de la santificación?

Orth. El cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo.

Eran. ¿Y crees que eres hecho partícipe del cuerpo y de la sangre de Cristo?

Orth. Así lo creo.

Eran. Por tanto, así como los signos del cuerpo y de la sangre de Dios son una cosa antes de la invocación del sacerdote, pero después de la invocación son transformados y son otra cosa, así también el cuerpo de Cristo, después de su ascensión, es transformado en su sustancia divina.

[Theodoretus (388).]

Orth. Has caído en tu propia red. Porque los signos sacramentales no abandonan su propia naturaleza después de la santificación, sino que permanecen en su sustancia, forma y figura anteriores, y pueden ser vistos y tocados igual que antes; sin embargo, en nuestra mente consideramos aquello en lo que han sido constituidos, y los reputamos, estimamos y reverenciamos conforme a aquello por lo que son tenidos.

Compara, por tanto, las imágenes con el modelo, y verás que son semejantes. Porque una figura debe ser semejante a la cosa misma. Pues el cuerpo de Cristo conserva su forma, figura y tamaño anteriores; y, para decirlo en una sola palabra, la misma sustancia de su cuerpo. Pero después de su resurrección fue hecho inmortal y dotado de tal poder que ninguna corrupción ni muerte podía alcanzarlo; y fue exaltado a tal dignidad que fue colocado a la diestra del Padre y honrado por todas las criaturas como el cuerpo de aquel que es Señor de la naturaleza.

Eran. Pero el signo sacramental cambia su nombre anterior; pues ya no se llama como antes, sino que es llamado cuerpo de Cristo. Por tanto, también su cuerpo, después de su ascensión, debe ser llamado Dios y no cuerpo.

Orth. Me parece que eres ignorante; porque no se le llama solamente su cuerpo, sino también el pan de vida, como el Señor lo llamó. Así también llamamos al cuerpo de Cristo cuerpo divino, cuerpo que da vida, cuerpo de Dios, cuerpo del Señor, cuerpo de nuestro Maestro, entendiendo que no es un cuerpo común, como los cuerpos de los demás hombres, sino que es el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre.»

[Jesus enim Christus heri et hodie, ille ipse et in æternum.]

Esto he reproducido del gran doctor y santo obispo Teodoreto, a quien algunos de los papistas, al percibir que hablaba tan claramente contra ellos, han difamado diciendo que estaba infectado con el error de Nestorio. [No favorece a los papistas.] Aquí los papistas muestran su antigua y acostumbrada naturaleza y condición, que consiste en preferir mentir descaradamente, incluso de manera manifiesta, antes que dar lugar a la verdad y confesar su propio error. Y aunque sus adversarios difundieron falsamente tal fama contra él mientras aún vivía, fue absuelto de ella por el santo Concilio de Calcedonia, hace alrededor de mil cien años. [Quem Leo primus (Epist. 61.) "charissimum fratrem" appellat.]

Además, en el libro que escribió contra las herejías condena expresamente a Nestorio por su nombre. Y también sus tres libros de *Diálogos*, antes citados, los escribió principalmente contra Nestorio; y durante estos mil años nunca fue acusado de error en esta materia, sino que siempre ha sido considerado y tenido por santo obispo, varón de gran erudición y autor de peso, hasta este tiempo presente, cuando los papistas, no teniendo nada que responderle, comienzan a difamarlo para excusarse.

Esto he dicho acerca de Teodoreto, lo cual te ruego, buen lector, que no te canses de leer, sino que lo leas con frecuencia, con deleite, reflexión y cuidadosa atención. Porque contiene clara y brevemente la verdadera instrucción de un cristiano acerca de la materia que tratamos en este libro.

[Cinco cosas principales que deben observarse en Teodoreto.]

Primero, que nuestro Salvador Cristo, en su última cena, cuando dio pan y vino a sus apóstoles diciendo: «Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre», llamó cuerpo suyo al pan, y sangre suya al vino mezclado en la copa; de modo que cambió los nombres del pan y del vino, que eran los misterios, sacramentos, signos, figuras y señales de la carne y la sangre de Cristo, y los llamó con los nombres de las cosas

que representaban y significaban; es decir, al pan lo llamó con el nombre de su verdadera carne, y al vino con el nombre de su sangre.

[Después de la consagración.]

Segundo, que aunque los nombres del pan y del vino fueron cambiados después de la santificación, sin embargo, las cosas mismas permanecieron exactamente iguales a lo que eran antes de la santificación; es decir, el mismo pan y vino en naturaleza, sustancia, forma y apariencia.

La tercera cuestión es esta: puesto que la sustancia del pan y del vino no es cambiada, ¿por qué entonces se cambian sus nombres, llamándose al pan carne de Cristo y al vino su sangre? Teodoreto muestra que la causa de ello fue que no debíamos fijar tanto nuestra atención en el pan y el vino, que vemos con nuestros ojos y gustamos con nuestra boca, como en Cristo mismo, en quien creemos con nuestros corazones, a quien percibimos y gustamos por la fe, y con cuya carne y sangre, por su gracia, creemos ser alimentados y nutridos espiritualmente. Estas cosas debemos recordar y meditar en nuestras mentes, elevando nuestros corazones desde el pan y el vino hacia Cristo, que está sentado en lo alto. Y porque debemos hacerlo así, después de la consagración ya no son llamados pan y vino, sino cuerpo y sangre de Cristo.

La cuarta cuestión. En estos sacramentos de pan y vino sucede lo mismo que en el verdadero cuerpo de Cristo. Porque así como el cuerpo de Cristo antes y después de su resurrección es uno y el mismo en naturaleza, sustancia, tamaño, forma y figura, y sin embargo ya no es llamado como un cuerpo común, sino que, por la dignidad de su exaltación, recibe nombres añadidos y es llamado cuerpo celestial, divino, inmortal y cuerpo del Señor; de la misma manera el pan y el vino, antes y después de la consagración, son uno y lo mismo en naturaleza, sustancia, tamaño, forma y figura, y sin embargo ya no son llamados como el pan común, sino que, por la dignidad a la que han sido elevados, son llamados con títulos añadidos: pan celestial, pan de vida y pan de acción de gracias.

[Papistas.] La quinta cuestión es que nadie debe ser tan arrogante y presuntuoso como para afirmar como verdad cierta en materia de religión algo que no esté expresado en la Sagrada Escritura. Y esto se dice para la gran y total condenación de los papistas, quienes hacen y deshacen nuevos artículos de fe según su voluntad y en distintos tiempos, sin fundamento alguno en la Escritura, e incluso de manera completamente contraria a ella. Y, sin embargo, quieren obligar a todos los hombres a creer cualquier cosa que ellos inventen, bajo pena de condenación y fuego eterno. Y procurarían forzar, mediante el fuego y la hoguera, a todos los hombres a consentir, contra las manifiestas palabras de Dios, en estos errores suyos acerca del santo sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo.

[La doctrina papista acerca de Cristo en el sacramento.]

Primero, que después de la consagración ya no permanece pan ni vino, sino que de ellos se hace la carne y la sangre de Cristo.

Segundo, que el cuerpo de Cristo está real, corporal, sustancial, sensible y naturalmente presente en el pan y el vino.

Tercero, que las personas impías comen y beben el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo.

Cuarto, que los sacerdotes ofrecen a Cristo cada día y hacen de Él un nuevo sacrificio propiciatorio por el pecado.

Así pues, para abreviar, concluyo aquí lo referente a Teodoreto y a otros antiguos escritores, quienes afirman con toda claridad que «comer el cuerpo de Cristo» y «beber su sangre» son expresiones figuradas. Y del mismo modo lo son también estas palabras que Cristo pronunció en la Cena: «Esto es mi cuerpo» y «Esta es mi sangre».

Capítulo 12.

[Las expresiones figuradas no son algo extraño.]

Y no te maravilles, buen lector, de que Cristo hablara en figuras cuando instituyó aquel sacramento, puesto que es propio de todos los sacramentos ser figuras. Y aunque la Escritura está llena de esquemas, tropos y figuras retóricas, las emplea de manera especial cuando habla de los sacramentos.

Cuando el arca, que representaba la majestad de Dios, llegó al campamento de los israelitas, [1 Samuel 4.] los filisteos dijeron que Dios había venido al ejército. Y Dios mismo dijo por medio del profeta Natán, [2 Samuel 7.] que desde el tiempo en que había sacado a los hijos de Israel de Egipto no había habitado en casas, sino que había sido llevado de un lugar a otro en tiendas y tabernáculos. Sin embargo, Dios mismo no era llevado de esa manera ni habitaba en tiendas o tabernáculos; pero como el arca, que era figura de Dios, era trasladada de un lugar a otro, habló de sí mismo aquello que debía entenderse del arca.

[Cristo mismo utilizó expresiones figuradas.]

Y Cristo mismo habló muchas veces mediante semejanzas, parábolas y figuras, como cuando dijo: [Mateo 13.] «El campo es el mundo, el enemigo es el Diablo, la semilla es la palabra de Dios». — [Mateo 11; Mateo 17.] «Juan es Elías». — [Juan 15.] «Yo soy la vid y vosotros sois los pámpanos». — [Juan 6.] «Yo soy el pan de vida». —

[Mateo 3.] «Mi Padre es labrador, y tiene su aventador en la mano; limpiaré completamente su era y recogerá el trigo en su granero, pero quemará la paja en fuego eterno». — [Juan 4.] «Yo tengo una comida que vosotros no conocéis». — [Juan 6.] «Trabajad no por la comida que perece, sino por la que permanece para vida eterna». — [Juan 10.] «Yo soy el buen pastor». — [Mateo 25.] «El Hijo del Hombre pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda». — [Juan 10.] «Yo soy la puerta». — [Juan 6.] «Uno de vosotros es el Diablo». — [Mateo 12.] «Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre». Y cuando dijo a su madre y a Juan: «He aquí tu hijo; he aquí tu madre». [Juan 19.]

Estas, junto con un número infinito de sentencias semejantes, fueron pronunciadas por Cristo en parábolas, metáforas, tropos y figuras. Pero especialmente cuando hablaba de los sacramentos utilizaba expresiones figuradas.

Así, cuando habló del bautismo, dijo que [Hechos 1.] debíamos ser bautizados con el Espíritu Santo, refiriéndose al bautismo espiritual. Y un lenguaje semejante empleó san Juan Bautista cuando dijo de Cristo que [Mateo 3.] «Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego». Asimismo, Cristo dijo [Juan 3.] que «debemos nacer de nuevo; de otro modo no podemos ver el reino de Dios». Y también dijo [Juan 4.]: «Cualquiera que beba del agua que yo le daré no tendrá jamás sed. Antes bien, el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente que brotará para vida eterna». Y san Pablo dice que [Romanos 6; Gálatas 3.] «en el bautismo nos revestimos de Cristo y somos sepultados con Él». Este bautismo y lavamiento por el fuego y el Espíritu Santo, este nuevo nacimiento, esta agua que brota dentro del hombre y fluye para vida eterna, no pueden entenderse como un bautismo material, un lavamiento material, un nacimiento material, un revestimiento material o una sepultura material; sino que, mediante la traslación de las cosas visibles a las invisibles, deben ser entendidos espiritual y figuradamente.

De la misma manera, el misterio de nuestra redención y la pasión de nuestro Salvador Jesucristo en la cruz, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, son expresados y declarados mediante muchas figuras y expresiones figuradas.

[El cordero pascual.]

Así como el puro cordero pascual, sin mancha alguna, significaba a Cristo, también el derramamiento de la sangre del cordero significaba el derramamiento de la sangre de Cristo. Y la salvación de los hijos de Israel de la muerte temporal por medio de la sangre del cordero significaba nuestra salvación de la muerte eterna por medio de la sangre de Cristo. Y así como Dios Todopoderoso, pasando por Egipto, dio muerte a todos los primogénitos de los egipcios en cada casa, sin dejar uno solo con vida, y, sin embargo, pasó de largo las casas de los hijos de Israel donde veía la sangre del cordero sobre las puertas, sin dañar a ninguno de ellos, sino salvándolos

a todos por medio de la sangre del cordero; de igual manera, en el juicio final de todo el mundo, nadie será pasado por alto y salvado sino aquel que sea hallado marcado con la sangre del purísimo e inmaculado Cordero Jesucristo.

[La Cena del Señor.]

Y puesto que el derramamiento de la sangre de aquel cordero era una señal y figura del derramamiento de la sangre de Cristo que había de venir, y puesto que todos los sacramentos y figuras del Antiguo Testamento cesaron y tuvieron su cumplimiento en Cristo, para que no sucediera que, por nuestra gran ingratitud, olvidáramos tan inmenso beneficio de Cristo, Él, en su última cena, cuando se despidió de sus apóstoles para partir de este mundo, hizo un nuevo testamento y pacto, en el cual nos legó la plena remisión de todos nuestros pecados y la herencia eterna de los cielos. Y confirmó ese mismo testamento al día siguiente con su propia sangre y su muerte.

Y para que no lo olvidáramos, no ordenó una memoria anual (como el cordero pascual, que se comía solamente una vez al año), sino que instituyó un recuerdo continuo de ello mediante el pan y el vino, santificados y dedicados para ese propósito, diciendo: [Mateo 26; Marcos 14.] «Esto es mi cuerpo»; «esta copa es mi sangre, que es derramada para remisión de los pecados». «Haced esto en memoria de mí». Con estas palabras, pronunciadas al establecer su último testamento y al despedirse del mundo, nos amonestó —para que fueran mejor recordadas— a que, cada vez que comamos el pan en su santa Cena y bebamos de aquella copa, recordemos cuánto ha hecho Cristo por nosotros y cómo murió por nuestra causa. Por eso dice san Pablo: [1 Corintios 11.] «Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga».

Y puesto que este santo pan partido y el vino distribuido nos representan la muerte de Cristo ya consumada, así como la inmolación del cordero pascual representaba la misma muerte cuando aún estaba por venir, nuestro Salvador Jesucristo empleó con respecto al pan y al vino la misma manera de hablar que Dios había utilizado anteriormente respecto al cordero pascual.

Porque así como en el Antiguo Testamento Dios dijo: [Éxodo 12.] «Esta es la Pascua del Señor», es decir, el paso del Señor, de igual modo Cristo dice en el Nuevo Testamento: [Mateo 26.] «Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre». Pero en aquel antiguo misterio y sacramento, el cordero no era verdaderamente el paso del Señor, sino una figura que representaba ese paso. Del mismo modo, en el Nuevo Testamento, el pan y el vino no son el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, sino figuras que, por institución de Cristo, son para quienes los reciben piadosamente sacramentos, señales, significaciones y representaciones de su verdadera carne y sangre; instruyendo su fe para que, así como el pan y el vino los

alimentan corporalmente y sostienen esta vida temporal, la verdadera carne y sangre de Cristo los alimenta espiritualmente y les concede la vida eterna.

[Qué expresiones figuradas se emplearon en la última cena de Cristo.]

¿Y por qué habría de parecer extraño a alguien admitir una figura en estas expresiones: «Esto es mi cuerpo», «Esta es mi sangre», cuando la conversación de aquella misma noche, según la propia confesión de los papistas, estuvo llena de expresiones figuradas?

Porque los apóstoles hablaron figuradamente cuando preguntaron a Cristo dónde quería comer su Pascua o paso. Y Cristo mismo empleó la misma figura cuando dijo: [Mateo 26; Marcos 14; Lucas 22.] «¡Cuánto he deseado comer esta Pascua con vosotros!»

Asimismo, estoy seguro de que ellos no dirán que comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre debe entenderse en sentido propio, como cuando comemos y bebemos otros alimentos y bebidas.

Y cuando Cristo dijo: «Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre», aquí hay, en una sola frase, dos figuras: una en la palabra «copa», que no se toma por la copa misma, sino por aquello que está contenido en la copa; la otra está en la palabra «testamento», porque ni la copa ni el vino contenido en ella son el testamento de Cristo, sino una señal, signo y figura mediante la cual se nos representa su testamento, confirmado por su sangre.

Y si los papistas quisieran decir, como en efecto dicen, que por esta copa no se entiende ni la copa ni el vino contenido en ella, sino que por ella se entiende la sangre de Cristo contenida en la copa, aun así tendrían necesariamente que admitir que existe una figura. Porque la sangre de Cristo no es, en sentido propio, el nuevo testamento, sino aquello que confirmó el nuevo testamento. Y, sin embargo, mediante esta extraña interpretación los papistas construyen una expresión sumamente extraña, más extraña que cualquier lenguaje figurado. Pues así convierten la frase en: «Esta sangre es un nuevo testamento en mi sangre». Tal afirmación es tan absurda y tan alejada de toda razón, que su necedad resulta evidente para cualquiera.

Capítulo 13

[Respuesta a las autoridades y argumentos de los papistas.]

Ahora bien, puesto que ha sido claramente declarado y manifiestamente probado que Cristo llamó cuerpo suyo al pan y sangre suya al vino; que estas expresiones son figuras retóricas; que Cristo, en cuanto a su humanidad y presencia corporal,

ha ascendido al cielo con toda su carne y sangre y no está aquí en la tierra; que la sustancia del pan y del vino permanece y es recibida en el sacramento; y que, aunque permanecen, han cambiado de nombre, de modo que el pan es llamado cuerpo de Cristo y el vino su sangre; y que la causa de este cambio de nombre es que elevemos nuestros corazones y nuestras mentes desde las cosas que vemos hacia aquellas que creemos y que están arriba en el cielo, de las cuales el pan y el vino llevan el nombre aunque no sean realmente esas mismas cosas; consideradas y ponderadas debidamente todas estas cuestiones, quedan completamente anuladas todas las autoridades y argumentos que los papistas inventan para sostener su causa.

Capítulo 14.

[Una respuesta breve para todos.]

Porque, ya sea que los autores que ellos citan digan que comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre; o que el pan y el vino son convertidos en la sustancia de su carne y sangre; o que nosotros somos transformados en su carne; o que en la Cena del Señor recibimos su verdadera carne y sangre; o que en el pan y el vino se recibe aquello que colgó de la cruz; o que Cristo ha dejado con nosotros su carne; o que Cristo está en nosotros y nosotros en Él; o que está entero aquí y entero en el cielo; o que la misma cosa que fluyó de su costado está en el cáliz; o que aquello que creemos por la fe es lo mismo que recibimos con la boca; o que el pan y el vino, después de la consagración, son el cuerpo y la sangre de Cristo; o que somos alimentados con el cuerpo y la sangre de Cristo; o que Cristo se ha ido y, sin embargo, permanece aquí; o que Cristo, en su última cena, se sostuvo a sí mismo en sus propias manos: Todas estas expresiones, y otras semejantes, no deben entenderse de la humanidad de Cristo de manera literal y carnal, conforme al significado propio que las palabras tienen en el habla común. Porque nadie come así la carne de Cristo ni bebe así su sangre; ni el pan y el vino son transformados de esa manera en su carne y sangre, ni nosotros somos transformados en Él; ni el pan y el vino son, después de la consagración, su carne y sangre en ese sentido; ni su carne y su sangre están completas aquí en la tierra para ser comidas con nuestras bocas; ni tampoco Cristo se tomó a sí mismo en sus propias manos de esa manera. Sino que todas estas expresiones y otras semejantes, que declaran que Cristo está aquí en la tierra y que es comido y bebido por los cristianos, deben entenderse ya sea de su naturaleza divina, por la cual está presente en todas partes, o bien de manera figurada o espiritual. Porque figuradamente está presente en el pan y el vino, y espiritualmente está presente en aquellos que dignamente comen y beben el pan y el vino; pero real, carnal y corporalmente está solamente en el cielo, desde donde vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Esta breve respuesta bastará para todo cuanto los papistas puedan presentar en defensa de su causa, si se aplica correctamente. Y para que esto resulte aún más

evidente, aplicaré la misma respuesta a algunos de aquellos pasajes que los papistas consideran más favorables a su posición, para que, mediante la respuesta a esos lugares, los demás puedan ser respondidos con mayor facilidad.

Capítulo 15

[Respuesta a Clemente, Epístola 2.]

Ellos alegan a san Clemente, cuyas palabras son estas, según las citan:

«Los sacramentos de los misterios de Dios han sido confiados a tres grados: al sacerdote, al diácono y al ministro; los cuales deben guardar con temor y temblor los restos de los fragmentos del cuerpo del Señor, para que no se encuentre corrupción alguna en el lugar santo, no sea que por negligencia se cause gran injuria a la porción del cuerpo del Señor.»

Y poco después sigue:

«Deben ofrecerse sobre el altar tantas hostias como basten para el pueblo; y si algo sobrare, no debe conservarse hasta la mañana siguiente, sino que ha de ser consumido por los clérigos con temor y temblor. Y aquellos que consumen los restos del cuerpo del Señor no deben tomar inmediatamente otros alimentos comunes, para que no mezclen aquella santa porción con el alimento que es digerido por el vientre y expulsado por el conducto natural. Por tanto, si la porción del Señor es consumida por la mañana, los ministros que la consuman deben ayunar hasta la hora sexta; y si la reciben a la hora tercera o cuarta, el ministro debe ayunar hasta el anochecer.»

Hasta aquí escribe Clemente sobre esta materia, si es que la epístola que ellos alegan fuera realmente de Clemente, como en realidad no lo es. Pues han atribuido muchas cosas a otros autores para sostener sus invenciones. Sin embargo, sea quien fuere el autor de la epístola, si se la considera detenidamente, favorece mucho más nuestra posición que la de los papistas. Porque por la misma epístola aparecen claramente tres cuestiones principales contrarias a los errores de los papistas.

La primera es que el pan en el sacramento es llamado cuerpo del Señor, y los fragmentos del pan partido son llamados fragmentos y porciones del cuerpo del Señor, lo cual no puede entenderse sino de manera figurada.

La segunda es que el pan no debe ser reservado ni colgado para su conservación, como los papistas acostumbran hacer en todas partes.

La tercera es que los sacerdotes no deben recibir el sacramento solos (como comúnmente hacen los papistas, comerciando con él ante el pueblo), sino que deben comulgar juntamente con el pueblo.

Y aquí debe observarse diligentemente que no debemos acercarnos irreverente ni imprudentemente al alimento de la mesa del Señor, como hacemos con otros alimentos y bebidas comunes, sino con gran temor y reverencia, no sea que nos acerquemos indignamente a aquella santa mesa, en la cual no solamente se representa, sino que también se nos da espiritualmente al mismo Cristo verdadero. Por tanto, debemos acercarnos a aquella mesa del Señor con toda reverencia, fe, amor y caridad, temor y santo respeto, conforme a su dignidad.

Aquí paso por alto a Ignacio [Ignatius in Epist. ad Ephesianos.] y a Ireneo [Irenæus, lib. v. Contra Valentin.], quienes nada aportan a las opiniones de los papistas, sino que se ocupan de alabar la santa comunión y exhortar a todos a recibirla frecuentemente y de manera piadosa. Y, sin embargo, ni ellos ni ningún otro hombre pueden ensalzarla y recomendarla suficientemente conforme a su dignidad, si es usada piadosamente como debe ser.

[Respuesta a Dionisio, De Ecclesiastica Hierarchia, cap. 3.]

Asimismo, alegan a Dionisio para alabar y exaltar este sacramento (como en verdad es digno de toda alabanza, siendo un sacramento de altísima dignidad y perfección, que nos representa nuestra más perfecta unión espiritual con Cristo y nuestro continuo sustento, alimento, consuelo y vida espiritual en Él). Sin embargo, nunca dijo que la carne y la sangre de Cristo estuvieran en el pan y el vino de manera real, corporal, sensible y natural (como los papistas pretenden hacernos creer), sino que llama siempre al pan y al vino signos, prendas y símbolos, declarando a los fieles receptores de los mismos que reciben espiritualmente a Cristo y que espiritualmente comen su carne y beben su sangre.

Y aunque el pan y el vino sean figuras, signos y símbolos de la carne y la sangre de Cristo (como san Dionisio los llama tanto antes como después de la consagración), las anotaciones griegas sobre el mismo Dionisio afirman que las realidades mismas se encuentran arriba en el cielo.

Y así como este mismo Dionisio nada aporta a las opiniones papistas acerca de la presencia real y corporal de Cristo, también en diversos otros puntos se opone abierta y completamente a ellas, especialmente en tres cuestiones: la transubstanciación, la reserva del sacramento y la recepción del mismo por el sacerdote solo.

[Respuesta a Tertuliano, De Resurrectione Carnis.]

Además, alegan a Tertuliano, afirmando que sostiene constantemente que en el sacramento del altar comemos el cuerpo y bebemos la sangre de nuestro Salvador Jesucristo.

A esto concedemos que nuestra carne come y bebe el pan y el vino, los cuales son llamados cuerpo y sangre de Cristo porque, como dice Tertuliano, representan su cuerpo y su sangre, aunque no sean realmente esas mismas cosas en sí mismas. Concedemos también que nuestras almas, por la fe, comen verdaderamente su cuerpo y beben su sangre; pero esto sucede espiritualmente, extrayendo de ellas la vida eterna.

Sin embargo, negamos que para esta alimentación espiritual sea necesaria una presencia real y corporal.

Por tanto, este Tertuliano no dice nada contra la verdad de nuestra doctrina católica, sino que habla muy claramente en favor nuestro y contra los papistas, especialmente en tres puntos.

Primero, al afirmar que Cristo llamó cuerpo suyo al pan.

Segundo, al decir que Cristo lo llamó así porque representa su cuerpo.

Tercero, al afirmar que por estas palabras de Cristo: «Esto es mi cuerpo», debe entenderse: «Esto es una figura de mi cuerpo».

[Respuesta a Orígenes, In Numeros, Homilía 7.]

Además, alegan en su favor a Orígenes, porque desean aparentar que cuentan con muchos autores antiguos que respaldan su doctrina errónea; sin embargo, Orígenes está clarísimamente en contra de ellos.

Pues aunque dice, como ellos citan, que aquellas cosas que antes eran significadas mediante figuras oscuras, ahora están verdadera, real y efectivamente cumplidas y consumadas en su propia naturaleza y condición; y para demostrarlo presenta tres ejemplos: uno de la roca que manaba agua, otro del mar y de la nube, y el tercero del maná, los cuales en el Antiguo Testamento significaban a Cristo que había de venir, y que ahora verdaderamente ha venido y se nos ha manifestado y otorgado, por así decirlo, cara a cara y de manera sensible, en su Palabra, en el sacramento de la regeneración y en los sacramentos del pan y del vino; sin embargo, Orígenes no quiso decir que Cristo esté corporalmente ni en su Palabra, ni en el agua del bautismo, ni en el pan y el vino, ni que nosotros seamos regenerados y nacidos de nuevo de manera carnal y corporal, ni que comamos la carne y la sangre de Cristo carnal y corporalmente.

Porque nuestra regeneración en Cristo es espiritual, y nuestro comer y beber constituyen una alimentación espiritual; y esta clase de regeneración y nutrición no

requiere una presencia real y corporal de Cristo, sino solamente su presencia en espíritu, gracia y operación eficaz.

Y que Orígenes entendía esto de tal manera que la carne de Cristo es un alimento espiritual y su sangre una bebida espiritual, y que el comer y beber su carne y su sangre no debe entenderse literalmente, sino espiritualmente, se manifiesta por las propias palabras de Orígenes en su séptima Homilía sobre el libro llamado Levítico, donde muestra que esas palabras deben entenderse figuradamente, y que quienes las entienden de otra manera están engañados y reciben perjuicio a causa de su propia interpretación grosera. [In Levit. Hom. 7.]

[Respuesta a Cipriano, libro 2, Epístola 3.]

Asimismo, eso mismo quiso decir Cipriano en los pasajes que los adversarios de la verdad citan de él respecto al verdadero comer de la carne de Cristo y beber de su sangre.

Porque Cipriano no hablaba de un comer grosero y carnal con la boca, sino de un comer interior, espiritual y puro con el corazón y la mente; es decir, creer en nuestros corazones que su carne fue desgarrada y rota por nosotros en la cruz, y que su sangre fue derramada para nuestra redención; y que esa misma carne y sangre se encuentra ahora sentada a la diestra del Padre, haciendo continua intercesión por nosotros; e imprimir y asimilar esto en nuestras mentes, poniendo toda nuestra confianza y esperanza en Él respecto de nuestra salvación, y entregándonos enteramente a Él para amarle y servirle todos los días de nuestra vida. Esto es verdadera, sincera y espiritualmente comer su carne y beber su sangre. Y este sacrificio de Cristo en la cruz fue aquella ofrenda que, según dice Cipriano, fue figurada y significada antes de realizarse por el vino que bebió Noé [Genesis 9.], y por el pan y el vino que Melquisedec dio a Abraham [Genesis 14.], así como por muchas otras figuras que san Cipriano allí menciona.

Y ahora que Cristo ha venido y ha consumado aquel sacrificio, el mismo es figurado, significado y representado para nosotros por medio de aquel pan y vino que los fieles reciben diariamente en la santa comunión; en la cual, así como con sus bocas comen carnalmente el pan y beben el vino, así también por la fe comen espiritualmente la verdadera carne de Cristo y beben su verdadera sangre. Y por esto se hace evidente que san Cipriano afirma claramente la más verdadera doctrina y se encuentra enteramente de nuestro lado.

Y contra los papistas enseña con toda claridad que la comunión debe ser recibida por todos bajo ambas especies; que Cristo llamó cuerpo suyo al pan y sangre suya al vino; que no existe transubstanciación, sino que el pan permanece allí como figura para representar el cuerpo de Cristo y el vino para representar su sangre; y que

aquellos que no son miembros vivos de Cristo comen el pan y beben el vino, y son nutridos por ellos, pero ni comen ni beben la verdadera carne y sangre de Cristo. Así habéis oído expuesto el pensamiento de san Cipriano.

[Respuesta a Hilario, De Trinitate.]

Pero, según creen ellos, Hilario es quien habla con mayor claridad a su favor en esta cuestión. Sus palabras las traducen de la siguiente manera:

“Si el Verbo verdaderamente se hizo carne, y nosotros verdaderamente recibimos al Verbo hecho carne en el alimento del Señor, ¿cómo no se ha de considerar que Cristo habita naturalmente en nosotros? Pues, habiéndose hecho hombre al nacer, tomó para sí la naturaleza inseparable de nuestra carne y unió la naturaleza de su carne a la naturaleza de su eternidad, mediante el sacramento de la comunión de su carne otorgada a nosotros. Porque así todos somos uno, ya que el Padre está en Cristo y Cristo está en nosotros. Por tanto, quien quiera negar que el Padre está naturalmente en Cristo, debe negar primero que él mismo está naturalmente en Cristo o que Cristo está naturalmente en él. Porque el estar del Padre en Cristo y el estar de Cristo en nosotros nos hace ser uno en ellos. Y por tanto, si Cristo verdaderamente tomó la carne de nuestro cuerpo, y aquel hombre que verdaderamente nació de la Virgen María es Cristo, y además nosotros recibimos bajo el verdadero misterio la carne de su cuerpo, por medio de la cual seremos uno (porque el Padre está en Cristo y Cristo en nosotros), ¿cómo puede llamarse esto una unidad de voluntad, cuando la propiedad natural realizada por el sacramento es el sacramento de la unidad?”

Así es como los papistas, adversarios de la Palabra de Dios y de su verdad, alegan la autoridad de Hilario, ya sea de manera perversa y deliberada, citándolo incorrectamente y torciendo sus palabras para acomodarlas a su propósito, o bien porque no lo entienden correctamente.

Porque aunque él dice que Cristo está naturalmente en nosotros, también afirma que nosotros estamos naturalmente en Él. Y, sin embargo, al decir esto no se refería a la presencia natural y corporal de la sustancia del cuerpo de Cristo y del nuestro; pues así como nuestros cuerpos no están de esa manera dentro de su cuerpo, tampoco su cuerpo está de esa manera dentro de nuestros cuerpos. Lo que quiso decir fue que Cristo, en su encarnación, recibió de nosotros una naturaleza mortal y la unió a su divinidad; y de esta manera nosotros estamos naturalmente en Él.

Y los sacramentos del bautismo y de su santa Cena, si los usamos correctamente, nos aseguran con toda certeza que somos participantes de su naturaleza divina, habiéndonos sido otorgadas por Él la inmortalidad y la vida eterna; y de esta manera Cristo está naturalmente en nosotros. Así somos uno con Cristo y Cristo con

nosotros, no solamente en voluntad y pensamiento, sino también en verdaderas propiedades naturales.

Y así concluye Hilario contra Arrio, afirmando que Cristo es uno con su Padre, no solamente en propósito y voluntad, sino también en verdadera naturaleza. Y así como la unión entre Cristo y nosotros en el bautismo es espiritual y no requiere ninguna presencia real y corporal, de igual manera nuestra unión con Cristo en su santa Cena es espiritual y, por consiguiente, tampoco requiere una presencia real y corporal.

Por eso Hilario, al hablar allí de ambos sacramentos, no establece diferencia alguna entre nuestra unión con Cristo en el bautismo y nuestra unión con Él en su santa Cena; y añade además que, así como Cristo está en nosotros, también nosotros estamos en Él, algo que los papistas no pueden entender de manera corporal y real, a menos que quieran afirmar que todos nuestros cuerpos están corporalmente dentro del cuerpo de Cristo.

De esta manera queda respondido Hilario, de forma clara y breve, respecto a ambas cuestiones.

[El mismo Hilario, De Trinitate, libro VIII.]

“De aquellos cuya alma y corazón eran uno solo, pregunto: ¿eran uno por la fe de Dios? Ciertamente, por la fe. Y pregunto además: ¿era una sola fe o eran varias? Sin duda, una sola. Si, pues, eran uno por la fe, es decir, por la naturaleza de una misma fe, ¿cómo no entiendes que existe entre ellos una unidad natural, cuando son uno por la naturaleza de una misma fe? Porque todos habían sido regenerados para la inocencia, para la inmortalidad, etc. Pero si fueron regenerados a la naturaleza de una misma vida y eternidad, por lo cual su alma y su corazón son uno, entonces desaparece entre ellos la mera unidad de consentimiento, pues son uno por la naturaleza de una misma regeneración, etc.

El Apóstol enseña que esta unidad de los fieles procede de la naturaleza de los sacramentos, escribiendo a los Gálatas: *Quotquot enim in Christo baptizati estis, Christum induistis*, etc. Que todos sean uno en medio de tan gran diversidad de naciones, condiciones y sexos, ¿proviene acaso del consentimiento de la voluntad, o de la unidad del sacramento, puesto que todos tienen un mismo bautismo y todos se han revestido de un mismo Cristo? ¿Qué puede hacer aquí la mera concordia de las voluntades, cuando son uno por aquello mismo que los reviste de un solo Cristo mediante la naturaleza de un mismo bautismo? etc.

Así pues, quienes son uno por una misma realidad, son también uno por naturaleza, y no solamente por voluntad, etc.

El Señor ruega al Padre que los que han de creer en Él sean uno, y que así como Él está en el Padre y el Padre en Él, así también todos sean uno en ellos, etc.

Primero está la oración: [Joan. 17.] *Ut omnes unum sint*; luego se muestra el progreso de esa unidad mediante el ejemplo de la misma unidad, cuando dice: *Sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi unum sint in nobis*; para que, así como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, del mismo modo todos sean uno en el Padre y en el Hijo según el modelo de esta unidad, etc.

Por esto creará el mundo que el Hijo fue enviado por el Padre: porque todos los que han de creer en Él serán uno en el Padre y en el Hijo. Y de qué manera lo serán, inmediatamente se nos enseña: *Et ego honorem quem dedisti mihi, dedi eis*.

Y ahora pregunto: ¿es este honor lo mismo que la voluntad? (siendo la voluntad un movimiento de la mente), ¿o es más bien una naturaleza, una forma o una dignidad? Por tanto, el Hijo dio a todos los que habían de creer en Él el honor recibido del Padre; ciertamente no les dio una voluntad, etc. Y puesto que por el honor dado al Hijo y comunicado por el Hijo a los creyentes todos son uno, pregunto: ¿cómo podría el Hijo poseer un honor distinto del del Padre? Cuando el honor del Hijo conduce a todos los creyentes a la unidad del honor paterno, etc. Conservo la fe y comprendo la causa de la unidad, pero todavía no alcanzo plenamente la razón por la cual el honor otorgado perfecciona a todos en una sola unidad. Mas el Señor, no dejando nada incierto a la conciencia de los fieles, enseñó el mismo efecto de esta eficacia natural, diciendo: *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus. Ego in his, et tu in me, ut sint perfecti in unum*.

Ahora pregunto a aquellos que introducen entre el Padre y el Hijo una mera unidad de voluntad: ¿está hoy Cristo en nosotros por la verdad de la naturaleza, o solamente por la concordia de la voluntad?

Acerca de la verdadera presencia natural de Cristo en nosotros, Él mismo dijo: *Caro mea vere est esca, et sanguis meus vere est potus. Qui edit carnem meam, et bibit sanguinem meum in me manet, et ego in eo*.

Respecto a la verdad de su carne y de su sangre, no queda lugar para la duda; pues ahora, tanto por la declaración del mismo Señor como por nuestra fe, verdaderamente es carne y verdaderamente es sangre. Y estas cosas, cuando son recibidas y bebidas, hacen que nosotros estemos en Cristo y Cristo en nosotros."

Y poco después añade:

"Está, pues, Él mismo en nosotros por la carne, y nosotros estamos en Él, mientras que aquello que nosotros somos está con Él en Dios. Y que estamos en Él por el sacramento de la comunión de su carne y sangre, Él mismo lo atestigua diciendo:

Et hic mundus jam me non videt, vos autem me videbitis, quoniam ego vivo et vos vivetis, quoniam ego in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis.

Si hubiera querido que se entendiera solamente una unidad de voluntad, ¿por qué expuso un cierto orden y grado para consumir la unidad? ¿No fue acaso para que, así como Él está en el Padre por la naturaleza de la Divinidad, nosotros, por el contrario, estuviéramos en Él mediante su nacimiento corporal, y Él nuevamente estuviera en nosotros mediante el misterio de los sacramentos, y así se enseñara una unidad perfecta por medio del Mediador?

De este modo, permaneciendo nosotros en Él, Él permanece en el Padre; y permaneciendo en el Padre, permanece también en nosotros; y así avanzamos hacia la unidad del Padre, porque así como Él está naturalmente en el Padre según su nacimiento divino, también nosotros estamos naturalmente en Él, permaneciendo Él naturalmente en nosotros.

Y que esta unidad natural está en nosotros, Él mismo lo testimonia así: *Qui edit carnem meam, et bibit sanguinem meum, in me manet, et ego in eo.* Porque nadie estará en Él si Él mismo no está en esa persona; teniendo solamente asumida en sí la carne de aquel que haya recibido la suya. Y anteriormente ya había enseñado el sacramento de esta perfecta unidad cuando dijo: *Sicut me misit vivens Pater, et ego vivo per Patrem, et qui manducat meam carnem, et ipse vivet per me.* Vivirá, pues, por el Padre; y de la misma manera que Él vive por el Padre, así también nosotros viviremos por medio de su carne. Toda comparación se propone para servir de modelo a la comprensión, a fin de que entendamos aquello de lo que se habla conforme al ejemplo presentado. Esta es, por tanto, la causa de nuestra vida: que tenemos a Cristo permaneciendo en nosotros, que somos carnales, por medio de su carne; y que nosotros hemos de vivir por Él bajo la misma condición en que Él vive por el Padre.

Si, pues, nosotros vivimos naturalmente según la carne por medio de Él, es decir, participando de la naturaleza de su carne, ¿cómo no ha de tener Él naturalmente al Padre en sí según el Espíritu, puesto que vive por el Padre?"

Y poco después añade: "Recordamos estas cosas porque los herejes, fingiendo que entre el Padre y el Hijo existe solamente una unidad de voluntad, utilizaban el ejemplo de nuestra unidad con Dios, como si nosotros estuviéramos unidos al Hijo, y por medio del Hijo al Padre, únicamente por obediencia y voluntad religiosa, sin que se nos concediera ninguna participación natural mediante el sacramento de la carne y la sangre. Pero, puesto que por el honor dado al Hijo, por el Hijo que permanece corporalmente en nosotros, y porque nosotros estamos unidos a Él corporal e inseparablemente, debe proclamarse el misterio de una verdadera y natural unidad."

El mismo autor, libro VIII: "*Hoc est opus Dei, ut credatis ei quem misit ipse*. El Señor, al exponer el sacramento tanto de su encarnación como de su divinidad, habló también de la doctrina de nuestra fe y de nuestra esperanza: que debemos procurar no el alimento que perece, sino el que permanece para vida eterna; que debemos recordar que este alimento de eternidad nos es dado por el Hijo del Hombre; que debemos reconocer que el Hijo del Hombre fue sellado por Dios Padre; y que debemos entender que esta es la obra de Dios: creer en Aquel que Él envió.

¿Y quién es aquel a quien el Padre envió? Sin duda, aquel a quien Dios selló. ¿Y quién es aquel a quien Dios selló? Ciertamente el Hijo del Hombre, que proporciona el alimento de vida eterna. ¿Y quiénes son aquellos a quienes Él lo da? Aquellos que procuran el alimento que no perece. Así, la obra por la cual se obtiene ese alimento es la misma obra de Dios, a saber, creer en Aquel que Él envió."

El mismo autor, libro IX: "*Videte ne quis vos decipiat per philosophiam, etc. (Coloss. II), Et non secundum Jesum Christum, quia in ipso inhabitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter, et estis in illo repleti, etc.*

Habiendo explicado, pues, la plenitud de la Divinidad que habita corporalmente en Él, añade inmediatamente el sacramento de nuestra adopción, diciendo: *Et estis in illo repleti*. Porque así como en Él habita la plenitud de la Divinidad, así también nosotros somos llenos en Él. Y ciertamente no dice simplemente: "habéis sido llenos", sino: "habéis sido llenos en Él", porque todos los que han sido regenerados y han de ser regenerados por la esperanza de la fe para vida eterna, permanecen ahora en el cuerpo de Cristo, para ser llenados después, no ya en Él, sino en ellos mismos, según aquel tiempo del que habla el Apóstol: [Philippians 3.] *Qui transfigurabit corpus humilitatis nostrae, conforme corpori claritatis suae, etc.*

Y después de haber mostrado tanto el sacramento de su propia naturaleza como el de nuestra adopción, puesto que, permaneciendo en Él la plenitud de la Divinidad, nosotros somos llenados en Él por aquello mismo que nació como hombre, continúa exponiendo la restante dispensación de la salvación humana, diciendo: *In quo et circumcisi estis circumcisione non manu facta in despoliatione corporis carnis, sed in circumcisione Christi, consepulti ei in baptismo, in quo et consurrexistis per fidem operationis Dei, qui excitavit eum a mortuis, etc.* La regeneración es la virtud de la resurrección en el bautismo, etc. Porque en Él resucitamos mediante la fe en aquel Dios que lo resucitó de entre los muertos."

El mismo autor, libro II: "La Virgen, el nacimiento, el cuerpo, y después la cruz, la muerte y el descenso a los infiernos constituyen nuestra salvación. Porque el Hijo de Dios nació de una virgen para la causa del género humano, por obra del Espíritu Santo, que le sirvió en esta operación, mientras el poder mismo de Dios lo cubría con su sombra, sembrando para sí los comienzos de un cuerpo y estableciendo el origen de la carne. De este modo, hecho hombre por medio de la Virgen, tomó en

sí la naturaleza de la carne, para que, mediante la comunión de esta unión, todo el cuerpo del género humano quedara santificado en Él. Y así como todos fueron creados en Él por cuanto quiso hacerse corporal, del mismo modo Él mismo sería comunicado nuevamente a todos por aquello que le pertenece como ser invisible.”

Y poco después añade: “No fue Él quien necesitó hacerse hombre, Aquel por quien el hombre fue hecho; sino que nosotros necesitábamos que Dios se hiciera carne y habitara en nosotros, es decir, que al asumir una sola carne habitara en los miembros de toda carne. Su humillación es nuestra nobleza; su afrenta es nuestro honor; y el hecho de que Él sea Dios permaneciendo en la carne es precisamente lo que, por correspondencia, nos renueva desde la carne hacia Dios.”

[Respuesta a Cirilo.]

Y esta misma respuesta dada a Hilario sirve también para Cirilo, a quien ellos citan porque habla de manera semejante a Hilario cuando afirma que Cristo está naturalmente en nosotros.

Las palabras que citan son estas: “No negamos”, dice Cirilo contra el hereje, “que estamos unidos espiritualmente a Cristo por la fe y por una caridad sincera; pero que no tengamos ninguna clase de unión en nuestra carne con Cristo, eso lo negamos absolutamente y lo consideramos completamente contrario a las Santas Escrituras de Dios. Porque ¿quién duda de que Cristo es la vid y nosotros los sarmientos, de tal manera que recibimos de Él nuestra vida?

Escuchad lo que dice san Pablo: Somos un solo cuerpo con Cristo; porque, aunque somos muchos, somos uno en Él. Todos participamos de un mismo alimento. ¿Piensa este hereje que desconocemos la fuerza y eficacia de la bendición mística? Cuando esta se realiza en nosotros, ¿acaso no hace que Cristo habite corporalmente en nosotros mediante la comunicación de su carne? ¿Por qué los miembros de los cuerpos de los fieles son llamados miembros de Cristo? ¿No sabéis, dice san Pablo [1 Corinthians 6], que vuestros miembros son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡De ninguna manera!

Y nuestro Salvador también dice [John 6]: ‘El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él.’” Aunque en estas palabras Cirilo dice que Cristo habita corporalmente en nosotros cuando recibimos la bendición mística, sin embargo, ni afirma que Cristo habite corporalmente en el pan, ni que habite en nosotros corporalmente solamente en aquellos momentos en que recibimos el sacramento, ni que habite en nosotros sin que nosotros habitemos en Él; sino que dice tanto que nosotros habitamos en Él como que Él habita en nosotros.

Y esta morada no es corporal ni local, sino celestial, espiritual y sobrenatural; una morada por la cual, mientras nosotros permanecemos en Él y Él en nosotros, tenemos por medio de Él la vida eterna. Por eso Cirilo dice en el mismo lugar que [John 15.] Cristo es la vid y nosotros los sarmientos, porque por medio de Él tenemos vida. Pues así como los sarmientos reciben vida y sustento del tronco de la vid, así nosotros recibimos de Él la propiedad natural de su cuerpo, que es vida e inmortalidad; y por este medio nosotros, siendo miembros suyos, vivimos y somos alimentados espiritualmente.

Y esto quiso decir Cirilo con la palabra *corporalmente* cuando afirma que Cristo habita corporalmente en nosotros. Y lo mismo quiso decir también san Hilario con la palabra *naturalmente* cuando dijo que Cristo habita naturalmente en nosotros. Y así como san Pablo, cuando dijo [Colossians 2.] que “en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad”, por la palabra *corporalmente* no quiso decir que la Divinidad sea un cuerpo y que, por tanto, habite corporalmente en Cristo mediante ese cuerpo; sino que quiso significar que la Divinidad no está en Cristo de manera accidental, ligera o imperfecta, sino sustancial y plenamente, con toda su fuerza y poder; de modo que Cristo no era solamente un hombre mortal para padecer por nosotros, sino también Dios inmortal, capaz de redimirnos.

Así también san Cirilo, cuando dijo que Cristo está corporalmente en nosotros, quiso decir que lo poseemos en nosotros no de manera ligera ni con escaso efecto o propósito, sino sustancial, poderosa y eficazmente, de tal forma que por medio de Él tenemos redención y vida eterna.

Y esto no lo extraigo de mi propia imaginación, sino que lo tomo de las palabras expresas del mismo Cirilo, quien dice: “Una pequeña bendición atrae al hombre entero hacia Dios y lo llena de su gracia; y de esta manera Cristo habita en nosotros y nosotros en Cristo.” [In Joan. lib. iv. cap. 17.]

Pero en cuanto al comer y beber corporalmente con la boca, y al digerir con nuestros cuerpos, Cirilo nunca quiso decir que Cristo habita en nosotros de esa manera, como él mismo lo declara claramente. “Nuestro sacramento”, dice él [Anathematismo. 11], no enseña “el comer a un hombre”, llevando impíamente a los cristianos a tener imaginaciones groseras y fantasías carnales acerca de cosas que son puras, elevadas y que solo se reciben mediante una fe sincera. “Antes bien, así como dos trozos de cera que son derretidos y unidos llegan a formar una sola masa, de modo que cada parte de una queda unida a cada parte de la otra; así también”, dice Cirilo [In Joan. lib. iv. cap. 17.], “quien recibe la carne y la sangre del Señor debe necesariamente estar tan unido a Cristo, que Cristo esté en él y él en Cristo.”

Por estas palabras de Cirilo aparece claramente su pensamiento: que no debemos concebir de manera grosera y material el comer a Cristo con la boca, sino mediante la fe; por medio de esta alimentación, aunque Él esté ausente de aquí corporalmente

y se encuentre en la vida eterna y en la gloria junto a su Padre, nosotros somos hechos partícipes de su naturaleza para ser inmortales y poseer con Él la vida eterna y la gloria.

Y así queda expuesto el pensamiento tanto de Cirilo como de Hilario.

[Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno.]

Y aquí pueden pasarse por alto con suficiente razón Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno, en parte porque hablan poco sobre esta cuestión y en parte porque se les puede responder fácilmente con lo que ya se ha declarado y repetido muchas veces: que una figura recibe el nombre de aquello de lo cual es figura, y que, por tanto, de la figura puede decirse lo mismo que puede decirse de la realidad que representa.

Y en cuanto al comer la carne de Cristo y beber su sangre, ellos hablaban del comer y beber espiritualmente por la fe, y no de un comer y beber corporal mediante la boca y los dientes.

[Respuesta a Emiseno.]

De igual manera, Eusebio de Emesa puede ser respondido brevemente; pues no habla de ninguna conversión real y corporal del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, ni de ningún comer y beber corporal y real de los mismos, sino que habla de una conversión sacramental del pan y del vino, y de un comer y beber espiritual del cuerpo y la sangre. De esta misma manera, Cristo está tan presente en el bautismo (como el propio Eusebio declara claramente en ese mismo lugar) como lo está en la mesa del Señor; esto es, no carnal y corporalmente, sino por la fe y espiritualmente. Pero de este autor ya se ha hablado más extensamente en la cuestión de la transubstanciación. [Véase el capítulo 13.]

[Respuesta a Ambrosio, De Sacramentis, lib. IV, cap. 4.]

Y ahora pasaré a la afirmación de san Ambrosio, que siempre está en labios de sus adversarios.

“Antes de la consagración”, dice él, según lo citan, “es pan; pero después de las palabras de la consagración es el cuerpo de Cristo.”

Para responder a esto, es necesario saber primero qué es la consagración.

[Consagración.]

La consagración es la separación de una cosa de un uso profano y mundano para destinarla a un uso espiritual y santo. Por tanto, cuando el agua ordinaria y común

es apartada de otros usos y destinada al uso del bautismo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, entonces puede llamarse correctamente agua consagrada; es decir, agua destinada a un uso santo. Del mismo modo, cuando el pan y el vino comunes son tomados y separados de los demás panes y vinos para el uso de la santa comunión, esa porción de pan y vino, aunque sea de la misma sustancia que aquello de lo cual fue separada, recibe ahora el nombre de pan consagrado o santo y vino consagrado o santo. No porque el pan y el vino tengan o puedan tener santidad en sí mismos, sino porque son utilizados para una obra santa y representan cosas santas y piadosas. Por eso san Dionisio [De Eccl. Hierar. cap. 3.] llama al pan "pan santo" y al cáliz "cáliz santo" tan pronto como son colocados sobre el altar para el uso de la santa comunión. Pero especialmente pueden llamarse santos y consagrados cuando son separados para ese uso sagrado por las propias palabras de Cristo, pronunciadas con ese propósito, cuando dijo del pan: [Matthew 26. Mark 14. Luke 22.] "Esto es mi cuerpo"; y del vino: "Esta es mi sangre". De modo que, comúnmente, los autores consideran el pan y el vino, antes de que esas palabras sean pronunciadas, simplemente como pan y vino ordinarios; pero después de que esas palabras han sido pronunciadas sobre ellos, los consideran pan y vino consagrados y santos. No porque el pan y el vino puedan participar de alguna santidad o divinidad, ni porque puedan convertirse en el cuerpo y la sangre de Cristo; sino porque representan el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, así como el alimento y sustento santos que tenemos por medio de Él. Y por ello reciben los nombres del cuerpo y la sangre de Cristo, del mismo modo que el signo, la señal y la figura reciben el nombre de la realidad misma que muestran y significan.

Por consiguiente, así como san Ambrosio, en las palabras citadas anteriormente por los adversarios, dice que antes de la consagración es pan y después de la consagración es el cuerpo de Cristo, en otros lugares expone su pensamiento con mayor claridad al decir: "Antes de la bendición de las palabras celestiales se llama de otra manera; pero después de la consagración se significa el cuerpo de Cristo."

Asimismo: "Antes de la consagración se llama de otra manera; pero después de la consagración se nombra la sangre de Cristo." [De iis qui Mysteriis initiantur, cap. ult.] Y nuevamente dice: "Cuando traté acerca de los sacramentos, os dije que aquello que se ofrece, antes de las palabras de Cristo, se llama pan; pero cuando las palabras de Cristo son pronunciadas, ya no se llama pan, sino que recibe el nombre del cuerpo de Cristo." [De Sacramentis, lib. V, cap. 4.]

Por estas palabras de san Ambrosio se ve claramente que, después de la consagración, el pan es llamado por el nombre del cuerpo de Cristo; y aunque sigue siendo pan, después de la consagración es honrado con el nombre de aquello que representa, tal como ya se explicó extensamente en el tratamiento de la transubstanciación, y especialmente en las palabras de Teodoreto.

Y así como el pan es un alimento corporal y se come corporalmente, así también, dice san Ambrosio [Ibid. lib. vi. cap. 1.], el cuerpo de Cristo es un alimento espiritual y se come espiritualmente; y esto no requiere ninguna presencia corporal.

[Respuesta a Crisóstomo.]

Examinemos ahora a san Juan Crisóstomo, quien, por el sonido literal de sus palabras, parece favorecer más a los adversarios de la verdad. Sin embargo, quienes están familiarizados con la manera de expresarse de Crisóstomo y saben cuán abundantes son en todos sus escritos las alusiones, figuras retóricas, tropos y metáforas, percibirán fácilmente que no presta ayuda alguna a sus propósitos, como quedará claramente demostrado al examinar los pasajes que los papistas alegan de él, que son principalmente dos: uno se encuentra en *Sermone de Eucharistia in Encæniis* y el otro en *De Proditione Judæ*.

Y en cuanto al primero, nadie puede hablar más claramente contra ellos de lo que habla san Juan Crisóstomo en ese sermón. Por ello resulta sorprendente que lo citen en apoyo de su causa, a menos que estén tan cegados por su propia opinión que no puedan distinguir qué está a favor de ellos y qué está en su contra. Pues allí dice estas palabras: "Cuando os acercáis a estos misterios", hablando de la mesa del Señor y de la santa comunión, "¿pensáis que recibís por mano de un hombre el cuerpo de Dios?", refiriéndose a Cristo. [In *Sermone de Eucharistia in Encæniis*.] Estas son las propias palabras de san Juan Crisóstomo en ese lugar.

Ahora bien, si no recibimos el cuerpo de Cristo de manos de un hombre, entonces se sigue que el cuerpo de Cristo no está real, corporal y naturalmente presente en el sacramento para ser entregado por el sacerdote. Y de ello resulta que todos los papistas son mentirosos, porque fingen y enseñan lo contrario. Pero este pasaje de Crisóstomo ya fue tratado con mayor amplitud al responder a la doctrina papista de la transubstanciación. Por tanto, responderemos ahora al otro texto [De *Proditione Judæ*], que citan en los siguientes términos: "Aquí está presente en el sacramento y consagra aquel mismo que preparó la mesa en el Jueves Santo o en la Última Cena. Porque no es el hombre quien hace que el pan y el vino, presentados para ser consagrados, se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo; sino que es Cristo mismo, que fue crucificado por nosotros, quien hace presente allí su propia persona. Las palabras son pronunciadas por la boca del sacerdote, pero la consagración se realiza por la virtud, el poder y la gracia de Dios mismo. Y así como aquella palabra de Dios [Genesis 1.]: 'Creced, multiplicaos y llenad la tierra', pronunciada una sola vez por Dios, produjo siempre su efecto en la generación de los seres vivos; de la misma manera la declaración de Cristo [Matthew 26. Mark 14. Luke 22.]: 'Esto es mi cuerpo', pronunciada una sola vez, comunica fuerza y eficacia a este sacrificio en todas las iglesias hasta el presente y hasta su última venida." Hasta aquí reproducen las palabras de Crisóstomo.

Aunque estas palabras parecen favorecer mucho su causa, si se consideran detenidamente y se comparan con otros pasajes del mismo autor, se verá claramente que Crisóstomo estaba muy lejos de enseñar que el cuerpo de Cristo estuviera corporal y naturalmente presente en el pan y el vino. Antes bien, entendía que Cristo está de esa manera solamente en el cielo, y que nosotros, por la fe, ascendemos con nuestra mente al cielo para alimentarnos de Él allí. Aunque sacramentalmente, como en un signo y una figura, está presente en el pan y el vino, también lo está en el agua del bautismo; y en aquellos que reciben dignamente el pan y el vino está presente de una manera mucho más perfecta que corporalmente, pues una presencia meramente corporal no les aprovecharía en nada. En ellos está espiritualmente por su poder divino, comunicándoles la vida eterna.

Y así como en la primera creación del mundo todos los seres vivientes recibieron su vida inicial únicamente por la palabra de Dios —porque Dios habló y todas las cosas fueron creadas inmediatamente conforme a su palabra—, y después de su creación pronunció estas palabras [Genesis 1.]: “Creced y multiplicaos”, y por la virtud de esas palabras todas las cosas han continuado reproduciéndose y multiplicándose desde entonces; del mismo modo, después de que Cristo dijo [Matthew 26. Mark 14. Luke 22.]: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo”, y “bebed; esta es mi sangre; haced esto en memoria de mí”, por la virtud de esas palabras —y no por virtud de ningún hombre— el pan y el vino son consagrados de tal manera que quienquiera que coma ese pan y beba ese vino con una fe viva, come, bebe y se alimenta espiritualmente de Cristo, que está sentado en el cielo junto a su Padre. Y este es todo el sentido de san Crisóstomo.

Por ello afirma frecuentemente que recibimos a Cristo en el bautismo; y cuando ha hablado de recibirlo en la santa comunión, inmediatamente después habla de recibirlo en el bautismo, sin establecer ninguna diferencia entre su presencia en el uno y su presencia en el otro. También dice en muchos lugares [Ad Populum Antiochenum, Hom. 61. et In Joan. Hom. 45.]: “Que ascendemos al cielo y comemos a Cristo sentado allí arriba.” Y cuando san Crisóstomo y otros autores hablan de la maravillosa operación de Dios en sus sacramentos, que supera toda inteligencia, sentidos y razón humanos, no se refieren a una obra divina realizada en el agua, el pan o el vino, sino a la maravillosa obra de Dios en los corazones de quienes reciben los sacramentos, transformándolos secreta, interior y espiritualmente; renovándolos, alimentándolos, consolándolos y nutriéndolos con su carne y su sangre por medio de su Santísimo Espíritu, mientras esa misma carne y sangre permanecen todavía en el cielo.

Así queda suficientemente respondido este pasaje de Crisóstomo; y si alguno desea una explicación más amplia, puede consultar lo que ya se ha expuesto anteriormente del mismo autor en la discusión sobre la transubstanciación.

[Respuesta a Teófilo, In Marcum XIV.]

Además, presentan en su favor a Teófilo de Alejandría, quien, según ellos afirman, dice así: "Cristo, después de dar gracias, partió el pan (como también nosotros lo hacemos), añadiendo oración; y se lo dio diciendo: 'Tomad, esto es mi cuerpo'; esto que ahora os doy y esto que ahora recibís. Porque el pan no es solamente una figura del cuerpo de Cristo, sino que es transformado en el verdadero cuerpo de Cristo; pues Cristo dice [John 6.]: 'El pan que yo os daré es mi carne.' Sin embargo, la carne de Cristo no se muestra a nuestra vista debido a nuestra debilidad, sino que el pan y el vino nos resultan familiares. Y ciertamente, si viéramos visiblemente carne y sangre, no podríamos soportarlo. Por eso nuestro Señor, teniendo consideración de nuestra debilidad, conserva la forma y apariencia del pan y del vino; pero transforma el mismo pan y vino en la verdadera carne y sangre de Cristo."

Estas son las palabras que los papistas citan de Teófilo sobre el Evangelio de san Marcos. Pero por este único pasaje resulta evidente cuán negligentes son los papistas al investigar y examinar las declaraciones de los autores que citan en apoyo de su causa; o bien cuán falsos y engañosos son, pues consciente y deliberadamente han cometido aquí, por así decirlo de un solo aliento, dos grandes y vergonzosas falsedades.

La primera es que, deseando conferir mayor autoridad a las palabras citadas, falsifican el nombre del autor (como falsos boticarios que venden una cosa por otra), atribuyendo tales afirmaciones a Teófilo de Alejandría, un autor antiguo, cuando en realidad no son palabras suyas, sino de Teofilacto, quien vivió muchos años después de Teófilo de Alejandría. Tales han sido siempre las sutilezas papistas: presentar sus propias invenciones, sueños y falsedades bajo el nombre de la antigüedad y de autores antiguos.

La segunda falsedad consiste en que adulteran las palabras y el sentido del autor, tergiversando la verdad de su doctrina. Porque donde Teofilacto, conforme a la doctrina católica de los antiguos autores, dice que Dios Todopoderoso, acomodándose a nuestra debilidad, conserva la especie del pan y del vino y, sin embargo, los transforma en la virtud de la carne y sangre de Cristo, ellos afirman que conserva las formas y apariencias del pan y del vino y los transforma en la realidad de su carne y sangre; cambiando así "especies" por "formas y apariencias" y "virtud" por "realidad", de modo que convierten la virtud de la carne y la sangre en la realidad misma de la carne y la sangre. De esta manera han falsificado tanto el nombre como las palabras de Teofilacto, transformando la verdad en una manifiesta falsedad.

Pero para exponer claramente el pensamiento de Teofilacto en esta cuestión: así como el hierro candente sigue siendo hierro y, sin embargo, posee la fuerza del fuego; y así como la carne de Cristo, permaneciendo carne, da vida por ser la carne de Aquel que es Dios; de la misma manera el pan y el vino sacramentales

permanecen en sus propias especies, y sin embargo, para quienes los comen y beben dignamente, son transformados no en la presencia corporal, sino en la virtud de la carne y la sangre de Cristo.

Y aunque Teofilacto habla de comer el verdadero cuerpo de Cristo y beber su verdadera sangre (y no solamente de sus figuras), y también de la conversión del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, no se refiere a una conversión grosera, carnal, corporal y sensible del pan y del vino, ni a un comer y beber de la carne y la sangre de esa misma manera. Porque entonces no solamente nuestro estómago se revolvería y nuestro corazón sentiría horror ante el hecho de comer su carne y beber su sangre, sino que además tal comer y beber no nos aprovecharía en absoluto.

Más bien, habla de la alimentación celestial y espiritual de Cristo y de una conversión sacramental del pan, llamando al pan no solo figura, sino también cuerpo de Cristo, para hacernos comprender mediante estas palabras que en el sacramento no solamente comemos corporalmente el pan, que es sacramento y figura del cuerpo de Cristo, sino que también comemos espiritualmente su verdadero cuerpo y bebemos su verdadera sangre. Y esta doctrina de Teofilacto es verdadera, piadosa y consoladora.

[Respuesta a Jerónimo.]

Además de esto, nuestros adversarios citan a san Jerónimo sobre la Epístola a Tito, donde afirma que: "Hay tanta diferencia entre los panes llamados *panes propositionis* y el cuerpo de Cristo como la que existe entre la sombra de un cuerpo y el cuerpo mismo; entre una imagen y la realidad; y entre una figura de las cosas venideras y las cosas que por ella son prefiguradas."

Estas palabras de san Jerónimo, correctamente entendidas, no sirven en nada al propósito de los papistas. Pues lo que quiso decir es que el pan de la proposición de la Ley era solamente una sombra oscura de Cristo que había de venir; mientras que el sacramento del cuerpo de Cristo es un testimonio claro de que Cristo ya ha venido, ha cumplido lo prometido y actualmente nos consuela y alimenta espiritualmente con su precioso cuerpo y sangre, aunque corporalmente haya ascendido al cielo.

[Agustín, Sedulio, León, Fulgencio, Casiodoro y Gregorio.]

Y la misma respuesta debe darse a todo lo que los adversarios alegan de san Agustín, Sedulio, León, Fulgencio, Casiodoro, Gregorio y otros, acerca de la participación de Cristo en el sacramento. Estas afirmaciones no pueden entenderse literalmente según el sonido de las palabras, sino de manera figurada y espiritual, como ya ha sido suficientemente demostrado anteriormente y será expuesto con mayor amplitud en la cuarta parte de este libro.

Aquí está la traducción al español:

[Respuesta a Damasceno, *De Fide Orthodoxa*]

Pero aquí de ninguna manera puede pasarse por alto a Juan Damasceno [*Damascenus, De Fide Orth. lib. iv. cap. 14.*], a quien los adversarios del verdadero cuerpo natural de Cristo consideran, por su autoridad, como un campeón tan poderoso que bastaría él solo para defender toda su causa. Sin embargo, ni la autoridad de Damasceno es tan grande que pueda aplastarnos con ella, ni sus palabras son tan claras en favor de ellos como presumen y falsamente pretenden. Porque, en comparación con los autores que hemos presentado en apoyo de nuestra posición, él es un autor relativamente tardío. Además, en diversos puntos difiere de los autores más antiguos, si es que debe entenderse según la interpretación que ellos le atribuyen. Así ocurre cuando afirma que el pan y el vino no son figuras, mientras que todos los antiguos autores los llaman figuras; o cuando sostiene que el pan y el vino no se consumen ni son expulsados por el cuerpo, algo que Orígenes y san Agustín afirman; o cuando dice que después de la consagración ya no se llaman ejemplos del cuerpo de Cristo, lo cual se mostrará manifiestamente falso por la Liturgia atribuida a san Basilio.

Además, el mismo Damasceno fue uno de los principales defensores del obispo de Roma frente a los emperadores, y por así decirlo su mano derecha para difundir toda clase de idolatría mediante sus propios escritos. Por tanto, si perdió la mano, como dicen que ocurrió, la perdió por el justísimo juicio de Dios, cualquiera que sea la fábula que inventen acerca de su milagrosa restitución.

Y, sin embargo, cualquiera que sea el valor de los escritos de Damasceno en otras materias, ciertamente en este pasaje que los adversarios citan escribe de manera espiritual y piadosa, aunque los papistas, ya sea por ignorancia, lo malinterpreten, o deliberadamente lo tuerzan y retuerzan para acomodarlo a su propósito, completamente en contra de su verdadero sentido.

La suma de la doctrina de Damasceno sobre esta cuestión es la siguiente: Así como Cristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, posee en sí dos naturalezas, también posee dos nacimientos: uno eterno y otro temporal. De igual manera nosotros, siendo por así decirlo hombres dobles, o teniendo cada uno de nosotros dos hombres en sí mismo —el hombre nuevo y el hombre viejo, el hombre espiritual y el hombre carnal— tenemos también un doble nacimiento: uno de nuestro primer padre carnal, Adán, por quien, como por una antigua herencia, nos sobrevienen la maldición y la condenación eterna; y otro de nuestro Adán celestial, es decir, Cristo, por quien somos hechos herederos de la bendición celestial, de la gloria eterna y de la inmortalidad.

Y puesto que este Adán es espiritual, también nuestra generación por medio de Él debe ser espiritual, y nuestro alimento debe ser igualmente espiritual. Nuestra generación espiritual por medio de Él se manifiesta claramente en el bautismo, y nuestro alimento y sustento espiritual se representan en la santa Comunión y Cena del Señor. Y como nuestra vista es tan débil que no podemos contemplar el agua espiritual con la que somos lavados en el bautismo ni el alimento espiritual con el que somos nutridos en la mesa del Señor, nuestro Salvador Jesucristo, para ayudar a nuestra debilidad y hacernos percibir estas realidades mediante una fe pura, las ha puesto delante de nuestros ojos por medio de signos y símbolos sensibles a los cuales estamos acostumbrados por el uso cotidiano. Y dado que la costumbre común de los hombres es lavarse con agua, nuestra regeneración espiritual en Cristo, o nuestro lavamiento espiritual en su sangre, nos es presentada en el bautismo mediante el agua. Asimismo, nuestro alimento y nutrición espiritual en Cristo se ponen delante de nuestros ojos mediante el pan y el vino, porque son los alimentos y bebidas con los cuales principalmente y de manera ordinaria somos sustentados; para que, así como ellos alimentan el cuerpo, Cristo con su carne y su sangre alimente espiritualmente el alma. Por eso el pan y el vino son llamados ejemplos de la carne y la sangre de Cristo, y también son llamados su verdadera carne y su verdadera sangre, para significarnos que, así como ellos nos alimentan corporalmente, también nos recuerdan que Cristo, por medio de su carne y su sangre, nos alimenta espiritual y verdaderamente para vida eterna.

Y así como Dios Todopoderoso, mediante su poderosísima Palabra, su Espíritu Santo y su infinito poder, produjo todas las criaturas en el principio y desde entonces las ha preservado, así también por esa misma Palabra y poder obra en nosotros, de tiempo en tiempo, esta maravillosa generación espiritual y este admirable alimento y nutrición espiritual, que son realizados únicamente por Dios y son comprendidos y recibidos por nosotros mediante la fe.

Y así como el pan y la bebida, por medio de la nutrición natural, son transformados en el cuerpo del hombre, aunque el cuerpo permanece siendo el mismo que era antes; de igual modo, aunque el pan y el vino sean transformados sacramentalmente en el cuerpo de Cristo, su cuerpo sigue siendo el mismo y permanece en el mismo lugar donde estaba antes, es decir, en el cielo, sin sufrir ninguna alteración.

Y el pan y el vino no son transformados en la carne y la sangre de Cristo de tal manera que lleguen a constituir una sola naturaleza; sino que permanecen distintos en naturaleza. Así, el pan en sí mismo no es su carne, ni el vino su sangre; pero para aquellos que dignamente comen y beben el pan y el vino, para ellos el pan y el vino son su carne y su sangre. Es decir, mediante cosas naturales y familiares son elevados a realidades que están por encima de la naturaleza.

Porque el pan y el vino sacramentales no son figuras desnudas y vacías, sino tan eficaces y poderosos que quienquiera que los coma dignamente, come

espiritualmente la carne y la sangre de Cristo y recibe por medio de ellas la vida eterna. Por tanto, quien se acerque a la mesa del Señor debe hacerlo con toda humildad, temor, reverencia y pureza de vida, como quien recibe no solamente pan y vino, sino también a nuestro Salvador Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, con todos sus beneficios, para el alivio y sustento tanto del cuerpo como del alma. Este es, en resumen, el verdadero sentido y la verdadera intención de Damasceno respecto a esta cuestión.

Por consiguiente, quienes deducen de él ya sea la presencia natural del cuerpo de Cristo en los sacramentos del pan y del vino, o la adoración del sacramento externo y visible, o que después de la consagración no permanece pan, ni vino, ni ninguna otra sustancia, sino únicamente la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo, o bien no entienden a Damasceno, o, por obstinación voluntaria, no quieren entenderlo. Y esto último parece ser lo más cierto, a juzgar por las conclusiones injustas que han extraído y señalado a partir de sus escritos.

Porque, aunque él diga que Cristo es el alimento espiritual, así como en el bautismo el Espíritu Santo no está en el agua, sino en quien es bautizado sinceramente, tampoco quiso decir Damasceno que Cristo esté en el pan, sino en quien dignamente come del pan. Y aunque afirme que el pan es el cuerpo de Cristo y el vino su sangre, no quiso decir que el pan considerado en sí mismo, o el vino considerado en sí mismo sin ser recibido, sean su carne y su sangre; sino que para aquellos que reciben dignamente el pan y el vino con una fe sincera, para tales personas el pan y el vino son llamados por Damasceno el cuerpo y la sangre de Cristo, porque, mediante la operación del Espíritu Santo, quedan tan unidos y vinculados espiritualmente a la carne y la sangre de Cristo, y también a su Divinidad, que son alimentados por ellas para vida eterna.

[El sacramento no debe ser adorado.]

Además, Damasceno no dice que el sacramento deba ser venerado y adorado, como lo expresan los papistas, lo cual es manifiestamente idolatría; sino que debemos adorar a Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y, sin embargo, no debemos adorarlo en el pan y el vino, sino sentado en los cielos junto a su Padre y presente espiritualmente en nosotros mismos.

Tampoco afirma que no permanezca pan, ni vino, ni ninguna otra sustancia, sino únicamente la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por el contrario, declara claramente que, así como un carbón encendido no es solamente madera, sino fuego y madera unidos, así también el pan de la comunión no es solamente pan, sino pan unido a la Divinidad.

Pero aquellos que sostienen que no existe otra sustancia que la del cuerpo y la sangre de Cristo no solo niegan la existencia del pan y del vino, sino que

necesariamente deben negar también la existencia de la Divinidad y del alma de Cristo. Porque si la carne y la sangre, el alma y la Divinidad de Cristo constituyen cuatro sustancias, y en el sacramento solamente están presentes dos de ellas, es decir, su carne y su sangre, ¿dónde quedan entonces su alma y su Divinidad?

De este modo estos hombres dividen a Jesús, separando su Divinidad de su humanidad; acerca de los cuales san Juan dice: [1 Juan 4] «Todo aquel que divide a Jesús no es de Dios, sino que es el Anticristo.»

Además, estos hombres separan de tal manera el cuerpo de Cristo de sus miembros en el sacramento, que terminan por dejarlo sin verdadero cuerpo humano alguno. Porque, como afirma Damasceno, la distinción de miembros pertenece tan esencialmente a la naturaleza del cuerpo humano que donde no existe tal distinción no existe un cuerpo humano perfecto. [*In libro De duabus in Christo Voluntatibus.*] Pero según la doctrina de estos papistas, en el sacramento no existe tal distinción de miembros. Porque o bien no hay cabeza, pies, manos, brazos, piernas, boca, ojos ni nariz en absoluto, o bien todo es cabeza, todo es pies, todo es manos, todo es brazos, todo es piernas, todo es boca, todo es ojos y todo es nariz. Y así convierten el cuerpo de Cristo en algo que ya no es verdaderamente un cuerpo humano.

Así pues, habiendo sido refutados los errores de los papistas tanto respecto de la transubstanciación como de la presencia real, corporal y natural de Cristo en el sacramento —que eran los dos principales puntos propuestos al comienzo de esta obra—, es ahora tiempo de hablar algo acerca del tercer error de los papistas, que se refiere al acto de comer el verdadero cuerpo de Cristo y beber su sangre.

Así termina el Libro Tercero.

El Libro Cuarto trata acerca de comer y beber el cuerpo y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo.

Capítulo 1.

[Si los impíos comen y beben a Cristo.]

El grosero error de los papistas consiste en la idea de comer y beber carnalmente la carne y la sangre de Cristo con la boca. Porque ellos sostienen que todo aquel que come y bebe los sacramentos del pan y del vino come y bebe también con su boca la verdadera carne y sangre de Cristo, por muy impío y perverso que sea.

[Solo los piadosos comen a Cristo.]

Pero Cristo mismo enseñó exactamente lo contrario en el capítulo sexto de Juan: que no lo comemos carnalmente con la boca, sino espiritualmente mediante la fe,

diciendo: [Juan 6] «De cierto, de cierto os digo: el que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descendió del cielo, para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo.»

Esta es la doctrina más verdadera de nuestro Salvador Jesucristo: que todo aquel que le come tendrá vida eterna. Y poco después continúa en el mismo pasaje de Juan con mayor claridad: [Juan 6.]

«De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero; porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como el maná que comieron vuestros padres y murieron; el que come de este pan vivirá para siempre.»

Así enseñó nuestro Salvador Jesucristo tanto a sus discípulos como a los judíos en Capernaúm, que el comer su carne y beber su sangre no era semejante al comer el maná. Porque tanto los buenos como los malos comieron el maná; pero nadie come su carne ni bebe su sangre sin recibir vida eterna. Pues así como el Padre mora en Él y Él en el Padre, y por el Padre tiene vida, de igual manera quien come la carne de Cristo y bebe su sangre mora en Cristo y Cristo en él, y por medio de Cristo posee vida eterna.

¿Qué otro testimonio necesitamos? Cuando Cristo mismo declara la cuestión tan claramente, afirmando que quien come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna; y que comer su carne y beber su sangre es creer en Él; y que quien cree en Él tiene vida eterna. De ello se sigue necesariamente que las personas impías, siendo miembros del diablo, no comen la carne de Cristo ni beben su sangre; a menos que los papistas quieran decir que tales personas poseen vida eterna.

Pero así como el diablo es el alimento de los impíos, a quienes nutre en toda iniquidad y conduce a la condenación eterna, así Cristo es el verdadero alimento de todos aquellos que son miembros vivos de su cuerpo; y a ellos los nutre, alimenta, hace crecer y sostiene para vida eterna.

[Aug. In Joan. Hom. 26. super hunc locum: Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt. "Quantum, inquit, pertinet ad mortem istam visibilem et corporalem, numquid nos non morimur, qui manducamus panem de coelo descendentem?" Et mox, "Quantum autem pertinet ad illam mortem de qua terret Dominus, quia mortui sunt patres istorum, manducavit manna et Moses, manducavit

et Aaron, manducavit manna et Phinees, manducaverunt ibi multi, qui Domino placuerunt, et mortui non sunt. Quare? Quia visibilem cibum spiritualiter intellexerunt, spiritualiter esurierunt, spiritualiter gustaverunt, ut spiritualiter satiarentur. Nam et nos hodie accepimus visibilem cibum, sed aliud est sacramentum, aliud virtus sacramenti. Quam multi de altari accipiunt et moriuntur, et accipiendo moriuntur? Unde dicit Apostolus: (1 Cor. xi.) Judicium sibi manducat et bibit. Nonne buccella dominica venenum fuit Judæ? (John xiii.) Et tamen accepit, et cum accepit, in eum inimicus intravit, non quia malum accepit, sed quia bonum malus male accepit. Vide te ergo, fratres, panem cœlestem spiritualiter manducate.” Et mox: “Patres vestri manna manducaverunt, et mortui sunt; non quia malum erat manna, sed quia male manducaverunt. Hic est panis qui de cœlo descendit, hunc panem significavit manna, hunc panem significavit altare Dei. Sacramenta illa fuerunt, in signis diversa sunt, sed in re quæ significatur, paria sunt,” &c. Et mox: “Ut si quis manducaverit ex ipso non moriatur in æternum. Sed quod pertinet ad virtutem sacramenti, non quod pertinet ad visibile sacramentum. Qui manducat intus, non foris, qui manducat in corde, non qui premit dente.”]

Capítulo 2

[Qué es comer la carne de Cristo y beber su sangre]

Y todo buen y fiel cristiano experimenta en sí mismo cómo se alimenta de Cristo, comiendo su carne y bebiendo su sangre. Porque deposita toda la esperanza y confianza de su redención y salvación en aquel único sacrificio que Cristo ofreció en la cruz, cuando su cuerpo fue quebrantado y su sangre derramada para la remisión de sus pecados. Y este gran beneficio de Cristo el creyente lo considera diligentemente en su mente, lo mastica y lo digiere con el estómago de su corazón, recibiendo espiritualmente a Cristo entero dentro de sí y entregándose, a su vez, enteramente a Cristo. Y esto es comer la carne de Cristo y beber su sangre. La experiencia de ello es, para cada persona, la experiencia misma de cómo come y bebe a Cristo; algo que ningún hombre malvado ni ningún miembro del diablo puede realizar.

Capítulo 3.

[Cristo no es comido con los dientes, sino con la fe]

Porque así como Cristo es un alimento espiritual, así también es comido y digerido espiritualmente por la parte espiritual de nuestro ser; y nos concede vida espiritual y eterna. No es comido, tragado ni digerido con nuestros dientes, lenguas, gargantas y estómagos.

«Por tanto», dice San Cipriano, [Cyprianus, *De Cœna Domini*], «quien bebe de la santa copa, recordando este beneficio de Dios, queda más sediento que antes. Y

elevando su corazón al Dios viviente, es tomado por un hambre y un apetito tan singulares que aborrece toda hiel y toda bebida amarga del pecado; y todo sabor de placer carnal le resulta como vinagre áspero y agrio. Y el pecador convertido, al recibir los santos misterios de la Cena del Señor, da gracias a Dios e inclina su cabeza, sabiendo que sus pecados han sido perdonados y que ha sido hecho limpio y perfecto; y devuelve a Dios como fiel prenda el alma que Dios ha santificado. Entonces se gloria con Pablo y se regocija diciendo: "Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí". Estas cosas se practican y usan entre los fieles; y para las mentes puras, el comer su carne no es motivo de horror, sino de honor, y el espíritu se deleita en beber la santa y santificadora sangre. Y al hacer esto, no afilamos nuestros dientes para morder, sino que con fe pura partimos el santo pan.»

Estas son las palabras de Cipriano.

Y conforme a ello, San Agustín dice: «No prepares tus mandíbulas, sino tu corazón.» [*In Joan. Tract.* 25.] Y en otro lugar afirma: «¿Por qué preparas tu vientre y tus dientes? Cree, y has comido.» [August., *De Verbis Domini*, Serm. 33.] Pero acerca de esta materia ya se ha hablado suficientemente antes, donde se demostró que «comer la carne de Cristo» y «beber su sangre» son expresiones figuradas.

[Aug. *In Joan. Tract.* 26. "Credere in eum, hoc est manducare panem vivum. Qui credit in eum, manducat, invisibiliter saginatur, quia et invisibiliter renascitur. Infans intus est, novus intus est, ubi novellatur, ibi satiatur."

Idem, Psal. 21 in Expositione Prima, "Sacramenta corporis et sanguinis mei reddam coram timentibus eum. Edent pauperes et saturabuntur, edent humiles et contemptores seculi et imitabuntur. Ita enim nec copiam hujus seculi concupiscent nec timebunt inopiam. Et laudabunt Dominum qui requirunt eum: nam laus Domini est eructatio saturitatis illius. Vivent corda eorum in seculum seculi; nam cibus ille cordis est."

Clemens Alexandrinus in *Pædagogo*, lib. ii. cap. 2. "Hoc est bibere Jesu sanguinem, esse participem incorruptionis Domini."

De Consecrat. dist. 2. 'Utrum': "Quia Christum fas vorari dentibus non est," &c.]

Capítulo 4.

[Sólo los buenos comen a Cristo]

Y ahora, para volver a nuestro propósito, que solamente los miembros vivos de Cristo comen su carne y beben su sangre, presentaré muchos otros testimonios de autores antiguos que aún no han sido mencionados.

Primeramente, Orígenes [Origenes, *In Matt.* cap. 15.] escribe claramente de esta manera: «El Verbo fue hecho carne y verdadero alimento, del cual quien coma ciertamente vivirá para siempre; alimento que ningún hombre malo puede comer. Porque si fuera posible que quien permanece en la maldad pudiera comer al Verbo hecho carne, siendo Él el Verbo y el pan de vida, no habría sido escrito: “Quien coma de este pan vivirá para siempre”.» Estas palabras son tan claras que no necesito añadir nada para hacerlas más evidentes. Por tanto, escucharéis cómo Cipriano concuerda con él.

Cipriano, en el sermón que se le atribuye acerca de la Cena del Señor [Cyprianus in *Sermo. de Cæna Domini*], dice: «El autor de esta tradición afirmó que, si no comemos su carne y no bebemos su sangre, no tendremos vida en nosotros; instruyéndonos mediante una enseñanza espiritual y abriéndonos un camino para comprender una realidad tan secreta, para que sepamos que el comer consiste en permanecer en Él, y el beber es como una incorporación a Él, estando sujetos a Él en obediencia, unidos a Él en nuestras voluntades y vinculados a Él en nuestros afectos. El comer, por tanto, esta carne es una cierta hambre y deseo de habitar en Él.» Así escribe Cipriano acerca del comer y beber a Cristo. Y un poco después afirma que «nadie come de este Cordero sino aquellos que son verdaderos israelitas, es decir, cristianos sinceros y puros, sin fingimiento ni disimulo».

Y Atanasio [Athanasius, *De Peccato in Spiritum Sanctum*], hablando del comer la carne de Cristo y beber su sangre, dice que: «Por esta causa hizo mención de su ascensión al cielo, para apartarlos de toda imaginación corporal, a fin de que aprendieran desde entonces que su carne era llamada el alimento celestial que descendió de arriba [Juan 6], y un alimento espiritual que Él daría. Porque las cosas que os hablo —dice Él— son espíritu y son vida. Lo cual equivale a decir que aquello que veis será inmolado y entregado para el alimento del mundo, para que sea distribuido espiritualmente a todos y sea para todos preservación hasta la resurrección de la vida eterna.» En estas palabras Atanasio declara la razón por la cual Cristo hizo mención de su ascensión al cielo cuando habló de comer su carne y beber su sangre. La razón, según el pensamiento de Atanasio, era que sus oyentes no imaginaran un comer carnal de su cuerpo con la boca; pues en cuanto a la presencia de su cuerpo, Él sería quitado de entre ellos y ascendería al cielo. Debían comprender, más bien, que Él es un alimento espiritual, que debe ser comido espiritualmente y que, mediante ese alimento vivificante, concede vida eterna, la cual no otorga sino a aquellos que son miembros vivos de su cuerpo.

Y de este mismo comer habla también Basilio [Basilius, *Epistola* 141], cuando dice que «comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre, siendo hechos partícipes de su palabra y de su sabiduría por medio de su encarnación y de su vida visible. Porque llamó carne y sangre a toda su conversación mística en la carne y a su doctrina, que comprende toda su vida, tanto en lo referente a su humanidad como a su divinidad, mediante la cual el alma es alimentada y elevada a la contemplación de las cosas

eternas». Así enseña Basilio cómo comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre, algo que pertenece únicamente a los verdaderos y fieles miembros de Cristo.

También San Jerónimo dice [Jeronymus, *In Esaiam*, cap. 66]: «Todos los que aman el placer más que a Dios no comen la carne de Jesús ni beben su sangre, de la cual Él mismo dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”.» Y en otro lugar [In *Hieremiam*, cap. 22], San Jerónimo afirma que «los herejes no comen ni beben el cuerpo y la sangre del Señor». Y además dice [In *Oseam*, cap. 8] que «los herejes no comen la carne de Jesús, cuya carne es el alimento de los fieles». Así concuerda San Jerónimo con los demás autores antes citados, afirmando que los herejes y aquellos que siguen los placeres mundanos no comen la carne de Cristo ni beben su sangre, porque Cristo dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna».

Y San Ambrosio dice [Ambrosius, *De Benedictione Patriarcharum*, cap. 9] que «Jesús es el pan que constituye el alimento de los santos; y quien toma este pan no muere la muerte del pecador, porque este pan es la remisión de los pecados». Y en otro libro atribuido a él [*De iis qui Mysteriis initiuntur*] escribe así: «Este pan de vida que descendió del cielo concede vida eterna, y quien coma de este pan no morirá jamás, y este es el cuerpo de Cristo.» Y en otro libro más [*De Sacramentis*, lib. iv. cap. 5], publicado bajo su nombre, dice de esta manera: «El que comió el maná murió; pero el que come este cuerpo tendrá remisión de sus pecados y no morirá para siempre.» Y nuevamente afirma [lib. v. cap. 3]: «Cada vez que bebes, recibes remisión de tus pecados.»

Estas declaraciones de San Ambrosio son tan claras en esta materia que no requieren más explicación que su simple exposición.

Pero San Agustín, tratando este asunto en muchos lugares con gran claridad, dice [*Lib. Sentent. Prosperi ex Augustino*, cap. 339]: «Quien no permanece en concordia con Cristo, ni come su cuerpo ni bebe su sangre, aunque para condenación de su presunción reciba cada día el sacramento de una realidad tan excelsa.» Y además, San Agustín resuelve esta cuestión con la mayor claridad en su libro *De Civitate Dei* [*De Civitate Dei*, lib. xxi. cap. 25], disputando contra dos clases de herejes. Los primeros sostenían que todos los que habían sido bautizados y habían recibido el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo serían salvos, cualquiera que fuese su manera de vivir o de creer, porque Cristo dijo [Juan 6]: «Este es el pan que descendió del cielo; para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan de vida que descendió del cielo; quien coma de este pan vivirá para siempre.» Por lo tanto, decían estos herejes, todos los que participaban de él necesariamente serían librados de la muerte eterna y finalmente alcanzarían la vida eterna.

Los segundos sostenían que los herejes y cismáticos podían comer el sacramento del cuerpo de Cristo, pero no su verdadero cuerpo, porque no eran miembros de su

cuerpo. Por eso no prometían la vida eterna a todos los que recibían el bautismo de Cristo y el sacramento de su cuerpo, sino únicamente a aquellos que profesaban la verdadera fe, aunque vivieran de manera impía. Porque tales personas, decían ellos, comen el cuerpo de Cristo no sólo sacramentalmente, sino también en realidad, ya que son miembros del cuerpo de Cristo.

Pero San Agustín, respondiendo a ambas herejías, afirma que ni los herejes ni aquellos que profesan la verdadera fe con la boca mientras su vida demuestra lo contrario poseen una fe verdadera que obra por la caridad y no hace mal alguno, ni pueden ser contados entre los miembros de Cristo [Gálatas 5]. Porque no pueden ser simultáneamente miembros de Cristo y miembros del diablo: [«Qui ergo est,» inquit Augustinus, «in corporis Christi unitate, id est, in Christianorum compage membrorum (cujus corporis sacramentum fideles communicantes de altari sumere consueverunt) ipse vere dicendus est manducare corpus Christi et bibere sanguinem Christi. Ac per hoc hæretici et schismatici, ab hujus unitate corporis separati, possunt idem percipere sacramentum, sed non sibi utile, immo vero etiam noxium.» Et mox: «Recte intelligunt non dicendum eum manducare corpus Christi, qui in corpore non est Christi.» Et mox: «Nec isti, ergo, dicendi sunt manducare corpus Christi, quoniam nec in membris computandi sunt Christi. Ut enim alia taceam, non possunt simul esse et membra Christi, et membra meretricis. Denique ipse dicens: Qui manducat,» &c.]

«Por tanto», dice él, «no puede afirmarse que ninguno de ellos coma el cuerpo de Cristo.» «Porque cuando Cristo dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”, muestra lo que significa, no sacramentalmente, sino en realidad, comer su cuerpo y beber su sangre; esto es, cuando una persona permanece de tal manera en Cristo que Cristo permanece en ella. Pues Cristo habló estas palabras como si dijera: “Quien no permanece en mí, y en quien yo no permanezco, no diga ni piense que come mi cuerpo o bebe mi sangre”.»

Estas son las claras palabras de San Agustín: que aquellos que viven impiamente, aunque parezcan comer el cuerpo de Cristo porque comen el sacramento de su cuerpo, en realidad ni son miembros de su cuerpo ni comen verdaderamente su cuerpo.

Asimismo, comentando el Evangelio de San Juan [*In Joan. Tract. 26*], dice que «quien no come su carne ni bebe su sangre, no tiene en sí la vida eterna. Y quien come su carne y bebe su sangre, tiene vida eterna. Pero no sucede así con los alimentos que tomamos para sustentar nuestro cuerpo; porque aunque sin ellos no podemos vivir, no es necesario que todo el que los recibe viva, pues puede morir por vejez, enfermedad u otras circunstancias. «Pero en este alimento y bebida del cuerpo y la sangre de nuestro Señor sucede lo contrario; porque tanto los que no los comen ni los beben carecen de vida eterna, como, por el contrario, todos los que los comen y los beben poseen vida eterna.»

[Et mox: «Hunc itaque cibum et potum societatem vult intelligi corporis et membrorum suorum, quod est sancta Ecclesia in prædestinatis et vocatis et justificatis et glorificatis sanctis et fidelibus ejus.»

Et mox: «Hujus rei sacramentum, id est, unitatis corporis et sanguinis Christi, alicubi quotidie, alicubi certis intervallis dierum, in Dominica mensa præparatur, et de mensa Dominica sumitur quibusdam ad vitam, quibusdam ad exitium,» &c.

(Y añade poco después: «Con este alimento y esta bebida quiso dar a entender la comunión de su cuerpo y de sus miembros, esto es, la santa Iglesia, formada por sus santos y fieles que han sido predestinados, llamados, justificados y glorificados.» Y continúa: «El sacramento de esta realidad, es decir, de la unidad del cuerpo y de la sangre de Cristo, se prepara en unos lugares diariamente y en otros en determinados intervalos, sobre la mesa del Señor; y de esa mesa del Señor unos lo reciben para vida, mientras que otros lo reciben para su propia condenación», etc.)]

Observad y medita cuidadosamente estas palabras de San Agustín: que el pan, el vino y los demás alimentos y bebidas que nutren el cuerpo pueden ser consumidos por una persona y, sin embargo, esta morir; pero el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo nadie los come sino aquel que posee la vida eterna. De modo que los impíos no pueden comerlos ni beberlos, porque entonces necesariamente tendrían por medio de ellos la vida eterna.

Y en el mismo lugar San Agustín añade además: «El sacramento de la unidad del cuerpo y la sangre de Cristo es recibido en la mesa del Señor por algunos para vida y por otros para condenación; pero la realidad misma de la cual es sacramento es recibida por todos para vida y por ninguno para condenación.» Y además afirma: «Esto es comer aquel alimento y beber aquella bebida: permanecer en Cristo y tener a Cristo permaneciendo en uno.» Y por esa razón, «quien no permanece en Cristo y en quien Cristo no permanece, sin duda no come espiritualmente su carne ni bebe su sangre, aunque carnal y visiblemente con sus dientes mastique el sacramento de su cuerpo y de su sangre.» [«Sed magis tantæ rei sacramentum ad iudicium sibi manducat.»] Así escribe San Agustín en la vigésima sexta homilía sobre San Juan. Y en la homilía siguiente [*In Joan. Tract.* 27] escribe así: «Hoy nuestro discurso trata del cuerpo del Señor, el cual dijo que daría para ser comido a fin de otorgar la vida eterna. Y explicó la manera de su donación y distribución, cómo daría su carne para comer, diciendo: [Juan 6] “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.” Esto, por tanto, es una señal o prueba de que una persona ha comido y bebido, es decir, si permanece en Cristo y tiene a Cristo permaneciendo en ella; si está tan unida a Cristo que no se separa de Él. Por consiguiente, Cristo enseñó y exhortó mediante estas palabras místicas o figuradas a que estuviéramos en su cuerpo bajo Él, nuestra cabeza, entre sus miembros, comiendo su carne sin abandonar su unidad.»

Y en su libro *De Doctrina Christiana* [*De Doctrina Christiana*, lib. iii. cap. 14], San Agustín dice (como ya se ha explicado extensamente antes) que «comer la carne de Cristo y beber su sangre es una expresión figurada que significa la participación en su pasión y el grato recuerdo, para nuestro beneficio y provecho, de que su carne fue crucificada y herida por nosotros».

Y también en otro sermón, *De Verbis Apostoli* [*De Verbis Apostoli*, Serm. 2], explica qué es comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre, diciendo: «Comer es ser fortalecido y renovado; y beber, ¿qué es sino vivir? Come vida, bebe vida. Y esto sucede cuando aquello que se recibe visiblemente en el sacramento es verdaderamente comido espiritualmente y bebido espiritualmente.»

Por todas estas afirmaciones de San Agustín resulta evidente y manifiesto que todos los hombres, buenos y malos, pueden comer con la boca de manera visible y sensible el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo; pero el verdadero cuerpo y la verdadera sangre sólo son comidos espiritualmente, y ello únicamente por los miembros espirituales de Cristo, que permanecen en Cristo y tienen a Cristo permaneciendo en ellos, por quien son fortalecidos y reciben la vida eterna.

Y por eso dice San Agustín [*In Joan. Tract.* 59] que, cuando los demás Apóstoles comían el pan que era el Señor, Judas sólo comía el pan del Señor, pero no el pan que era el Señor. De modo que los demás Apóstoles, junto con el pan sacramental, comían también al mismo Cristo, a quien Judas no comía. Y San Agustín tiene muchos más pasajes con este mismo propósito, los cuales omito por ahora para evitar prolijidad, y pasaré a decir algo acerca de San Cirilo.

[August. In Psal. 21, in Expositione 2da. «Vota mea reddam coram timentibus eum. Quæ sunt vota sua? Sacrificium quod obtulit Deo. Nostis quale sacrificium? Norunt fideles vota quæ reddit coram timentibus eum. Nam sequitur: Edent pauperes, et saturabuntur. Beati pauperes, quia ideo edunt, ut saturentur. Edunt enim pauperes, qui autem divites sunt, non satiantur, quia non esuriunt. Comedent pauperes, inde erat piscator ille Petrus, inde erat alius piscator Joannes, et Jacobus frater ipsius, inde erat etiam publicanus Matthæus de pauperibus. Ipsi erant, qui comederunt et saturati sunt, talia passi, qualia manducaverunt. Coenam suam dedit, passionem suam dedit. Ille saturatur qui imitatur. Imitati sunt pauperes, ipsi enim sic passi sunt, ut Christi vestigia sequerentur.» &c.

Et mox: «Sacrificium pacis, sacrificium charitatis, sacrificium corporis sui norunt fideles, disputari inde modo non potest. Vota mea reddam coram timentibus eum. Edant publicani, edant piscatores, manducent, imitentur Dominum, patiantur, saturentur.»]

Idem, *De Verbis Domini*, Sermón 53. «Quicumque in corpore ejus et membrorum ejus esse voluerit, non miretur quia odit eum mundus. Corporis autem ejus

sacramentum multi accipiunt, sed non omnes qui accipiunt sacramentum, habituri sunt apud eum etiam locum promissum membris ejus. Pene quidem sacramentum omnes corpus ejus dicunt, quia omnes in pascuis ejus simul pascunt, sed venturus est, qui dividat, et alios ponat ad dexteram, alios ad sinistram.»

Beda, en una homilía pascual, dice: «Cristo estará presente con nosotros en la fracción del pan cuando recibimos los sacramentos de su cuerpo, es decir, el pan y el vino, con una conciencia pura y sencilla.»

Y San Cirilo, comentando el Evangelio de San Juan, [*Cyrillus, In Joan. lib. iv. cap. 10.*] dice que «aquellos que comieron el maná murieron, porque no recibieron de él fuerza para vivir eternamente (pues no daba vida, sino que solamente quitaba el hambre corporal); pero los que reciben el pan de vida serán hechos inmortales y evitarán todos los males que pertenecen a la muerte, viviendo para siempre con Cristo». Y en otro lugar [cap. 12] dice: «Puesto que la carne de Cristo da vida por naturaleza, hace vivir a quienes participan de ella. Porque aparta de ellos la muerte y expulsa completamente la destrucción.» Y concluye brevemente la cuestión en otro pasaje [cap. 14], diciendo en pocas palabras: «Cuando comemos la carne de nuestro Salvador, entonces tenemos vida en nosotros. Porque si las cosas corruptibles fueron restauradas con sólo tocar sus vestidos, ¿cómo no viviremos nosotros que comemos su carne?»

Y más adelante [cap. 17] dice: «Así como dos masas de cera fundidas juntas se mezclan en todas sus partes, así también quien recibe la carne y la sangre de Cristo debe necesariamente unirse a Él de tal manera que Cristo esté en él y él en Cristo.» Aquí San Cirilo declara la dignidad de la carne de Cristo, inseparablemente unida a su divinidad, afirmando que posee tal eficacia y poder que concede la vida eterna. Y cualquier causa de muerte o impedimento para la vida eterna que encuentre, la elimina y la expulsa completamente de aquellos que comen ese alimento y reciben ese remedio. Otros medicamentos o ungüentos unas veces curan y otras no; pero este remedio posee tal eficacia y fortaleza que consume toda carne corrompida y muerta, y sana perfectamente todas las heridas y llagas sobre las que es aplicado. Tal es la dignidad y excelencia de la carne y la sangre de Cristo unidas a su divinidad; dignidad de la cual sus adversarios, los papistas, le privan y despojan cuando afirman que hombres que permanecen enfermos y llagados comen su carne y reciben este remedio sin ser ayudados por él.

Capítulo 5.

Y ahora, para corroborar la afirmación de Cirilo, razonaría de esta manera con los papistas y les preguntaría: Cuando un pecador impenitente recibe el sacramento, ¿tiene dentro de sí el cuerpo de Cristo o no? Si responden que no, entonces queda demostrado lo que sostengo: que los hombres malos, aunque reciban el sacramento del cuerpo de Cristo, no reciben, sin embargo, su verdadero cuerpo. Si responden

que sí, entonces les preguntaría además: ¿Tienen dentro de sí el Espíritu de Cristo o no? Si responden que no, entonces separan el cuerpo de Cristo de su Espíritu y su humanidad de su divinidad, y son condenados por la Escritura como verdaderos anticristos que dividen a Cristo. Y si responden que sí, que un hombre malvado tiene el Espíritu de Cristo en él, entonces la Escritura también los condena, pues dice [Romanos 8] que, así como quien no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece, así también quien tiene a Cristo en sí vive porque ha sido justificado.

Y además: «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por causa de su Espíritu que habita en vosotros.»

Así, por todas partes, la Escritura condena a los adversarios de la Palabra de Dios. Y es motivo de asombro esta perversidad de los papistas, que afirman que la carne, la sangre, el alma, el Espíritu Santo y la divinidad de Cristo están en un hombre sujeto al pecado y miembro del Diablo. Son extraordinarios prestidigitadores y encantadores, que mediante ciertas palabras pueden hacer que Dios y el Diablo habiten juntos en un mismo hombre, convirtiéndolo al mismo tiempo en templo de Dios y templo del Diablo. Parece que están tan cegados que no pueden distinguir la luz de las tinieblas, a Belial de Cristo, ni la mesa del Señor de la mesa de los demonios.

Así queda refutado este tercer error y herejía intolerable de los papistas: que aquellos que son miembros del Diablo comen el verdadero cuerpo de Cristo y beben su sangre, de manera manifiesta y directamente contraria a las palabras del mismo Cristo, quien dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna.»

Capítulo 6.

Respuesta a los papistas

Pero para que no parezca que no tienen nada que decir en su defensa, alegan las palabras de San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios, capítulo once, donde dice: «El que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación, por no discernir el cuerpo del Señor.» [1 Corintios 11.] Sin embargo, San Pablo habla en ese lugar del comer el pan y beber el vino, y no del comer corporalmente la carne y la sangre de Cristo, como resulta evidente para cualquiera que lea atentamente el texto. Porque estas son sus palabras: «Examínese, pues, cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba de la copa; porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación, por no discernir el cuerpo del Señor.» El sentido de San Pablo es que, puesto que el pan y el vino en la Cena del Señor representan para nosotros el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Salvador Jesucristo, por institución y ordenanza del propio Cristo, debemos acercarnos a este pan y vino místicos con fe, reverencia, pureza y temor, aunque Cristo esté sentado en el cielo

a la diestra de su Padre, del mismo modo que lo haríamos si viniéramos a ver y recibir al propio Cristo sensiblemente presente. Porque para los fieles, Cristo está presente en su santa mesa mediante su poderoso Espíritu y su gracia, y es recibido por ellos de manera más provechosa que si lo recibieran corporalmente presente con el cuerpo. Por tanto, quienes se acerquen dignamente a esta mesa de Dios deben, después de examinarse debidamente a sí mismos, considerar en primer lugar quién instituyó esta mesa; en segundo lugar, qué alimento y bebida recibirán quienes se acercan a ella; y, en tercer lugar, cómo deben comportarse al participar de ella.

Quien preparó esta mesa es Cristo mismo. El alimento y la bebida con los que alimenta a quienes se acercan debidamente son su propio cuerpo, su carne y su sangre. Quienes se acercan a ella deben ocupar su mente en considerar cómo su cuerpo fue quebrantado por ellos y cómo su sangre fue derramada para su redención. Así deben aproximarse a esta mesa celestial con toda humildad de corazón y piedad de espíritu, como a una mesa en la cual se entrega el mismo Cristo. Y quienes se acercan de otra manera a esta santa mesa, se acercan indignamente y no comen ni beben la carne y la sangre de Cristo, sino que comen y beben su propia condenación; porque no consideran debidamente la verdadera carne y sangre de Cristo, que allí se ofrecen espiritualmente para ser comidas y bebidas, sino que, despreciando la santísima Cena del Señor, se acercan a ella como si se tratara de otros alimentos y bebidas comunes, sin consideración alguna por el cuerpo del Señor, que es el alimento espiritual de esa mesa.

Capítulo 7.

Respuesta a los autores citados por los papistas

Pero aquí no debe omitirse la respuesta a ciertos pasajes de autores antiguos que, a primera vista, parecen favorecer la opinión de los papistas de que los hombres malos comen y beben la verdadera carne y sangre de Cristo. Sin embargo, si esos pasajes se examinan con fidelidad y detenimiento, se verá que ninguno de ellos respalda su error de que los impíos comen el verdadero cuerpo de Cristo.

El primer pasaje es de San Agustín, *Contra Cresconium Grammaticum* [*Augustinus, Contra Cresconium, lib. i. cap. 25.*], donde dice que: «Aunque Cristo mismo dice: “El que no come mi carne ni bebe mi sangre no tendrá vida en sí mismo”, ¿acaso no enseña también el Apóstol que esto resulta perjudicial para quienes no lo usan debidamente? Porque dice: “Quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor.”» Por estas palabras, San Agustín parece concluir que tanto los malos como los buenos comen el cuerpo y la sangre de Cristo, aunque los malos no reciban beneficio alguno, sino daño. Pero si se considera atentamente el pasaje de San Agustín, aparecerá claramente que no habla del comer el cuerpo de Cristo, sino del sacramento de ese

cuerpo. La intención de San Agustín en ese lugar es demostrar que las cosas buenas no aprovechan a quienes las usan mal, y que muchas cosas que son buenas en sí mismas, y buenas para algunos, no lo son para otros.

Así, la luz es buena para los ojos sanos, pero perjudica a los ojos enfermos; un alimento que es bueno para unos resulta dañino para otros; una medicina sana a algunos y enferma a otros; una armadura protege a un hombre y estorba a otro; una vestidura conviene a uno y resulta demasiado estrecha para otro.

Después de presentar diversos ejemplos, San Agustín muestra finalmente que lo mismo sucede con los sacramentos, tanto del bautismo como del cuerpo del Señor, los cuales, según él, aprovechan únicamente a quienes los reciben dignamente. Y las palabras de San Pablo que San Agustín cita hablan del pan y de la copa sacramentales, y no del cuerpo y la sangre mismos. Sin embargo, San Agustín llama al pan y a la copa «carne y sangre», no porque lo sean en realidad, sino porque así las significan. Como afirma en otro lugar, *Contra Maximinum* [*Contra Maximinum, lib. iii. cap. 22.*]: «En los sacramentos no debe considerarse lo que son, sino lo que muestran; porque son signos de otras cosas, siendo una cosa y significando otra.» Por tanto, así como en el bautismo tanto quienes acuden con fingimiento como quienes acuden sinceramente son lavados con el agua sacramental, pero no ambos son lavados con el Espíritu Santo ni revestidos de Cristo; de la misma manera, en la Cena del Señor, tanto unos como otros comen y beben el pan y el vino sacramentales, pero no todos comen a Cristo mismo ni son alimentados con su carne y su sangre, sino solamente aquellos que reciben dignamente el sacramento.

Y esta misma respuesta sirve para otro pasaje de San Agustín [*De Baptism. contra Donat. lib. v. cap. 8.*] contra los donatistas, donde afirma que «Judas recibió el cuerpo y la sangre del Señor». Porque, así como en ese lugar San Agustín habla del sacramento del bautismo, también habla del sacramento del cuerpo y la sangre, al cual llama cuerpo y sangre porque significan y representan para nosotros el verdadero cuerpo, carne y sangre de Cristo.

Capítulo 8.

Las figuras reciben el nombre de las cosas que significan

Y, como ya se ha explicado ampliamente, una figura recibe el nombre de la cosa significada por ella. Así, la imagen de un hombre se llama hombre; la imagen de un león, león; la imagen de un ave, ave; y la imagen de un árbol o de una hierba se llama árbol o hierba. De la misma manera, solíamos decir: Nuestra Señora de Walsingham, Nuestra Señora de Ipswich, Nuestra Señora de Gracia, Nuestra Señora de la Piedad, San Pedro de Milán, San Juan de Amyas y otros semejantes, sin referirnos a las personas mismas, sino llamando a sus imágenes por el nombre de aquello que representaban. Asimismo acostumbrábamos decir: el gran San Cristóbal

de York o de Lincoln; Nuestra Señora sonríe o mece a su Niño; vayamos en peregrinación a San Pedro en Roma o a Santiago en Compostela; y mil expresiones semejantes, que no se entendían de las personas reales, sino únicamente de sus imágenes.

De igual modo, San Juan Crisóstomo dice que vemos a Cristo con nuestros ojos, lo tocamos, lo palpamos y lo exploramos con nuestras manos, hundimos nuestros dientes en su carne, la gustamos, la partimos, la comemos y la digerimos; enrojecemos nuestras lenguas y las teñimos con su sangre; la tragamos y la bebemos.

Y en un Catecismo traducido y publicado por mí, utilicé una manera semejante de hablar al decir que con nuestras bocas corporales recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo. Esta afirmación fue criticada y censurada por diversas personas ignorantes —no habituadas a leer a los antiguos autores ni familiarizadas con su lenguaje y forma de expresión— por falta de una adecuada comprensión. Porque esta manera de hablar, así como las expresiones anteriormente citadas de Crisóstomo y otras semejantes, no se entienden de la verdadera carne y sangre de nuestro Salvador Jesucristo, las cuales en realidad ni vemos ni tocamos, sino que aquello que hacemos al pan y al vino se atribuye, mediante una expresión figurada, a la carne y a la sangre, porque el pan y el vino son los verdaderos signos, figuras y símbolos instituidos por Cristo para representarnos su verdadera carne y su verdadera sangre. Y así como con nuestros ojos, manos y bocas corporales vemos, tocamos, gustamos y comemos corporalmente el pan y bebemos el vino, que son los signos y sacramentos del cuerpo de Cristo, del mismo modo con nuestros ojos, manos y bocas espirituales vemos, tocamos, gustamos y comemos espiritualmente su verdadera carne y bebemos su verdadera sangre.

Como dice Eusebio de Emesa [*Eusebius Emisenus, in Serm. de Eucharistia*]: «Cuando te acerques al venerable altar para ser saciado con alimentos espirituales, contempla con tu fe el cuerpo y la sangre de Aquel que es tu Dios; hónrale, tócale con tu mente, recíbele con la mano de tu corazón y bébele con el sorbo de tu hombre interior.»

Y estas realidades espirituales no requieren la presencia corporal de Cristo mismo, quien permanece continuamente en el cielo, sentado a la diestra de su Padre. Y así como esto es absolutamente verdadero, también basta plenamente para responder a todo cuanto los papistas puedan alegar en esta materia con alguna apariencia de favorecer su causa.

Capítulo 9.

La adoración en el sacramento

Ahora es necesario decir algo acerca de la manera y forma de adorar a Cristo por parte de quienes reciben este sacramento, para que no suceda que, en lugar de Cristo mismo, se adore al sacramento. Porque así como su humanidad, unida a su divinidad y exaltada a la diestra de su Padre, debe ser adorada por todas las criaturas que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, de igual manera, si en lugar de Él adoramos los signos y sacramentos, cometemos una idolatría tan grande como cualquiera que haya existido o que existirá hasta el fin del mundo. [*De adoratione lege Roffen, et Æcolamp. lib. iii. cap. 4, and 5.*]

El pueblo sencillo es engañado

Y, sin embargo, los mismos anticristos, enemigos de Cristo, mediante sus ingeniosas invenciones y su astuta teología escolástica, han engañado a muchas almas sencillas y las han conducido a esta horrible idolatría: adorar cosas visibles y hechas por sus propias manos, persuadiéndolas de que las criaturas eran su Creador, su Dios y su Hacedor. Porque, de otro modo, ¿qué llevaba al pueblo a correr desde sus asientos hasta el altar, y de un altar a otro, y de una elevación sacramental —como ellos la llamaban— a otra elevación, asomándose, observando y contemplando aquello que el sacerdote sostenía en sus manos, si no pensaban honrar aquello mismo que veían? ¿Qué movía a los sacerdotes a levantar el sacramento tan alto sobre sus cabezas? ¿O al pueblo a gritar al sacerdote: «¡Más arriba, más arriba!»? ¿O a una persona a decirle a otra: «Inclínate delante»? ¿O a afirmar: «Hoy he visto a mi Creador»? ¿O también: «No puedo estar tranquilo si no veo a mi Creador al menos una vez al día»? ¿Cuál era la causa de todo esto, y de que tanto el sacerdote como el pueblo golpearan devotamente su pecho y se arrodillaran cada vez que contemplaban el sacramento, sino que adoraban aquella cosa visible que veían con sus ojos y la consideraban verdaderamente Dios?

Porque si adoraban únicamente en espíritu a Cristo, sentado en el cielo con su Padre, ¿qué necesidad había de levantarse de sus asientos para asomarse y contemplar fijamente, como hicieron los apóstoles cuando Cristo ascendió al cielo? Si no adoraban nada de lo que veían, ¿por qué se levantaban para verlo? Sin duda, muchas personas sencillas adoraban aquello que contemplaban con sus ojos. Y aunque los papistas más sutiles disfracen y encubran la cuestión con toda clase de refinamientos, diciendo que no adoran los sacramentos que ven con sus ojos, sino aquello que creen por la fe que está real y corporalmente presente en los sacramentos, ¿por qué entonces corren de un lugar a otro para contemplar aquello que ven, si no lo adoran, dando así ocasión a los ignorantes para adorar precisamente lo que ven? ¿Por qué no permanecen más bien tranquilos en sus asientos, animando al pueblo a hacer lo mismo, adorando a Dios en el corazón y en espíritu, en lugar de andar de un sitio a otro para contemplar aquello que ellos mismos confiesan que no debe ser adorado?

Y, sin embargo, para evitar un inconveniente, es decir, la adoración del sacramento, caen en otro igualmente malo, y terminan no adorando allí absolutamente nada. Porque adoran aquello que, según dicen, está real, corporal y, sin embargo, invisiblemente presente bajo las especies de pan y vino; lo cual, como ya se ha expuesto y demostrado anteriormente, no es absolutamente nada. Así, dan ocasión a los ignorantes para adorar el pan y el vino, mientras que ellos mismos no adoran allí nada en absoluto.

Pero los papistas, para su propia conveniencia y para mantener al pueblo en la idolatría, suelen alegar con frecuencia cierto pasaje [*August. In Psal. xcvi.*] de San Agustín sobre los Salmos, donde afirma que «nadie come la carne de Cristo sin antes adorarla», y que «no pecamos al adorarla, sino que pecaríamos si no la adoráramos». Lo que San Agustín dice en este lugar es verdadero. Porque ¿quién es aquel que profesa a Cristo y es alimentado y nutrido espiritualmente con su carne y su sangre, que no le honre y adore sentado a la diestra de su Padre, y no le rinda desde lo más profundo de su corazón toda alabanza, gloria y acción de gracias por su misericordiosa redención? Y así como es completamente cierto lo que San Agustín afirma, también es completamente falso lo que los papistas pretenden deducir de sus palabras, a saber, que el pan y el vino sacramentales, o cualquier cosa visible, deban ser adorados en el sacramento. Pues el pensamiento de San Agustín estaba tan lejos de semejante idea que prohíbe absolutamente adorar la propia carne y sangre de Cristo consideradas aisladamente, sino únicamente en cuanto están unidas y vinculadas a su divinidad. ¡Cuánto menos podría haber pensado o aprobado que adoráramos el pan y el vino sacramentales, o cualquier sacramento externo y visible, que no son sino sombras, figuras y representaciones de la verdadera carne y sangre de Cristo! Y San Agustín temía que, al adorar el mismo cuerpo de Cristo, pudiéramos errar; por ello nos exhorta a que, cuando adoremos a Cristo, no detengamos ni fijemos nuestra mente en su carne, la cual por sí misma nada aprovecha, sino que elevemos nuestra mente desde la carne hacia el Espíritu que da vida. Sin embargo, los papistas no tienen temor alguno de inducirnos, mediante artificios engañosos, a adorar aquellas cosas que son signos y sacramentos del cuerpo de Cristo.

Pero ¿qué no alegarán los desvergonzados papistas para sostener su causa, cuando no se avergüenzan de defender la adoración del sacramento mediante estas palabras de San Agustín, en las cuales él no dice una sola palabra acerca de la adoración del sacramento, sino únicamente acerca de Cristo mismo? Y aunque diga que Cristo nos dio su carne para ser comida por nosotros, no quiso decir que su carne esté aquí corporalmente presente ni que sea comida corporalmente, sino solamente de manera espiritual. Así lo declaran claramente las palabras que siguen en el mismo lugar, donde San Agustín, como si hablara en la persona de Cristo, dice: «El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Lo que os he dicho, entendedlo espiritualmente. No comeréis este cuerpo que veis, ni beberéis aquella sangre que derramarán quienes

me crucifiquen. Os he encomendado un sacramento; entendedlo espiritualmente y os dará vida. Y aunque deba ser administrado visiblemente, debe ser entendido invisiblemente.»

Estas palabras de San Agustín, junto con las otras anteriormente citadas, expresan claramente su pensamiento: que Cristo no debe ser comido sino espiritualmente, y que esta comida espiritual no requiere ninguna presencia corporal. Asimismo, muestran que no pretendía enseñar aquí ninguna adoración ni de los sacramentos visibles ni de ninguna cosa que estuviera corporalmente en ellos. Porque, en realidad, no hay nada real ni corporalmente presente en el pan que deba ser adorado, aunque los papistas afirmen que Cristo está en cada pan consagrado.

Pero nuestro mismo Salvador Jesucristo nos advirtió de antemano que vendrían tales falsos cristianos y falsos maestros, y nos mandó guardarnos de ellos, diciendo [*Matthew 24. Mark 13. Luke 17.*]: «Si alguno os dijere: “Aquí está Cristo”, o “Allí está Cristo”, no le creáis; porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que, si fuera posible, engañarían aun a los escogidos. Mirad, os lo he dicho de antemano.»

Así nuestro Salvador Jesucristo, como el más amoroso Pastor y Salvador de nuestras almas, nos advirtió previamente acerca de los peligros que habrían de venir, para que fuésemos prudentes y vigilantes, y no diésemos crédito a quienes quisieran persuadirnos de adorar un pedazo de pan, arrodillarnos ante él, inclinarnos ante él, arrastrarnos ante él, seguirlo en procesión, levantar nuestras manos hacia él, hacerle ofrendas, encenderle velas, encerrarlo en un cofre o caja, y rendirle toda clase de honores, más de los que tributamos a Dios; todo ello bajo este pretexto o excusa para su idolatría: «He aquí, aquí está Cristo». Pero nuestro Salvador Jesucristo los llama falsos profetas y dice [*Matthew 24.*]: «Mirad, os lo digo de antemano; no les creáis. Si os dicen: “He aquí, Cristo está fuera”, no salgáis; y si os dicen que está en lugares ocultos, no lo creáis.»

Capítulo 10.

[Son los papistas quienes han engañado al pueblo.]

Y si me preguntáis quiénes son esos falsos profetas y seductores del pueblo, la respuesta es sencilla: los anticristos romanos y sus seguidores, autores de todo error, ignorancia, ceguera, superstición, hipocresía e idolatría.

[Innocentius Tertius.]

Porque Inocencio III, uno de los hombres más perversos que jamás ocupó la sede de Roma, ordenó y decretó que la hostia fuese cuidadosamente guardada bajo llave.

[Honorius Tertius.]

Y Honorio III no solamente confirmó lo mismo, sino que además mandó que los sacerdotes enseñasen diligentemente al pueblo, una y otra vez, que cuando elevaran el pan llamado Hostia, el pueblo debía inclinarse reverentemente; y que hicieran lo mismo cuando el sacerdote llevara la Hostia a los enfermos.

Tales son los estatutos y ordenanzas de Roma, que bajo apariencia de santidad conducen al pueblo a todo error e idolatría; no llevándolo por medio del pan hacia Cristo, sino apartándolo de Cristo para dirigirlo hacia el pan.

Capítulo 11.

[Exhortación a honrar verdaderamente a Cristo en el sacramento.]

Pero todos aquellos que aman y creen en Cristo mismo, no piensen que Cristo está corporalmente en el pan; antes bien, eleven sus corazones al cielo y adórenlo sentado allí a la diestra de su Padre.

Adórenlo también dentro de sí mismos, pues ellos son sus templos, en los cuales Él habita y vive espiritualmente; pero de ninguna manera lo adoren como si estuviera corporalmente presente en el pan. Porque Él no está en él, ni espiritualmente, como está en el hombre, ni corporalmente, como está en el cielo, sino únicamente de manera sacramental, del mismo modo que puede decirse que una cosa está en la figura por la cual es significada.

Así queda suficientemente refutado el tercer error principal de los papistas respecto a la Cena del Señor: que los miembros impíos del diablo comen el verdadero cuerpo de Cristo y beben su sangre.

El Libro Quinto trata de la Ofrenda y el Sacrificio de nuestro Salvador Jesucristo.

Capítulo 1.

[El sacrificio de la misa.]

La mayor blasfemia e injuria que puede cometerse contra Cristo, y que sin embargo se practica universalmente en el reino papista, consiste en esto: que los sacerdotes convierten su misa en un sacrificio propiciatorio para remitir los pecados tanto de ellos mismos como de otros, vivos y muertos, a quienes les plazca aplicar dicho sacrificio.

Así, bajo pretexto de santidad, los sacerdotes papistas han pretendido ser sucesores de Cristo y realizar una ofrenda y sacrificio semejantes a los que jamás hizo criatura alguna, sino únicamente Cristo; y Él mismo no lo realizó más de una vez, y fue mediante su muerte en la cruz.

Capítulo 2.

[La diferencia entre el sacrificio de Cristo y el de los sacerdotes de la antigua ley.]

Porque, como San Pablo da testimonio en su Epístola a los Hebreos [Hebrews 9], «aunque los sumos sacerdotes de la antigua ley ofrecían sacrificios muchas veces, al menos una vez cada año, Cristo no se ofrece a sí mismo muchas veces; porque entonces habría tenido que morir muchas veces. Pero ahora se ha ofrecido una sola vez para quitar el pecado mediante esa única ofrenda de sí mismo. Y así como los hombres deben morir una sola vez, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos».

Y además San Pablo dice que [Hebreos 10] «los sacrificios de la antigua ley, aunque se ofrecían continuamente año tras año, no podían quitar el pecado ni perfeccionar a los hombres. Porque si hubieran podido limpiar las conciencias quitando el pecado, habrían cesado y ya no se habrían ofrecido más. Pero Cristo, mediante una sola ofrenda, ha perfeccionado para siempre a los que son santificados, borrando completamente sus pecados de la memoria de Dios. Y donde hay remisión de pecados, ya no hay más ofrenda por el pecado».

Y aún añade más respecto al antiguo pacto, diciendo que [Hebrews 7] «fue abrogado y quitado por causa de su debilidad e inutilidad, porque no llevó nada a la perfección. Los sacerdotes de aquella ley fueron muchos, porque no vivían mucho tiempo y así el sacerdocio pasaba de uno a otro; pero Cristo vive para siempre y posee un sacerdocio eterno que no pasa de Él a ningún otro. Por eso puede salvar perfectamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, puesto que vive siempre para interceder por nosotros. Porque convenía que tuviéramos un Sumo Sacerdote así: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y exaltado por encima de los cielos; que no necesita ofrecer sacrificios cada día, como hacían los sacerdotes de Aarón, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Porque esto lo hizo una sola vez, cuando se ofreció a sí mismo».

Aquí, en su Epístola a los Hebreos, San Pablo nos ha descrito clara y plenamente la diferencia entre el sacerdocio y los sacrificios del Antiguo Testamento, y el sumo y excelentísimo sacerdocio de Cristo, su sacrificio perfectísimo y necesario, y el beneficio que de él recibimos. Porque Cristo no ofreció la sangre de becerros, ovejas y cabras, como acostumbraban hacerlo los sacerdotes de la antigua ley, sino que ofreció su propia sangre sobre la cruz. Y no entró en un lugar santo hecho por manos humanas, como hizo Aarón, sino que ascendió al cielo, donde habita su Padre

eterno; y delante de Él intercede continuamente por los pecados de todo el mundo, presentando su propio cuerpo, que fue desgarrado por nosotros, y su preciosa sangre, que por su inmensa y generosa caridad derramó por nosotros en la cruz. Y aquel sacrificio fue de tal eficacia que no hubo necesidad de renovarlo cada año, como hacían los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento, cuyos sacrificios eran ofrecidos muchas veces y, sin embargo, tenían escaso efecto o provecho, porque quienes los ofrecían eran ellos mismos pecadores y no ofrecían su propia sangre, sino la sangre de animales irracionales. Pero el sacrificio de Cristo, ofrecido una sola vez, fue suficiente para siempre.

Capítulo 3.

[Dos clases de sacrificios.]

Y para que todos comprendan mejor este sacrificio de Cristo, que Él realizó para el gran beneficio de toda la humanidad, es necesario conocer la distinción y diversidad de los sacrificios. Existe una clase de sacrificio que se llama sacrificio propiciatorio o de misericordia; es decir, un sacrificio que aplaca la ira y la indignación de Dios, obtiene misericordia y perdón para todos nuestros pecados, y constituye el rescate de nuestra redención de la condenación eterna.

[El sacrificio de Cristo.]

Y aunque en el Antiguo Testamento hubo ciertos sacrificios llamados con ese nombre, en realidad existe un solo sacrificio por medio del cual nuestros pecados son perdonados y obtenemos la misericordia y el favor de Dios: la muerte del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Nunca hubo otro sacrificio propiciatorio en ningún tiempo, ni jamás lo habrá.

Este es el honor y la gloria de nuestro Sumo Sacerdote, en lo cual no admite ni compañero ni sucesor alguno. Porque mediante su única oblación satisfizo al Padre por los pecados de todos los hombres y reconcilió a la humanidad con su gracia y favor. Y quienes le arrebatan este honor e intentan apropiárselo para sí mismos son verdaderos anticristos y los más arrogantes blasfemos contra Dios y contra su Hijo Jesucristo, a quien Él envió.

[Los sacrificios de la Iglesia.]

Existe otra clase de sacrificio que no nos reconcilia con Dios, sino que es ofrecido por aquellos que ya han sido reconciliados por Cristo, para testificar nuestros deberes hacia Dios y manifestar nuestra gratitud hacia Él; por eso se les llama sacrificios de alabanza, gloria y acción de gracias.

La primera clase de sacrificio la ofreció Cristo a Dios por nosotros; la segunda la ofrecemos nosotros mismos a Dios por medio de Cristo. Y mediante la primera clase de sacrificio, Cristo también nos ofreció a nosotros a su Padre; mediante la segunda, nosotros nos ofrecemos a nosotros mismos y todo cuanto poseemos a Él y a su Padre. Y este sacrificio consiste, en términos generales, en toda nuestra obediencia a Dios, guardando sus leyes y mandamientos. De este tipo de sacrificio habla el profeta David cuando dice [Psalm 51]: «El sacrificio para Dios es un corazón contrito». Y San Pedro afirma de todos los cristianos que [1 Peter 2] «son un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo». Asimismo, San Pablo declara que [Hebrews 13] «ofrecemos continuamente a Dios sacrificio de alabanza y acción de gracias por medio de Jesucristo».

Capítulo 4.

[Declaración más amplia acerca del sacrificio de Cristo.]

Pero ahora conviene hablar con algo más de amplitud acerca del sacerdocio y sacrificio de Cristo. Él fue un Sumo Sacerdote de tal naturaleza que, ofreciéndose una sola vez a sí mismo, bastó con una sola efusión de su sangre para abolir el pecado hasta el fin del mundo. Fue un Sacerdote tan perfecto que mediante una sola oblación purificó una multitud infinita de pecados, dejando un remedio fácil y accesible para todos los pecadores [Hebreos 7], de manera que su único sacrificio bastara por muchos siglos para todos aquellos que no quisieran mostrarse indignos. [1 Juan 2.] Y tomó sobre sí no solamente los pecados de quienes habían muerto muchos años antes confiando en Él, sino también los pecados de todos aquellos que hasta su segunda venida creerían verdaderamente en su Evangelio. De modo que ahora no debemos esperar ningún otro sacerdote [Hebreos 9. Hebreos 10.] ni ningún otro sacrificio que quite nuestros pecados, sino únicamente a Él y a su sacrificio.

Y así como Él, muriendo una sola vez, fue ofrecido por todos, del mismo modo, en cuanto dependía de Él, cargó sobre sí los pecados de toda la humanidad. De manera que ya no queda más sacrificio por el pecado, sino únicamente el juicio definitivo en el último día, cuando aparecerá nuevamente ante nosotros, no como hombre para ser castigado otra vez y convertirse nuevamente en sacrificio por nuestros pecados, como ocurrió antes, sino que vendrá en su gloria [Matthew 24], sin relación alguna con el pecado, para el gran gozo y consuelo de aquellos que han sido purificados y limpiados por su muerte y perseveran en una vida piadosa e inocente [Hebrews 9]; y para el gran terror y espanto de los impíos y malvados.

Así, la Escritura enseña [Hebreos 9] que si Cristo hubiera hecho alguna oblación por el pecado más de una vez, habría tenido que morir más de una vez; puesto que no existe otra oblación ni sacrificio por el pecado que su propia muerte. Y ahora ya no

hay más oblación por el pecado, dado que por medio de Él nuestros pecados han sido perdonados y nuestras conciencias han sido aquietadas.

Capítulo 5.

[Los sacrificios de la antigua ley.]

Y aunque en el Antiguo Testamento existieron ciertos sacrificios llamados sacrificios por el pecado, no eran sacrificios capaces de quitar nuestros pecados delante de Dios, sino ceremonias ordenadas con el propósito de que fueran [Hebreos 10], por así decirlo, sombras y figuras que señalaran anticipadamente el excelente sacrificio de Cristo que habría de venir, el cual sería el verdadero y perfecto sacrificio por los pecados de todo el mundo.

Y por causa de esta significación recibieron el nombre de sacrificios propiciatorios y fueron llamados sacrificios por los pecados; no porque realmente quitaran nuestros pecados, sino porque eran imágenes, sombras y figuras mediante las cuales los hombres piadosos eran advertidos del verdadero sacrificio de Cristo que habría de venir, el cual sí aboliría verdaderamente el pecado y la muerte eterna.

Y que aquellos sacrificios realizados por los sacerdotes bajo la antigua ley no podían obtener nuestro perdón ni merecer la remisión de nuestros pecados, lo afirma claramente San Pablo en su mencionada Epístola a los Hebreos, donde dice [Hebreos 9]: «Es imposible que nuestros pecados sean quitados por la sangre de toros y machos cabríos».

Por tanto, aunque los hombres piadosos utilizaban aquellos sacrificios ordenados por Dios, no los consideraban cosas de tal valor y dignidad que por medio de ellos pudieran obtener la remisión de sus pecados delante de Dios.

Antes bien, los consideraban, en parte, como figuras y señales establecidas por Dios, mediante las cuales declaraba que enviaría aquella descendencia prometida para ser el verdadero sacrificio por el pecado, y que recibiría a quienes confiaran en esa promesa y les perdonaría sus pecados en virtud del sacrificio que habría de venir. Y, en parte, los utilizaban como ciertas ceremonias mediante las cuales aquellos que habían transgredido la ley de Moisés y habían sido excluidos de la congregación eran nuevamente recibidos entre el pueblo y declarados absueltos.

Con fines semejantes utilizamos nosotros, en la Iglesia de Cristo, los sacramentos instituidos por Él. Y esta exclusión y readmisión externas dentro del pueblo de Dios se realizaban conforme a la ley y al juicio humano; pero la verdadera reconciliación y el auténtico perdón de los pecados delante de Dios ni los padres de la antigua ley los tuvieron, ni nosotros los tenemos ahora, sino únicamente por el sacrificio de Cristo realizado en el monte Calvario. Los sacrificios de la antigua ley eran anuncios

proféticos y figuras de ese sacrificio futuro, así como nuestros sacramentos son ahora figuras y demostraciones de ese mismo sacrificio ya consumado.

Capítulo 6.

[La misa no es un sacrificio propiciatorio.]

Ahora bien, por todo lo anteriormente expuesto, cualquiera puede percibir fácilmente que la ofrenda realizada por el sacerdote en la misa, o la aplicación de su ministerio, según su voluntad, a personas vivas o muertas, no puede merecer ni obtener para sí mismo ni para aquellos por quienes canta o celebra la remisión de los pecados; sino que tal doctrina papista es contraria a la doctrina del Evangelio y constituye una injuria contra el sacrificio de Cristo.

Porque si únicamente la muerte de Cristo es la oblación, el sacrificio y el precio por el cual nuestros pecados son perdonados, entonces el acto o ministerio del sacerdote no puede desempeñar la misma función. Por consiguiente, es una blasfemia abominable atribuir a un sacerdote un oficio o dignidad que pertenece únicamente a Cristo; o afirmar que la Iglesia necesita semejante sacrificio, como si el sacrificio de Cristo no fuera suficiente para la remisión de nuestros pecados, o como si su sacrificio dependiera del sacrificio de un sacerdote.

Pero todos aquellos sacerdotes que pretenden ser sucesores de Cristo en la realización de un sacrificio de Él son sus adversarios más graves y horribles. Porque jamás persona alguna ofreció un sacrificio de Cristo, sino Él mismo únicamente. Y por eso San Pablo dice [Hebreos 7] que «el sacerdocio de Cristo no puede pasar de Él a otro». Porque, si el sacrificio de Cristo es perfecto y suficiente, ¿qué necesidad hay de más sacrificios?

Y así como San Pablo afirma [Hebreos 8] que si los sacrificios y el ministerio de Aarón y de los demás sacerdotes de aquella época no hubieran carecido de nada, sino que hubieran sido perfectos y suficientes, entonces el sacrificio de Cristo no habría sido necesario —pues habría sido inútil añadir algo a lo que ya era perfecto por sí mismo—, de igual manera, si el sacrificio que Cristo ofreció personalmente es suficiente, ¿qué necesidad tenemos de ofrecer cada día más y más sacrificios?

Por tanto, todos los sacerdotes papistas que presumen ofrecer diariamente un sacrificio de Cristo deben necesariamente concluir una de dos cosas: o que el sacrificio de Cristo es vano, imperfecto e insuficiente; o que su propio sacrificio es vano, al ser añadido a un sacrificio que ya es, por sí mismo, suficiente y perfecto.

Pero es cosa maravillosa ver cuántos artificios y subterfugios inventan los anticristos papistas para encubrir y disimular sus perversos errores. Y así como una cadena está unida de tal manera que un eslabón arrastra al siguiente, así también los vicios

y los errores están enlazados entre sí, de modo que cada uno lleva consigo a su compañero. Y así sucede también en este asunto.

Capítulo 7.

[Refutación de la sofistería de los papistas.]

Porque los papistas, para excusarse, dicen que no hacen un sacrificio nuevo ni otro sacrificio distinto del que hizo Cristo; pues no son tan ciegos como para no ver que, si así fuera, añadirían otro sacrificio al sacrificio de Cristo y, por tanto, harían imperfecto su sacrificio. Pero afirman que realizan el mismo sacrificio por el pecado que Cristo mismo realizó.

Y aquí se precipitan de cabeza en el error más repugnante y monstruoso que jamás haya sido imaginado. Porque si cada día realizan la misma oblación y sacrificio por el pecado que Cristo mismo hizo, y la oblación que Él hizo fue su muerte y el derramamiento de su preciosísima sangre sobre la cruz para nuestra redención y como precio por nuestros pecados, entonces se sigue necesariamente que ellos matan a Cristo cada día y derraman su sangre. [Hebreos 9.] Y así resultan peores que los impíos judíos y fariseos, que lo mataron y derramaron su sangre una sola vez.

Capítulo 8.

[El verdadero sacrificio de todo el pueblo cristiano.]

Que Dios Todopoderoso, Padre de la luz y de la verdad, destierre de su Iglesia toda esta oscuridad y error, junto con sus autores y maestros; o bien convierta sus corazones a Él y conceda esta luz de fe a cada hombre, para que confíe en obtener la remisión de sus pecados y ser librado de la muerte eterna y del infierno únicamente por el mérito de la muerte y la sangre de Cristo; y para que cada uno, mediante su propia fe, aplique ese beneficio a sí mismo, y no lo reciba según la disposición de los sacerdotes papistas ni por el mérito de sus sacrificios y oblationes. Si en verdad somos, como profesamos, cristianos, no podemos atribuir este honor y esta gloria a ningún hombre, sino únicamente a Cristo. Por tanto, démosle a Él toda la alabanza y toda la gloria por ello; acudamos solamente a Él en busca de socorro; aferrémonos a Él y dependamos enteramente de Él, entregándonos por completo a su persona.

Y puesto que Él se entregó a la muerte por nosotros, para ser oblación y sacrificio a su Padre por nuestros pecados, entreguémonos también nosotros a Él, haciéndole una oblación, no de cabras, ovejas, vacas u otros animales irracionales, como se acostumbraba antes de la venida de Cristo, sino de una criatura dotada de razón, es

decir, de nosotros mismos; no matando nuestros cuerpos, sino mortificando las afecciones bestiales e irracionales que desearían gobernar y reinar en nosotros.

Mientras la ley reinó, Dios permitió que se le ofrecieran animales mudos; pero ahora que somos espirituales, debemos ofrecer oblaciones espirituales en lugar de becerros, ovejas, cabras y palomas. Debemos dar muerte al orgullo diabólico, a la ira furiosa, a la codicia insaciable, al lucro deshonesto, a la lujuria repugnante, al odio mortal y la malicia, a la astucia engañosa, a la voracidad y rapacidad lobunas, y a todos los demás deseos y pasiones irracionales de la carne. Y [Gálatas 5.] cuantos pertenecen a Cristo deben crucificar y matar estas cosas por amor a Cristo, así como Cristo se crucificó por amor a ellos.

Estos son los sacrificios de los cristianos; estas son las víctimas y oblaciones aceptables a Cristo. Y así como Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros, así es nuestro deber ofrecernos nuevamente a Él de esta manera.

Entonces no llevaremos en vano el nombre de cristianos; sino que, así como afirmamos pertenecer a Cristo de palabra y profesión, así también seremos verdaderamente suyos en nuestra vida y en nuestros afectos interiores. De modo que, por dentro y por fuera, seremos completamente suyos, libres de toda hipocresía y simulación.

Y si rehusamos ofrecernos de esta manera a Él, crucificando nuestra propia voluntad y sometiéndonos enteramente a la voluntad de Dios, somos personas sumamente ingratas, hipócritas supersticiosos o, más bien, bestias irracionales, dignas de ser excluidas por completo de todos los beneficios de la oblación de Cristo.

Capítulo 9.

[La misa papista es una idolatría detestable, que debe ser totalmente desterrada de todas las congregaciones cristianas.]

Y si ponemos la oblación del sacerdote en lugar de la oblación de Cristo, negándonos a recibir nosotros mismos el sacramento de su cuerpo y de su sangre tal como Él lo ordenó, y confiando en obtener la remisión de nuestros pecados mediante el sacrificio del sacerdote en la misa, y además, por medio de esa idolatría, alcanzar la liberación de las penas del purgatorio, no solo hacemos injuria a Cristo, sino que también cometemos una idolatría sumamente detestable.

Porque estas no son más que doctrinas falsas, inventadas y fingidas sin vergüenza por sacerdotes papistas perversos, idólatras, monjes y frailes que, por afán de lucro, han alterado y corrompido la santísima Cena del Señor y la han transformado en una idolatría manifiesta.

Por lo tanto, todos los hombres piadosos deben rechazar y aborrecer de todo corazón semejantes blasfemias contra el Hijo de Dios. Y puesto que en tales misas existe una manifiesta impiedad e idolatría, en las cuales el sacerdote solo realiza una oblación satisfactoria y la aplica a vivos y muertos según su propia voluntad y conveniencia, todas esas misas papistas deben ser eliminadas por completo de las iglesias cristianas, y debe restaurarse nuevamente el verdadero uso de la Cena del Señor, en la cual el pueblo piadoso, reunido en asamblea, pueda recibir el sacramento cada uno por sí mismo, para declarar que recuerda el beneficio que ha recibido mediante la muerte de Cristo y para testificar que es miembro del cuerpo de Cristo, alimentado con su carne y bebiendo espiritualmente su sangre.

Capítulo 10.

[Cada persona debe recibir el sacramento por sí misma, y no uno en lugar de otro.] Cristo no instituyó sus sacramentos para que una persona los recibiera en lugar de otra, ni para que el sacerdote los recibiera por todo el pueblo laico; sino que los instituyó con el propósito de que cada persona los recibiera por sí misma, para ratificar, confirmar y fortalecer su propia fe y su salvación eterna.

Por tanto, así como una persona no puede ser bautizada en lugar de otra —y si así sucede, no sirve de nada—, tampoco debe una persona recibir la santa Comunión en lugar de otra. Porque si un hombre tiene sed o hambre, no recibe ningún alivio porque otro beba o coma por él; o si una persona está completamente sucia, no le sirve de nada que otra sea lavada en su lugar. Del mismo modo, de nada aprovecha a una persona que otra sea bautizada por ella o que otra sea alimentada en su lugar con la comida y la bebida de la mesa del Señor.

Por eso dice San Pedro [Hechos 2]: «Que cada uno sea bautizado en el nombre de Jesucristo». Y nuestro Salvador Cristo dijo a la multitud [Mateo 26]: «Tomad y comed». Y además dijo: «Bebed todos de ella». Por consiguiente, quien quiera ser regenerado espiritualmente en Cristo debe ser bautizado personalmente. Y quien quiera vivir por Cristo debe, por sí mismo, comer la carne de Cristo y beber su sangre. Y, para concluir brevemente: quien piensa llegar al reino de Cristo por sí mismo, debe también acercarse por sí mismo a sus sacramentos, guardar por sí mismo sus mandamientos y realizar por sí mismo todo aquello que corresponde a un cristiano y a su vocación; no sea que, si encomienda estas cosas a otro para que las haga en su lugar, ese otro pueda, con igual derecho, reclamar para sí el reino de los cielos.

Capítulo 11.

[La diferencia entre el sacerdote y el laico.]

Por tanto, Cristo no estableció una diferencia tal entre el sacerdote y el laico que el sacerdote debiera hacer oblación y sacrificio de Cristo por el laico, comer solo la Cena del Señor en su nombre y distribuirla o aplicarla según le pareciera. Cristo no hizo tal distinción. La diferencia que existe entre el sacerdote y el laico en este asunto consiste únicamente en el ministerio: el sacerdote, como ministro común de la Iglesia, administra y distribuye la Cena del Señor a los demás, y los demás la reciben de sus manos.

Pero la Cena misma fue instituida y dada por Cristo a toda la Iglesia, no para que el sacerdote la ofreciera y la comiera por otros hombres, sino para que la entregara a todos los que debidamente la solicitaran.

Así como en la casa de un príncipe los oficiales y ministros preparan la mesa, y sin embargo otros, tanto como ellos, comen la comida y beben la bebida; así también los sacerdotes y ministros preparan la Cena del Señor, leen el Evangelio y recitan las palabras de Cristo; pero todo el pueblo responde: «Amén»; todos recuerdan la muerte de Cristo; todos dan gracias a Dios; todos se arrepienten y se ofrecen a sí mismos como oblación a Cristo; todos lo reciben como su Señor y Salvador y se alimentan espiritualmente de Él; y, como señal de ello, comen el pan y beben el vino en su Cena mística.

[La dignidad de los sacerdotes.]

Y esto no disminuye en nada la estima y dignidad del sacerdocio ni de los demás ministros de la Iglesia; antes bien, exalta y recomienda altamente su ministerio. Porque si deben ser muy amados, honrados y estimados aquellos que son cancilleres, jueces, oficiales y ministros del rey en asuntos temporales, ¡cuánto más deben ser estimados quienes son ministros de la palabra y los sacramentos de Cristo, y a quienes han sido confiadas las llaves del cielo para abrir y cerrar mediante el ministerio de su palabra y de su Evangelio!

Capítulo 12.

[Respuesta a los papistas.]

Ahora bien, puesto que confío en haber expuesto con suficiente claridad el sacrificio propiciatorio de nuestro Salvador Jesucristo, para la comprensión y el consuelo de todos aquellos que tienen algún conocimiento de Cristo; y habiendo declarado asimismo la grave abominación e idolatría de la misa papista, en la cual los sacerdotes se han arrogado el oficio de Cristo para hacer un sacrificio propiciatorio por los pecados del pueblo; y habiendo explicado también qué clase de sacrificio debe ofrecer el pueblo cristiano, es ahora necesario responder a las sutiles persuasiones y sofisterías de los papistas, mediante las cuales han engañado a muchos hombres sencillos, tanto instruidos como ignorantes.

El pasaje de San Pablo a los Hebreos que ellos citan para apoyar su causa se vuelve completamente contra ellos. Porque cuando San Pablo dice que [Hebreos 5.] «todo sumo sacerdote es constituido para ofrecer dones y sacrificios por los pecados», no hablaba de los sacerdotes del Nuevo Testamento, sino de los del Antiguo, quienes, como él mismo afirma, ofrecían becerros y cabras.

Y aun ellos no eran sacerdotes tales que pudieran quitar los pecados del pueblo mediante sus ofrendas y sacrificios; sino que eran sombras y figuras de Cristo, nuestro Sacerdote eterno, quien únicamente por una sola oblación de sí mismo quita los pecados del mundo.

Por consiguiente, los sacerdotes papistas que aplican este texto a sí mismos actúan de manera directamente contraria al sentido de San Pablo, causando un grave perjuicio e injuria a Cristo, por medio de quien solamente, según afirma San Pablo, fue realizado y consumado el sacrificio y la oblación por el pecado del mundo entero. Y tampoco sirve para el propósito de los papistas el texto del profeta Malaquías, donde dice que [Malaquías 1.] «en todo lugar se ofrecerá a Dios un sacrificio y una oblación puros».

Porque el profeta no habló allí ni una sola palabra acerca de la misa, ni de ninguna oblación propiciatoria que debieran realizar los sacerdotes; sino que habló de la oblación de todos los fieles, dondequiera que se encuentren, quienes ofrecen a Dios, con corazones y mentes puros, sacrificios de alabanza y acción de gracias. Profetizaba acerca del llamamiento de los gentiles, anunciando que Dios extendería su misericordia a ellos y no sería únicamente el Dios de los judíos, sino de todas las naciones, desde el oriente hasta el occidente, que le invocan con fe pura y glorifican su nombre.

Capítulo 13.

[Respuesta a los autores.]

Pero los adversarios de Cristo reúnen una gran cantidad de autores que, según afirman, llaman a la misa o a la santa comunión un sacrificio. Sin embargo, a todos esos autores se les responde con una sola afirmación: no la llaman sacrificio por el pecado porque quite nuestro pecado, ya que este es quitado únicamente por la muerte de Cristo, sino porque fue ordenada por Cristo para recordarnos el sacrificio que Él realizó en la cruz. Y por esa razón lleva el nombre de aquel sacrificio, como San Agustín declara claramente en su Epístola Ad Bonifacium, [Augustinus Ad Bonifacium.] citada anteriormente en este libro, p. 140 y siguientes; y también en su obra De fide ad Petrum Diaconum, igualmente citada antes. Y en su libro De Civitate Dei, [De Civitat. lib. x. cap. 5. ad fin.] dice: «Lo que los hombres llaman sacrificio es un signo o representación del verdadero sacrificio».

[Idem, In Psal. 21. in Præfatione Expositionis secundæ. "Passio Domini, (sicut scimus,) semel facta est, semel enim Christus mortuus est, justus pro injustis. Et scimus et certum habemus, et fide immobili retinemus, quia Christus resurgens a mortuis jain non moritur, et mors ei ultra non dominabitur. Verba ista Apostoli sunt, tamen ne obliviscamur quod factum est semel, in memoria nostra omni anno fit. Quoties Pascha celebratur, numquid toties Christus moritur? Sed tum anniversaria recordatio quasi repræsentat, quod olim factum est, et sic nos facit moneri, tanquam videamus in cruce pendentem Dominum."]

Y el Maestro de las Sentencias, de quien todos los autores escolásticos tomaron ocasión para escribir, juzgó correctamente en este punto al decir: «Aquello que es ofrecido y consagrado por el sacerdote se llama sacrificio y oblación porque es memoria y representación del verdadero sacrificio y de la santa oblación realizada en el altar de la cruz». [Lombardus, lib. iv. dist. 12.]

Y San Juan Crisóstomo, [Chrysost. In Epist. ad Heb. Hom. 17.] después de haber dicho que Cristo es nuestro Obispo que ofreció aquel sacrificio que nos purificó, y que nosotros ofrecemos ahora el mismo sacrificio, para que nadie se engañara por su manera de hablar, aclara más claramente su sentido diciendo: «Lo que hacemos se realiza en memoria de lo que Cristo hizo. Porque Cristo dice: Haced esto en memoria de mí».

Asimismo, Crisóstomo, explicando extensamente que los sacerdotes de la antigua ley ofrecían continuamente nuevos sacrificios y los renovaban de tiempo en tiempo, mientras que los cristianos no hacen tal cosa sino que ofrecen siempre un único sacrificio de Cristo, añade inmediatamente, para evitar que alguien se escandalice por esa expresión, una especie de corrección de sus propias palabras, diciendo: «Más bien hacemos memoria del sacrificio de Cristo».

Como si dijera: aunque en cierto modo de hablar podamos decir que cada día hacemos un sacrificio de Cristo, en realidad, hablando con propiedad, no hacemos ningún sacrificio de Él, sino únicamente una conmemoración y recuerdo de aquel sacrificio que solo Él realizó y que nadie más que Él pudo realizar jamás.

Cristo nunca concedió a criatura alguna el honor de hacer un sacrificio de Él, ni instituyó el sacramento de su santa Cena para que el pueblo lo sacrificara nuevamente, ni para que los sacerdotes hicieran un sacrificio de Él por el pueblo. Su santa Cena fue ordenada con el propósito de que cada persona, al comer y beber de ella, recordara que Cristo murió por ella, ejercitara así su fe, se consolara con el recuerdo de los beneficios de Cristo, le rindiera las más sinceras acciones de gracias y se entregara completamente a Él.

Por tanto, debe seguirse la ordenanza de Cristo: el sacerdote ha de administrar el sacramento al pueblo, y el pueblo debe usarlo para su consuelo. Y en este comer, beber y participar de la Cena del Señor, no hacemos de Cristo un nuevo sacrificio propiciatorio para la remisión del pecado.

Capítulo 14.

[Los laicos ofrecen sacrificio tanto como el sacerdote.]

Pero la humilde confesión de todos los corazones penitentes, el reconocimiento de los beneficios de Cristo, la acción de gracias por ellos, la fe y el consuelo hallados en Cristo, la humilde sumisión y obediencia a la voluntad y a los mandamientos de Dios, constituyen un sacrificio de alabanza y acción de gracias aceptado y aprobado por Dios no menos que el sacrificio del sacerdote.

Porque Dios Todopoderoso, sin acepción de personas, acepta la oblación y el sacrificio tanto del sacerdote como del laico, del rey y del súbdito, del señor y del siervo, del hombre y de la mujer, del joven y del anciano; sí, del inglés, del francés, del escocés, del griego, del latino, del judío y del gentil; de cada persona conforme a la fidelidad y obediencia de su corazón hacia Él, y ello por medio del sacrificio propiciatorio de Jesucristo.

Capítulo 15.

[La misa papista no es ni sacrificio propiciatorio ni sacrificio de acción de gracias.]

Y en cuanto al hecho de decir o cantar la misa por parte del sacerdote, tal como se practicó en tiempos pasados, no es ni un sacrificio propiciatorio ni un sacrificio de alabanza y acción de gracias, ni es en modo alguno aceptable delante de Dios, sino algo abominable y detestable. Y respecto de ello puede aplicarse muy bien la declaración de Cristo [Lucas 16.]: «Lo que es altamente estimado entre los hombres es abominación delante de Dios».

Por tanto, quienes concluyen a partir de los doctores que la misa es un sacrificio para la remisión de los pecados y que es aplicada por el sacerdote a favor de aquellos por quienes la dice o la canta, hacen a dichos doctores una gravísima injuria y un enorme agravio, calumniándolos falsamente.

Capítulo 16.

[No existían misas papistas en la Iglesia primitiva.]

Porque estas monstruosidades nunca fueron vistas ni conocidas por la Iglesia antigua y primitiva. Tampoco existían entonces en una misma iglesia muchas misas cada día; sino que, en determinados días, había una mesa común de la Cena del

Señor, donde un número considerable de personas recibía conjuntamente el cuerpo y la sangre del Señor.

No existían entonces misas privadas diarias, en las que cada sacerdote comulgara solo, del mismo modo que hasta el día de hoy no existe en las iglesias griegas más que una misa común al día. Y los santos Padres de la Iglesia antigua jamás habrían tolerado semejantes abusos impíos y perversos de la Cena del Señor.

Pero estas misas privadas surgieron en tiempos posteriores, en parte por la ignorancia y la superstición de monjes y frailes poco instruidos, que no comprendían qué era realmente un sacrificio, y convirtieron la misa en un sacrificio propiciatorio destinado a remitir tanto el pecado como la pena correspondiente.

Pero principalmente surgieron por afán de lucro y ganancia, cuando los sacerdotes encontraron la manera de vender misas al pueblo. Esto hizo que las misas aumentaran tanto que cada día se celebraba un número infinito de ellas, y que ningún sacerdote quisiera recibir la comunión de manos de otro sacerdote, sino que cada uno la recibiera solo.

Y ello sin tener en cuenta el piadoso decreto del Concilio de Nicea [Concilium Nicenum, cap. 14.], que establece el orden en que los sacerdotes deben situarse por encima de los diáconos durante la comunión; ni tampoco los Cánones de los Apóstoles [Canones Apostolorum, cap. 8.], que ordenan que, cuando se administre la comunión, todos los sacerdotes la reciban conjuntamente o, de lo contrario, sean excomulgados.

Tan profundamente desagradaba a los antiguos Padres que un sacerdote recibiera el sacramento él solo. Por tanto, cuando los antiguos Padres llamaban a la misa o a la Cena del Señor un sacrificio, querían decir que era un sacrificio de alabanza y acción de gracias, y en ese sentido tanto el pueblo como el sacerdote ofrecen sacrificio; o bien que era un memorial del verdadero sacrificio propiciatorio de Cristo. Pero de ningún modo entendían que fuera un verdadero sacrificio por el pecado, aplicable por el sacerdote a los vivos y a los muertos.

Porque el sacerdote puede ciertamente administrar las palabras y los sacramentos de Cristo a todos los hombres, tanto buenos como malos; pero no puede aplicar el beneficio de la pasión de Cristo a ninguna persona que tenga edad y discernimiento, sino únicamente a aquellos que, por su propia fe, se lo aplican a sí mismos. De manera que cada persona con edad y juicio recibe para sí los beneficios de la pasión de Cristo, o los rechaza por sí misma, viva o muerta; es decir, mediante una fe verdadera y viva, que obra por la caridad, los recibe; o bien, por su impiedad o por una fe fingida, los rechaza.

Y esta doctrina de la Escritura condena claramente las perversas invenciones de los papistas en estos últimos tiempos, quienes han ideado un purgatorio para atormentar las almas después de esta vida, y oblações de misas celebradas por los sacerdotes para librarlas de dichos tormentos; además de una gran cantidad de otros beneficios que prometen al pueblo sencillo e ignorante mediante sus misas.

Capítulo 17.

[Las causas y los medios por los cuales las misas papistas entraron en la Iglesia.]

Ahora bien, siendo la naturaleza humana siempre propensa a la idolatría desde el principio del mundo; estando los papistas dispuestos por todos los medios y artificios a defender y exaltar la misa para su prestigio y provecho; estando el pueblo supersticiosamente enamorado y fascinado por la misa, porque la considera un remedio inmediato contra toda clase de males; estando una parte de los príncipes cegada por la doctrina papista, otra parte amante de la tranquilidad y reacia a ofender a su clero y a sus súbditos; y estando todos cautivos y sometidos al Anticristo de Roma; permaneciendo el mundo en tal condición, no es de extrañar que los abusos crecieran y se multiplicaran en la Iglesia, que la superstición junto con la idolatría fueran tomadas por piedad y verdadera religión, y que muchas cosas fueran introducidas sin autoridad de Cristo.

[Los abusos de las misas papistas.]

Como el purgatorio; la oblación y sacrificio de Cristo por el sacerdote solamente; la aplicación y asignación de dicho sacrificio a las personas por quienes el sacerdote quisiera cantar o decir misa; y otros abusos que pudieran inventar, para librar a unos del purgatorio y a otros del infierno, si es que Dios no había determinado definitivamente que permanecieran allí, según su propia manera de expresarlo; para producir lluvia o buen tiempo; para alejar la peste y otras enfermedades tanto de hombres como de animales; para bendecir y proteger a quienes iban en peregrinación a Jerusalén, a Roma, a Santiago de Compostela y a otros lugares; como preservativo contra las tempestades y los truenos; contra los peligros y riesgos del mar; como remedio contra las epidemias del ganado, contra la tristeza del corazón y contra toda clase de aflicciones y tribulaciones.

Y finalmente, exaltan sus misas muy por encima de la pasión de Cristo, prometiendo por medio de ellas muchas cosas que jamás nos fueron prometidas por la pasión de Cristo. Por ejemplo, que si una persona oye misa, no carecerá ese día de sustento corporal ni de nada necesario para ella; que no encontrará impedimentos en su viaje; que no perderá la vista ese día ni sufrirá una muerte repentina; que no envejecerá durante el tiempo que escuche la misa; y que ningún espíritu maligno tendrá poder sobre ella, por muy malvada que sea, mientras contemple el sacramento.

Todas estas supersticiones necias y diabólicas han sido inventadas recientemente por los papistas a partir de su propia imaginación ociosa, y tales invenciones jamás fueron conocidas en la Iglesia antigua.

Capítulo 18.

[Qué Iglesia debe seguirse.]

Y, sin embargo, claman contra quienes profesan el Evangelio y afirman que se apartan de la Iglesia, y quisieran obligarlos a seguir el ejemplo de su Iglesia. Y con gusto lo harían, si los papistas siguieran la primera Iglesia de los Apóstoles, que fue la más pura e incorrupta. Pero los papistas se han apartado claramente de las prácticas y del ejemplo de aquella Iglesia, han inventado nuevas doctrinas y artificios nacidos de su propia imaginación y de ningún modo consienten en seguir a la Iglesia primitiva. Y, sin embargo, desean que otros sigan a su Iglesia, que se aparta y discrepa completamente de aquella primera Iglesia santísima y piadosa.

Pero gracias sean dadas al Dios eterno, porque la forma de la santa comunión que ahora ha sido establecida dentro de este reino concuerda con la institución de Cristo, con san Pablo y con la antigua Iglesia primitiva y apostólica, con la recta fe respecto al sacrificio de Cristo en la cruz para nuestra redención, y con la verdadera doctrina de nuestra salvación, justificación y remisión de todos nuestros pecados mediante ese único sacrificio.

[Breve instrucción acerca de la santa comunión.]

Ahora no resta sino que todos los fieles súbditos la reciban y abracen con gozo, lamentando su ignorancia pasada; y que cada uno, arrepintiéndose de sus ofensas contra Dios y corrigiéndolas, se entregue por completo a Dios para servirle y obedecerle todos los días de su vida, y acuda con frecuencia a la santa Cena que nuestro Señor y Salvador Jesucristo ha preparado; y así como allí come corporalmente el verdadero pan y bebe el verdadero vino, así también pueda alimentarse espiritualmente de la verdadera carne y sangre de Jesucristo, su Salvador y Redentor, recordando su muerte, dándole gracias por sus beneficios y no esperando de manos de ningún sacerdote otro sacrificio para la remisión de sus pecados, sino confiando únicamente en su sacrificio; pues Él, siendo tanto el Sumo Sacerdote como el Cordero de Dios preparado desde el principio para quitar los pecados del mundo, se ofreció a sí mismo una vez para siempre en sacrificio de olor fragante a su Padre, y mediante ese sacrificio pagó el rescate por los pecados del mundo entero.

Él ha entrado antes que nosotros en el cielo y está sentado a la diestra de su Padre como nuestro Abogado, Mediador e Intercesor; y allí ha preparado lugares para

todos aquellos que son miembros vivos de su cuerpo, para que reinen con Él para siempre en la gloria de su Padre; a quien, juntamente con Él y con el Espíritu Santo, sean la gloria, el honor y la alabanza por los siglos de los siglos. Amén.
Fin.

Atribución:

Transcrito y editado por Ollie Lansdowne para New Whitchurch Press.
Obras consultadas

Thomas Cranmer, A Defence of the True and Catholike Doctrine of the Sacrament of the Body and Bloud of Our Sauour Christ: with a Confutation of Sundry Errors Concernyng the Same, Grounded and Stablished Upon Godes Holy Woorde & Approved by the Consent of the Moste Auncient Doctors of the Church (1550), Londres: Reynold Wolfe.

Thomas Cranmer, Writings And Disputations Relative To The Sacrament Of The Lord's Supper [v.1.] (1844), editado por John Edmund Cox, Cambridge: Parker Society.

Thomas Cranmer, Archbishop Cranmer on the True and Catholic Doctrine and Use of the Sacrament of the Lord's Supper (1907), editado por The V. Rev. Henry Wace, D.D., Londres: Protestant Reformation Society.

UNA EXPOSICIÓN FIEL DE LA DOCTRINA SEGÚN LAS ESCRITURAS Y LA IGLESIA ANTIGUA

En esta obra magistral, Thomas Cranmer, Arzobispo de Canterbury y principal arquitecto de la Reforma inglesa, expone la doctrina de la Santa Cena conforme a las Sagradas Escrituras y al testimonio unánime de la Iglesia Católica Antigua.

Frente a los errores doctrinales surgidos en su tiempo, Cranmer desarrolla una defensa rigurosa de la presencia espiritual de Cristo en el sacramento, fundamentando cada argumento en la Palabra de Dios y en los escritos de los Padres de la Iglesia.

Lejos de constituir una innovación, esta obra demuestra la continuidad de la doctrina reformada con la fe apostólica recibida por la Iglesia primitiva.

Considerada una de las obras teológicas más importantes del anglicanismo clásico, sigue siendo una referencia indispensable para obispos, presbíteros, diáconos, seminaristas y todos aquellos comprometidos con la doctrina histórica de la Iglesia de Cristo.

FUNDAMENTADA EN EL TESTIMONIO DE LOS MÁS ANTIGUOS DOCTORES DE LA IGLESIA



SAN
AGUSTÍN



SAN
CRISÓSTOMO



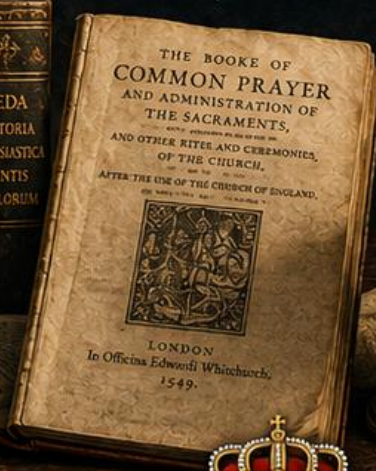
SAN
AMBROSIO



SAN
CIPRIANO



BEDA EL
VENERABLE



THOMAS CRANMER
ARZOBISPO DE CANTERBURY
MÁRTIR DE LA REFORMA INGLESA
1489-1556



**IGLESIA
ANGLICANA
ORTODOXA**

FE • ESCRITURA • TRADICIÓN



EL PAN QUE
YO DARÉ ES
MI CARNE,
LA CUAL YO
DARÉ POR LA
VIDA DEL
MUNDO.

— JUAN 6:51 —



CATEDRAL DE
CANTERBURY
SIGLO XVI

ISBN 978-1-963456-87-2



9 781963 456872 >